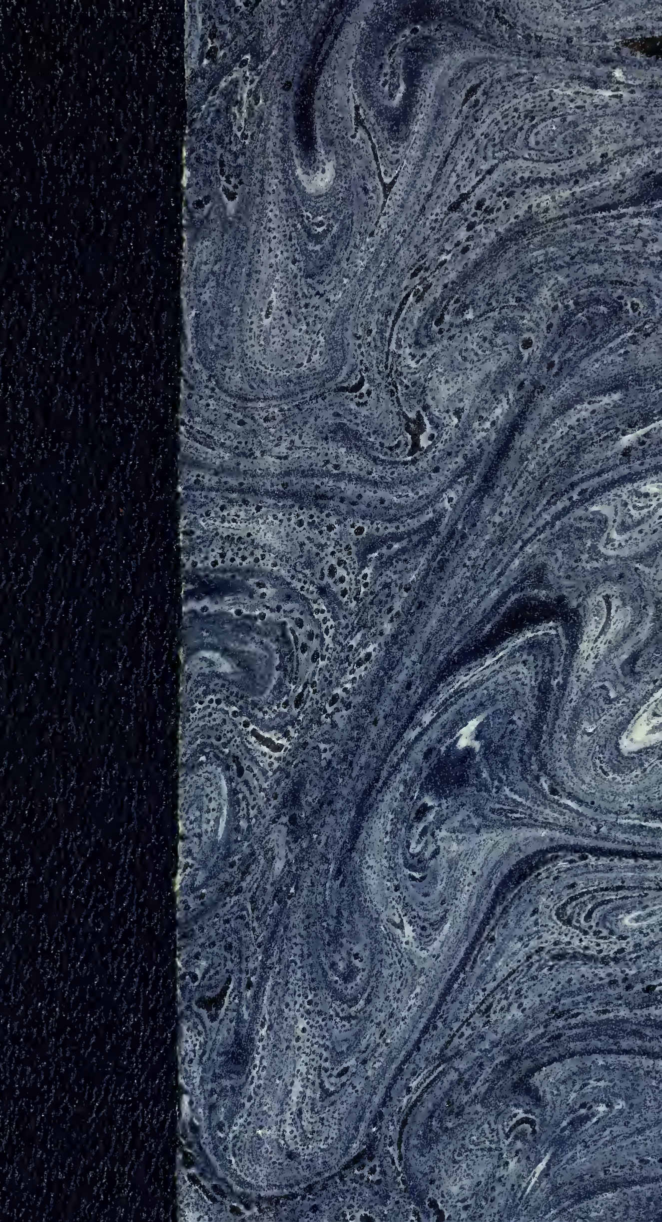
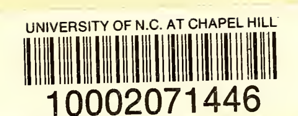



UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
10002071446

F. GRANDMONTAGNE

LA

MALDONADA

COSTUMBRES CRIOLLAS

BUENOS AIRES

Imprenta artística Buenos Aires, calle Venezuela 511

1898

A mi querido amigo Julio Piquet

No olvidaré nunca la cariñosa acogida que usted me dispensó cuando le hice confidente de mi primer delito novelesco; ni creo que la fortuna me depare un éxito literario que me produzca mayor alborozo ni alegría tan grande como sus benévolos y estimulantes elogios, sus censuras atinadas y profundas que me descubrieron los defectos de composición en mi obra, sus consejos para el porvenir, sus generosas palabras de aliento, todo, en fin, cuanto puede emanar de un talento tan selecto como el suyo y de un alma tan buena como la que usted posée, condiciones que rara vez se juntan, porque no suelen ser los hombres de talento los hombres mejores.

Yo pude apreciar en usted el consorcio de estas dos cualidades á través de sus escritos, y por eso le hice mi confidente sin conocerle en persona. Tenía confianza en la sinceridad y elevación de su juicio personal, íntimo, de tête á tête, *y sabía que el crítico, con relación al público, me haría muchas concesiones. No niego mi anhelo de florecimiento literario (funesta pasión de mi vida) al echarme en*

brazos de su bondad, extremosa hasta el punto de presentarme como una promesa de gran novelista. Aquello fué un fraude de esperanzas que usted cometió con el público en obsequio mío. Difícilmente se olvida ésto cuando el beneficiado sabe que en las arduas luchas de la vida literaria, los ya iniciados suelen ver en el que se inicia á Danielin Eyssette, *ó* Le Petite Chose, *doblemente aquellos iniciados que pasarán á la posteridad siendo* la même chose.

En recuerdo de aquella noche de nuestra primera entrevista, y como testimonio del afecto que hoy nos une, tengo la alegría y un verdadero honor en dedicarle ésta mi segunda obra, en la cual, ya que no la realización de sus augurios, porque ello no es factible á mi inteligencia humilde, observará algo de la eficacia que en mi procedimiento narrativo han tenido sus consejos y enseñanzas.

Si la composición literaria de La Maldonada *tuviese tanta consistencia como mi agradecimiento y mi afecto hacia usted, su éxito sería, no lo dude, por lo menos tan duradero cuanto dure la vida de su amigo de entraña,*

F. Grandmontagne.

Buenos Aires, 1º de Octubre de 1897.

LA MALDONADA

I

UN BARRIO DE BELDADES

El último latigazo de fuego en los confines del cielo, postrera reverberación del sol, anunció la muerte de un hermoso día que en la aciaga historia del tiempo trascurrido, se llamó *15 de Abril de 1890.*

Tenía el morir de aquella tarde algo de la soñolienta agonía de los tísicos, la blanda placidez de sus últimos estertores, un aniquilamiento dulce, sereno, como si en el espacio infinito, creación portentosa de la *Voluntad Omnímoda*, diéranse un ósculo de paz la luz y la noche, estableciendo el turno inalterable y tranquilo de sus horas de dominio sobre cuanto de mortal, efímero y renovable se agita con signos de vida en este pobre planeta, espinoso calvario de la humanidad.

En el horizonte sin límites, como la eternidad del tiempo, un punto de color rusiente, viva imágen del resplandor de las fraguas volcánicas, era lo único que restaba de aquel incomparable día de otoño americano.

Para presenciar el maravilloso y solemne

pugilato entre las tinieblas y el sol, sublime poema épico que delata la más alta concepción artística de Dios, necesario será que salgamos del Buenos Aires prosaico donde sólo á Mercurio se rinde ferviente culto, y nos internemos en el apacible barrio de la Avenida de Alvear, poblado de palacetes silenciosos que á guisa de enseña de moderna civilización, ostentan sus miradores, cúpulas y torreones, por entre cuyos elegantes muros juega la luz, pían los pájaros y trepan las madreselvas, amorosas nodrizas que en el regazo de su boscaje tupido, levantan hasta las cornisas á las rosas y á los claveles.

Solamente los vistosos carruajes que regresan de Palermo al caer de la tarde, rodando con muelle suavidad sobre el entarugado de pino, perturban levemente la quieta calma que reina en aquel barrio de la aristocracia bonaerense, encerrada entre cristales y flores, digno marco de la sin igual y peregrina hermosura de nuestras mujeres, en cuyos rostros hechiceros puso Dios toda su inspiración estética, eligiendo en la Naturaleza para formar las morbideces de sus mortales figuras, la selecta arcilla con que dió forma á los cuerpos del coro de vírgenes de leyenda que rodea su trono en la mansión de lo infinito y eterno.

La tibia atmósfera de aquella tarde y el leve susurrar de las ondas de nuestro río, bosquejo de la grandeza oceánica, eran aliciente poderoso para que las bellas del barrio de Alvear saliesen á los balcones y ventanas con objeto de presenciar el desfile de paseantes en medio de la huída del sol, cuyos débiles rayos, agonizantes de calórico, no podrían herir la porcelanes-

ca blancura de aquellos cuerpos desarrollados en delicada molicie, entre blandos cojines de terciopelo, y educados para la exhibición, para las dolorosas batallas del viso y la elegante feria social.

Si fuera posible ver condensada en formas reales la suprema visión de los maestros de la curva femenil, nada tendrían que envidiar á sus inspiraciones pictóricas aquellos montoncitos de carne mortal, animados de pasiones ideales y temblorosos por el influjo de las pasiones físicas, hurgadoras de las pecaminosas ansiedades de la materia, hasta que la feroz tiranía del tiempo y la armónica ley de renovación que rige á todo lo nacido,. aplacasen el fuerte palpitar ajando lo externo y reduciendo las ilusiones á un mero deseo de vejez apacible. Pero tan dolorosa idea no cruzaba en tales instantes por ninguna de aquellas cabecitas mariposiles, estuches repletos de halagadores desatinos, alegres recintos en que no caben los empalagamientos de la meditación sesuda, martirologio del ente moral, ni el discurrir sobre asuntos que no tengan relación con el amor en su forma de conquista social, y con las fiestas de orgulloso rumbo en las cuales sean ellas el principal ornamento, el suntuario arte mundano que despierte con sensaciones contemplativas la actividad del sentimiento hombruno. En los tiempos modernos, la vista, órgano material, es el agente del amor. Lo mórbido, forma positiva de belleza, constituye el cautiverio de los espíritus materializados. En el poso de las almas, como en el seno de las ideas, el realismo tiene una vida latente. Se discurre, se ambiciona y se ama al impulso de la sensación

física. La naturaleza palpitante hállase en el auge de su imperio, y la belleza plástica en el periodo de su mayor florecimiento.

En tal sentido, confieso no tener habilidad para describir la hermosura de las mujeres de aquel barrio. Ayúdenme los cronistas esciolos y chirles, maestros en la expresión pulposa; los versistas de estro lisiado, que andan á retortijones con el idioma para manifestar sentimientos flácidos; los colaboradores en todos los álbums, catálogos de voquibles vanos y otros artificios sentimentales; los que no se les cae del meloso pico y de los cortesanos puntos de sus plumas el coral en que simbolizan los labios; el marfil en que reasumen la delicada blancura de los dientes; los moninos piñoncitos, símbolo mondado de los pies; el renegrido azabache con que remedan á las blondas y flotantes cabelleras; el mimbre y la palmera, emblema cimbrante de la airosa flexibilidad de los talles; el lechosamente blanco mármol de Carrara con que parodian la virginal modelación de los bustos; los fulgurantes luceros, crisoles de hirvientes ansias, en que condensan la hermosa vivacidad de los ojos.... Ayúdenme todos los cojitrancos del verso y todos los esposos adúlteros de las musas á reseñar los mil componentes, artilujosos y reales, de los serafines inalados de la Avenida de Alvear. Suplanten el aire de su meollo bovedoso con la rememoración de todas las heroínas de los poemas antiguos y modernos, escritos en los cuatro puntos cardinales del orbe para embeleso de la ficción sentimental; acópiense con estrépito gongorino todos los extravagantes terminajos de los diccionarios para representar simples bellezas cor-

porales; carguen con toda la flora europea, americana y asiática, con los zarcos colores del cielo, del iris, de los campos, y vengan con todo ello á estas páginas á formar ídolos de romance, beldades de soneto, románticas de madrigal y cuantas delicadas insulseces, aviesos partos de la tontería mental, puedan ocurrírseles en presencia de aquella ringlera de hermosísimas porteñas, que asomadas á los balcones y ventanas de sus palacetes, lucían lo que Dios les diera y algo que se habían puesto ellas con la ayuda del Demonio.

En aquellos seres florecía la promiscuidad de sangres opuestas, el hermoso contraste de la fusión de razas en los tálamos internacionales que tanto abundan en la compleja y heterogénea sociedad bonaerense; eran como el símbolo vivo del arte en las elaboraciones maestras de la naturaleza humana; algo como la idea de belleza suprema hecha carne y vaciada luego en los crisoles del lujo, de la elegancia, de la coqueteril fantasía. Aquellas mujeres representaban, en el sentido de perfección plástica, el tipo del porvenir, cuando confundidas las razas en una sola sociedad, en una sola patria que permita ser á cada hombre ciudadano del orbe, se opere en la familia futura la universalidad de la sangre, una especie de sangüificación socialista, borrando con las demás tradiciones, no menos absurdas, la tradición física, y.... Detente pluma. No pierdas el hilo de un pobre relato que no tiene pretensiones de trascendental.

II

LA MALDONADA

Quedábamos en que eran bellas sobre toda belleza las muchachas que en la tarde del *15 de Abril de 1890* estaban asomadas á los balcones y ventanas de los palacetes de la Avenida de Alvear. Pero lo que no se ha dicho hasta ahora es que, entre aquella colección de ángeles humanos, había un grupito de cuatro señoritas que llamaba poderosamente la atención. En un concurso, ó como se dice ahora, plebiscito de beldades, hubiérase visto perplejo el tribunal de estética femenil para acordar el premio otorgado á la más hermosa. Hallábase el adorable cuarteto en el balcón de una casa, símbolo del cosmopolitismo arquitectónico que, como á todas nuestras cosas, ha invadido también las modernas construcciones bonaerenses.

Las dos niñas del centro del grupo eran rubias como el oro bruñido; una de ellas, la más bajita y sin duda la más joven, tenía los ojos al estilo de las madonas de Rafael, de un azul transparente, como el color del espacio en las tardes primaverales. Sobre la frente tersa y de blancura inmaculada, caíanle unas guedejas en rizos dorados que daban á su rostro, envuelto en cierta poesía linfática, el aspecto de esa inquieta coquetería que nace en los organismos femeniles con las primeras sensaciones de la pubescencia. Tenía los labios pequeñitos, rojos y entreabiertos, como el corte sutil dado en una fresa; quebradizo el talle, airoso el cuello,

divina la garganta, con un hoyito digno de ser el agua-benditera de un serafín. Envuelto en encajes, ahuecados de intento para abultarlo más, ostentaba el bosquejo de un seno con el cual sucedía lo que con muchos cuadros, que son mejores en bosquejo. Sus manos menuditas, parecían, por lo blancas, hechas con pasta de hostias. La edad de tal hechizo no pasaría de catorce años, y ya la naturaleza, en el quemajoso lenguaje de sus vibraciones, parecía haberla despertado del plácido periodo en que las criaturas, no acosadas aún por la tiranía del tercer enemigo del alma, pertenecen más á Dios que al torbellino del mundo. Comenzaba á mirar á los buenos-mozos con deseo inconfeso de plenitud de vida. A pesar de estas vibraciones incipientes, que entre el mundo falderil siempre engendran absorbentes ideas de lucimiento, advertíase en el semblante de aquella niña un temperamento dulce, blando y sensible, incapaz de las acciones aviesas á que se inclinan muchas Evas adolescentes cuando se ven contrariadas en la inarticulada petitoria morbosa que formula la fisiología del amor, maldad irresponsable si se tiene en cuenta que ella es hija del sentir natural y de la conformación de la materia, insusceptible, en su esencia, de modelaciones, sometimientos, ni acopladuras sociales.

La otra rubia tenía sus armas visivas del color que distingue á los de la raza felina; eran hermosamente gatunos, y al esgrimirlos en las escaramuzas ostentosas de la vida social, debía notarse en su mirada el temple adquirido en el rescoldo de las más vivas pasiones, el orgullo, la envidia y el anhelo de predominio en

todo. La expresión total de su afilada fisonomía era de una hermosa dureza, acusando esa energía moral y física sustentada por fiebres calcinantes en las naturalezas empobrecidas. Las ventanas de su nariz diminuta eran de sonrosada transparencia, y se movían con agitación descompasada, indicando los resuellos de la soberbia; su talle tenía algo de culebrino por lo flexible y cimbreño; los dedos de sus blancas manos, aunque muy torneados, adolecían de notable escualidez, y el adelgazamiento de los brazos y demás miembros, revelaba la perenne voracidad de las sensaciones agudas, que en su incesante batallar se comen á sí mismas y roen con sus brasas los diques compuestos por la materia. Pequeñita, movible y de abundoso cabello rubio era su cabeza, peinada con brujeril coquetería. En su inquietud y violencia de movimientos se observaba que no regía en su fondo la serena pausa de las ideas bondadosas, y hasta podría suponerse que en los antros de aquella bovedita, el pensamiento permanecía informulado, siendo, más que una operación acompasada de la mente, una masa explosiva, elaborada con los enardecimientos de la sangre y el manojo de sensuales teas que volcanizaba su organismo interno. La indiscutible belleza de aquella niña era de esas que no llegan al corazón del hombre que las contempla, porque, ántes de penetrar en las regiones del sentimiento, enrédanse en las cuerdas más vibrantes de la naturaleza, siempre avara de apetitos deleitosos, así en la gestación de la vida como en el apogeo de su plenitud y hasta en su mismo descenso. Podría ser ansiosamente deseada, porque incitante era la especie de

vaho febril en que, por la acción consumitiva, parecían afinarse los atrayentes perfiles de su estructura física; pero nunca inspiraría el cariño tiernamente hondo que emana de las almas blancas y de las altas emociones de los espíritus selectos. Envuelta estaba su figura en la poesía del pecado, pronta en la conquista del deseo, inepta para adueñarse del corazón.

La señorita que se hallaba en el extremo derecho del balcón era nuestra conocida Teresita Foronda, la enamorada de todos los personajes sonantes, tan frívola como hermosa, taravilla impenitente, hojarascosa y voluble hasta lo inverosímil. Hallábase en el auge de su belleza; las líneas de su cuerpo habíanse acentuado de una manera admirable, adquiriendo redondeces como no las ideara el pecado mismo en sus exaltaciones posesorias. Todo era en ella pajaresco; de chorlito la imaginación, de pavo real el aire, la hinchada magnificencia de su porte puerilmente altanero, y hasta su vestido vagaroso, flotante y hueco, tenía el color de las plumas del canario. En el fondo de sus ojos garzos chispeaba siempre aquella vanidad y aquel inmoderado anhelo de viso que desde una edad harto temprana la dominaran en absoluto, inculcando en su mente las torcidas ideas que labraron la infelicidad de su padre. (*). Del mirar femenilmente audaz, con arrogancia de elegante aristócrata, y de aquellos sus repetidos gestos desdeñosos, acompañados de un parlar precipitado y completamente irreflexivo, deducíase lo inaudito de su orgullo, mitad originario y latente en su aviesa estructura moral,

(*) Véase *Teodoro Foronda*, Tomo II.

mitad adquirido en el colegio de las benditas monjas *Micaelas*, que adobaron su carácter con mezcla de ideas místicas y mundanas, atendiendo, más que á fortalecer su mente y cultivar su espíritu, á prepararla para el brillo social y los pugilatos de la elegancia.

Como contraste de Teresita Foronda, hallábase en el extremo izquierdo del balcón una joven de rasgados y bovinos ojos que tenían los resplandores del carbunclo, y en el fondo de ellos un punto todavía más luminoso, que parecía la revelación apacible y serena de un alma desbordada en generosidad. Era un tipo de genuina belleza criolla; el rostro graciosamente ovalado, de color moreno y cutis finísimo; una cabellera tupida, larga, ondeada y renegrida, peinada con elegante sencillez, raya en el medio, dos ondas pegadas á la frente y recogida atrás, en un rodete formado por dos trenzas que parecían dos negras culebras enroscadas en un rapto amoroso; las manos, sin dejar de ser pequeñas y bonitas, eran macizas y apretadas de carne suave; redondo y bien conformado el seno, notándose á través de las ropas, en acompasado subir y bajar, las palpitaciones de un corazón que no debía caberle dentro el pecho; el cuello era como la obra salida de la gubia del más hábil tornero; teníale rodeado por una cinta azul, de cuyas puntas pendía seguramente un escapulario ó una medalla; la Virgen, San José, ó quizá San Luis Gonzaga (dichoso cualquiera que fuese) tenía por peana el seno de aquella morocha divina. En toda ella se notaba cierto vestigio indígena, atenuado por lejana intromisión de sangre extraña, para venir á formar el bello tipo mestizo,

con su alma fogosa, velada por la humildad y una sumisión dócil en que parece advertirse todavía las amarguras de una raza por muchos siglos oprimida.

Llevaba un vestidito de batista con pintitas blancas y azules, encantador dentro de la modestia; ceñía su talle, esbelto y airoso, ancha franja de seda celeste que terminaba en un gran lazo al costado izquierdo; sobre el traje un pequeñito delantal, blanco como el ala de una paloma, con encajes en los bordes y sujeto por una trencilla invisible. Entre el delantalito y el traje, en medio del seno, digno reclinatorio del rubio Apolo, tenía hincado el tallo de una rosa encarnada que parecía haber nacido allí expontáneamente, como si dentro de sí llevara la niña el rosal que la produjo. Su adorable elegancia denotaba cierto espíritu artístico que excluía el arte del lujo, observándose en ella lo que podría llamarse la intuición del adorno sin asomos de coquetería y dentro de la más hermosa sencillez.

Aunque su traje, aquella rosa y toda su figura externa parecían respirar alegría, notábase en su semblante una expresión de dolor. En su mirada, ingénua y franca, había una tristeza dulce, tranquila, como la síntesis de la resignación; y allá, más allá de lo que al ver simple determina el fondo visible de unos ojos, persuadíase el ánimo, por convencimiento del alma, de que aquella niña era uno de esos mártires ignorados que Dios echa al mundo para probar en el sufrimiento el temple de sus obras. También se advertía que bajo una capa de serenidad humilde, quizá se albergaba, en concentración íntima, una voluntad valerosa al

servicio de sentimientos de tenacidad indestructible. Compendiada estaba en las líneas de su rostro hermoso, no exento de cierta gravedad encantadora, la firmeza de su espíritu, templado sin duda en el infortunio, en el sufrimiento, que encerrado en sí mismo, sin válvula de escape en las quejas formuladas por vía de tranquilizador desahogo, debía asumir proporciones de contínuo escozor, como la herida ocasionada con un alfilerón candente en lo más vivo de las entrañas.

Ajena al chismoso picoteo de las otras tres, tenía fija toda su atención en contemplar los claveles que, metiéndose por el enrejado del balcón, colgábanse hacia la vereda y se columpiaban á impulso del suave viento, quien con intención socialista, como producto, al fin, de Dios y de la Naturaleza que también lo son, esparcía entre el pueblo circulante la fragancia de aquella jardinera viciosa.

Sólo de vez en cuando, y con el interés que una fuerte pasión del alma pone en los ojos, levantaba los suyos aquella niña para dirigirlos por entre la fila de paseantes, esperando sin duda la aparición de alguno cuyas líneas y perfiles se enredaban en el telar de su mente, y cuya fisonomía incorpórea, producto de las maquinaciones del espíritu que no se consuela con la realidad de la forma real, debía hallarse posada en su corazón, constituyendo el eje de sus palpitaciones y de sus ansias. Pero al momento volvía á bajar la vista, como obligada por un forzoso y apenante disimulo. Entre tanto, Teresita Foronda y las dos rubias no se daban punto de reposo en contestar con leves inclinaciones de cabeza á los saludos que les di-

rigían desde sus carruajes las personas que regresaban de Palermo, siendo muy pocos los jóvenes y señoritas que se libraban de sus bien aguzadas tijeras, cuyos filos y puntas se metían en los defectos de las faldas y sobrefaldas, no escatimando tampoco sus cortes y puntazos en lo moral y en lo físico de cuantas niñas cruzaban á su vista y de cuantos caballeros y caballeretes se descubrían á su paso por frente al balcón. A medida que pasaban, y mientras la niña de los ojos negros permanecía silenciosa mirando á los claveles, no cesaban las otras de barajar noviazgos supuestos, en embrión y sancionados, determinando con malicia femenil ingerta en envidia, las causas impulsoras de las presuntas alianzas, ora achacándolas á la condición ambiciosa del novio si era pobre y rica la novia, ó bien atribuyendo al *gancho* de la mamá, en caso contrario, los honores de la conquista de su hija.

Entre el acelerado desfile, que es una de las formas de la nerviosidad bonaerense, percibió Teresita á larga distancia un lujoso cabriolé ó tílburi, rodado por un brioso alazán, ataviado con tan lujosos arreos, que parecía ir diciendo con señoril movimiento de cabeza y en lenguaje de relinchos: "Yo soy el más guapo de los que se pasean en Palermo.„ Apenas la aturdida niña logró reconocer el bonito tren de paseo, exclamó con gran alborozo, dirigiéndose á la mayor de las rubias, á la de los ojos hermosamente felinos:

"¡Mirá, che Raquel, quién viene allí! ¿no vés?. . . Pero ¡hijita! parecés sonsa. . . . ¡Allí, mujer, allí, detrás de aquél landó. . . .„

—¿Quién es?

—¡Ah, sí!—exclamó la otra rubia—Fijáte, che Raquel *(Apuntando con el brazo extendido);* allí no más, después de aquella yunta de rusos... ahora llega frente á la casa del coronel Randrán.

—Pero, ¡muchacha! ¡Emilia! no apuntés con el dedo ¡hijita! Te van á tomar por loca—manifestó Raquel en tono reprensivo.

—¿Todavía no le vés?—volvió á preguntar Teresita Foronda.

—No, hijita, no le veo, ni sé á quién te *referís.*

—No la hagás caso—dijo Emilia,—porque quiere que la regalen el oído. ¡Buena pájara es ésta!

—Sí, ¡cómo nó!; yo no soy como vos, hijita.

Entre tanto, acercábase el tílburi á la casa, ligeramente rodado por el largo y elegante trote de la brava jaca.

—¿Le ves ahora?—repitió Teresita.

—Pero, ¿á quién?

—¡Mujer! ¡Ave María! ¿pero, no le vés? *(Conteniendo la voz)* ¡Ahí está! *(Más bajo y tocándola con el codo)* ¡Langredito, mujer, Langredito!

La niña de los ojos negros levantó su mirada de los claveles, dirigiéndola hacia el punto por donde venía el jóven doctor Langredo, acompañado de otro amigo, el doctor Puck de Antequera.

Teresita Foronda, aludiendo picarescamente á la niña de los ojos negros, hizo á Raquel un significativo guiño, que traducido del inarticulado lenguaje de la malicia, quería decir:

"¡Cómo le mira! se conoce que andan moros por la costa...„

Al llegar frente al balcón, ambos jóvenes hi-

cieron un cumplido saludo á las muchachas. Después de haberse alejado más de cincuenta metros, Sebastián Langredo volvió la cabeza y dirigió al grupito de beldades una amable sonrisa. Al mismo tiempo, y con la ufanía propia de la raza, el alazán dió un prolongado relincho.

"Se ha vuelto por mirarte,,—dijo Teresita á su amiga Raquel.

—¿A mí? ¡Qué esperanza! No, hijita. *(Con retintín malicioso y burlesco.)* Habrá sido á Valentina.

La niña de los ojos negros contestó con serenidad aparente:

—No, Raquel; á mí no tiene por qué mirarme.

—Pues á mí menos,—manifestó Raquel con mucha sequedad y desabrimiento.

—Bueno, hijita; por eso no hay necesidad de enojarse. Además, yo no he dicho nada. Es Teresita la que...

—¡Qué pava! ¿Acaso estoy yo enojada?

—Creía...

—Muy mal creído, hijita. Son suposiciones tuyas, que, entre paréntesis, me tienen muy sin cuidado, tan sin cuidado, hijita, como la pluma que se lleva el viento ¿sabés?

—Ya lo sé—dijo tristemente Valentina, retirándose al mismo tiempo del balcón.

—¡Pobre Valentina!—exclamó muy quedo Teresita, quien, á pesar de su gran vanidad, no por eso dejaba de tener buen corazón.

—¡Qué pobre, ni qué pobre!—repuso Raquel con ira de gata atusada á contra pelo.—Es lo más impertinente y lo más taimada que te podés imaginar. Si la conoceré yo...! ¿Te pen-

sás que dice alguna vez lo que la pasa, como nosotras, ¿sabés? que nos lo contamos todo? ¡Qué esperanza! Con nadie, hijita, se comunica. Es lo más reservada... como india, igualito que una india... Apropósito: ¿sabés como la llama Langredo?

—¿Cómo?—preguntó Teresita con viva curiosidad.

—No, Raquel ¡¡oh!! pobre Valentina!; no se lo digás,—manifestó Emilia con visible pena.

—¿Y por qué no? ¡Vaya una cosa para guardarla en secreto! No tiene nada de malo ¿sabés?

—Cierto que no tiene nada de malo...

—¿Y entónces...?

—Pero...

—Pero ¿qué? Andá, salí, dejáte de sonseras.

—Decímelo, che Raquel ¿cómo la llama?—insistió Teresita.

—*La Maldonada.*

—¿La qué?

—La Mal-do-na-da,—repitió Raquel, separando las sílabas con mucho recalque de voz y marcándolas con el dedo índice en acompasados golpecitos sobre el seno de su amiga.

—¿Y qué quiere decir eso?—preguntó la hija del registrero.

—Pero ¡mujer! ¿no lo entendés?

—La mal-donada... la que fué mal donada. Quiere decir que sus padres la donaron, la *mal-donaron*, ¿sabés? y por eso la llama Langredo *La Maldonada.*

—Ah! ya, ya, ahora lo entiendo.

—¿No sabés que es hija...? Pero ¡andá vos á saber de quién será hija...!

—Y que sea de quien sea—dijo Emilia—¿qué se te importa? La pobre bastante desgracia tiene, y si vos no le has de buscar padre ni madre, ya podías dejarla en paz.

—Cayáte, Emilia ¿querés?; haceme el favor de cayarte,—dijo la hienecita con airado tono. Y volviéndose á Teresita, prosiguió con perversa saña las escasas noticias que ella tenía sobre el origen de la Maldonada:

—Quién sabe si será cierto—agregó;—pero yo tengo oido que es hija de un puestero que...

—Mayordomo, Raquel,—indicó Emilia con el generoso deseo de darle más importancia.

—Bueno, es lo mismo, de un mayordomo ó puestero que tuvo mi tío Jorge en *General Godofredo Cascante*, en su estancia ¿sabés? La recogió cuando ella era pequeñita, criándose y educándola á su lado; es decir, á su lado precisamente no, porque la tuvo mucho tiempo en el colegio de las madres *Micaelas*.

—Allí la conocí yo—dijo Teresita;—y también á D. Jorge, que la llevaba muchos regalos.

—Pues bueno: luego, al poco tiempo no más de que tío Jorge, ya de soltero viejo, se casó con mamá, Valentina se quedó con nosotras, ni más ni menos que como una hija, como una hermana nuestra. ¡Figuráte vos...! Mamá, es claro, ¡qué esperanza! no la puede ni ver; en cambio tío Jorge ¡vos vieras! la quiere tanto ó más que á nosotras, y...¡me dá una rabia!...la hace figurar á nuestro lado en todas partes, en la Opera, en Palermo, en el Club del Progreso. ¡Hijita! y ¡vos vieras!, es más *suertuda*...! Todos los mozos la festejan y la dragonean.

Algunos ¿sabés? lo hacen porque piensan que es hermana nuestra ¡cómo no!, y que tendrá plata como nosotras; ¡están frescos! Pero otros que lo saben la hacen el *rendibú*, porque, hijita, ahí donde vos la vés, con esa cara de mosquita muerta, tan modosita, y con esos ojos de Magdalena llorando culpas, tiene un gancho... vos vieras, hijita, qué gancho...!

—Yo creí que era hija de D. Jorge. Como en el colegio, y algunas veces que he venido aquí, en el poco tiempo que somos amigas, la he oído llamarle papá.

—¡Qué esperanza! Es una *recogida*—añadió Raquel, simbolizando en una sonrisa de cachorrito de fiera el más profundo desprecio por Valentina. Y luego agregó con visible regocijo:—No te podés formar una idea de lo que me hizo reir Langredo hablándome de ella la otra noche en el baile que hubo en lo del general Concorra. Vos sabés cómo es de ingenioso Langredito ¡Hijita! no he visto otro igual. ¡Qué mozo tan ocurrente! Pues decía... ¡ay, Jesús, qué loco...! que le había copiado á la Virgen la manera de mirar; ¡figuráte vos, tan luego á la Virgen!, y que vistiéndola con una túnica galoneada de oro... ¡hacéme el favor! ¡¡já, já! se la podría colocar en un altar, para...

—Para que los mozos se entregaran á los éxtasis dela contemplación,—la interrumpió Teresita.—Le oí cuando te lo dijo.

—Nos estabas escuchando...!

—A la fuerza, hijita, porque iba detrás de ustedes bailando con Puck de Antequera.

—Y yo también lo escuché—agregó Emilia—porque iba delante, bailando con Julián Forcadell.

—Salí, quitáte ayá con ese doctor *Sonajas* —manifestó Teresita Foronda en el más desdeñoso de los tonos.

—Qué ¿ya no te gusta?—preguntó Raquel con oculta malicia.

—¿A mí? Salí, hijita; nunca me ha gustado. —repuso Teresita, haciendo un mohín de desprecio.

—Ay! ¡qué mentirosa! Vean si será... Pero, hijita, ¡cómo mentís! No digás eso, Teresita; no lo digás delante de mí Si el año pasado ¡Ave María! andabas que perdías el seso por él.

—¡Qué esperanza, Raquel! Amor, lo que se dice amor, nunca le tuve. Sentía ¿sabés? cierta inclinación, un capricho... sonseras, pavadas de chiquilina y nada más. Como sonaba tanto, y todos los diarios decían que era ésto y lo otro y lo de más allá, y tanto y tanto le bombeaban... porque ¡hijita! ni que fuera el doctor Del Valle... me entró ¿sabés? una especie de admiración hacia él... pura vanidad, ché Raquel; porque vos tené presente que al mozo que se le quiere porque se le admira, no se le quiere de veras. Nosotras queremos de veras á un mozo cuando no sabemos el por qué de tal cariño, cuando queremos querer por querer ¿sabés? sin ver detalles, ni cualidades, ni nada, sino al hombre total ¿me comprendés? cuya alma se ha metido en la nuestra, permaneciendo las dos... ¿cómo te diría yo?... vamos, así, abrazadas y mudas.... El amor no es idea, es calor, es... en fin, ché Raquel, yo no sé lo que es.

—Cuando tan mal lo explicás, es por que lo ssentí bien,—dijo la otra con su natural agu-

deza; después añadió, clavándola sus ojos llenos de curiosidad, disimulada con una sonrisa ágria.

—¿Y cuál es ahora, ché Teresita, el alma que se abraza á tu alma?

—Salí, dejáte de sonseras, y atendéme á lo que te iba diciendo respecto al doctor Soñajas. Cuando hablé con él ¡qué desilusión, hijita!: no me gustó nada, pero lo que se dice nada, nada, nada, ni un chiquitito así *(juntando las yemas de los deditos índice y pulgar)* ¡Qué cosa, hijita! Aunque trataba de disimularlo con su melosidad provinciana, me pareció ¿sabés? un hombre de sentimientos torpes, vanidoso, enamorado de sí, de su naciente posición política, ficticiamente atildado, pero ordinario y groserote en el fondo; una naturaleza gauchesca ¿sabés? forrada en un frac bonaerense; y luego aquella cabezota de indio ¿te has fijado? ¡Hijita! hasta parece que tiene mota, como los negros. ¿Y las manos? Las tiene velludas, como patas de oso, y con una costra ¡aj! salí, hijita, salí... Los ojos parecen de chanchito, pequeños, innobles y animados por una chispa de furor, de envidia, de odio. En fin, hijita, que me fué repelente, y ahora me lo es más que nunca. ¿No vés cómo anda encabezando manifestaciones de mayorales y cuarteadores de tranvía, pura chusma, pronunciando discursos que no encierran más que un rosario de barbaridades? Y todo por ambición, por medrar en política, apoyado por esa gentuza que lo mismo dice blanco que negro ¿sabés? con tal de meter barullo y estrépito por la calle, en medio de tambores y trompeterías y banderas, estandartes y colorinches.

—¡Qué elocuente estás!—exclamaron á un mismo tiempo Emilia y Raquel, agregando esta última:

—Entonces ¿vos sos *gobernanta?* ¡Qué sinvergüenza!

—No, hijita, ¡qué esperanza! Yo soy tan cívica como vos. A mí me gusta el partido de la Unión Cívica, porque en él hay muchos mozos *bien*, distinguidos y muy cívicos, vamos, muy patriotas. Pero ese Forcadell... salí, hijita... no me gusta nada, porque no tiene... ¿cómo se dice...? ¡ah, sí! ideales. Ideales ¿sabés? es como querer mucho á la patria con las ideas. Cierto que con las ideas no se puede querer; pero, en fin, el doctor Sonajas ni sabe querer ni tiene ideas. Más que revolucionario, es un alborotador callejero, el *General de la zaparrastra*, como le llama Langredo. Ahí tenés á Langredito; ese sí que me gusta.

—Ché, Teresita: ¿te gusta como cívico ó como otra cosa?

Y al formular la pregunta adquirieron los felinos ojos de Raquel un brillo extraordinario, mientras inundaba su rostro una sonrisa contraída y aviesa, muy semejante á la producida cuando se toma una pócima de amargos brevajes.

Teresita eludió la respuesta echándose á reir, sin que su risa expresara nada concreto. En tanto Emilia, muy bajito y con gran misterio, dijo:

—¿Sabéis de quién me parece á mí que está enamorado Langredo?

—¿De quién?—preguntaron á un mismo tiempo Teresita y Raquel.

—De Valentina.

Como las dos rompieran á reir estrepitosamente, lo mismo que se hace cuando se oyen grandes desatinos, Emilia, herida en cierto modo ante aquella incredulidad, agregó con no poca complacencia:

—Pues yo me atrevería á jurar que Langredo la festeja... con mucho disimulo; pero él la festeja. Y ese nombre que la ha puesto ¿os parece que no encierra cariño? Por burla no se lo ha puesto ¡qué esperanza!

—Já, já. ¡Está fresca la Maldonada!—dijo Raquel con popular sarcasmo.

—¡Cómo no! ¡Está fresca!—repitió Teresita Foronda.

Raquel clavó en su amiga una mirada dura y penetrante como el filo de un cuchillo.

En aquel momento oyóse la voz de una señora que desde el interior de las habitaciones llamaba á las tres muchachas, diciendo

—A ver, niñas; cierren ese balcón y déjense de charla, que ya han criticado bastante. Vamos, Raquel, *mija*, retiráte, no sea que te siente mal el relente y te descompagine los nervios más de lo que están. Sí, reíte ahora, y luego, á la noche; "¡Ay, mamá! que no sé lo que me pasa; siento una puntada en el corazón, y otra en el lado derecho, y tengo como una máquina Singer en las sienes, y siento un hormigueo en las piernas, como si tuviera cucarachas, y muy mal gusto en la boca, y mucho ruido en los oídos, y se me va la vista...„ En fin, las matracas de costumbre, que no me dejan pegar los ojos por la noche. Vamos, Emilia, Teresita, hijas mías, adentro; no se queden ahí sonseando.

—Mamá—dijo Emilia á tiempo de retirarse

las tres niñas del balcón—Teresita se queda á comer con nosotras.

—No, no, ¡qué esperanza!—exclamó la señorita Foronda.

—Sí, Teresita ¡quedáte!—gimió la otra con gazmoñería criolla.

—¡Cómo no! te tenés que quedar—añadió Raquel.

—Bueno, me quedo; pero hay que avisar á mi casa, ó si no, ahorita no más, cuando venga á buscarme la sirvienta, se lo diremos para que no me esperen.

—Mejor es que vaya la nuestra á dar aviso—dijo Emilia—Tu casa está cerquita, y la gallega Filomena va y vuelve en un momentito.

—Eso es lo más acertado—manifestó la señora—Y ahora, en tanto que se prepara la mesa, vayan para la sala. Allí está la *gauchita* manoteando una milonga en el piano. ¡Jesús, qué muchacha! No hay quien la saque de su *Vidalita*. Cualquier día...van á ver... la suprimo el maestro de piano, por que para lo que adelanta... Hace dos meses que está dále que te dále, machaca y machaca con una sonata de Goldoni... y nada..como el primer día.

—¡Por Dios, mamá! de Goldschmidt.

—Bueno, es lo mismo. Estos diablos de gringos tienen unos nombres tan enrevesados...Vaya, á la sala, hijas mías, á la sala.

Las tres niñas se fueron á la sala. Allí estaba Valentina hacía rato, tocando y cantando en falsete la *Vidalita*, su pieza predilecta, esa hermosísima balada pastoril en la cual se reasume toda la poesía de nuestras pampas; canción surgida de los corazones solitarios en medio de

la serena quietud del campo, al calor de una pena que no irrita ni ensoberbece, como si en ella no tuvieran intervención las cosas del mundo ni los accidentes humanos, sino el destino invisible y superior que regula el giro de las almas; música divina, tierna, conmovente, que tiene por ritmo los tristes quejidos del sentimiento simple, las emociones nacidas de la evocación de un amor que "voló y se fué,,; poemita musical que nació sin intención de ser creado, con la irreflexiva expontaneidad del suspiro, y se popularizó en el espíritu del pueblo sin auxilio del pentágrama, en alas de los céfiros crepusculares.

Despacito, pisándolas suavemente con las yemas de los dedos, arrancaba Valentina á las teclas del piano las endechas musicales del bello romance popular, cuyas notas, saturadas de una poesía infinita, lloros del sentimiento amoroso, suspiros de la soledad, quejidos del corazón que pierde su ídolo, esparcían su eco lamentoso por todos los ámbitos de la sala, como buscando una rendija, un hueco, una salida, en fin, para ir á confundirse con los trinos de los pájaros, el rumor de los aires y el murmurio de las hojas, bajo los auspicios de Silvano, dios de las selvas, de los ganados y de los campos. El débil hilito de voz, suave, blando, alondrino, con que la Maldonada, la angelical morocha, emitía aquellos tristes acentos, estaba impregnado en los dolores de su alma, siendo como la expresión condensada del sufrimiento; y al subir á su garganta en gradaciones de llanto interno, llanto sin lágrimas, seco llanto de los ojos de su espíritu, la congoja daba á su canto la tonalidad quejumbrosa del lamento, de un

lamento puro de toda intención de serlo, reflejo vivo de la conmovente intensidad de los dramas sin articulación de palabras, mudos, solemnes en la pavura de su silencio.

Apenas Teresita Foronda y las rubias penetraron en la sala, levantóse Valentina del piano y se fué á su habitación, sin cesar de cantar la *Vidalita*, cuyas últimas notas terminó con un sollozo ahogado.

Las tres muchachas quedaron mirándose en silencio y hasta un poco conmovidas. Al cabo de breves instantes, encogiéndose de hombros y haciendo un mohín de absoluta despreocupación, dijo Raquel: "¡Bah, pavadas!„; y abriendo de nuevo el piano qué Valentina había cerrado, comenzó á tocar un vals agitadísimo, nervioso y tan lleno de voluptuosidad, que Teresita y Emilia no pudieron resistir su influencia sin abrazarse y comenzar á dar vertiginosas vueltas por la sala. La primera hacía de galán, y sobre su hombro recostaba Emilia la cabeza, entornando los ojos en dulce trastorno, poseída de una mental ficción deleitosa que ejercía sobre su organismo de flor temprana un simulacro de realidad sensoria. A los pocos momentos, la señorita Foronda quiso cambiar los papeles y pidió á su amiga que hiciera de hombre. "Me haré la ilusión—dijo—de que sos Langredito.„

Al oirlo dió Raquel una vuelta en redondo sobre el banquillo del piano, y mirando fijamente á Teresita, exclamó con extraño acento de interrogación y asombro:

—¿¡Eh?!

Teresita y Emilia echáronse á reir y suplicaron á Raquel que siguiera tocando, pues les

divertía mucho aquel trastrueque de papeles.

—No, hijitas—dijo la gata, clavando en ellas sus ojos que habían adquirido el extraordinario fulgor nocturno de los felinos;—yo no toco más, ¡Qué esperanza! Que toque ahora Emilia, para bailar yo también con Langredito.

Cuando ésto dijo, la Maldonada se hallaba temblando detrás de la puerta de la sala.

III

EL GRAN MITRISTA

Don Jorge Cascante era el acabado modelo del tipo criollo antiguo, urbano y en cierto modo señoril, figura simpática que va desapareciendo aprisa entre las gestaciones de la sangre cosmopolita, en cuyo seno, al decir de muy duchos sociólogos, capaces de ver nacer las yerbas, se está elaborando la raza argentina del porvenir. A juzgar por la complicada y no muy pura levadura, posible es que salga un pan como unas hostias.

Enjuto, acecinado, anguloso y muy altivo era el rostro de D. Jorge, cubierto por un tupido boscaje de broncos y entrecanos pelos, cuyo mechón principal constituía una luenga pera, infulosa y dictatorial, como de militar retirado con títulos de prócer y destinado á pasar á la posteridad glorificado en el bronce de una estátua ecuestre.

No se podía comtemplar su cara sin recordar enseguida una fuerte organización de duros huesos colocados de punta, y en cuyas extremidades se hubiera arrojado á puñados los

desechos de un cepillo compuesto de negras y blancas crines ó cerdas de jabalí. Tras de los cerros de sus pómulos, remedo de las montañas andinas, brillaban allá, en sus hondas cuencas, unos ojos pardos, como los de la perdiz-martineta, inquietos y muy vivos, cuyo total fulgor descomponíase en infinidad de rayitos por el efecto divisorio de sus larguísimas pestañas, las cuales se confundían y enredaban con el peludo monte de sus cejas. Alsinesca era su nariz, en cuyos antros crecían también los pelos como alfalfa en tierra abonada. Otro tanto puede decirse de sus orejas, pues parecía que cada sonido por ellas penetrado, hubiese adquirido la forma real de un pelo, con lo cual se podría destruir la teoría que afirma ser la música un arte inconcreto. D. Jorge, que era bastante aficionado á la ópera, tenía en sus respetables orejas más pelos que notas contiene el *Barbero de Sevilla.* No hablemos del soberbio mostacho. Debajo de la nariz de Don Jorge, vivía toda la tradición peluda de la Casa de Saboya. No le gastaba tan afilado y largo como Víctor Manuel; pero, en cambio ¡qué espesura! Era como un matorral de yuyos, asomándose á su oscura boca, tan valientemente rasgada, que bien se podía comparar con el buzón del correo.

Alto y seco de cuerpo, tenía la tabla del pecho como rasa tabla de pino, por lo cual no dejaba de ser bastante airosa su figura de medio arriba; la otra mitad no era ni con mucho tan esbelta, porque el hombre claudicaba algo de las piernas, no por renco, sino por patizambo, aunque trataba de disimularlo cuanto le era posible, pues como todo bicho viviente,

también él tenía sus presunciones estéticas. Parecíanse los dedos de sus manos, por lo nudosos y secos, á las ramas de espino en otoño, y en sus muñecas y brazos ¡échen ustedes pelos!... Langredito, que le quería mucho, solía decirle: "Amigo D. Jorge, á usted le concibió *misia* Dolores en el moño.„

Otro detalle puramente físico: D. Jorge no tenía piel, ni menos epidermis, ni cutis, ninguna clase fina de cubrehuesos: lo que servía de forro á su humanidad era un cuero costroso y duro como la suela de un borceguí, una especie de corteza sobada y endurecida en la curtiembre que forman los copiosos aguaceros, las crudas escarchas, el sol calcinante y ese aire siempre recio que circula por la pampa, y que los poetas bucólicos, empeñados en empequeñecerlo todo, llaman auras, brisas, cefirillos y otras simplezas de menor calibre.

Excelente y áun excelentísimo sugeto era D: Jorge Cascante, apesar de su caracter un tanto belicoso, si bien no se registran en su historia personal grandes ni pequeñas acciones que le acreditaran de héroe. Su tendencia á lo irascible manifestábase en lo destemplante de sus palabras, en la acritud y entonación mandona de sus órdenes en el seno de la vida doméstica y entre los buenos amigos que tenían la bondad de soportarle este pequeño defecto en atención á otras meritorias cualidades, no muy abundantes dentro de la débil y maligna condición humana. Residía en su espíritu como una ilusión de mal genio: pero no era cosa de hacerle caso, porque en el fondo se pasaba de bueno, tenía el corazón tierno, como hecho de pasta de ángeles, y nunca cruzaba por su

mente una idea mezquina ni un pensamiento bajo, de esos que alimentan los hombres de pasiones ruines.

En los primeros tiempos de servidumbre, la gallega Filomena andaba asustada con aquel erguimiento de cabeza y pera, aquellas actitudes enérgicas y el inusitado torrente de voz que D. Jorge usaba, aunque más no fuese que para pedirle un vaso de agua: "A ver, muchacha, ¡movéte, pues! ¡¡caracho!!,,—Luégo que la doméstica se acostumbró á estos desplantes, no salía de su paso natural, que era lento como el progreso de Galicia, diciendo para sí con tranquilidad íntima cada vez que escuchaba los gritos de su patrón "son puras paradas de enojo. Si es más güeno. . .! más güeno que una hogazuca de pan!"

Puede que D. Jorge no tuviera la actividad de hacer; pero lo que es la actividad de mandar... Ni en su casa, ni en su estancia, ni dentro del partido político en que militaba, ni en parte alguna donde él se metiese, admitía la haraganería, la pereza, el andar despacio, ni siquiera la palabra pausada. Era inquieto, nervioso y madrugador como un pájaro, y le gustaba ver volar á todo el mundo que viviera á su lado.

En lo tocante á virtudes cívicas y moralidad política, D. Jorge era una de las pocas escepciones entre los hombres de aquel tiempo. Causábanle indecible repugnancia los malversadores de la riqueza pública y los negociantes sobre el honor nacional, á los cuales llamaba advenedizos, hijos de una inmigración *angurrienta de plata*, educados en hogar extranjero, y, por lo tanto, incapaces de sentir verdadero amor por

la *Patria Vieja*, como él la llamaba, refiriéndose á la época en que aún no se había iniciado la invasión europea producida en los treinta años últimos. Contra la teoría general, D. Jorge era un opositor recalcitrante á la inmigración. Cuando alguien le contradecía en este punto, al momento le contestaba: "Vea, amigo, fíjese no más en la muchachada de Buenos Aires; es pura gringada; todos tienen cara de gayeyos, de ingleses, de italianos, de alemanes y de franceses; por casualidad se vé un rostro criollo; son una *guachería* de gringos. ¿Y con eso quiere Vd. hacer patria? ¿Con eso? Salga de ahí, amigo, no me jorobe. Con esa gente, ¡qué flauta se ha de hacer patria! si cada uno sale de las verijas de su mamita con una idea distinta y un sentimiento diferente. Vea el Congreso; parece aquello una fotografía de los que vivieron en la torre de Babel durante el diluvio; unos rubios y calladitos la boca, como los ingleses, otros habladores como los italianos, exaltados y bochincheros como los españoles; allí hay de todo, hijos de carboneros, de panaderos, de registreros, muchachos nacidos en un conventillo, que luégo se han hecho doctores con la plata que han ganado sus padres en esta tierra, y después ¡búmba! al Congreso de cabeza, sin tener antecedentes, ni historia política, ni nada. Está claro, esa gente, amigo, es hija de la miseria y de la audacia, llevan, además, en sus venas sangre de mercaderes, y, ¡no hay que hacerle! no pueden pensar más que en el negocio, y todo son matufias, compañero; matufias con las concesiones coloniales; matufias con los impuestos, matufias con los ferro-carriles, matufias con el abastecimiento del ejército, y por to-

das partes matufias y matufias. Después, amigo, vea lo que pasa; pagamos justos por pecadores en la consideración de las demás naciones que no tienen en cuenta á los antiguos criollos, á los de la *Patria Vieja*, que toda es gente *bién*. ¿Dígame si no es una vergüenza? Si yo fuera gobierno, le garanto, compañero, que ahora mismo *tiraba* un decreto estableciendo que sólo empezarán á ser argentinos los tataranietos de extranjeros. ¿Qué le parece, amigo?„.

—Está bueno.

—Me parece que está bueno! Esos serían verdaderos argentinos, y no los hijos de los gringos venidos ayer no más al *páis*. Dicen por ahí algunos que dragonean de sabios que estamos en el periodo... en el periodo... ¿cómo diablo dicen?

—Evolutivo.

—¡Ah, sí! evolutivo. Eso viene á querer decir revolución sin armas, una trasformación que va saliendo solita no más, como lista de poncho. ¿Y qué saldrá al final de este bochinche de razas? El mismo entrevero, amigo; eso es lo que saldrá. Los criollos antiguos habremos estirado las patas, y se acabó el resto de la *Patria Vieja*.

El patriotismo de D. Jorge manifestábase principalmente en forma de un exaltado porteñismo. Enamorado del suelo nativo, sentía ese inocente orgullo puramente localista, sentimiento residente en la ignorancia popular que presume haber recibido un dón especial y superior de la tierra en que nació. Así se explica que D. Jorge, ántes que argentino, se sintiera porteño y no pudiera ver gobernada

la Nación por los provincianos. "Que se vayan, amigo, á mandar á su tierra„—decía constantemente.—De aquí se deduce que en política se manifestara furibundo antirroquista, y tuviese un verdadero culto, un culto fanático por el general Mitre, no sólo por su condición de porteño, sinó también por ese ascendiente ilimitado que tienen los grandes hombres sobre el corazón del pueblo.

Como partidista, D. Jorge era la viva representación de la intolerancia política, alimentando esta pasión, más que las ideas por determinado credo, un afecto tan exaltado hacia el general Mitre, que no le sintieron semejante ni los padres, ni los hijos, ni las novias; ninguna pasión de la sangre, ni tampoco amor alguno del espíritu, contando lo más vehemente que registra la historia romancesca, resulta superior al cariño hondo y desinteresado, con complicaciones de admiración y respeto, que D. Jorge sentía por el ilustre historiador y guerrero. El buen Cascante no admitía análisis, ni distingos, ni nada que tendiese á menoscabar la personalidad patriótica, intelectual ó moral de D. Bartolo. Cuidado con decirle que el biógrafo de San Martín y Belgrano no era el primer escritor de América, el primer patriota y el político más honrado de la república. Cuando alguien le hacía sobre su ídolo la menor objeción, en seguida echaba mano D. Jorge de las cartas que el insigne general recibe frecuentemente de las eminencias europeas y americanas. "¿Ha visto, amigo,—argüía—lo que le dice Gladstone?»

—Sí... que es el primer hombre actual de Sud-América.

—¿Y entónces, amigo...? ¡qué jorobar! ¿Ó quiere usted saber más que Gladstone? Vea, compañero, cuando hable del general, sáquese no más el sombrero... sáqueselo, y cállese la boca, ¿oye?

Este «oye» lo pronunciaba siempre D. Jorge en tono amenazante, á punto de bajársele la razón á las muñecas.

—Cierto—le decían por hacerle rabiar—que el general Mitre es nuestro primer hombre; pero, políticamente... ¡¡compañero...!!

—Políticamente ¿qué? ¿Lo del año 80?

—Lo del año 80, lo de la Verde y...

—¿Y qué? El año 80, amigo, de puro bueno y de puro patriota, nos mandó *el viejo* al muere á todos los mitristas. Vea, compañero, no me hable, es mejor que no me hable.

Decía ésto con espíritu cerrado á toda controversia, como aquellos fieles ardorosos que no admiten discusión sobre su dogma ni sobre la religión de su Dios. Era un asceta del mitrismo, si vale la frase.

Aunque algo confusos, tengo datos bastante interesantes acerca del orígen de D. Jorge Cascante. Me los ha suministrado un curioso genealogista, acreditado ratón de biblioteca y muy dado á desenmarañar linajes y escrudiñar abolengos, panegirista de amigos y biógrafo de medianías, el cual asegura á pie juntillo y entendimiento despatarrado que nuestro caballero porteño era el último vástago de una dinastía de Cascantes cuyo tronco originario, por la línea masculina, procedía de la castellana tierra. Persistente en sus averiguaciones genealógicas, con esa contracción asídua que ponen en todo los humildes de inteligencia, pudo sacar en

limpio que por las venas de D. Jorge corría también algún vestigio de sangre portuguesa, pues, según informes que le suministró un sabio lusitano, rebuscador de partidas bautismales, de esos que la tontería literaria reconoce con el pomposo nombre de bibliófilos, parece que D. Jorge tuvo, por la línea femenina, algunos tataradeudos en el país de Camoens y Vasco de Gama. Sean ó no ciertas las afirmaciones del portugués historiador de linajes, refrendadas por el ilustre biógrafo criollo, mi amigo, lo cierto es que el apellido de los Cascantes estaba y aún lo está reconocido como tradicionalmente porteño, y, por ende, como uno de los más ilustres, así en los épicos episodios de la guerra de la Independencia de Sur-América, como en la floreciente historia de nuestro progreso ganaderil y agrícola; porque es de saberse que en esta benemérita estirpe cascantesca hubo de todo, desde aguerridos militares, cual lo fué el general Godofredo Cascante en la memorable batalla de Ayacucho, y al cual debió D. Jorge que su prosapia ocupara la atención de biógrafos y apologistas, hasta entendidos y laboriosos estancieros. Estos últimos Cascantes tienen el honor (así lo pregonaba D. Jorge) de haber sido los primeros introductores de carneros lincoln y ovejas rambouillet, regeneradores de la sangre ovina, y de cuyo feliz ayuntamiento bajo el amparo de nuestro cálido sol, han surgido los inmensos rebaños que constiyen nuestra mayor riqueza . . . quiero decir la riqueza de los que la poseen, porque ésto de *nuestra* es puramente una figura retórica.

Dentro de la familia, representaba el carácter de Jorge el promedio ó línea divisoria de

los Cascantes militares y de los Cascantes ganaderos, participando de ambas tendencias, puesto que, apenas dejaba las faenas campestres, dedicábase con inusitado ardor á las tormentosas luchas de la política, y si no se distinguió por su heroismo en ninguna revolución armada, jamás faltó en ponerse á la cabeza de las ruidosas manifestaciones públicas que fueron su prólogo y calentaron la sangre de los combatientes. Todo por la patria, por la patria local y por el mitrismo, sin otra intención de lucro egoista, porque D. Jorge era de los pocos que poseen con sinceridad el verdadero culto de la patria, sentimiento destinado á morir á manos de la Filosofía y de la dinamita.

Su porteñismo, las luchas mitristas y la cría de gallos de pelea, fueron por espacio de muchos años las tres grandes preocupaciones de la vida de aquel buen hombre. En el famoso reñidero de Núñez siempre fué D. Jorge un punto fijo, encontrando en tan sangriento espectáculo una sensación épica, que era para su espíritu guerrero lo que para el fuego la remoción de los tizones. Gozaba fama de ser el mejor criador de gallos de pelea que había en la república, y de ello estaba casi tan orgulloso como de ser descendiente del general Godofredo Cascante. Conocía cuanta raza de gallos peleadores existe, y no cesaba de idear nuevas cruzas y entreveros de castas, de cuya promiscuidad resultase el sumo del coraje gallístico. Poseía una legión de estos héroes de cresta, habiéndole costado un dineral toda aquella familia gallinácea, algunos de cuyos miembros procedían de lejanas tierras, pues tenía gallos ingleses, calcutas, catalanes, franceses y de

otras nacionalidades, donde tales plumes gozan reputación de arrogantes y belicosos.

Don Jorge realizaba originalísimos casorios entre sus pensionistas, obligando muchas veces á un pollo joven á que le hiciera el amor en apartada jaula á una gallina inglesa, más vieja que la reina Victoria, flaca, zancuda, despicada, con ralo plumaje, que estaba en los puros huesos y no tenía ya ganas de bromas, quitando con ello á una pollita coqueta el natural derecho de que tan buen mozo revoloteara y arrastrase el ala á su lado, forma en que manifiestan los gallos su rendimiento amoroso. Tenía en *General Godofredo Cascante*, y también en su casa de Buenos Aires, montones de huevos, todos ellos con la correspondiente inscripción que acreditaba su origen respectivo.

En la cáscara de la mayor parte de ellos se leían estos rótulos: "*Me puso la gallina batarás, pisada por el Crestón*„ "*Soy hijo del Ráculo y de la pollita calcuta*„ "*Fuí engendrado por el Gaucho Pobre y me puso la Paraguaya*.„ Hasta en verso había inscripciones, lo cual prueba que también á D. Jorge le soplaban algo las musas. En un huevo se leía esta cuarteta:

Este huevo que aquí ves
Lo puso una catalana,
Que fué gallina muy «maula»
Pisada por un gallo inglés.

En otro había escrito el buen Cascante esta sentencia terrible:

De este huevo saldrá
Quien á los Concorritas vencerá.

Los *Concorritas* llamaba D. Jorge á los gallos de su gran amigo el general Concorra, que también era atrozmente aficionado á las riñas. Más adelante tendremos oportunidad de ver á los dos, aguijoneados por mútua emulación, desplegar su actividad y asombrosos conocimientos en estas tareas de gallinero.

La edad de D. Jorge andaba raspando con el medio siglo, llevado entre arrastras y andando, porque no fué su juventud de aquellas que pueden recomendarse como modelo de cordura á la decrépita mocedad de nuestros días. Hasta los 45 años conservó un horror instintivo al matrimonio, prefiriendo la vida de los galanteos á la sugeta á un ayuntamiento convertido por la Iglesia y la ley civil en una legislación de mutuos disfrutes y soportes; pero á esa edad ¡oh, egoismo de la vejez! dióse el hombre á cavilar sobre lo triste que es la vida sin un arrimo en sus postrimerías, sin una mano obligada á bañar de ungüento los huesos reumáticos, y decidió casarse con su cuñada doña Laura, mujer como de 38 años, bella todavía, á quien la viudez había macizado las carnes, volviéndoselas á un estado de estético encaje, sin esos desgalichamientos y desgarrones que produce la actividad procreante. Aseguran... han de ser malas lenguas... que el matrimonio de doña Laura y de don Carlos Cascante, del cual vinieron á la vida Raquel y Emilia, distó mucho, en lo concerniente á lo más íntimo, á lo exclusivamente talámico, de ser digno de los escaparates de la vida conyugal, ó de poderse ofrecer como muestrario del buen vivir; pero esto es un simple rumor de barrio, al que no puede prestar atención ningún historiador que

se tenga por serio. Parece que don Cárlos fundía su sensibilidad amorosa en crisoles ilegales, y. . . nada, no se sabe nada de cierto.

Doña Laura misma no tenía más que brumosas sospechas, fundadas en las abstenciones de convivencia física y en los periodos de aburrimiento hacia ella que frecuentemente sufría D. Carlos. A la muerte de éste, que fué político de algún empuje electoral y miembro distinguidísimo, casi fanal de nuestra burocracia en el ramo de hacienda pública, entróle á Don Jorge extraordinaria compasión hacia la desolada viuda y sus dos hijas. Tal sentimiento sufrió varias trasformaciones en la mente, en el corazón y hasta en el seno de la amortiguada naturaleza del último Cascante. Al principio, y con palabras edificantes, consoló á Doña Laura de su tremenda desgracia; luego fué su consejero en la dirección de los negocios que dejó pendientes el difunto D. Carlos; después unióles una estrecha amistad, en cuyas expansiones descubrieron ambos cierta tendencia mútua á la fusión espiritual y corpórea; y así, poquito á poco, sin explosiones amatorias propias de la juventud ardorosa, y mecanizados los sentimientos por la fría sapiencia de los años, concertaron el matrimonio, prévia una declaración esplícita de D. Jorge, ofreciéndose para el puesto que ocupara su hermano en el corazón y en lo demás de doña Laura.

Aceptado por ella de muy buen grado, cosa que nadie podría censurar, puesto que ya había consagrado cinco años de viudez á la memoria de su esposo difunto, entraron en los detalles del casorio y en los concernientes á la composición de la nueva familia, porque ambos, aun-

que de índole distinta, tenían obligaciones que cumplir.

"Ya sabés—rompió á decir D. Jorge,—que Valentina, mi ahijadita, está por salir del colegio un día de estos no más. Ella es buena, dócil, obediente, cariñosa, un ángel de Dios que me tiene una querencia tremenda, y todo lo espera de mí, sin cálculo, sin pensar que lo espera, inocentemente ¿sabés?, como si fuera yo su propio padre. Cuando murió el suyo verdadero, que tenía un puesto al tercio en mi estancia de *General Godofredo Cascante*, la madre de Valentina, que era la cocinera de la peonada, vino una tardecita, ya al anochecer, á mi escritorio de la estancia, y me dijo que me *daba* su hija para . . .

—Yo he oído decir por ahí,—le interrumpió doña Laura—que vos se la quitaste.

—No es cierto, Laura. Te *garanto* que es completamente falso. Fué ella, la gaucha Matilde, la que me trajo su hijita á la estancia para que yo la recogiera. Creémelo como te lo digo. Después que me la dejó allí, á los pocos días no más, se *mandó mudar* con el puestero del Chorlo . . . ¡ fijáte vos, qué doña Inés y qué don Juan . . .! Ahora creo que anda hecha un pingo, tan pronto con éste como con el otro, por los pagos del Azul y de la Gama. Desde hace cosa de dos años . . . á ver *(reflexionando)* . . . sí, dos años, más ó menos, no cesa de molestarme, reclamándome su hija, de seguro que mal aconsejada por algunos que no me tienen buena ley, ¿sabés?. Recién á los doce años de habérmela entregado . . ¡hacéme el favor . . .! se acuerda de pedírmela ¿Qué te parece? Enseguidita se la voy á dar; ¡cómo nó! ¡estaría

lindo! Vos comprendés que yo no puedo entregar la muchacha á una mujer así.

—Está claro—dijo la viuda, más que por afirmar, por no saber qué decir.

—Sería inhumano—prosiguió D. Jorge, atusándose la luenga pera,—y yo no lo hago, ¡qué! ni por sueños abandono yo á la muchacha. La infeliz no sabe nada de todo ésto; ignora su verdadera posición en el mundo, y está *créida* que no tiene padre ni madre. ¡Pobrecita!—suspiró D. Jorge, visiblemente conmovido;—¿qué sería de tu suerte si yo te entregara en manos de esa gaucha arrastrada que te dió la existencia!—No te extrañe, mi buena Laura,—añadió apresuradamente, comprendiendo sin duda que había estado algo indiscreto en la manifestación de sus verdaderos sentimientos.—No te cause sorpresa este ilimitado afecto que siento por Valentina. Fácilmente lo has de comprender. . . ponéte en mi caso: yo la recogí cuando todavía andaba la pobrecita á gatas, agarrando en sus manitas, como los pollos en el pico, puñados de tierra; se ha criado, puede decirse, en mis rodillas; se ha respingado y le han servido de columpio mis barbas; me ha dado, ó nos hemos dado, mejor dicho, millones de besos; he velado sus leves enfermedades, y ella. . .¡qué cosa, ché, Laura. . .! lloraba y lloraba al sentirme toser.

"Cuando estando en la estancia me enfermaba por casualidad, la cocinera me hacía un caldo, y Valentina me lo llevaba á la cama, en una tacita... ¡vos vieras!... abultaba más que ella Como no alcanzaba hasta mi cabecera, ponía una silla y se gateaba hasta arriba como un gatito; me daba el caldo, y como yo al toser me queja

ba del costado, ella me decía, pero lo decía con una ternura!: "*¿Quieles* que te ponga un *tlapito?*,, Un trapito ¿sabés? ¡Pobrecita! tan cariñosa, tan linda, tan inocente...! Una tarde me lastimé estando cortando leña para la cocina; sangraba mucho de esta mano, y Valentina que lo vió se echó á llorar. ¡Vieras cómo lloraba!; parecía que la arrancaban el corazón. No sabiendo cómo atajar la sangre, se arrancó su delantalito blanco y me ató la mano; la sangre traspasó la tela, y entónces se arrancó la enagüita y me la puso también: la sangre no traspasó esta segunda tela; pero Valentina quería enterarse bien de ello, ¿sabes?, y llevándose mi mano á sus oídos para escuchar si la herida manaba todavía, me decía como loca de alegría, con dos lagrimones como gotas de rocío colgadas de sus pestañas de negros hilos de seda: "¡Ya no *sanglas*, ya no *sanglas!*,, Y con sus manos de angelito aplaudía el éxito de su propia obra. Dejé la leña y el hacha; la tomé en brazos y me fuí llorando con ella á la estancia. ¡Qué cosa, Laura! yo llorando; yo, que enlazaba toros y volteaba bagüales...! Años más tarde, cuando estando ya en el colegio de las madres *Micaelas*, he ido á verla dos ó tres veces por semana, y algunas semanas todos los días, ¡la hubieras visto cómo se me colgaba al cuello!; y actualmente, apesar de ser una señorita... ¡hombre! ayer mismo, al momentito no más de verme, vino corriendo, corriendo, á la disparada, y me abrazó como no le ha de abrazar nunca ¡qué esperanza! á su mismo esposo el día que se case. En fin, mi buena Laura, yo deseo que la muchacha viva con nosotros hasta que le salga una buena proporción,

un mozo *bien* que la ampare el resto de su vida. Mientras tanto, vos guiarás su juventud; Dios, que es aliado de los niños desamparados, te lo pagará en el cielo, y yo aquí en la tierra con gratitud profunda.

—Se conoce que te preocupa mucho esa Valentinita ... ¿Qué apellido tiene que siempre me olvido?—preguntó, no sin cierta malicia doña Laura?

—Olorón ... Valentina de Olorón. Su padre, un pobre paisano, se llamaba Calixto de Olorón.

—Pues sí, te preocupa mucho—repitió la viuda con sagaz retintín.

—Ella, vos... digo mal... Vos, ella y mis sobrinas... no, no, tampoco... Vos, mis sobrinas y ella son mis únicas y constantes preocupaciones.

—Y la política y los gallos,—añadió con humorismo doña Laura.

Don Jorge se sonrió todo lo dulcemente que pudo, violentando los músculos de su rostro, cuya dureza no se prestaba á sonrisas. Luégo siguió hablando de su ahijadita, de lo buena y lo linda que era actualmente, de su aplicación en el colegio, de su habilidad en el bordado, como podía él demostrarlo con una infinidad de pañuelitos, donde con seda encarnada y celeste había dibujado Valentina, entrelazándolas, una *J.* y una *C.*, rodeadas por un ramito "lo más lindo.„ Los almohadones de D. Jorge eran un primor, llenos de puntillas delicadísimas, con las iniciales puestas de relieve sobre una rama de laurel. En una colchilla había tenido el capricho de bordar dos teros reales, hirmados en su delgada patita, ahuecadas las alas y besán-

dose con los picos, "de puro enamorados.,, La niña, además de buena, hermosa y dócil, era una artista de aguja. "Y no te pensés,—decía D. Jorge,—que las maestras hayan puesto las manos en sus labores, porque yo le he dicho á la madre superiora: "Dígame, señora: ¿todo eso lo hace la muchacha sóla? ¿no la ayuda nadie?,,

—¡Qué esperanza, señor!—me ha respondido;—nadie, lo que se dice nadie; ella solita no más se lo hace todo. Tiene un talento...! Usted no puede imaginarse el talento que tiene. Y lo mismo es para las otras clases; ninguna dibuja mejor que ella, y es la que sabe más historia sagrada. Para lo único que tiene un entendimiento rebelde es para la música; no quiere sugetarse á la solfa, porque dice que el pentágrama es la aritmética de la melodía, y que ella quiere tocar en el piano lo que le salga de adentro, lo mismo que los pájaros, que sin haber estudiado música dice que cantan mucho mejor que Beethoven; ¡hágame Vd. el favor! No ha podido aprender un sólo nocturno; se enoja en cuanto vé en el atril todos aquellos signos, y sin hacerles caso, en seguidita que vuelve la espalda la profesora, se pone á tocar aires de la pampa y una sonata que ha compuesto ella... una rareza... en la cual imita el balido de un cordero que vá corriendo por el campo, y lleva posado en el lomo un pajarito que despide trinos de su pico, mientras el cordero galopa. ¿Ha visto usted extravagancia semejante? En lo demás, Valentina es muy humilde y muy respetuosa; á usted le tiene un cariño ciego, y á todas horas le recuerda, como á la única persona que ama con todo el poder de su alma, por demás sensible.,,—" Lo mismo

te ha de querer á vos—añadió D. Jorge;—yo te lo garanto, porque la muchacha es de buen natural, y más agradecida, la pobrecita...!„

Tanto empeño puso en ello, que doña Laura, gustosa, al menos en apariencia, consintió en que Valentina de Olorón formase parte de la nueva familia, y hasta prometió á D. Jorge ser para ella como una verdadera madre, aconsejándola y siendo su guía en el peligroso camino de la juventud femenil, que más bien es vereda escabrosísima, plagada de zarzales, en cuyo paso la alegría es fugaz, perenne el dolor físico de todo linaje de abstenciones, y atormentantes, aunque aceptadas con gusto, las exigencias de la ostentosa vida mundial.

El matrimonio de D. Jorge y doña Laura se efectuó sin pompa de ningún género, casi secretamente, con esa especie de vergüenza que experimenta la vejez cuando ejecuta actos que pertenecen comunmente á la juventud. Sucedía esto en la primavera del año 86, en las vísperas del corso de las flores, época florida que eligió Don Jorge como digno epitalamio de su boda, y también por ser esta la estación en que más flexibles tenia los huesos, más alegre el ánimo y más encendida la sangre, tres circunstancias imprescindibles para defenderse en las acciones vitales contra los estragos anulantes del tiempo sobre las naturalezas cacoquimias y los organismos amenazados de caducidad.

A los pocos días salió Valentina del colegio de las *Micaelas* y entró á formar parte de la nueva familia, llevada por la protectora mano de D. Jorge. Vestía todavía de corto, aunque ya se iniciaban en su cuerpo delicado las mor-

bideces de un capullo temprano; su rostro, ligeramente moreno, tenía escaso carmín, como pincelada murillesca sobre el rostro linfático de una Venus adolescente: una serenidad dulce había en la mirada de sus ojos inundados de luz inocente, advirtiéndose en su hermoso semblante la salud física y espiritual, como concepción surgida de las florestas, en lecho de rosas silvestres y teniendo por cobija talámica el cielo azul y las estrellas relucientes.

Cuando Raquel vió entrar á la colegiala, en sus labios infantiles se dibujó una sonrisa entre protectora y dulcemente autoritaria, como de amita de casa. Por indicación de su tío diéronse un beso las dos niñas. El de Valentina fué franco, amante y caluroso, como todo lo que emanaba de la bendita simplicidad de su buen corazón. El de la rubia, por el contrario, salió envuelto en aliento helado y fué parsimonioso, preventivo, como el que se estampa con simulada caridad en los tristes rostros de las hospicianas.

IV

DOÑA LAURA

De aquí no se pasa sin pintar á doña Laura, ó mejor dicho, sin trazar un breve bosquejo de su interesante persona. De su físico ya se ha dicho anteriormente lo bastante; pero como en verse elogiadas por lindas son insaciables las mujeres aunque peinen canas, y, como por otra parte, posible es que estas líneas sean recorridas por los ojos de la señora Hortigüela de Cascante, no quiero que me tilde de hombre poco cumplido ó de historiador de mala fé, si oculto á la pública contemplación las galas que

labraron los dedos del *Autor Máximo* sobre el bloque de su figura terrena.

Además de la justa armonía que se observaba en las líneas, curvas y perfiles de su estructura física, merece especial mención su bien torneada garganta, á la cual siempre dedicó doña Laura esmerados cuidados, traducidos en un constante y pacientísimo empolvamiento, porque, dicho sea aquí en secreto, la copetuda señora disputaba al tiempo con ahinco afanoso aquella parte de su cuerpo, fundamento de su coquetería en la edad juvenil, y principal ornato actual de su ajamonada figura. Entre la rubia mata de su cabellera abundosa, recogida en voluminoso peinado, cruzaban ya algunas hebras de plata. Implacable persecución sufrieron las primeras en nacer; pero convencida doña Laura de que á la acción del tiempo no se le gana ninguna batalla, dejó que se le inundara la cabeza de canas, pensando sin duda que era mejor tenerla blanca y no calva, extremo á que hubiera llegado si persiste en arrancarse veinte pelos blancos diarios, como lo hacía en las vísperas de su matrimonio con don Jorge Cascante. Una reflexión atinada, de esas que inventa la fantasía mujeril para consolarse de los ajamientos, tranquilizó por otro lado á doña Laura, la cual dió en suponer que sería una hermosa y respetabilísima matrona el día que su bermeja cabellera se tornara completamente blanca cual boscaje nevado. Es la última etapa de la coquetería femenil que termina en el mismo dintel del sepulcro.

Tan enamorada como D. Jorge del suyo, estaba doña Laura de su propio abolengo, pues descendía de un famoso legista tucumano que

tuvo gran importancia en los primeros congresos republicanos. Hay que advertir, como rasgo de aristocracia histórica, que doña Laura tenía por raíz única de su estirpe al notable legislador, no queriendo practicar otras averiguaciones en su árbol genealógico, porque sin duda temía encontrarse, más atrás del sábio jurisperito, con algún inmigrante humilde, prosáico y avariento, venido en busca de fortuna, y del cual descendía el Hortigüela ilustre y todos los Hortigüelitas insignificantes. Uno de los mayores méritos de los grandes hombres de América es su orígen humildísimo. Por eso la democracia de los pueblos americanos es más obra de la Naturaleza que de la razón. Apesar de esta verdad, existen en nuestra aristocracia histórica, hoy confundida con tantos elementos extraños como componentes entran en una droga complicada, algunos miembros que se pagan mucho de lo que tiene de historia el primero ó segundo de sus apellidos, aunque de ellos vayan colgando otros que á la legua huelen á potrero, almacén ó ferreteria, deducción de las alianzas entre la proceridad ilustre y la inmensa plebe en estado de opulencia que mora en suelo americano.

Mucho de esta afición á lo resonante sufría doña Laura desde su juventud, logrando, con gran satisfacción suya, soldar en su misma persona el Hortigüela parlamentario tucumano y el Cascante guerrero de Ayacucho, quedando oculto para la sociedad, ya que no para la Naturaleza, el Oneto, su apellido materno, gringo *per tutti cuatri costati*, y por las mismas fachadas miserable y plebeyo, aunque algo logró elevarlo la fortuna acopiada acopiando fru-

tos, circunstancia casi única que indujo al Hortigüela, hijo del repúblico tucumano y padre de doña Laura, mozo exhausto de virtudes y alicorto de bienes materiales, á solicitar la rica mano de la primogénita del italiano almacenista de cueros, ingertando en la opulencia obscura la flor de los linajes tucumanos.

Mas, así y todo, supo doña Laura permanecer en aquel punto de encumbramiento social que legítimamente le venía de su apellido paterno, y abrillantarse más todavía después de su doble enlace con aquellos dos vástagos de la militar estirpe cascantesca, célebre en los fastos anales de la guerra de la Independencia.

La confusión de clases en alianzas matrimoniales, y los pactos de la sangre histórica con la de una inmigración aventurera, sin otro lustre que el de la fortuna, adquirida "sabe Dios cómo„ (palabras de D. Jorge), producía también en doña Laura cierto invencible horror hacia esa descomposición social, principio sin duda de la nivelación definitiva de la familia humana.

De extremada delicadeza en sus gustos y aficiones, era doña Laura como el resúmen de ese encantador cultiparlantismo criollo que distingue á nuestras matronas. En todo ponía una afectación aristocrática, elegante y refitolera que, en fuerza de su arraigo, venía á ser natural, como lo es todo aquello que llega á connaturalizarse y á formar parte expresiva de nuestros rasgos físicos ó de nuestra fisonomía moral. Saludaba con gran parsimonia, con mucha levedad y compás en los movimientos de cabeza, creyendo sin duda que tales saludos debían valer doble por lo bien hechos. Cuando hablaba,

lo hacía siempre sin descomponer mucho la boca, expidiendo las palabras con la puntita no más de los labios, cuyo ligero fruncimiento debió resultar adorable en su edad juvenil; igual previsora moderación observaba al reirse, cuidando no enseñar los empastes ó el hueco de alguna muela desertora. En el andar y en toda su persona había no sé qué dejos ó reminiscencias de minué, de aquel movimiento graciosamente pomposo y coquetón con que nuestras inocentes abuelas derritieron el seso de los progenitores de nuestros papás.

Excesivamente versada en *mundología*, resúmen pansófico de las ciencias más elementales, era doña Laura como un dije entre el cogollito de nuestra aristocracia porteña. Sabía murmurar con agudeza de ingenio, por lo cual era codiciado su trato, pues en sociedad todos procuran llevarse bien con estos talentos de la crítica chispeante y un poco mordente. Además era doña Laura, en el eterno tema mujeril, las modas, una verdadera enciclopedia, pudiendo ser la historiadora del lujo y de las evoluciones del moño desde los tiempos de la desmelenada Eva hasta los empinados cucuruchos de la edad presente.

Entre los tenderos gozaba doña Laura de una popularidad extraordinaria, y no dejaban de estimarla, aunque el mayor gasto que les hacía era de paciencia. Pero ellos tenían mucha, y siempre les quedaba capital para resistir las frecuentes visitas de tan amable señora. Lo que la esposa de D. Jorge hacía revolver antes de comprar un trapo, solamente podían saberlo aquellos muchachos pálidos y ojerosos que se consumían tras de los mostradores de las tien-

das, jóvenes cuyas existencias van secando entre el trabajo y las miradas de las hermosas. Cuando la veían entrar con sus dos hijas y algunas veces con Valentina, ya estaban todos, escalerilla en mano, dispuestos á encaramarse á la estantería, quedando al poco rato la tienda completamente desbaratada, como si hubiera pasado por ella un ciclón.

Para contemplar y apetecer todo lo novedoso y elegante, poseía doña Laura una imaginación exaltada y un temperamento ecuatoriano. Había en sus deseos cierta grandeza que indudablemente provenía de su orígen por la línea del excelso repúblico. Pero cuando se trataba de aquirir, y, sobre todo, de pagar lo adquirido, el genio de la economía gringa que palpitaba en ella por la línea de los Onetos, venía á producir un justo equilibrio entre el valor de las compras y la cantidad asignada por D. Jorge para este renglón de la vida doméstica.

Sucedíale á doña Laura en estas frecuentes luchas de su complicado temperamento, algo de lo que le ocurría á Tartarin con su doble naturaleza de conejo casero y de conejo montés.

En este sentido, Raquel no se parecía á su mamá; casi no se advertían en ella vestigios de sangre *onetiana*, en lo que ésta tuviera de tendencia á conejo casero. Aquella niña, destinada á un profundo y perpétuo disentimiento con la aritmética, sin noción de los valores efectivos, vana como una almendra seca por dentro, hubiera sido capaz de liquidar por adquisición todas las tiendas de Buenos Aires.

Y ahora viene la parte espinosa del retrato de la esclarecida señora. Bien sabe doña Lau-

ra, con cuya amistad me honro, lo doloroso que me sería perder su afecto al sacar aquí á luz algo que pueda causarle enojo; pero, como dice don Juan Valera, mi ilustre censor literario, más que á hilvanar libros de entretenida lectura, soy yo aficionado á escribir *documentos humanos*, posponiendo la verdad al arte, aunque tengo para mí, como indesarraigable opinión estética. que no excluye la verdad al arte en la concepción espiritual por reflejo de vida latente...

Considerado por meras apariencias sociales, nada tenía que envidiar al de los ángeles el carácter de la señora Hortigüela de Cascante. Era una blandura exquisita, manso, dulce y aristocráticamente sencillo, que es la forma más refinada de la afectación y del orgullo. Su palabra, áun cuando encerrase una crítica de esas que levantan ampollas en la epidermis del amor propio ageno, era acaramelada, melosa, dejando caer las censuras y las sátiras con cierto tono benevolente y hasta quejumbroso que les daba un aspecto de verdad doliente. "Fulanita... ¡ay! ¡vieran ustedes...! es lo más buena... ¡Qué lástima *(aquí el alfilerazo)* que sea un poquito coqueta!„ De si era buena se dudaba, por la tendencia que en el mundo existe á no creer en las virtudes agenas; pero lo de coqueta, ¿cómo dudarlo ante aquel tono de pesadumbre con que doña Laura lo expresaba? Además, hay tal ambrosía en dar por ciertos los vicios de nuestros semejantes...!

En materia de aparentar tierna sensibilidad, ¿quién igualará á doña Laura? ¿Quién podrá imitar aquella intensidad suspirosa, ni aquellos extremos en el compadecer, ni sus expresivos

silencios con revueltas de ojos al cielo, invocando la misericordia de Dios hacia todos los desgraciados del orbe? Nadie, porque doña Laura era la imitación viviente, la naturaleza misma de la imitación, como esas actrices celebérrimas cuyos temperamentos están forrados con la posesión real de sentimientos ficticios. La menor desgracia que oía relatar á sus amigas, la muerte de un perrito faldero, por ejemplo, arrancaba en ella exclamaciones de dolor. "¡Ay, pobrecito, pobrecito *Pichicho!*,,—decía, enlazando las manos y clavando arriba lo blanco de los ojos con expresión de angustia.—Si la comunicaban que un canario se había muerto de sed, parecía que se le quedaba á ella seca la garganta, formándosele como un nudo opresor que le agorrotaba los suspiros, el aliento, la vida; y si por casualidad escuchaba que el débil pajarito entregó su alma al Dios de los volátiles entre las perversas y sacrílegas uñas de un gato, ¡ay, Jesús! ¡cómo se ponía la buena señora!; era cosa de ver los visajes y aspavimentos que hacía, sus estremecimientos de horror, sus muecas dolorosas, como si toda la raza felina hubiera clavado las zarpas en sus filantrópicas entrañas.

Pero, ¡cuán distinta era doña Laura de umbrales adentro, en su casa, y sobre todo en sus actos de pésima madrastra con Valentina de Olorón! A este pajarito de la pampa no le faltaba agua; pero, en cambio, ¡cuántos desgarrones propinaban á su alma las hipócritas uñas de la señora Hortigüela y las groserísimas, aunque menudas zarpitas de la envidiosa Raquel.

Aquella resplandeciente belleza de la Maldo-

nada, envuelta en no se qué nimbos de luz, con aquella tristeza serena y aquel mirar franco de sus grandes ojos, producía en doña Laura una antipatía recóndita, que, iniciada al poco tiempo de su matrimonio, se fué acentuando cada vez más, aunque trataba de encubrirla con suaves y dulcificadas palabras, en mala consonancia con sus actos opresores á cada paso ejercitados en las mil minucias de la vida cotidiana.

Sólamente el respeto forzoso que debía guardar á D. Jorge, pudo moderar en ella los impulsos tiránicos contra aquella infeliz criatura, blindada de paciencia, dándoles una forma de suprema bondad ante el público, para el cual pasaba la esposa del señor Cascante por la mujer más bondadosa y caritativa que contemplaron humanos ojos. Tras de aquella moderación puramente externa, que era en doña Laura como un remedo de la mansedumbre corderina, ocultábase el carácter atrabiliario de la alimaña, disfrazando con suma agudeza sus enconos y su tirria contra la pobre Valentina.

¿Y por qué esta ojeriza? ¿No había convenido con D. Jorge en admitir á la huérfana en su casa y hasta en ser para ella como una verdadera madre? ¡Ah! no hay más madre verdadera que la que ha tenido hijos en sus entrañas. Las otras son postizas, y como todo lo postizo, dotadas de un despego helante, sin esa soldadura de la sangre que es la liga de los únicos afectos indestrutibles. El cariño animal, residente en el seno de la Naturaleza desinteresada, es el más verdadero, el único inalterable en las relaciones de los seres; es un cariño físico, excluído de los dominios del ce-

rebro y de la voluntad, el gran comediante y la maravillosa actriz en todas las simulaciones que forman la cadena de engaño que arrastra la familia social.

En lo hondo de su sentimiento materno, sufría doña Laura el malestar de la envidia; le parecía que sus hijas se deslucían ante la belleza de la huérfana, que perdían algo de su brillo natural y hasta de su importancia histórica. Contribuyó, por otro lado, y muy poderosamente al aumento de este encono la preferencia afectiva de D. Jorge por Valentina. Aunque el buen mitrista acariciaba á las tres muchachas, ¡qué diferencia notaba su esposa entre las prodigadas á Raquel y Emilia, y las mimosidades y ternuras de que hacía objeto á su ahijadita! Había su razón para ello. Pues qué, ¿no merecían esta recompensa los calditos que Valentina le llevó á la cama en sus tristes horas de enfermo, allá, en las soledades de *General Godofredo Cascante?* ¿No habían de valer nada aquellos esfuerzos penosos para gatearse por el taburete hasta la cabecera de su cama? ¿Y el arrancarse el delantalito y la enagüita, todo su lujo, para taparle las heridas que se hizo cortando leña? ¿Y aquellos sollozos angustiosos al ver cómo le brotaba la sangre? ¿Y aquella alegría y aquel palmoteo de angelito cuando le decía, "¡ya no *sanglas*, ya no *sanglas!*„? ¿Y el *tlapito* que le quería poner en el costado para curarle la tos? ¿Y las siestas que echaron juntos, recostada ella sobre el pecho de D. Jorge que le tapaba la cabecita con su pera, como si fuese el ala de un pájaro cobijando á su pollito? ¿Y tantísimos besos? ¿Y tantísimos abrazos como le dió en las botas de

montar, porque la pobrecita no alcanzaba más arriba. . . ? Convénzase usted, doña Laura, de que todas estas cosas pueden mucho en el corazón de un hombre de índole tan generosa como D. Jorge.

Pero ¡cá! no se convence. Una sospecha, hace tiempo abrigada, comienza á echar raíces de certeza en su espíritu ante el ciego cariño que su esposo profesa á la huérfana. La señora Hortigüela es mujer experimentada y sagaz. Ella conoce la realidad de la vida, y lo no visto realmente, surge verídico en su conciencia por un maravilloso poder de presunción. Además, ella sabe muy bien del pié que cojean los Cascantes. Les viene de casta la afición mujeriega y la tendencia á los amores prohibidos. El general Godofredo Cascante ha dado más que hacer á los historiadores y apologistas con sus empresas galantes que con su rol en Ayacucho. ¿Y don Cárlos? ¡Buen pájaro estaba hecho! ¡Qué bríos para la deserción marital! Y luego á casa con las flores mustias, un rosal que daba grima en lugar de despertar afición, todo ajado, desgarrado y marchito; y soporta, Laura, soporta su fragancia apestosa, su olor á pueblo perdido; y muérete de rabia y de despecho al lado de un mostrenco atrófico que dormita con sueño de modorra. . . Pues sí don Cárlos, siendo casado, hacía lo que hacía, ¡qué no habría hecho don Jorge en su vida de solterón?. ¡Oh!, ella conocía ó adivinaba el género de existencia de esos estancieros ricos, viviendo en plena naturaleza, á presencia de sus gestaciones expontáneas y de sus alborozos fecundos, en medio de hombres rudimentarios, pristinos en todas las manifestaciones del senti-

miento, y de mujeres indóciles á la disciplina orgánica, sin ese grillete social de educación temerosa que contiene los nuevos brotes del alma y ahoga la vida ávida de vida.

Doña Laura conocía el influjo que estos reyezuelos de estancia tienen sobre el gauchage. Sin duda fué la madre de Valentina una linda gacela de la pampa, una indiecita de ojos negros y mirar fogoso; y Calixto de Olorón un salvaje domesticado bajo la férula patronil. Don Jorge, acosado por el deseo que le bramaba en los profundos senos de su mozo organismo, iría al rancho, y con sagacidad urbana, arrancaría á la gaucha del poder de su esposo, ó de su hombre, para llevarla á la estancia, y una vez allí... ¡Oh! doña Laura conocía muy bien á los Cascantes. Hubo lo que hubo, y después hubo una *Maldonada*... ¿mal donada? "¡Quién sabe si no fué bien donada!,,

El gaucho Calixto se murió, como un caballo cansado, con la yerba mate entre los dientes, en una cama sin sábanas, quizá en el suelo, envuelto en un poncho descolorido y rotoso, sin toma de drogas, ni asistencia de médico, ni unción de sacerdote representando al Espíritu Santo. La gaucha se fué con otro, y luego con otro, y después con otros... La que fué de dos, bien podía ser de doscientos, por impulso propio, por simpatía, por variada ley de atracción, que es la única ley que rige en la Naturaleza pura: derecho de albedrío, libertad radical, como la del sol, que sale y se oculta cuando se le antoja.

¿Y por qué se fué la gaucha del establecimiento? Este punto lo veía oscuro doña Laura. Quizá D. Jorge la echó de allí con desprecio

y rabia por haberle jugado alguna mala pasada con cualquier domador de potros, del cual se enamoraría ella al verle rendir un bagual, lo mismo que las señoritas vanas se enamoran de los bonitos lazos que los *cajetillas* se hacen en sus corbatas. Luégo, al irse la gaucha, rendida de amor con el rendidor de animales, pretendería llevarse su hijita; pero D. Jorge... "¡Oh, como si lo viera...!,, D. Jorge no lo consintió y la retuvo á su lado para gustar la golosina espiritual de los besos de aquel angelito, que era... "¡cómo no! ¡suyo, suyo!,, — exclamaba mentalmente doña Laura. — "No hay quién me lo quite de la cabeza, estoy segura, segura, segurísima!,,

Y llevada de esta obsesión tenaz, se le figuraba ver entre su esposo y Valentina un parecido idéntico al existente entre una bala y un perdigón. No había más diferencia que el tamaño y el sexo; en lo demás le parecían iguales, el mismo color, la misma mirada, á ratos solemne, á ratos vivaz, y hasta cierta similitud en los sentimientos, pues ambos amaban el campo y les agradaba enajenarse en el puro ambiente de la pampa, entre los pájaros y los corderos, sociedad menos ofensiva y quizá más agradable que la humana.

Fuése poco á poco afianzando en su mente la idea de que, bajo la fina epidermis de Valentina, hervia la gloriosa sangre de los Cascantes, y se sintió ofendida al verla ingertada en tan humilde casta gauchesca, sin reparar que no era menos humilde la calabresa rama de los Onetos. De día en día fué cobrando á la muchacha mayor antipatía, oculta siempre en un disimulo sagaz y disfrazada con palabras dul-

ces, que venían á ser como las caricias que prodiga la zorra con su pomposa cola á las víctimas que han de caer seducidas bajo el poder atarazador de sus mandíbulas.

Por de pronto convenía deshacer el run run que circulaba entre sus relaciones apropósito del vínculo natural que podía existir entre Valentina y D. Jorge, destruyendo presunciones infundadas y demostrando que era simplemente una niña amparada por caridad, sin que ningún lazo de parentesco la uniera à las históricas estirpes de los Cascantes ni de los Hortigüelas. Llevada de este propósito, y con un acento de suprema condolencia que la acreditaba como la estampa misma de la filantropía, no cesaba de propalar la triste condición de la desgraciada niña, recargando, entre simulados suspiros, su orígen miserable. De este modo, al mismo tiempo que ponía de relieve sentimientos de generosidad que no poseía, dejaba establecida la diferencia existente entre sus hijas y aquella desgraciada, recogida, puede decirse, de en medio del arroyo, como cosa repugnante emanada de la sensualidad del pueblo.

La señora Hortigüela no se conformó con esta divulgación. Un día que Valentina despidió á D. Jorge que salía para *General Godofredo Cascante*, diciéndole: "Adiós, papá, que le vaya bien,,, doña Laura, después que salió su esposo, preguntó á la huérfana, en un tono muy benévolo:

—Decíme, niña: ¿por qué le llamás papá, si no es tu padre?

Valentina quedóse sin saber cómo responder, pues desde que se inició en los primeros balbuceos del lenguaje, llamaba de esta manera á su protector. Al fin, aturdida, dijo:

—Siempre le he llamado así. Como no he conocido más padre que él... Pero si á usted no le gusta...

—No es eso. ¡Pobre muchacha! Es que...

Doña Laura no acertaba á formular la prohibición.

—Si á usted no le gusta que le llame así—repitió Valentina, que la conocía demasiado—le llamaré como usted quiera.

—Vos debés saber cómo se nombra á las personas que no son parientes por ningún lado,—dijo doña Laura, ocultando con una sonrisa, disfrazadamente amable, la frialdad de sus palabras.

—Sí, ya sé; pero... Quisiera pedir á usted un favor.

—¿Favor á mí? Pero ¡niña! ¡Valentina! Si aquí estás como de la familia, lo mismo, muchacha, lo mismo. No sos nuestra hija; pero te consideramos como si lo fueras. Aunque tu origen es así, tan, tan...

La señora Hortigüela no podía hallar la palabra, á la vez inofensiva y clara. Por último, dejando trunco el concepto, agregó:

—Basta que Jorge te recogiera de chiquilina para que yo te quiera tanto... tanto como él.

—Sí, señora, sí; yo agradezco á usted todo lo que hace por mí. Gracias á su buen corazón me veo amparada en este mundo.

—¿Y qué favor era ese?—preguntó la señora—¿Alguna sonsera? ¿no?

—Que me permita usted llamar á su esposo tío Jorge, como le llaman Raquel y Emilia.

—Pero ¡niña! Si no es hermano de tu papá ni de tu mamá. Yo no te privo que le llamés como querás; pero me parece impropio que...

—Cierto, cierto,—la interrumpió Valentina, en un tono quedo y profundamente triste—Le llamaré D. Jorge. Usted tiene razón, porque la gente podría decir que me quiero hacer pasar por pariente de ustedes, siendo una simple recogida, que debía estar sirviéndoles.

—No digás esas cosas, Valentina. ¿Vos sirviéndonos, como una mucama? Para eso no te *hubièramos* recogido.

—Fué D. Jorge el que me recogió—se aventuró á decir la huérfana.

—Sí, él fué realmente; pero yo te admití luego en esta casa—repuso la señora con sequedad incisiva, volviendo al momento á su sonrisa con máscara de afabilidad.

La Maldonada guardó silencio y se retiró, conmovida por hondísima pena. Una vez en su cuarto, pensó en D. Jorge, en aquellos felices días de la infancia que pasó á su lado, los dos solitos en *General Godofredo Cascante*, amándose con toda la ternura de un padre y una hija, embobado él con ella, con sus sonrisas infantiles, con sus caricias, con sus besos; gozosa y alegre ella cuando le veía con salud, sin aquella pícara tos que le sofocaba y le ponía de mal humor "Yo quisiera cuidarle sola—pensaba Valentina,—solita no más, sin que pongan la mano en él, cuando está enfermo, ni doña Laura, ni Raquel, ni Emilia, ni nadie, vaya, lo que se dice nadie. Yo le había de curar con sólo besarle, con sólo estar siempre á su lado, recordándole cualquier sonserita de cuando vivíamos solitos en el campo. ¿Porqué se habrá casado? Por mí, no hay duda, lo ha hecho por mí, para que yo viva en familia y disfrute de las cosas de Buenos Aires; de

la Ópera, de Palermo, de todo. Si supiera él que doña Laura me ha prohibido . . . porque me lo ha prohibido . . . Ella lo ha dicho así, de cierta manera . . . pero la cosa es que no quiere que le llame papá. Y no tengo más remedio que darla gusto, y callar, callar siempre, para que esta casa no sea un infierno por causa mía.„

Y á todo se callaba, con una prudencia reflexiva que no suele ser propia de la edad juvenil.

Advertida de la deprimente propaganda de doña Laura, sufría con resignación humilde, en silencio paciente, todos aquellos vejámenes disfrazados con vocablos de miel, lo mismo que los envenenadores envuelven en almíbar el arsénico que han de propinar á sus víctimas. Ya no ignoraba nada acerca de su orígen, historia lúgubre que siempre le había ocultado la generosidad de D. Jorge. Sabía que era hija de dos salvajes, de un gaucho identificado con la vida de los potros, y de una *china* montaraz como una cabra, bestializada en brazos del gauchaje, regida puramente por su instinto animal y prostituída á la luz del sol.

De todo la había enterado la perversa Raquel, con esa fruición de precocidad criminal que experimentan los niños cuando hincan una aguja en las entrañas de una mariposa, gozándose en el horrible martirio de una agonía por clavazón.

Doña Laura, de intento para que se lo contara á la huérfana, le había relatado á su hija toda aquella historia que ennegrecía la existencia de la infeliz criatura. Raquel satisfizo el deseo de su mamá y el suyo pro-

pio, que no era menos hostil; y una tarde... pero esto merece capítulo aparte.

V

LA VIBOREZNA

Para propinarla el *estiletazo* eligió Raquel el paseo de Palermo, donde la llevó en el espléndido carruaje de la familia. En el fondo del landó, que iba descubierto, destacábanse las dos figuras, muy elegantemente ataviadas; Valentina con una elegancia que emanaba de su propia persona, realzando con su figura al traje en lugar de ser realzada por éste, libre de toda afectación y coqueteo, ostentando una seriedad dulce, femenil y encantadora. La delgaducha figura de Raquel, con sus miembros consumidos, palpitaba dentro de un ahuecado traperío de colores saltantes; parecíase al escurridizo cuerpo de una culebra envuelta en blondas y encajes, dentro de cuyas suavidades sedosas se estremecía de celos por su compañera, y la retorcían otras fiebres calcinantes en que constantemente se freía su naturaleza ardorosa, que venía á ser como la sartén de sí misma.

Al atravesar el portón que dá acceso al aristocrático paseo, la culebra sacó su áspid rebosante de veneno, y sin que ello viniera á cuento, lo derramó todo en forma de un relato que produjo una impresión tremenda en el ánimo de la pobre Valentina. Creía ésta, porque así se lo dijera D. Jorge en una ocasión siendo todavía ella muy niña, que sus padres habían muerto en *General Godofredo Cascante.*

"Tu papá sí que murió en la estancia—dijo

el hermoso reptil;—pero tu mamá vive, y está en la última miseria, hecha una arrastrada, hijita, viviendo entre la chusma del campo, llena de vicios, degradada... esta es la verdad.,,

¡Qué rato llevó la infeliz Valentina! Primero se le formó nudo de angustia en la garganta, una montaña de dolor y vergüenza en el alma, que luego se resolvió en una explosión de sollozos mal contenidos, como la corriente de un río sugeta en represa por débiles diques.

Iban por medio del paseo, en el centro de una larga fila de carruajes, ocupados en su mayor parte por una aristocracia de *plata* surgida de improviso, como los hongos después de una noche de rocío. Cuando Raquel observó que á los ojos de Valentina se agolpaba el llanto, apresó una de sus manos entre sus escuálidos dedos, convulsos y palpitantes, remedo eléctrico de las recién cortadas patitas de una rana, y... "no llorés, hijita—la dijo,—porque nos vamos á poner en ridículo. ¡Qué vergüenza! ¡Cayáte, por Dios! La cosa tiene fácil remedio. Te vas al campo á reunirte con tu mamá... mañana mismo si querés, ó pasado, cuando querás. Yo influiré con tío Jorge y con mamá para que te dejen ir... Mamá te dejará enseguida que vos se lo pidás. Pero ahora, cayáte. ¿No ves que nos miran? ¡Hijita! no se puede salir con vos á ninguna parte.,,

Valentina de Olorón hizo un esfuerzo inaudito para serenarse, primer ensayo de los amargos disimulos que habían de rodear su vida. Puso cara sonriente, violentando las doloridas fibras de su alma, como las santas que en el potro del martirio sonreían á sus verdugos. Las lágrimas, expansión física de

todo dolor, pugnaban por salir fuera; pero un movimiento acelerado de los párpados las contenía, diluyéndolas dentro de los ojos y quemándoselos, cual si en ellos se derramara un líquido corrosivo.

¡Qué fulgores de tan extraña belleza despedían entónces aquellos luceros! Era la poesía del dolor viviente, real, efectiva, condensada en las ahogadas lágrimas de aquellos ojos y en las palideces de agonía de aquel rostro, trasunto fiel del consorcio creador de Dios y la Naturaleza, para unir al supremo sentimiento, emanación divina, las supremas galas del mundo físico. Valentina parecía en aquellos instantes el símbolo de una porfía creadora de la extrema hermosura. Los místicos hubieran visto en ella á la *Rosa de Jericó* saludada por el arcángel Gabriel; los naturalistas una encarnación del sol, de la atmósfera azul, del firmamento estelífero y de los campos floridos.

Todos los paseantes la contemplaban con expresión de asombro, cautivados por su belleza que eclipsaba á la de Raquel, lo mismo que el resplandor de los astros magnos oscurece la luz de sus satélites. "¡Qué muchacha linda!„ —"Es Valentina de Olorón„—"Dicen que es hija natural de D. Jorge Cascante„—"¡Fijáte, ché, hermano, fijáte...! ¡qué muchacha!„ —"¡Compañero...!!..¡¡qué cosa rica...!!„

Y en todo el paseo no se hablaba sinó de la belleza de Valentina, con mucho entusiasmo los hombres, mezclando á los elogios inauditas groserías con tufo de potrero, que no pueden decirse aquí. Las mujeres la elogiaban con comedimiento dictado, más por la envidia que por espíritu de justicia. "Cierto que está linda;

pero ¡hijita! no es para tanto",—se decían entre sí, con ese perfecto acuerdo que, contra el común peligro, emana de las voluntades más disolventes.

En aquel instante pasó rozando al landó un ligero tílburi, arrastrado por un arrogante alazán que guiaba un joven apuesto y en extremo simpático. Era sumamente conocido de las dos muchachas, á las cuales dirigió un expresivo saludo. Raquel le contestó, poniéndole cara de merengue, de pastel reblandecido y todo lo dulzona que podía dar de sí su afilada fisonomía. Valentina, apenas hizo un leve movimiento de cabeza, aunque abrió mucho los ojos, asomando á ellos, por entre aquellas fluctuaciones de amargas sonrisas y lágrimas incontenibles, un chispazo de alegría verdadera que los expiadores ojos de Raquel no pudieron observar, sin duda porque la emoción del encuentro había atenuado en ellos su poder penetrante.

El jóven del tílburi miró á Valentina con amorosa aunque rápida insistencia, observando en su rostro las huellas de aquel sufrimiento disimulado que de manera tan excelsa aquilataba su natural hermosura.

Las vivas emociones que entónces agitaron su alma, resolviéronse en forma de un despiadado latigazo sobre el lustroso lomo del soberbio alazán que partió á paso de relámpago, piafando y ciego de ira, perdida toda noción de su civilizada elegancia y vuelto al primitivo estado bagualesco de sus progenitores. Justa ira y justo desenfreno. ¿Qué culpa tenía él de la tristeza de Valentina de Olorón.? Era cosa de encalabrinarse del todo, abandonar el trote

pedantesco con que se lucía su amo en el paseo, y emprender una carrera loca, de lebrel hidrófobo, hasta estrellarse contra las firmes llantas de un carro de mercancías ó contra los muros de un palacio, un suicidio por hipomanía, que produjera al mismo tiempo la reducción del tílburi á mil astillas y el rompimiento de la crisma de su dueño. No lo hizo así el alazán, en cuyo arrogante pecho amainó pronto el tempestuoso furor, llevado sin duda de ese instinto de conservación que casi siempre asoma á través de las más desesperadas situaciones del ánimo: ó quizá . . . vayan ustedes á saber lo que pasa por la cabeza de un corcel tan civilizado . . . puede que juzgara su atropelladora carrera como un desplante de mal gusto en miembro tan distinguido de la aristocracia caballar. El caso es que volvió, aunque dando fuertes resoplidos de soberbia y enojo, á su pausado y coquetón trotecito, con mucho braceo y arqueamiento de cuello, mucha tiesura de orejas y dando de vez en cuando agudos relinchos, como para anunciar su paso por las calles de Buenos Aires, pues á todo esto llegan las ínfulas de esos animales educados en la atmósfera de las altas vanidades.

Pero si el gallardo pingo llegó completamente sosegado á casa de su dueño, no gozaba éste de la misma tranquilidad de espíritu. Cuando subió á sus habitaciones, (la casa del jóven aludido era de altos) se hallaba tan desazonado y furioso como el alazán al recibir el injusto latigazo en Palermo. Paseábase á grandes zancos, y no cesaba de decir, hablando consigo mismo: "*Me* la han entristecido, *me* la han hecho llorar! ¡Pobrecita Maldonada.!

Se le estaban saltando las lágrimas de los ojos, de aquellos ojos hermosos y dulces que me sacan el alma de quicio; y ella... ¡si es más sufrida...! lo disimulaba con sonrisas de hiel. De seguro... á la fija, á la fija... que Raquel la iba mortificando. ¡Qué muñeco infame.! Con esos ojos de gata encelada y ese bonito hociquín de comadreja... nada, no puede salir nada bueno de ella. Esta noche he de saber por qué lloraba Valentina, y si... ¡ah, no hay qué hacerle...! Si doña Laura sigue deprimiéndola entre sus relaciones, y la *Michina* sacando sus uñas y arañándola á cada rato, cualquier día no más hago una barrabasada; me voy allá, la saco de la casa y la llevo á lo del general Concorra, al lado de *misia* Carlota, hasta que sea mayor de edad y nos casemos. Nada, nada, doy el gran campanazo; yo no puedo tolerar... ¡estaría bueno...! que esas dos viboritas me la estén haciendo sufrir como una mártir...„

En este órden de explosiones amatorias y pensamientos decisivos siguió aquel jóven largo rato, con la persistencia emanada de esa pasión vigorosa que más se afianza en el alma cuanto mayores sean los obstáculos que se opongan á la consumación de sus anhelos.

Mientras tanto, la aristocracia surgida como los hongos al influjo fecundante del latrocinio político, comenzaba el desfile, y, roto el dique zurdamente ceremonioso que imperaba en el paseo, iniciaba la mayoría de los paseantes el desbande á todo el galope de los rusos, en quienes parece se hubiera condensado el brío que puede adquirirse entre las nevadas estepas y bajo el tristísimo sol del vasto imperio de los zares.

Al corto, pero seguro trote de dos mestizos

criados en los pastizales de *General Godofredo Cascante*, rodaba el landó en que Raquel y Valentina regresaban silenciosas á su casa; la primera exhibiendo sus galas cuanto podía á los transeuntes y repartiendo sonrisas á sus relaciones, no tanto por la alegría del encuentro como por mostrar las blancas y bien enfiladas piezas de su dentadura de... (aquí viene bien un poco del marfil tan prodigado por esos poetas que tienen lleno el cerebro de colmillos de elefante...) La otra, Valentina, iba medio oculta en el fondo del carruaje, sustrayéndose á las miradas de admiración que despertaba su belleza, cosa rara, dados los instintos vanidosos de toda mujer hermosa.

No se hallaba tan triste y agobiada como fuera de presumir después de aquella negra historia que Raquel la contara, sin circunlocuciones ni atenuación de ningún género, sino ruda y descarnadamente, para que la herida fuese más honda y más activo el veneno de su perverso relato. La Maldonada habíase serenado y rehecho del doloroso efecto que al pronto le produjo la noticia; parecía como si una resolución extrema, de esas que hasta los séres más débiles adoptan en las situaciones culminantes de la vida, hubiera llevado á su ánimo, valeroso de suyo, los gérmenes del sosiego, de una tranquilidad en gran manera útil á la solución de los problemas más árduos.

Pero, hay que decirlo; no era obra exclusivamente de su razón aquel consuelo, aquella confianza en el porvenir. Otro sér más fuerte que ella se había introducido en su pecho y vivía en él, en espiritual y estrechísimo consorcio, con el corazón arrimado al suyo para sostenér-

selo é infundirle valor en las horas de desaliento; otro cerebro meditaba bajo sus rizos, hilvanando ideas muy altas que ella no acertaba á comprender exactamente, pero que, así y todo, tenían la virtud de convencerla, sin saber fijamente de qué se convencía; su alma, ántes inquieta y azarosa, veíase ahora envuelta en los anchos pliegues de otra alma, grande sobre toda grandeza, y hermosa sobre toda hermosura, sintiendo inefable consuelo en aquella prisión que era su amparo, su guía, su sostén, su luz, su religión, su universo, su todo . . . Porque aquel sér, figura efectiva y perecedera en la naturaleza material, pero inmortal encarnación emblemática de todas realezas, no cesaba de decirla en ese lenguaje sin modulación de palabras que inventó el amor: "No tengas miedo, dueño mío, que yo te elevaré contra los que quieren oprimirte. No te asustes de tu orígen, porque el sol siempre sería sol aunque naciera de un estercolero. No te apenes por nada, alma mía, que yo te daré mi nombre, y te consagraré mi vida, y te mostraré al mundo como el dechado de todas las divinidades. Para mí no eres humilde; para mí no hay humildes en la tierra, y tú vales más que toda la aristocracia universal con su corte de princesas.,,

Y mecida por la dulce melodía de estas promesas, obtenidas por una excitación de la fantasía que tornaba en coloquio lo que solo era soliloquio, se ocultaba más todavía en el fondo del carruaje, como para gozar, en éxtasis libre de extrañas miradas, de aquella latente visión interior, regocijo de su alma y consuelo de su atormentado espíritu.

De pronto, un leve vestigio de independen-

cia mental y sensible, le sugirió esta interrogación: "¿Y mi madre?„

—Quiero lo que tú quieras—repúso el otro pensamiento que, dentro del suyo, llevaba la Maldonada.

—¡Oh, gracias! ¡Qué bueno eres!

De un nuevo movimiento de independencia cerebral, mezclado con un ligero asomo de desconfianza, nacieron estas preguntas

"¿Y te avergonzarás de ella? ¿Podrás quererla?„

—No me avergonzaré, y he de amar todo lo que tú ames.

—¡Oh, querido! ¡alma de mi alma! ¡vida de mi vida!

Y se agazapó más en el carruaje, hasta quedar hecha un ovillo.

Estaban muy cerca de la casa cuando Raquel la preguntó:

—¿Has visto á Sebastián Langredo?

—Sí; de pasada no más le ví cuando nos saludó en Palermo.

—¡Hijita! . . y ¡qué orgulloso se ha vuelto! ¿A vos te gusta ese mozo?

—¿Te gusta á vos?—preguntó á su vez Valentina de Olorón.

—¿A mí.? Salí, hijita, ¡qué me ha de gustar!

—Pues á mí tampoco.

Y sin decirse más llegaron á la casa, bajaron del coche y penetraron en ella, dirigiéndose cada cual á su habitación respectiva.

En el patio salió Emilia al encuentro de Valentina, y en medio de un abrazo, la preguntó:

—¿Te has divertido mucho?

Y aproximando los labios al oído de la huér-

fana, confundió con un beso esta otra pregunta, hecha en un tono bajito y misterioso:

—¿Le has visto, ché.? Pasó por aquí; yo le ví desde el balcón. Me pareció que me preguntaba por vos con los ojos, y yo le contesté con los míos: "Allá se fué hace rato.,,

—Me he divertido mucho ¡mucho!—dijo Valentina, contestando en voz alta á la primer pregunta, y muy bajito á la segunda: "Sí, le he visto; estaba muy triste.,,

—Se ha divertido lo que no te podés imaginar—dijo Raquel á su hermana, con una sonrisa en los labios como no la tuvo Juvenal al escribir la más punzante de sus sátiras.

VI

INTERIORIDADES DOMÉSTICAS

El matrimonio de D. Jorge y doña Laura Hortigüela, resúmen insignificante de una estirpe de guerreros y de otra de legisladores, vivía en un pie de lujo burgués y boato *estancieril* que influía sobre manera para que la alta sociedad bonaerense no echara en olvido aquellos nombres que ilustraron la historia de América. El viso social de los cónyuges mantenía en la memoria del mundo activo las figuras del legislador tucumano y del guerrero de Ayacucho, obteniendo por reflejo cierta importancia histórica y un saborcete de familia patricia que envanecía de un modo extraordinario tanto á D. Jorge como á doña Laura.

La casa que el matrimonio ocupaba en la Avenida de Alvear era de bonito aspecto exterior. Tenía la fachada pintada de rojo, simulán-

do ladrillos descubiertos, con un balconaje elegante y severo, producto de las ferrerías inglesas que tan grande impulso han dado á la industria del hierro aplicada á las artes ornamentales. Las habitaciones interiores obedecían á un plan distributivo que no carecía de buen gusto. En el comedor, amplio y plagado de luz, veíanse lujosos aparadores de roble tallado, á través de cuyos vidrios se contemplaba una vajilla de plata labrada, herencia de las abuelas, que, viviendo en la época colonial, sintieron afición á ese lujo castellano que estriba más en el valor efectivo de los metales que en las delicadezas del arte. Con estas piezas antiguas alternaban otras de porcelana de Sajonia y caprichoso cristal, pregonando con su relumbre y originales dibujos la preferencia de doña Laura hácia las corrientes del arte moderno. Los muebles de la sala eran de absoluto estilo Luis XVI, según opinión de la dueña de casa, que era un verdadero prodigio de erudición en las evoluciones históricas del mueblaje.

Junto al balcón, por cuya amplia cavidad se zampaba á torrentes la luz de la calle, hallábase el piano de media cola, muy dolorido en su organismo sonoro á consecuencia del constante tecleo en que le tenían los treinta dedos de las señoritas de la casa; los diez de Raquel, con ínfulas de concertistas, extrayendo del alma mecánica del instrumento las armonías que se agitaron en el artístico espíritu de Beethoven; los de Emilia enzambrados con todo linaje de bailables y alegres tocatas, música que servía de respingadero á su feliz corazón, columpiándose su naturaleza física con los susurros amo-

rosos de los valses y las mazurkas; y por último, los de Valentina dando á la *Vidalita* desconocidos acentos de melodía campestre y procurando copiar con sus sonidos todos los ecos armoniosos de la Naturaleza.

También de vez en cuando solía ser víctima el instrumento de las expansiones musicales de doña Laura, que evocaba en sus teclas, con mucha revuelta de ojos y trastornables vaivenes de cabeza, las reminiscencias de algún aire de minué, á cuyo compás quedó prendido su corazón en las redes amorosas del primer Cascante. ¡Cuánto líquido había corrido desde entónces por el cauce del Río de la Plata.! Sin embargo, aún existía en ella algo que se parecía á chispas de ilusión, mal amortiguadas entre las pavesas de los años; pero aquellas chispas ¡qué lástima! animaban ya muy poco el cenicero de D. Jorge, cuyo pecho venía á simbolizar el volcán apagado de toda una raza de galanteadores.

A la sala seguía la habitación de los cónyuges, que más bien era aposento de viuda, porque al año de casados, D. Jorge se trasladó á la última pieza, en el fondo del patio y á muy pocos pasos del gallinero, con objeto sin duda de estar á la mira de todo cuanto ocurriese entre sus pensionistas y acudir á sus alborotos. Acompañábale en su cuarto día y noche el *Gaucho Pobre,* importante personaje plume del cual hablaré más adelante.

En la intimidad de sus nocturnas soledades, doña Laura se entregaba á profundas meditaciones sobre la esencia vital de la obra humana, sacando, por especulación sobre su propio organismo, deducciones desconsoladoras acer-

ca de la poca concordancia vivificante que suele existir en las postrimerías de los ayuntamientos físicos. "¿Por qué, señor, no se ha de concluir todo á un mismo tiempo?„—interrogaba doña Laura al que corra con esto de la armonía universal. Y la cristiana señora abogaba en sus soliloquios por la caducidad simultánea, entregándose á suplicantes rezos para pedir á Dios que avivara á D. Jorge, ó le pegase un porrazo en la cabeza á la sierpe concupiscente que ella llevaba dentro de sí, apretándola con sus anillos de fuego y haciendo brotar con los picotazos de su áspid ideas pecaminosas que la causaban espanto.

No careció de ilusiones el primer año de matrimonio. Al poco tiempo de realizado, doña Laura sintió ciertos amagos de náuseas y vomitillos, y hasta tuvo el antojo de comer unas cerezas fuera de época. Cuando el viejo Cascante observó estos síntomas de repoblación, no pudo menos de exclamar para sus adentros, con aquel prurito bravío que fué el rasgo saliente de su raza: "¡Entoavía sos gaucho...!„ Pero nada, no resultó nada de todos aquellos preludios que la imaginación de doña Laura llevó á los extremos concuasantes. Las náuseas, los vomitillos y los antojos fueron "pura parada de embarazo„; coqueteos y gazmoñerías de vieja que presume de rosa desflorada y se pirra por las mimosidades talámicas.

Contigua á la habitación en que doña Laura desbravaba sus espasmos con altísimos pensamientos de moralidad fisiológica, se hallaba el cuarto de Raquel, un estuche digno de tal alhaja. Era aquel aposento una especie de museo de chucherías; por todas partes se veían gatitos de

barro, de goma y de laca, con el pelaje erizado, alborotadas las barbejas y sacando las uñas, lo mismo para reñir que para hacerse el amor; infinidad de palomitas de porcelana con el pico abierto en un jadeo de sensualidad, las alas ahuecadas y repichoneándose en parejas. La cama en que reposaban las doncelleces de Raquel era de color de caña, con almohadones de pluma, colchilla rellena de lo mismo y forrada con seda de un azul muy vivo. Sobre la pared, encima de la cabecera, veíase una alegoría del amor humano disfrazado con angelitos y sirenas, obra de un acuarelista francés; el doncel, con alas de buitre, besaba en la boca á la desposada, que tenía los ojos desmayados y fingía carecer de fuerzas para no dejarse abrazar. Debilidades del sexo débil cuando le agrada la fuerza....

Sobre el tocador, mueble de mucho lujo, toda la frasquería con que las elegantes rocían sus gracias, para oler, más que á mujeres, á claveles de farmacia; allí el arrebol para las mejillas, simulando los rubores de la inocencia. ¡Buena está la inocencia en nuestros días!; allí el carmín para dar el fresco rojo á los labios, secos por las emociones sufridas en el último sarao; el lápiz de carbón para pintar ojeras incitantes, dando á la mirada profundidades que sinteticen la pasión rabiosa, una simulación de poesía plástica que es pura lujuria.

Encima del veladorcito, para entretenimiento nocturno, una novela de Jorge Ohnet, el cronista de la prostitución elegante, doblada la página en aquella escena que la condesa, casada con un cacoquimio viejo banquero que ya no puede con su alma ni con su cuerpo, se deja

besar y algo más por el apuesto capitán de caballería en el más oscuro rincón de un huerto florido. De memoria sabía Raquel aquella escena. Ayudada por el detalle plástico del fotograbado, veía al capitán saltando tapias, como bandolero de buen tono; escuchaba el sonajeo de sus espuelas, le contemplaba cruzando el jardín en dirección á la cita; y su cuerpo, envuelto en finas sábanas de Holanda, extremecíase bajo presiones sensorias de alta graduación, cuando la condesa dice al capitán: "No, por Dios, no por Dios!„ y más se deja hacer cuanto más protesta, sin duda por dar mayor aliciente á lo que el banquero, arrumbado por sus achaques, no puede disfrutar como aquel guapo guerrero de academias.

Para Raquel venían á ser los libros de Ohnet cursos de intriga social, escuela de vicios elegantes y academia de terminología amorosa, casi siempre cursi y más empalagante que el jarabe y la goma arábiga.

De la habitación de Emilia, seguida á la de Raquel, hay muy poco que contar. Como detalle característico de su índole generosa, se veían en las paredes, enganchados en un aparato de pintadas pajas, los retratos de casi todas sus amigas. Aquella buena muchacha, alegre como unos cascabeles y linda como un lirio, tenía el culto de la amistad. Gozaba lo indecible reclutando afectos y haciéndose querer por todo el mundo. ¡Qué satisfacción la suya cuando podía dar ocasión para que dos novios se juntaran, se hablasen ó se pasaran guiños.! Con su fino instinto y natural agudeza, era el ángel tutelar de los enamorados en salones y tertulias. Gustaba de todo lo delicado y

femenino. El mueblaje de su cuarto se componía de piezas pequeñas y de extremado buén gusto; una cama de boj que parecía cuna, cubierta todo el año por un mosquitero en forma de esparavel; un roperito de nogal con listones de guindo, lleno de compartimentos y separaciones, con un espejo por puerta, y en él un ramo de flores pintadas al fresco; un tocador sumamente caprichoso, con todas las piezas de servicio llenas de figuras japonesas bajo sombrillas de mil colorinches y con el dedito tieso, como si fueran á decir algo de substancia; otro mueble que los franceses llaman *secreter*, lleno de cajoncitos, especie de nichos donde Emilia guardaba infinidad de mariposas muertas, cazadas durante la primavera entre los tilos de *General Godofredo Cascante.* Había además en aquellos cajones pedacitos de tela de estampación rara, papelitos de color, rizos de las amigas, alhajas, madejitas de seda para bordar, horquillas, peinetas de nácar, alfilerones para el moño y veinticinco mil cosas más. Sobre el velador un tomo de inocencias poéticas, una compilación de versos cortos, desahogos de amadores inofensivos. Por cualquier lado que el libro se abriera, lo primero que saltaba á la vista era este título: « *¡A ella!* » Y debajo una cuartetita lo más cuca, una verdadera monada mental, con muchas exclamaciones que rajaban el corazón de puro sentimiento por aquellos terribles dolores que sufría el poeta cuando *ella* no le amaba. Como si las muchachas bonitas tuvieran la obligación de amar á los poetas tontos que viven en una queja perpétua por cualquier simpleza, porque, (pongo por caso:) «*El cierzo falaz desgajaba los sauces.*»

Pocas eran las noches que Emilia dormía en su cuarto, pues tenía un miedo atroz de los muertos que había conocido vivos, á los cuales solía ver en sueños, enredados dentro del mosquitero, con sus manos descarnadas, desenclavijados y danzando los huesos de las piernas, vacías las cuencas de los ojos, la cabeza sin un pelo, como una sandía amarilla, las encías sin dientes, petrificada la sonrisa de la muerte en la boca huesosa, el pecho hueco, lleno de sombras, sin corazón, ni pulmones, ni entrañas. Aquellos cadáveres andantes, engendros fantásticos de la superstición, producían en su espíritu indecible pavor. Se le figuraba que la decían cosas espantables acerca de lo que viene á parar la belleza física; y ella, aterrorizada, se sujetaba con las manos los nacientes senos y palpaba por todas partes las redondeces de su cuerpo, temerosa de que aquella carne pura, tibia, palpitante, halagada por presuntos idilios, se le escapara como por ensalmo, dejándola con la osamenta pelada, con el color terroso de los espectros y aquella sonrisa sarcástica con que sella la muerte todas las comedias de la vida.

Para librarse de tan desagradables apariciones, más frecuentes en las horas de soledad, la graciosa muchacha se iba á dormir, unas noches al cuarto de su mamá, otras al de Raquel, y la mayoría de las veces al de Valentina. Al efecto había hecho comprar un catre portátil, el cual, empujado por la gallega Filomena, rodaba todas las noches de habitación en habitación. Más no bastaba ésto á quitarla el miedo á los fantasmas, y no bien se había acostado en su improvisado lecho, daba un par de saltos

como los pájaros, y se colaba en la cama de la compañera, acurrucándose á su lado, con ese regocijo que experimentan los séres miedosos cuando se ven amparados. Lo que entónces charlaba y se reía aquella criatura denotaba la propensión de su ánimo á la alegría. Hasta las tantas de la noche no cerraba el pico, saltando de un tema á otro con esa flexibilidad imaginativa propia de la juventud, y mucho más de la juventud americana. Con Valentina, los parlamentos eran interminables, y frecuentemente las sorprendía el alba en lo más interesante de sus confidencias.

El aposento de la huérfana era un primor; por todas partes había búcaros, vasos de fino cristal llenos de agua fresca, y dentro de ellos rosas, helechos arborescentes, claveles y jazmines olorosos que parecía se esforzaran en dilatar su agonía en honor á tan amable compañera. Nada de frascos en su tocador, aparte de uno muy pequeño conteniendo extracto de violeta para el pañuelo. Los muebles eran sencillos, con aquel detalle de elegancia que ella sabía unir á lo modesto; blanco el lecho como la nieve de los Andes, cubierto con una colchilla de fino hilo, caprichosa labor de ganchillo ejecutada por Valentina, donde se veían, entre mil ánades de relieve, dos cisnes correctamente dibujados, nadando en un lago de aguas azules y poblado de verdes espadañas y esbeltos juncos. En el decorado del techo, ramos de flores doradas sobre fondo blanco, con ángeles en las esquinas en actitud de echarse á volar. Colgado en el marco de la puerta un palacio de pintados alambres, habitado por el príncipe de las aves canoras, un jilguero que despedía

de su pico, sin sugeción á pentágrama, como su dueña, armonías que nunca podrá concebir el más grande de los músicos humanos. En los ratos de recogimiento íntimo, Valentina llamaba á su huésped *Langredito*, sosteniendo con él interminables conversaciones y coloquios. Muchas veces le aprisionaba en el hueco de su mano y le daba á beber la saliva de su boca, cogiéndole el pico entre sus labios. Al pajarito se le desmayaban los ojitos por el deleite que le producía la toma de aquel almíbar, y agitaba sus patitas por entre los dedos de Valentina, como si de este modo quisiera expresar: "¡Qué rico es este licor, y qué bién estoy en tu mano!,,

Aquella noche (la correspondiente á la tarde del paseo á Palermo) Valentina se acostó muy temprano, excusándose de asistir á la mesa, porque le dolía mucho la cabeza y sentía un malestar general.

"¿Querés que te pongamos algún remedio?,, —la preguntó doña Laura con forzada solicitud y como obligada por la presencia de don Jorge que tenía clavados los ojos en el semblante de su ahijada, cual si quisiera penetrar en las causas de su tristeza y malestar.

—No señora, muchas gracias—repuso la huérfana.—Esto no es nada. Se me ha de pasar en cuanto me acueste. Buenas noches.

Dirigíase hácia su cuarto, cuando Emilia la dijo:

—Luégo voy. ¿Te molestaré, ché, Valentina?

—No, ¡qué esperanza.! Vení no más.

—Entónces, dejáme sitio, ¿sabés.? En el rin-

cón ¿eh?, porque, hijita, tengo un miedo atroz de D. Claudio, el almacenero de la esquina, que se murió el otro día. ¡Ay, hijita! me parece que viene con aquellos dedazos peludos, ¿te acordás? y me agarra por la cintura, y me lleva yo no sé adónde. (*Extremeciéndose*) ¡Uy, hijita!

—Qué te ha de llevar. Locuras tuyas.

—Sí, ché, Valentina. Te juro. Y hasta me quiere dar un beso. ¡Ay, hijita, qué asco!

—Tené miedo á los vivos, porque á los muertos...—dijo Valentina.

—Pues á los vivos, yo no les tengo miedo, ¡qué esperanza!; pero á los muertos, ¡hijita! que se me meten por cualquier parte sin decir nada...

—No tengás miedo, que yo te defenderé contra los muertos.

—Y yo á vos contra los vivos—repuso Emilia con no poca intención.

VII

PAPÁ JORGE

En el intermedio de los postres y el café, D. Jorge, visiblemente contrariado, levantóse de la mesa y se fué á la habitación de Valentina. Golpeó en la puerta con los nudillos, y... "¿Se puede?„—preguntó, temiendo sorprenderla en el momento de estarse desnudando.

—Adelante—dijo, envuelta en un sollozo, la voz de Valentina.

Hallábase ésta cuando entró D. Jorge sentada en una silla á la cabecera de la cama, apoyado el codo en las almohadas, y la mejilla en la

palma de la mano, tapándose con el pañuelito los llorosos ojos.

—¿Qué tenés, mi hijita.? ¿Por qué estás llorando.? ¿Qué te han hecho.? Decímelo ¿qué te han hecho?—preguntóla agitadamente el buen viejo Cascante.

—Nada, no me han hecho nada, D. Jorge.

—¿Cómo.? ¿Qué es eso de D. Jorge.? ¿Por qué me llamás D. Jorge.?

No queriendo responder la verdad acerca del cambio de calificativo, la pobre muchacha rompió á llorar.

—¡¿Eh!? ¡Valentina! ¿Qué es eso.? ¿Por qué llorás.? ¿Ya no tenés confianza en mí.?

—Sí, señor,—gimió Valentina.

—¿Y entónces...? ¡Contáme, pues, mi hijita! lo que te pasa.

Don Jorge se acercó á ella y la tomó de la mano.

—Vamos á ver: ¿Qué te sucede? Y, sobre todo: ¿Por qué me llamás D. Jorge.?

La muchacha guardó silencio.

—¿No querés responderme.?

—Sí, señor; pero...

—Pero...?

—Se va usted á disgustar, y yo no quiero que se enoje con nadie por causa mía.

—Por vos me enojo yo con todo el mundo! —dijo D. Jorge con ímpetu dramático.—¡Pues, amigo! ¡Estaría lindo! Vamos á ver, decíme:... ¿Acaso Laura...?

La huérfana rompió á llorar más agitadamente.

—¿Qué te ha dicho? ¿Qué te ha hecho?—preguntó D. Jorge, apretándola la mano con imperiosa energía.

La Maldonada no tuvo más remedio que responder:

—Me ha prohibido que le llame á usted papá.

Nunca irguió el viejo mitrista su hermosa cabeza con tan bizarra energía, ni la pera del general Godofredo Cascante tuvo en Ayacucho arranque tan infuloso y soberbio como la de D. Jorge en aquellos instantes.

—¡Vas á ver!—dijo á la huérfana, dirigiéndose á la puerta en actitud amenazante.

—¡No, por Dios!—exclamó Valentina colgándose á su cuello.—Yo haré lo que usted me mande. Le llamaré como usted quiera; pero no le diga nada á doña Laura. Yo no quiero que ustedes riñan por mí; yo no quiero dar lugar á desavenencias y disgustos. No la diga usted nada. Se lo suplico, se lo ruego.

Don Jorge se contuvo ante las súplicas de la huérfana, la cual agregó con respetuosa timidez.

—Al fin... doña Laura tiene razón. Usted no es mi padre.

—Eso...

—¡¿Cómo!?—exclamó la huérfana, abrazándose más fuerte á su protector.

—Es como si lo fuera,—agregó D. Jorge.—Estoy acostumbrado á la idea de que lo soy. ¿No me querés vos tanto como si lo fuera? Decíme: ¿no me querés igualito no más que si lo fuera?

—Le quiero más... ¡más que á mi vida.! Ya lo sabe Vd.

—Ya lo suponía, mi hijita. Nunca te tuve por ingrata.

—¿¡Ingrata con usted...!?

—¿¡Qué usted!? Decí con vos, con tu padre.

—Bueno, con vos—repitió Valentina—Con vos que me recogiste de la miseria, me educaste y me hiciste gente.

—No te acordés de esas cosas. Hice lo que debía de hacer, y nada más. Yo te amparé y te seguiré amparando mientras viva, porque vos... tenélo presente... no tenés más amparo ni más padres que yo; ¿lo oís?

—¿Y mi madre?—preguntó Valentina, levantando tímidamente sus grandes ojos, inundados de lágrimas, hasta el rostro de D. Jorge.

—¡Ah! ¿Ya te lo han dicho? ¿Ya te han revelado todas las negruras de tu triste orígen.? ¿Raquel, ¿no? A la fija que ha sido esa avispa, ¿eh? ¿cierto? ¡qué cosa bárbara!

—Sí, ella ha sido. Me lo ha contado todo esta tarde, en medio del paseo de Palermo. ¡Qué vergüenza tener una madre así!—agregó Valentina, llorando sobre el pecho de don Jorge.

—Sosegáte, mi hijita, sosegáte no más, y no llorés. Hacéte la cuenta de que no existe esa mujer.

—¡Es mi madre!—dijo Valentina angustiosamente.

—Cierto; pero... Vamos, tranquilizáte, mi hijita, y hablemos con calma.

D. Jorge la obligó á sentarse en la silla próxima, y tomando él otra, se colocó á su lado. En seguida la habló en estos términos:

—Yo pensaba revelarte la existencia de esa desgraciada que te dió la vida; pero creí prudente esperar á que fueras una niña crecida ¿sabés?, capaz de comprender tu verdadera situación en el mundo y con valor suficiente, mi

hijita, para arrostrar semejante desgracia. Esa perversa Raquel, que tanta envidia te tiene y tan mal te quiere...

—¡Ay, Dios mío! yo no sé por qué me tiene envidia, ni por qué me quiere tan mal,—manifestó Valentina con profunda pena.

—Yo sí. Te tiene envidia porque vos sos mucho más linda—dijo don Jorge con cierta jactancia,—y porque los mozos que ella desearía que la festejaran ¿sabés?, te festejan á vos; sobre todo uno que... pero no quiero decir más. Creo que tenés la obligación de comunicarme lo que haya respecto á este asunto cuando sea de oportunidad.

Valentina se puso roja y bajó los ojos.

—No te avergoncés, mi hijita. Es muy natural, ¡cómo no! que la juventud se enamore. Te prevengo que si salen ciertas mis sospechas, te alabo el gusto... Lindo muchacho... gran talento y gran corazón... Vale, vale, yo te garanto que el mozo vale mucho.

Para determinar el rubor de Valentina en aquel instante hay que recurrir al manoseado símil de las ascuas. Parecía que aquellos elogios fuesen dedicados á ella misma. Don Jorge la contempló un momento con expresión paternal, volviendo en seguida sobre el interrumpido hilo de su primer pensamiento.

—Pues, como te decía, mi hijita; esa envidiosa Raquel, que tanto se complace en mortificarte, se me ha adelantado en la revelación de lo que yo mismo pensaba decirte cuando llegara el momento oportuno. Supongo que ella te habrá enterado con sobra de detalles, ¡cómo no! de todo cuanto se refiere con la vida de tu desgraciada madre; por lo tanto, mi hiji-

ta, no quiero aumentar tu dolor con nuevas noticias que te la presentarían en toda la horrible desnudez de su enorme degradación.

—¿Tan mala es ¡Dios mío!? —gimió Valentina.

—Mi hijita...—repuso D. Jorge, arqueando las hirsutas cejas y haciendo otros signos de perplegidad,—ahí tenés una pregunta á la cual no se cómo contestar. Si contemplamos el caso del punto de vista de nuestro mundo ¿sabés?, de la culta sociedad de este barrio, esa desgraciada mujer resulta un verdadero monstruo de corrupción; pero considerándola en su esfera de ignorancia casi indígena, sin pulimentos cerebrales ni espirituales, con vaguísimas ideas religiosas, viviendo en puro estado de naturaleza y entregada á todos sus ímpetus, no se puede decir que sea buena ni mala, si no simplemente irresponsable; ¿me entendés lo que te quiero decir?

—Cierto, cierto, irresponsable, completamente irresponsable—dijo Valentina, tratando de hallar un consuelo en aquella idea.

—Es... ¿cómo te diría yo? Tengo la idea, ¿sabés?; pero me faltan las palabras... En fin, es como si no hubieran pasado para ella los diez y nueve siglos de civilización que pesan sobre la humanidad. Vive en estado primitivo ¿sabés?, á la buena de Dios, como los animales, para decirlo de una vez.

—¡Qué vergüenza!—exclamó Valentina.

—La cosa, mi hijita, no tiene remedio; así es no más, y no hay que hacerle. Lo que tenés que procurar vos ahora es no entregarte á desesperaciones inútiles, ni dejarte llevar de un exaltado sentimiento que no conduciría

más que á martirizarte. El amor filial no es, como algunos creen, una afección residente en la misma naturaleza... no, no es eso, ¡qué esperanza...! si no un sentimiento que nace y se va desarrollando ¿sabés? entre el calor de mil caricias, en ese momento que los séres se inician en la vida de las pasiones. Yo juzgo estas cosas por mis observaciones sobre los animales, que, aparte el alma ¿sabés? son igualito no más que nosotros. El cordero siempre tiene mayor querencia á la oveja que le crió que á su misma madre. Y es porque hay mayores causas de afecto hácia quien nos sostuvo la vida que hácia quien nos la dió. El darla es un accidente fatal, inevitable y sin mérito alguno; el sostenerla... ¡eso, eso...! el sostenerla en medio de toda clase de cuidados y ternezas es lo que tiene importancia para saber quién tiene mejor corazón. Por eso, mi hijita, yo te pregunto:

(Antes de formular la pregunta, D. Jorge dió un apretado abrazo á su ahijada. En seguida quedóse mirándola fijamente, mientras la interrogaba:)

—¿A quién querés más: ¿á tu madre que te abandonó cuando recién abrías los ojos, ó á mí que te recogí, velé tu delicada infancia y te consagré y te seguiré consagrando todos los momentos de mi vida?

La muchacha guardó silencio.

—¿Dudás?—dijo D. Jorge con tanta ansiedad, que parecía le fuera la vida en la respuesta.

Valentina rompió en acongojantes sollozos y se abrazó al cuello de don Jorge.

—Decíme, hijita: ¿no me he equivocado?

¿Es á mí á quien...?—exclamó el buen hombre con inusitado alborozo.

—Sí, á usted.

—¡Qué usted! Me hacés enojar con ese usted....

—A vos—repuso Valentina con exaltado cariño,—á vos, á mi único, á mi verdadero padre es á quien amo yo sobre todas las cosas de este mundo. No te pagaré con mi vida todo lo...

—¡Oh, mi hijita! Ya estoy bien pagado con tu cariño,—la interrumpió el excelente don Jorge, en cuyo semblante se reflejaba un regocijo inmenso, mezclado con todos los efluvios de la ternura.

Ambos siguieron abrazados breve rato; Valentina lloraba hilo á hilo, en silencio, con ese llanto profundo que produce como un fenómeno erectil en las más vivas potencias del alma. Su estado moral en aquellos instantes era una conjunción de dolores y consuelos. Veíase á un mismo tiempo desgraciada y protegida, acongojándola el infortunio y conmoviéndola el generoso amparo, todo lo cual arrancaba á sus ojos aquellas lágrimas, que, sometidas al más fino alambique de la sicología, daría por resultado la percepción de cuantos complicados sentimientos agitan el alma humana en las situaciones culminantes de la vida. También á don Jorge se le saltaron las lágrimas, rodando en gruesas gotas sobre las ásperas y angulosas mejillas, semejantes á las cortezas de los robles, y yendo á disolverse entre el tupido boscaje de su pera militaresca. ¡Qué vergüenza! ¡Llorar un descendiente del general Godofredo

Cascante! ¡Llorar él, que había enlazado toros como furias divinas, y volteado baguales más soberbios que el potro de Santiago.!

—Parece mentira, mi hijita, que yo, Jorge Cascante, se ablande y conmueva como un chiquillo,—dijo, enjugándose al mismo tiempo los ojos.—Soy más maula que la *Cenicienta*, la gallina que tengo destinada á servir para caldo de enfermo.

A través de las lágrimas asomó una sonrisa al rostro de Valentina, producida por aquel leve enojo contra sí mismo que manifestaba D. Jorge, como una protesta contra las blanduras que tan mal se se le figuraba debían sentar en el descendiente de un afamado guerrero. Hay muchos hombres, muchísimos, que les dá vergüenza el conmoverse, presumiendo que toda terneza y toda vibración delicada son síntomas de apocamiento femenil, carencia de energía hombruna, debilidades pueriles. Son las falsas arrogancias de dureza con que quieren revestirse las almas buenas, en esta época que el pedernal y el hierro imperan en los sentimientos de la humanidad.

Valentina volvió á sumirse en graves tristezas. Entre el torbellino de pensamientos agobiosos que invadía su mente, experimentada en todas las suspicacias que el infortunio sugiere, tuvo una idea, un presentimiento, mejor dicho, que la causó gran inquietud y desazón profunda. D. Jorge la observaba con interés paternal.

"Una cosa me preocupa,,—manifestó ella con viva intranquilidad.

—¿Qué cosa, mi hijita?

—Lo que pensará de mí la gente, y, sobre todo, doña Laura y Raquel.

—¿Y qué pueden pensar?

—Pueden pensar que, después de saber yo que existe mi madre, me quedo aquí por disfrutar de las comodidades y del lujo que vos me dás. ¡Ay, Dios mío.! Dirán que sigo viviendo en esta casa, no por cariño hácia usted, hácia vos, sino por egoismo, porque quiero ser una señorita, no debiendo ser más que la hija de una gaucha infeliz. No podrán ó no han de querer comprender que yo pueda tener más cariño á otra persona que á mi madre. Dirán que soy una hija sin entrañas, una criatura perversa, ¡qué se yo.! Dirán también que...

—Basta, hijita, basta—dijo D. Jorge sin dejarla terminar.—Digan lo que digan, ¿á vos qué se te importa.? Porque ellas critiquen y charlen y joroben, ¿te has de ir de mi lado? ¿Has de abandonarme después que te he criado y...? ¡Estaría bueno! Además, aunque vos quisieras abandonarme, ¿irías á meterte en el rancho donde vive tu desgraciada madre.? ¿Pensás vos que podrías vivir allí, entre aquella chusma, con la educación y los hábitos que tenés?

—No podría, no; porque, ¡ay Dios mío!, ¿cómo presenciar la vida de mi madre sin morirme de vergüenza?

—¿Y entonces...?

—Yo no sé, yo no sé,—dijo la pobre muchacha sollozando y aturdida por ese enmarañamiento de ideas, que, al fin, produce el estado caótico, una paràlisis de la gestación mental.

Don Jorge, llevado de aquel genio lleno de vivos arranques que carecterizó á los Cascantes, enderezóse en la silla, irguió la pera

con aquella suprema energía que parecía indicar la existencia de un resorte de acero en la mandíbula inferior, puso su mano en la frente de su ahijada para obligarla á levantar la vista hasta él, y cuando ella le miraba con inquieta sorpresa, nuestro gran mitrista la hizo esta pregunta:

—¿Querés que me divorcie, mi hijita?

—¡Jesús!—exclamó la muchacha horrorizada.—¡Un escándalo por causa mía!

—Nos largamos los dos de esta casa,—prosiguió don Jorge, con la pera convertida en gatillo de escopeta.—*Nos mandamos mudar* á la estancia, y allí viviremos solitos no más, como cuando vos eras una chiquilina, una ratita que no levantabas del suelo ni tanto así *(señalando un palmo de espacio)*, y ya me querías poner un *tlapito* en el costado para curarme la tos, ¿te acordás.? Allí estaremos lo más bien, no te mortificará nadie, ni... pero ¡ah! no puede ser.

—Está claro que no puede ser. A quién se le ocurre...!?

—No puede ser, mi hijita, porque en el mundo hay muchas lenguas que todo lo apestan, como los zorrinos ¿sabés?, y á la fija que habían de decir... En fin, no puede ser, mi hijita, no puede ser.

Tras de breve silencio, D. Jorge añadió:

—¡Cómo me he chasqueado con Laura! Yo que me casé para que ella te amparara, como me lo prometió.. bien me acuerdo. De este modo (pensaba yo), mi Valentina estará, como la gente, en familia, autorizada en sociedad por una señora respetable, y en compañía de dos hermanas, mis sobrinas, que la tomarán

gran cariño. ¡Cómo no! ¡Estaba fresco.! Todo ésto pensaba yo, y... ¡fijáte vos cómo ha salido todo ello...! Te he venido á meter... ¡qué cosa bárbara!... en la boca del lobo, en un verdadero infierno. Gracias que Emilia es...

—Un ángel. Me quiere... ¡vos vieras cómo me quiere.! ¡Qué muchacha tan buena.! Cuando estamos solas, déle y déle abrazos y besos. "Ya que no te quieren en esta casa, tomá, tomá, y tomá!,,—me dice á medida que me vá besando.

—¿Ella sabe cómo te quiero yo?—dijo don Jorge con pueril envidia.

—¡Cómo no lo ha de saber!—repuso Valentina sonriéndose,—si delante de todo el mundo me llenás de caricias y de mimos. Gracias que yo, aunque por dentro sienta una gran alegría, no lo manifiesto, ¡qué esperanza!, porque á ellas les disgusta verme feliz. Yo no sé qué hacer, ¡ay, Dios mío!, para evitar que se disgusten y me pongan unas caras que...

—Nada, no tenés que hacer nada. Que pongan la cara que pongan, vos.. ni caso; dejálas no más. *Pior* la han de poner dentro de poco.

—¿Por?—preguntó Valentina con curiosidad.

—Oh!, vas á ver. Dejálas no más. Es un proyecto que va á resolver definitivamente tu porvenir.

—¿Mi porvenir?—repitió Valentina como si desconociera el significado de esta palabra.

—Sí, tu porvenir, mi hijita. Suponéte... lo que Dios no quiera... que mañana te faltara mi apoyo, que me muriera.

Valentina se puso pálida cual la cera que

alumbra á los difuntos, y comprendió en todo su horrible significado la palabra porvenir.

—No te asustés, mi hijita—dijo D. Jorge al notar la palidez y el aspecto medroso de Valentina.—Entuavía no pienso entregar el rosquete, ¡qué esperanza!; pero ya voy para viejo ¿sabés?, y bueno es estar precabido por lo que pudiera suceder. La muerte, como decía el gaucho *Liandro Bolivar*, es una veleta que tan pronto apunta pa un lau como pa utro. Si mañana... es un suponer... me apunta á mí y me voltea, ¿qué será de vos? Si te has casado para entónces, bueno va; pero, ¿y si no te hubieras casado? ¿querés decirme cómo te las ibas á campaniar.?

La muchacha guardó silencio, mientras D. Jorge prosiguió diciendo:

—Te verías condenada á la más espantosa miseria, sin nadie que te amparase, ni...

—No, eso no—le interrumpió la huérfana con viveza.—Aunque no con el amor entrañable de papá Jorge, alguien me ampararía con generosidad y cariño el día que vos... ¡ay, no quiero ni pensarlo...!

—¿Quién te ampararía.? ¿Laura.? ¿Raquel.? ¡Estás fresca.!

—Ya sé que ellas no harían nada por mí.

—¿Emilia ¿no? ¡Pobrecita.! ¿Qué había de hacer ella, metida entre ese par de diablos?

—Es otra persona de más poder—dijo Valentina.

—¿Quién?—preguntó D. Jorge con viva ansiedad.

—Doña Carlota y el general Concorra, que me quieren, no tanto como vos, porque tanto

como vos no me quiere nadie en este mundo.

—Lo que tiene que hacer doña Carlota es meterse en su casa y dejarte á vos en paz—manifestó D. Jorge con enojo.

—Mi papaito, no seás así!—dijo Valentina, rodeándole el cuello con sus brazos.—Tenés celos de todas las personas que me quieren bien, y en eso hacés muy mal, porque yo á nadie he de querer ¡qué esperanza! como á vos te quiero. Doña Carlota es muy buena conmigo y...

—Ya sé, ya sé, que de buena gana te llevaría con ella ¡cómo no!, y hasta te adoptaría por hija suya; pero primero estoy yo para hacer lo mismo. Precisamente en ésto consiste el proyecto de que ántes te hablaba. Pienso adoptarte. Hace tiempo que vengo trabajando en ello; pero se presentan algunos inconvenientes que no sé entuavía cómo los allanaré.

—¿Quién se opone.? ¿Acaso mi madre no quiere que...

—No, no es ella. Es decir, ella es la que dá la cara ¿sabés?, reclamando su hija; pero...

Don Jorge se detuvo, no sabiendo con qué palabras formular una noticia vergonzosa para la pobre muchacha. Al fin, dijo:

—Mi hijita, es necesario que lo sepás todo; ya no sos ninguna chiquilina, y conviene que estés avisada por lo que pudiera acontecer.

La muchacha se alarmó.

—No hay por qué alarmarse, mi hijita. Lo que te voy á decir es doloroso; pero no encierra ningún peligro. Se reduce á ésto. El gaucho crápula que actualmente vive con...

Valentina se echó á llorar sin oir más.

—¡Qué le hemos de hacer mi hijita.! Tené paciencia. *(Acariciándola)*. Vamos, no llorés, sosegáte. No te digo más. Cuando esté todo arreglado, entónces...

—No, no, ahora, decímelo ahora,—manifestó la niña, con esa impaciente curiosidad que hasta las malas noticias inspiran.

—Bueno; pero no vas á llorar ¿eh.? Todo se arreglará, mi hijita; perdé cuidado; yo te lo garanto.

—No lloraré. ¡Ay, Dios mío!—gimió la pobrecita, enjugándose los ojos.

—Pues él—prosiguió D. Jorge—el gaucho Peralta, es quien la impide á ella que dé su consentimiento para que yo te adopte. Yo sé muy bien lo que pretende ese canalla, á quien aconseja su patrón, D. Román Basurto, el cual me tiene muy mala ley por cuestiones políticas ¿sabés?, y por cierto asunto de intereses que tuvimos los otros años en los tribunales de La Plata, donde le dejé apabullado con muchas pruebas que le condenaban. Entre él y Peralta, que es un paisano vicioso y de los de peor especie, matrero y haragán, quieren aprovecharse de mí inícuamente. La última vez que lo ví á Peralta, me dijo que si le daba treinta mil pesos, él le arrancaría á tu madre el consentimiento.

—¡Quieren comerciar conmigo!—exclamó Valentina, cubriéndose el rostro con las manos.

—Eso es lo que pretenden; pero falta que lo consigan—repuso don Jorge con firmeza.

—¿Y tanta influencia tienen ellos sobre mi madre?—preguntó Valentina.

—Absoluta, una influencia absoluta. Ella

no tiene voluntad, ni es capaz de pensar nada. Está como atrofiada, idiota, entre la miseria y los vicios. Es como una máquina ¿sabés?, como una máquina parada, porque no cabe mayor dejadez, mayor abandono. Al verla inspira lástima y repugnancia á la vez; aquello, más que persona, es un poste arrumbado. En fin, mi hijita, no quiero mortificarte pintándola tal como es. Ya conocés vos esta clase de mujeres de nuestra pampa, que en casi nada se diferencian de los animales.

—¡Oh, sí, sí, ya las conozco!—manifestó la huérfana horrorizada de vergüenza.

Don Jorge se levantó de la silla, disponiéndose á salir.

—No te apurés, mi hijita,—la dijo al tiempo de despedirse.—En este mundo hay que hacerle frente al dolor, y cuanto mayores sean las desgracias, hay que mostrarse más valiente . . duro y duro no más hasta salir á flote. El valor siempre infunde respeto, ¿sabés?; y á los débiles todo el mundo les pisotea. Así es, mi hijita, la misericordia que impera en la vida, y . . . no hay que hacerle. . . Yo te garanto que he de conseguir adoptarte para asegurar tu porvenir. Cuento con el apoyo de mi gran amigo el general Concorra, al cual debe D. Román Basurto muchos servicios, y no tendrá más remedio que influir con Peralta para que éste transija en que ella dé su consentimiento. Entónces yo seré tu padre, real y verdadero ante la ley, ya que en lo otro, en el cariño, ¿sabés?, lo soy desde que naciste.

Valentina, de pié, silenciosa, con ese mutismo de las trajedias íntimas, y fija la vista en

el suelo, cual si estuviera leyendo en el piso la historia de su futuro calvario, escuchaba á su generoso protector sin hacer objeción alguna. Era aquella actitud como el detalle externo que indica la concentración absoluta de la voluntad, de las potencias cerebrales y de las pasiones todas del alma hacia un punto dado. Absorción total de las ideas y sentimientos por una sola pasión, en la cual se reasume toda la vida. Cuando más adelante tengamos ocasión de conocer á fondo el temperamento de aquella divina criatura, hija del campo y de las vivas y robustas pasiones del pueblo, veremos hasta qué extremo de hondura y arraigada vehemencia llevaba las sensaciones más activas de su corazón.

—Bueno, mi hijita—dijo D. Jorge, sacándola de aquel silencio,—ahora acostáte y dormí tranquila no más. Un abrazo...

Valentina le abrazó, besándole en la frente nobilísima.

—Y ya sabés, mi hijita—agregó él:—digan lo que digan ellas, vos nada... ni caso. Seguí no más como hasta ahora, humildita y callada la boca.

—Sí, sí, calladita no más, hasta que...

La muchacha quedóse en suspenso. D. Jorge, adivinando su pensamiento, dijo:

—Hasta que te casés y todo quede resuelto lo más lindo. Desde ese día... acordáte... me divorcio. Ahora sería un disparate, un campanazo. Nuestros nombres, nuestra posición social... Pero entónces, sin escándalo, sin decir que me divorcio, ¿sabés?, estaré casi siempre en tu casa. Aquí vendré todos los días, un

momentito no más, porque no digan... Supongo que no me echará tu esposo. ¡Qué esperanza! Creo que vamos á ser como chanchos. Vaya, adiós, hijita, adiós, y no te quebrés la cabeza.

Al aproximarse á la puerta que conducía por las otras habitaciones hasta la sala, sintió en ésta el murmullo de animada conversación femenil.

—Me parece que hay gente en la sala—dijo, volviéndose hácia la huérfana.—¿No sentís?

—A ver—repuso Valentina, metiéndose entre D. Jorge y la puerta, y aplicando el oído á la cerradura. Al cabo de un momento de actitud escuchante, dijo:—Sí, están de tertulia; oigo la voz de doña Carlota... y ahora la de doña Inés Gorbea de Randrán. También está... no la distingo bien... pero me parece que es la voz de doña Trinidad Soldevilla, la esposa del doctor Pisapatrias.

—Pues para evitarme el engorro de los saludos y los cumplimientos—dijo D. Jorge,—me voy por esta otra puerta que dá al patio. Al mismo tiempo echaré un vistazo al gallinero. El *Ráculo* y el *Crestón* andan hechos unos diablos, alborotándome toda la hacienda. Adiós, muchacha, y dormí bien.

—Adiós, adiós.

—Adiós, mi hijita.

—Adiós, papá.

Don Jorge dirigióse al fondo del patio á visitar á sus héroes. Valentina, después de cerrar la puerta, contempló breves instantes al jilguero á través de los dorados alambres de su palacete, y le preguntó: "¿A vos, *Langredito*, qué te parece de todo esto?.,,

La contestación fué un trino interminable, en el cual recorrió el pajarito todas las escalas y tonos del diapasón jilgueresco. "Está bueno„ —dijo ella con una sonrisa á la vez dulce y triste, que era el rasgo más encantador de su semblante.

Antes de acostarse, sacó Valentina de uno de los cajoncitos de su *secreter* una carta escrita en papel azul con monograma de flores. La leyó, y al llegar al final, estampó mil besos en la firma.

VIII

VISITAS

En la sala se hallaban tres señoras de lo más copetudo entre el cogollito de nuestra sociedad femenil. No se había equivocado Valentina. Eran doña Carlota Ibáñez de Concorra, esposa del general Concorra, matrona excelente y respetabilísima, dotada de cuantas virtudes y bellos sentimientos forman el ideal de la mujer perfecta dentro de lo humano; doña Inés Gorbea de Randrán, consorte del coronel Randrán, mequetrefe de espadón que se distinguía por ser uno de los militares más insubordinados del ejército, y cuyo valor, bien probado en todo linaje de revoluciones y motines de cuartel, estaba revestido con ciertas formas de guapeza y compadraje propias de un cobrador de barato, exento de esa cultura y distinción que debe poseer todo militar de alta jerarquía; y, finalmente, doña Trinidad Soldevilla de Pisapatrias, adlátere del doctor Písapatrias, famoso salteador del Tesoro Público, estafador con máscara

de político, polilla de los bancos bajo apariencia de negocios legales, sanguijuela del Fisco en forma de defensor de contrabandistas, cultor del cohecho y del cubileteo electoral, jugador de bolsa y de naipes, tahur de buen tono, comprador de la justicia, vendedor de su propia conciencia y corredor en conciencias ajenas, hombre, en fin, tan repugnante, que la misma basura se sentiría rebajada estando á su lado.

Su esposa era como el emblema de lo más vano y superficial que se ha conocido en el complicado mundo de las faldas, desde Eva hasta nuestros días. Reducida la humanidad á líquido, ella sería la espuma, la blanca pompa inflada de aire, porque aquella señora era todo viento. Al hablar no parecía que sus palabras fueran una consecuencia de la gestación mental. Diríase que nacían en sus labios sin dictadura del cerebro, que parecía una hornacina vacía, sin el altar de la idea. Su cabeza era un puro adorno físico, digna de atención tan sólo por el peinado, que era empinadísimo como el orgullo y la extraordinaria vanidad de su dueña. Su hermosura parecíase á la monótona hermosura de la camelia, sin fragancia, sin alternativas de colores en sus pistilos, sin venas rojas; un organismo de alemana á quien los besos ardientes, calcinados, no demudan el color, porque su naturaleza amorosa se ha muerto después del primer impulso de la pasión. Su blanca carne parecía carecer de jugo de nervios, fofa, apática, como estátua de mantequilla modelada por Fidias en el momento de morírsele la inspiración.

No había en ella nada del temperamento

de las americanas meridionales. La indolencia nativa por un lado, y por otro la preocupación de no descomponer el insulso aire de buen tono, había matado en ella esa sensibilidad inconsciente y esa alegría algazarosa, llena de regocijos pueriles, que constituyen el mayor atractivo en la mujer.

Su conversación parecíase á lo que aprenden los loros por pura retentiva del órgano auditivo y á fuerza de repetirles la misma palabra. Así como este pájaro, el más estúpido del reino de los volátiles, sólo logra decir de un modo mecánico: "Lorito, dáme la patita,,—de igual modo, doña Trinidad Soldevilla, á cualquier cosa que la contaran, respondía casi siempre con esta interrogación de corte criollo: "¿Ha visto?,, Algunas veces la variaba con esta mezcla de admiración y asombro: "¡Qué cosa! ¿no?,, Y, por fin, como el mayor rasgo de su originalidad conversacionista, lo unía todo, diciendo; "¿Ha visto? !Qué cosa! ¿no?,,

Hasta su organismo había sido invadido por la insulsez, resultando estéril, como flor de estufa.

Gastaba un lujo deslumbrador; los gusanos de seda tenían que precipitar sus digestiones para abastecerla; su peinado y sus orejitas parecían el escaparate de un joyero; sus dedos valían más que lo que debe la república Argentina á Inglaterra; y hasta en aquella parte donde la espalda cambia de nombre llevaba un brillante tremebundo, sirviendo de broche á la sobrefalda. La mitad de la ruina del país estaba en el atalaje de aquella señora, pues to-

dos los avances de su marido contra el Tesoro público resplandecían en ella con las fulgurantes luces de una montaña de alhajas. Era como el faro bel *rastacuerismo* alumbrando á la inmoralidad política.

La esposa del coronel Randrán era otra mujer muy distinta; llevaba un lujo apropiado á su graduación de *coronela*. Aunque no poseía muy agudo ingenio, Dios la dotó de un pico maravilloso en el sentido de no tenerle nunca cerrado. En aquella señora parecía que se hubieran encarnado los desahogos parlanchines de todas las mudas del universo que de pronto adquiriesen el don de la palabra. Era una mujer pequeñita, bonitilla, con un tejido de nervios que diríase formado con barbas de gato, rabos de lagartija, y alas de murciélago, con todo lo más inquieto que existe en la naturaleza. Poseía un corazón generoso, propenso al bien, á la condolencia, al cariño. Su temperamento, lleno de impaciencia femenil, sufría mil transformaciones por minuto, pasando con celeridad inverosímil de la tristeza á la alegría y viceversa.

Estaba locamente enamorada de su marido, de aquel instinto de guapeza que le adornaba, teniéndole por el hombre más hombre de cuántos han comido pan de munición, desde Julio César hasta Napoleón I. La cautivaba aquel lenguaje de cuartel, tosco, imperioso, que hasta en las horas de afecto íntimo con ella usaba aquel centauro de barricadas. Le parecía á doña Inés que tener por esposo al coronel Randrán era como acostarse con la escuadra. Su preocupación constante consistía en ver sobre

los brazos de aquel dragón revolucionario los entorchados del generalato.

Entre ella y doña Laura mediaba una amistad muy íntima, pues habían sido compañeras de colegio, y más tarde amigas inseparables en todos los saraguetes que la alta sociedad porteña celebraba hace veinticinco años. Juntas se ejercitaron en la esgrima de los ojos y lucieron sus gracias en salones y tertulias, haciendo roncha con sus figuras entre la pollada de aquellos tiempos.

La amistad de ambas con la de Pisapatrias era pura etiqueta, una relación adquirida accidentalmente en los salones y cultivada luégo nada más que por curiosidad. Con doña Carlota, que era señora de mucho más edad, las unía un afecto respetuoso, porque la esposa del general Concorra era mujer que se imponía, tanto por sus virtudes y buen juicio como por su carácter que era la suma dulzura.

Versó la charla de las cuatro señoras sobre diversos temas, siendo muy fecunda en murmuraciones, dulce ambrosía hasta para las más respetables matronas. La murmuración es lo más descollante en el ejercicio mental de la mujer.

Después de una revista general á lo más copetudo de la sociedad bonaerense, recayó la conversación sobre la cosa pública, los desaciertos del Gobierno, el descontento del pueblo, y, finalmente, sobre las probabilidades de una próxima revolución que, suponiéndola triunfante, daría lugar á un cambio de hombres y de acontecimientos, encauzando por la ámplia avenida de la moralidad los felices destinos de la República.

"Pues por ahí se dice que va á estallar una tremenda—dijo al punto doña Inés Gorbea.—¡Ay, Dios mío, qué miedo! Yo no me canso de machacarle á Randrán: "vos, hijito, no te metás en nada; que allá se las campanéen ellos como quieran; vos cobrá tu sueldo y servíle no más al Gobierno, que es el que dá los grados,,—Ya han estado á verle una porción de muchachos para que se ponga de su lado; pero me parece que no lo van á conseguir, porque él está dispuesto á servirle al Gobierno. ¡Ay, gracias á Dios.! Va á ser la primera vez que no se mete á revolucionario. Hora es tambien de que escarmiente, porque en todas las revoluciones... ustedes vieran... le ha ido como el diablo. Siempre ha salido con una mano atrás y otra adelante, y algunas veces con un balazo en el cuerpo, como le sucedió el año 80. ¿Te acordás, ché, Laura.?

—Cómo no. Lo que entónces sufriste...

—Yo solamente lo sé, hijita. ¡Buen trabajo me dió.! Creí que se me moría; el pobrecito escupía sangre, y yo, al verle, me desesperaba pensando: "¡se muere, ¡Dios mío!, se muere, no hay que hacerle!,, ¡Qué intranquilidad! Luégo, cuando ya fué enderezando un poquito, se me quedó... ustedes le hubieran visto... flaco, flaco, flacucho como la pata de un tero. ¿Te acordás, ché, Laura.? Vos le viste.

—Cómo no! Estaba...

—En los puros huesos, hijita,—la interrumpió doña Inés, que no dejaba meter baza á nadie cuando ella estaba hablando.—Pensé que se me iba á volver tísico. Imagináte vos, Laura: Randrán tísico; él, Dios mío, que siempre

ha sido tan fuerte y tan duro para todo. Felizmente sanó, porque, eso sí, tiene una encarnadura de perro, tremenda, vaya, tremenda. Es necesario que le metan la bala en el corazón ó en los sesos para que logren voltearle.

—¡Qué cosa! ¿no?—dijo doña Trinidad.

—Es muy valiente—agregó doña Carlota.

—¿Ha visto?

—¡Oh, eso sí! Le garanto, señora, que es tan valiente como San Martín. Por lo mismo que es tan arrojado le digo yo siempre: "si vos hubieras servido al Gobierno, á estas horas, qué tiempo haría que serías ya general.„ Pero los hombres, ya se sabe, hacen lo que se les dá la gana. ¡Ay, Jesús, y qué paciencia se necesita tener con ellos!

—Pues á mí Concorra no hay quien le saque de la cabeza la revolución—manifestó doña Carlota con mansedumbre de esposa resignada.

—¿Ha visto.? ¡Qué cosa! ¿no?

—Igualito no más me sucede á mí con Jorge—repuso doña Laura.—Ahí anda á vueltas con los muchachos, y que la patria arriba, y que la patria abajo, y que hay que salvar á la patria. "Dejáte vos de patria—le digo yo.—Bastante la defendieron nuestros abuelos, el tuyo en la batalla de Ayacucho, y el mío en el Congreso de Tucumán.„ Porque ustedes saben que nuestros abuelos... Ya habrán leido la historia.

—¡Cómo no!—dijo doña Inés, que no había leído nada.

—Lo que ellos lucharon... ¡Ave María! ¡Pobres señores!—agregó doña Carlota, que conocía la historia por oírsela leer al general Concorra todas las noches en la cama.

—¡Qué cosa! ¿no?—añadió la de Pisapatrias, que ni la había leído ni la oyó leer nunca á su esposo.

—Pero, nada—prosiguió doña Laura;—por más que le digo, no me hace caso. "Acordáte —me *sabe* decir,—que me llamo Cascante, que llevo el *apelativo* de un hombre ilustre, y que cuando la patria está en peligro, los Cascantes han de ser siempre los primeritos no más en acudir á salvarla.„—Vaya todo por Dios; yo creo que esos muchachos, esa montonera de doctorcitos, me le calientan la cabeza con tanto discurso y tanta declamación, porque... fíjense Vds... parecen todos ellos discípulos de aquel actor español que estuvo los otros años en el Nacional.

—De Calvo—dijo doña Inés, que era muy aficionada á teatros.

—Eso es, de Calvo. Todos parecen Calvos.

—¿Ha visto?—dijo... ya se sabe quién.

—Es una cosa tremenda. Y sí hablaran bien, vaya, menos mal; pero...

—Pues no lo hacen tan mal, ché, Laura,—la interrumpió doña Inés.—Hay algunos mozos que...

—Muy pocos, ché, Inesita. Aparte del doctor Langredo y del doctor *Bolívar*, el hermano de Teresita Foronda, los demás son una cosa inaguantable.

—¡Qué cosa! ¿no?

—¿Y dónde dejan Vds. al doctor Forcadell?—preguutó festivamente doña Carlota.

—¿Ha visto?

—¿El doctor Sonajas, como le llaman las muchachas?—repitió doña Laura.—Salga usted,

doña Carlota, salga usted con ese Dantón de la pampa. Es una cosa atroz, pero atroz, vamos, lo que se dice atroz, atroz. ¡Qué manera de hablar! ¡qué groserías.

—¡Qué cosa! ¿no?

Está bueno que se critique al gobierno, si es que es malo como dicen; pero de otro modo, con palabras finas. Yo creo que es bueno cuando todavía no le ha metido en la cárcel por alborotador y gritón. ¡Qué discursos y qué doctrinas políticas.! Todo lo arregla con colgar á la gente de los faroles. Pero, señor, ¿en dónde habrá bastantes faroles para toda la gente que él quiere ahorcar.? En ninguna parte ¡qué esperanza!, en ninguna parte hay bastantes.

—¿Ha visto? ¡Que cosa! ¿no?

—Lo más probable—continuó doña Laura,—es que el doctor Sonajas sólo quiera ahorcar á los que están por encima de él, con objeto de producir vacantes y ocupar el puesto de algún ahorcado. Es un *angurriento* de puestos públicos. Aquí *sabe* venir día por medio, á conversar con Jorge sobre la organización del Comité cívico de la Parroquía.

—Yo tengo oído—dijo doña Inés,—que no viene solamente por lo del comité, sino por otra cosa más interesante.

—¿Ha visto?

—¿Qué me decís? ¿Acaso pretende?....—preguntó doña Laura en tono de asombro.

—Unos dicen que á Raquel, y....

—¿A Raquel?

—Y otros que á Valentina. Yo no sé nada, hijita; pero algo debe de haber de cierto, porque él las mira mucho, sobre todo á Ra....

—¡Qué esperanza, Inesita!—exclamó doña Laura sin dejarla terminar el nombre de su hija.—Lo que es Raquel te garanto que no le tiene ninguna simpatía, ni tan siquiera le puede ver. En lo tocante á Valentina, quién sabe... Es tan difícil penetrar en el alma de una *gauchita*...

—¡Qué cosa! ¿no?

Después de una breve pausa, agregó doña Laura con mucho disimulo:

—Lo mismo que dicen por el doctor Forcadell podían decir por el doctor Langredo, que también *sabe* venir con mucha frecuencia á conferenciar con Jorge sobre lo del Comité.

—También...no te pensés...también se dice algo,—repuso la señora Gorbea de Randrán—; pero, según las habladurias que corren, parece que la intención de Langredito está más definida, más clara ¿sabés? que la del doctor Sonajas. A mí me han asegurado.. quién sabe si será cierto.. que se inclina por Valentina, y hasta hay quién afirma que ella le *lleva el apunte* sin que vos ni nadie lo note.

—¿Ha visto?

Doña Laura hizo un marcado visaje de disgusto y se mordió los labios. Al observarlo doña Carlota, que estaba muy interesada en este asunto, se apresuró á desmentir la noticia.

—No hay que hacer caso—dijo.—Son cuentos de gente desocupada. Yo no creo, ¡qué esperanza!, que entre Langredito y Valentina haya amoríos de ningún género. Ni él se acuerda de ella ni ella de él. Me consta—añadió con solemnidad de señora respetable—que no hay absolutamente nada de lo que por ahí se charla.

—Y como linda, la muchacha está lo que se dice lindísima—manifestó doña Inés.—Es un verdadero chiche, una monada.

—¿Ha visto?

—Es un ángel—dijo doña Carlota.

—¡Qué cosa! ¿no?

La señora Hortigüela de Cascante se abstuvo de manifestar su conformidad con estos símiles; pero, en cambio, aprovechó la coyuntura para poner una vez más de relieve el desmedido cariño que profesaba á la huérfana, atribuyéndola al mismo tiempo perversas condiciones de carácter y oscureciendo, como siempre lo hacía, la negra historia de su origen.

"La quiero—dijo,—igualito no más que á mis propias hijas. *(Suspirando)* ¡Pobrecita! Ella.. ya se vé.. no tiene la culpa de su origen miserable, ni de ser hija de una india que vive como un pingo por esas pampas, hecha una arrastrada y llena de vicios. *(Suspirando y poniendo los ojos en blanco:)* ¡Ay, Jesús! ¡qué mujer! Por allá anda... quién sabe por dónde... una vez con éste, otra vez con aquél... Ya ha tenido no sé cuántos hijos... puros guachitos. ¡Qué cosa, señor!

—¿Ha visto.?

—Ya, ya. ¡Por Dios, ¡qué mujeres!—dijo escandalizada doña Inés.

—A mí no me extraña nada en ellas—repuso doña Carlota.—He visto en nuestras pampas tantísimas gauchas que hacen esa vida, que ya no me llama la atención. Y ahora no es tanto; pero, ¡vieran ustedes antes.! Casi ninguna se casaba; vivían con quién se les daba la gana, en montón, á la buena de Dios. Hoy mis-

mo, saliendo un poco afuera, ahí no más, en pasando la tablada del Azul, bien pocas son las que se casan; y en los campos de las provincias ¡uf! se vé cada entrevero...!

—¡Qué cosa! ¿no?

—Tremenda, señora, tremenda—dijo doña Carlota, dirigiéndose á la *lora*.—Y la cosa se explica fácilmente. Son mujeres ignorantes, casi indígenas, que siempre han vivido en un rancho, en medio de la pampa, sin haber visto muchas de ellas ni tan siquiera un pueblo. No tienen preocupaciones sociales de ningún género, ni saben tampoco lo que es sociedad. En cuestiones de amor, para ellas no hay más ley que la de los pájaros, pura simpatía. Pasa un gaucho jóven por la puerta del rancho, jinete en un pingo bravo, con lindos aperos y estribos de plata; el mozo, con cualquier disculpa, se queda aquella noche en el rancho, enamora á la muchacha, y... ¡vieran ustedes!... delante de los padres no más pasan cosas...!

—¿Ha visto? ¡Qué cosa! ¿no?

—Luégo, á la mañana siguiente,—agregó doña Carlota—se la lleva á su campo en las ancas de su pingo; ó se queda allí no más si le gusta la estancia, y viven todos juntos en el mismo rancho, cuidando la misma majada. Si congenian, bueno va; siguen tan tranquilos en paz y en gracia de Dios; pero si no congenian, cada cual se alza por su lado, él con otra y ella con otro, sin reñir ni nada, porque el gaucho rara vez riñe con su gaucha, ni la maltrata, pues lo tiene en menos, y más bien, cuando tiene celos, hunde en ella su cuchillo, la mata. Le parece que ésto es más de hombres que el castigarla.

—¡Qué cosa! ¿no?

—Y tienen razón los gauchos—dijo doña Inés.—Es más decoroso matar que pegar á una mujer. Yo por mí sé decirles que si alguna vez hubiera tenido algo con Randrán. . . Felizmente, ¡qué esperanza! nunca hemos tenido nada y nos hemos llevado lo más bien. . . pero si alguna vez hubiéramos tenido algo. . . disgustitos, sonseras que nunca faltan. . . hubiera deseado que me matara ántes que ponerme las manos encima.

—¿Ha visto.?

—¡Cómo no! Es preferible,—repuso doña Laura.

—¡Hijita!, y Randrán me mata si yo le hiciera algo así. . . vamos, algo que no se pueda pasar. Me hace pedacitos. ¡Cómo no!; ¡bueno es él.!

Al decir ésto, al imaginarse que el coronel la redujera á picadillo, doña Inés experimentaba cierto regocijo, una especie de dolor deleitoso, considerando lo muy hombre que era su marido. A ella, avecilla tierna, le gustaba ser poseída por el cuervo robusto. Sansón hubiera sido el ideal de su debilidad. Hay muchas mujeres de esta clase, poéticamente débiles, de espíritu cerámico, de carne docilísima, de femenismo llevado al grado extremo, y á las cuales, por ley natural, enamora, ante todo, el vigor de los hombres dentro de una forma de caballerosidad de hierro. Es el masoquismo de que hablan los científicos de última hora; pero un masoquismo que no admite el cachete, indigno del hombre, y como todo lo indigno, débil, y como todo lo débil, femenino en cierta

manera, sino el aniquilador estrujamiento que produce la muerte. Existe en la mujer el deleite moral de ser poseída por el hombre de genio varonil, vigoroso de espíritu y hasta de musculatura; pero no el de estar bajo lo ignominioso y grosero.

Doña Laura volvió la conversación hacia la madre de Valentina. Indudablemente era una vergüenza para la señorita de Olorón. "Porque, vea usted, doña Carlota, la situación de la muchacha es. . .„

—¿Pero ella qué culpa tiene?—la interrumpió doña Carlota.—Vamos á ver ¿querés decirme, Laurita, qué culpa tiene la pobre muchacha?

—La verdad, ¿qué culpa tiene?—repitió doña Inés.

—¿Ha visto.?

—Está claro; ella, la pobrecita, no tiene la culpa—afirmó doña Laura;—pero ustedes saben cómo es la sociedad. Justas ó injustas tiene sus preocupaciones, y por eso creo yo muy difícil casar á Valentina *á mi gusto*. Aunque ella es bastante linda. . . no tanto como ustedes dicen. . . los mozos *bien*, distinguidos, siempre han de mirar que es hija de una mujer *así*. . . Mientras le sale alguna *proporción*, vive con nosotros como en familia. Es algo ingrata y bastante zorrita; pero no hay remedio; el mundo es así, y no hay que hacer. . . Los que siembran beneficios recogen ingratitudes. *(Con un suspiro envuelto en una sonrisa.)* Vaya todo por Dios.! Yo no lo digo porque la muchacha me lo agradezca, ¡qué esperanza!; nada de eso; lo digo porque me parece que tan siquiera debía de ser agradecida.

— Es muy muchacha Valentina para darse cuenta de esas cosas—dijo la bondadosísima doña Carlota.

—Claro, ¡pobrecita!—añadió doña Inés.

—¡Qué cosa! ¿no?

—No crea, doña Carlota—dijo la señora de Cascante.—El agradecimiento se manifiesta en todas las edades, siempre que las personas favorecidas sean de buen natural. Pero esta niña... vea usted, doña Carlota... es inútil y es inútil. Las indias siempre son indias. Usted las saca de la miseria, las hace gente, y cuando menos se lo piensa la dan un disgusto, pero un disgusto gordo, porque ya. sabemos cómo son en cuanto tienen algún dragoneo.

—¿Ha visto? ¡Qué cosa! ¿no?

—¡Qué esperanza, Laura!—dijo la del coronel Randrán.—Valentina es toda una señorita, y no creo que en el sentido que vos decís te vaya á dar ningún quebradero de cabeza. La muchacha es tímida, humilde, y nunca se atreverá... no lo creas... ¡qué! ¡ni por sueños...! á cometer la picardía de enamorarse sin tu consentimiento.

—Sí, fiáte vos de estas señoritas tirando á pardas. Cualquier día no más se le sube á Valentina la indiada á la cabeza y ¡adios!, nadie puede con ella. Porque, hijita, como apasionadas, yo te garanto que las indias son...

—¡Hijita! una cosa bárbara.! En ellas todo lo ocupa el corazón, y nada la cabeza; no reparan, no reflexionan. En enamorándose, ¡allá vá todo á rodar.! Su corazón es un polvorín incendiado. Cuando un mozo se les mete en el alma, ¡Ave María!, no hay quien se

lo saque, ¡qué esperanza.! Primero se dejan hacer pedazos. Se aferran y se aferran, y nada, ¡qué cosa, señor!

—¿Ha visto.?

—Hay, que matarlas ó dejarlas. ¡Qué constancia y qué... !

—¡Qué cosa! ¿no?

—Una cosa atroz, señora. Eso sí, todas las oposiciones las sufren en silencio, sin protestar, lo más calladitas, con humildad aparente, pero con mucha soberbia oculta y...

—¿Ha visto? ¡Qué cosa! ¿no?

—Cierto, ché, Inesita—dijo doña Laura— Así son, igualito no más que vos decís. Ahí está Valentina que es buen ejemplo de ello.

—No, Laura; yo no lo digo por Valentina, ¡qué esperanza! Ella es otra cosa.

—También.. ¡cómo no!.. también tiene algo de india. Si alguna vez la *reto* (*) por cualquier sonserita, nunca me contesta, ni siquiera se disculpa; se queda calladita la boca, sin levantar los ojos, ni hacer el menor ademán de rebeldía, lo más humilde que te podés imaginar. Y lo mismo es cuando Raquel se disgusta con ella... cosas de muchachas. Pues Valentina siempre le dá la razón, aunque no la tenga; y si la otra le dirije alguna palabra fea, algún insulto.. porque, como mi Raquel ¿sabés? tiene ese génio... la indiecita se achanta y lo sufre todo con una resignación que parece verdadera; pero que no lo es, ¡qué esperanza.! Otra le queda. Si la tengo yo más conocida... !

(*) En el modismo criollo se dice retar por reprender.

—¿Ha visto?

—¡Cómo nó.! Al cabo del tiempo que está á tu lado . . .—dijo doña Inés.

—Lo cierto es,—arguyó doña Carlota—que la muchacha se porta con humildad.

—¡Ah, eso sí.! Tiene que ser humilde aunque no quiera. Por su bien, por su propia felicidad tiene que ser modesta y sencilla. Yo no me canso de machacarla sobre ésto: "Vos, Valentina,—la digo á todas horas—tenés que hacer de cuenta que sos una infeliz, sin padre ni madre, ni donde caerte muerta. No te pensés que te hallás en la misma situación que Raquel y Emilia, porque ellas, al fin, algo tienen, y mañana ú otro día pueden encontrar una buena proporción, un mozo *bien* y de fortuna que las elija por esposas. En tanto, vos sólo podés aspirar á un mozo modesto, algún dependiente ó encargado de estancia. Por eso, mi hijita, conviene que no te aficionés á un lujo que luégo no podría sostener tu esposo.,,

—Hacés bien en darla esos consejos—afirmó doña Carlota, sonriéndose con bondadosa ironía.

—¿Ha visto? ¡Qué cosa! ¿no?

—Y no se figuren ustedes—añadió doña Laura,—que yo la digo todo ésto por no gastar.

—¡Qué esperanza!—exclamó doña Carlota con ampulosidad humorística.

—Porque, al cabo,—prosiguió doña Laura—un vestido más ó menos, no nos ha de hacer ni más ricos ni mas pobres. Lo digo porque, dentro de la modestia que á ella le corresponde, yo quiero que sea feliz. La muchacha . . . la verdad sea dicha . . . no es que digamos muy

amiga del lujo, y se conforma con cualquier sonserita, siempre que esté arreglada con cierto gusto y cierta elegancia. Tanto la he sermoneado sobre la modestia, que *los otros días*, ¡pobrecita!, me dijo sollozando: "Vea, doña Laura, si usted quiere, ahora mismo me desnudo y me meto para toda la vida en el cuarto de baño. Creo que más humilde y más sencilla...,,

—¡Qué muchacha *diabla!*—exclamó riéndose doña Carlota.

—Ya, ya, ¡qué bueno!—dijo doña Inés.

—¿Ha visto?

Y añadió doña Laura:

—No, mujer; ni tanto ni tan calvo. ¿Qué diría de mi la gente si te viera andar desnuda ó desastrosamente vestida.? Yo quiero que te vistás elegante, pero sin lujo: Todo por tu bien, hijita. Ya verás cuando seás mayor y conozcás el mundo cómo yo tengo razón. Lo que deseo, sobre todo, es que no te aficionés á las joyas, que suelen ser la perdición de muchas familias. *(Volviéndose hácia la esposa del general Concorra):*—"Usted, *misia* Carlota, me la echa á perder un poquito en este sentido con sus repetidos regalos.,,

—¡Bah! cuatro sonseritas. ¿Qué vale eso?

—¿Cuatro sonseritas? ¡Cómo no! ¡Vaya unas sonseritas.! Un prendedor de rubiés y esmeraldas, unos pendientes de oro con tremendo solitario, un collar de brillantes, un anillo cuajado de piedras preciosas, un bastidor de palo santo, una cartera con iniciales de plata, y además, canastillo de alambres de bronce, dedales de oro, *crochet* de marfil y ¡qué sé yo cuántas cosas más.! ¿Le parece á usted poco?

¡Pero si todo ello junto vale una fortuna.! Lo que digo, ¡¡una verdadera fortuna.!!

—¡Cómo no!—dijo doña Inés.

—¿Ha visto?

—No tanto, mujer,—manifestó doña Carlota. Y agregó con cierta intención mordaz:—Pero, si como vos decís, valiera todo eso una fortuna, mejor que mejor. De este modo, aunque Valentina se case con un mozo pobre, no les faltará qué comer el primer año. Con vender las alhajas...

—¡Oh, sería una lástima!—exclamó doña Inés.

—¡Qué cosa! ¿no?

—¡Por Dios, *misia* Carlota.! ¿Usted cree que ni Jorge ni yo daríamos lugar á eso.? ¡Qué esperanza! ¡Pues no faltaba más.! Cargaríamos con ella, con su esposo y con todo lo que se derivara de su esposo y de ella. La estancia de *General Godofredo Cascante* es muy grande, y allí habían de caber todos.

—Antes pasarían por mi casa—dijo doña Carlota.—No somos ricos; pero el sueldo de Concorra nos sobra para nosotros dos, y podríamos repartirlo, ya que no tenemos hijos, con Valentina y su pobre esposo. ¿Pobre? ¿Y quién te dice á vos, Laurita, que Valentina no se llegue á casar con un mozo rico.? Cierto que ella no tiene dónde caerse muerta y es bien triste su origen, como vos repetís tantísimas veces; pero todo lo que tiene de desgraciada y de pobre, lo tiene también de linda y de buena; porque, como buena, hijita... no me digás... no puede ser mejor...; y si bien los mozos de ahora son groseramente interesados, todavía

hay algunos con el corazón muy grande y el gusto muy refinado que se prendan de los rostros hermosos y de las almas delicadas. Puede que le toque alguno de éstos á Valentina. El mundo dá tantas vueltas...!

—Bien podría ser,—dijo doña Inés Gorbea de Randrán, que como inferior en graduación, siempre estaba de acuerdo con la generala.—De menos nos hizo Dios.

—¿Ha visto? ¡Que cosa! ¿no?

—Quién sabe. Cosas más raras se ven todos los días—manifestó doña Laura; y en seguida añadió, como para que sus amigas se convencieran del interés que sentía por la felicidad de Valentina:—"Nadie ¡que esperanza! se alegraría tanto como yo de que la pobrecita tuviera buena suerte en el matrimonio. Al fin, se trata, como quien dice, de una hija mía.

(Doña Carlota:) "¡Cómo no!,,

(La de Randrán:) "¡Está claro!,,

(La lora:) "¿Ha visto?,,

Muy poco más hablaron las respetables señoras. Doña Inés fué la primera en dar por levantada la sesión, como se dice en lenguaje parlamentario. "¡Hijita! no se puede venir á tu casa. Se pasa una aquí las horas muertas. ¡Qué escándalo.!,,

—¿Ha visto? ¡Qué cosa! ¿no?

—Esta Laurita es muy amena,—dijo doña Carlota, levantándose del asiento.

—¡Qué esperanza.! Pero no se vayan todavía. Si es muy temprano.

—Cayáte, hijita!—dijo doña Inés.—Ya hace

dos horas que estará esperándome Randrán. *(Riéndose:)* ¡Quién sabe lo que pensará.!

—Que le has abandonado, que te han *raptado* como á una Sabina.

Las buenas señoras celebraron con grandes risas la ocurrencia de doña Laura.

—El pobrecito—agregó doña Inés,—llega á casa lo más cansado de los ejercicios militares. ¿Y de tierra? Ustedes vieran.! No se le puede ni mirar. Hasta el bigote lo trae lleno de polvo. De negro se le vuelve rojo. Pero, ¿y cómo no.? Figúrense ustedes: todo el santo día al trote con los soldados Está claro; se tiene que poner... perdido, vamos, perdido. Me da un trabajo...! Ustedes no saben, ¡ay, Jesús! el trabajo que me dá. Porque para limpiarle la ropa, una no se puede fiar, ¡qué esperanza! ni del asistente, ni de la sirvienta. Y luégo, con tantos botones dorados... es una cosa tremenda. Está una dále y dále, frota y frota... y nada, la tierra no sale. Se mete entre el gorro frigio, entre las manos enlazadas que componen el escudo, entre las letras, y, ¿saben cómo tengo que hacer? Pues tengo que irlo repasando todito, todito con la punta de un alfiler. ¡Ay, Jesús, qué engorro! Yo no sé cuándo se van á concluir los dichosos ejercicios. Con esto de si habrá ó no habrá revolución, el Gobierno no me le deja sosegar. Todo se vuelven órdenes y contraordenes, y que vaya y que vuelva, y que vuelva á ir y que vuelva á venir, un día para acá, otro día para allá. ¡Cómo se conoce que el Gobierno no tiene que andar al trote.! Desde el Ministerio... está claro... todo se arregla lo más bien, y los

militares que se joroben. ¡Qué cosa, señor.! Después estalla la revolución, y una no duerme, ni come, ni vive. Que si se le matarán, que si no le matarán; que si caerá herido y se le morirá á una entre los brazos; que si ascenderá, que si no ascenderá; que si le darán de baja y le meterán preso; que... en fin, que ésto no es vivir. Aquí, doña Carlota, ha de saber también lo que es estar casada con un militar.

—¡Oh!, lo que yo he sufrido, mi hijita...!

—¡Qué cosa! ¿no?

—Sufren mucho las esposas de los militares—dijo doña Laura.

—¿Ha visto.?

—Usted no se lo puede imaginar—agregó doña Inés con cierto orgullo de mártir.—Es un sufrir constante, que no la deja á una tener gusto para nada.

—¿Ha visto? ¡Qué cosa! ¿no?

Al dirigirse las señoras á la puerta de salida, Raquel y Emilia, que habían estado en el balcón del comedor, salieron á su encuentro.

—¿Y Valentina?—preguntó doña Carlota á las dos niñas.

—Se hallaba algo indispuesta y se acostó—dijo Emilia.—No es nada... un poquito dolor de cabeza. Estuvo en Palermo con Raquel, y le ha debido hacer mal el aire. Mañana ya estará bien. Espérenos usted por la tarde, porque vamos á ir á visitarla, Valentina y yo.

—Muy bien, hijita. Vengan no más.

—Tenga preparados pastelitos, de aquellos que nos dió la otra tarde, ¿se acuerda?—agregó Emilia, abrazándose á doña Carlota.

—Bueno, mi hijita, bueno. Ya las trataré bien.

¡Ay, Jesús, qué muchacha!—dijo la buena señora, dándola un beso.

—¡Pero niña!—exclamó doña Laura—¿Dónde se ha visto pedir pasteles cuando se vá de visita?

—Tenemos confianza—dijo Emilia alegremente.—¿Verdad, doña Carlota:? ¿Y el general, ¿está bueno.?

—Sí, mi hijita, está muy bueno. Ya sabés que te espera á comer el día 28, que es su santo. Y también á Raquel y á Valentina. Después habrá un poquito de baile. Van á ir muchas niñas, Teresita Foronda, las de Doronsoro, las de Jaureguizar, las de Miquelena, las de Twist, las de Petrucheli de la Catina y otras muchas más. También habrá mozos, el doctor Langredito, Puck de Antequera, Julián Forcadell, Simón, el hermano de Teresita, Javier Domenech, Damián Eizaguirre, Arturo Canevari, Rodrigo Miguelena y...

—Todos los cívicos—la interrumpió Emilia. alegremente.—Son los mejores mozos de Buenos Aires. Yo no me casaría ¡qué esperanza! con ningún mozo que no fuera cívico. Esos que están con el Gobierno son unos... repelentes.

Las señoras se echaron á reír.

—Viera usted, doña Carlota,—dijo la señora Hortigüela.—Viera usted lo afanadas que andan Emilia y Valentina con el regalo que le van á hacer al general... Es un gorro bordado para andar entre casa. ¿Sabe qué figuras le han bordado alrededor? Gallos peleando. ¡Hágame el favor.! Ya me han hecho gastar no sé cuánto en hilo de oro.

—¡Qué muchachas!—exclamó doña Carlota.

—¿Ha visto?

—¡Ah, la juventud!—dijo doña Inés.

—¡Qué cosa! ¿no?

La esposa del general, dirigiéndose á Raquel que permanecía silenciosa, la dijo:

—¿Y á vos, mi hija, ¿cómo te vá.? *(Acariciándola:)* "Pero, ¡niña! te estás quedando muy delgadita. ¿Qué te sucede? ¿Estás enferma ó tenés amores.?„

—Yo no sé—dijo doña Laura—, lo que de un tiempo á esta parte le pasa á esta niña. Es una cosa... yo no sé, yo no sé. Unas veces se queda ensimismada, los ojos abiertos, como los de un carancho, y vagando por todas partes; ¡pero qué! sin fijarlos en ninguna, como una sonámbula; y á ratos... ¡vieran ustedes el trabajo que me dá con sus nervios.! Se le disparan, y yo tengo un miedo atroz, porque se me figura que le va á dar algún ataque. Tiene días que quiere reñir con todo el mundo, y otros que por cualquier pavada, por cualquier sonserita no más, se está las horas muertas llóra que te llora. Algunas veces, cuando toca el piano, parece que le está machacando, con una rabia y una cosa...! como desesperada, igualito no más que una desesperada, sin sacarle substancia á lo que toca. Otras veces, en cambio... ¡qué cosa, Señor...! se le caen las lágrimas cuando toca el *Cielito*, un vals muy lindo; ¿no le han oído ustedes.?

(Doña Carlota y doña Inés:) !Cómo no! Es precioso.

—¿Ha visto?

—Pues hay días—prosiguió doña Laura,—que sin saber por qué ni por qué no, ya no le

gusta el *Cielito* y aporrea el piano sin fundamento. ¡Ay, Jesús, y qué paciencia se necesita tener con ella.! Pero, ¿no ven ustedes cómo se está quedando de flaca.? *(Tomándola de la mano:)* Fíjese, doña Carlota; tiene los brazos como un alfiletero, igualito no más que un alfiletero; los dedos... hágame el favor, fíjese... parecen palillos de dientes; el cuello como una flauta, y... ¡la vieran ustedes el talle!... Eso sí, muy elegante... el corsé lo lleva flojísimo...; pero cualquier día... lo que yo digo... se va á quebrar. El doctor la ha recetado píldoras de hierro, aceite de hígado de bacalao y unas gotitas de un líquido... creo que es arsénico... Háganme el favor... veneno para curar á la gente. A estos médicos de ahora se les ocurren unas cosas...!

—Si un clavo saca á otro clavo, el veneno debe sacar al veneno,—dijo doña Carlota con una intención que no acertó á comprender claramente el agudo ingenio de doña Laura, que tomó la perífrasis en sentido físico y no en sentido moral.

—No pueden darse una idea—agregó doña Laura—del trabajo que me da para hacerla tomar estas medicinas.

—¡Qué cosa! ¿no?

—Voy á ver si en entrando el verano la llevo á Córdoba, para que tome el aire de aquellas sierras.

—Allí se te va á componer—dijo prontamente doña Inés.—Yo estuve los otros años con Randrán y me sentaron, hijita, admirablemente. Y también á Randrán, que con los trotes de los ejercicios, se me había puesto . . . vos

vieras, hijita. . .lo más endeble; pálido, pálido como una monja.

—¿Ha visto? ¡Qué cosa! ¿no?

—Muy linda cosa, señora, muy linda. Bueno, adiós, Laurita, adiós. Estará Randrán, ¡Virgen! desesperado. Adiós, hijita, adiós. Recuerdos á Jorge. Adiós, niñas, Raquel, Emilia, adiós. ¡Qué tarde! ¡qué escándalo.! Adiós, todos, adiós.

—Sí, sí, vámonos—dijo doña Carlota.

—¡Adiós, mujer, adiós.! Pero, ¡qué prisa, qué nervios, qué cosa, señor!—exclamó doña Laura.

—¿Ha visto.?

—Siempre ha sido igual. En acordándose de que Randrán la estará esperando, le entran unas prisas...!

—¡Qué cosa! ¿no? ¿Ha visto?

IX

CONFIDENCIAS

Dos horas más tarde hallábase Valentina de Olorón acostada boca abajo en su lecho, el rostro enterrado en las almohadas y extendida la cabellera sobre las almidonadas fundas, yendo algunos cabellos, rebelados de la mata, á confundirse con el plumaje de hilo blanco de los cisnes de la colchilla.

Apretados los parpados en un cierre total, el mundo exterior permanecía en tinieblas para sus ojos, que sólo hácia adentro miraban, cual espectadores atónitos de la tragedia dolorosa iniciada en su corazón.

Emilia entró con paso de sigilosa cautela, no por temor de agravar la enfermedad de Valen-

tina con el ruido de sus pasos, sino por sorprenderla en alguna íntima escena amorosa, en algún coloquio con *Langredito*, el doncel de amarillas plumas que en la imaginación de la huérfana simbolizaba la persona real, dueña de su alma. La señorita Hortigüela, como toda mujer, sufría la curiosidad insaciable de conocer todas las formas de amor de sus congéneres.

Acercóse al lecho la miedosa de los muertos sin que Valentina la sintiera. Después de contemplarla un momento á la luz de una lámpara semi-apagada, la tocó en el cuello desnudo, llamándola al mismo tiempo con voz cariñosa: "Ché, Valentina: ¿estás dormida?,,

Con movimiento de asustada dióse vuelta la señorita de Olorón. "¡Ah!, ¿sos vos?,,—dijo, moviendo aceleradamente las pestañas, largas y negras como alas de mariposa nocturna, movimiento que servía para diluir las lágrimas, con lo cual se le abrillantaron los ojos igual que en Palermo, en aquella tarde ya mencionada.

—Sí, yo soy. Creí que estabas dormida.

—No, no dormía; no puedo dormir.

—¿Estás peor?

—No, estoy bien; pero no puedo dormir. Sueño despierta cosas terribles; que me abandona Dios y la gente; que ya no me quiere Sebastián, que es peor que el abandonarme Dios... ¡Ay, no!; peor no. He dicho una cosa mala, un pecado. ¿Cierto, ché, Emilia, que es pecado lo que he dicho? Pero si lo siento así, ¿qué le he de hacer yo? ¿Cómo se puede no sentir lo que se siente. . . ¿eh?, decíme, ché, Emilia: ¿cómo, ¡ay, Dios mío! cómo se puede . . .?

—Cayáte, hijita, cayáte. Dios es lo más bueno y perdona todas las cosas malas que se hacen por amar mucho. Mirá, ché, Valentina, hacé una cosa por si acaso se hubiera enojado. Rezále á la Virjen una Salve ¿sabés?, para que Ella le pida que te perdone. Y tiene que perdonarte no más...qué remedio...En pidiéndoselo Ella...está claro...Él se tiene que fastidiar, ¡cómo no! Por una sonserita no se va á poner á condenarte, ¡qué esperanza! Pero, ¿á qué viene todo eso de que te abandona Dios y la gente? Decíme: ¿á qué viene todo eso? ¿Estás loca? Avisá si estás por volverte loca.

—Loca ó tonta; no sé, hijita, lo que me volveré. Me duelen los huesos de la cabeza; parece que me los taladran las ideas; unas ideas que hago por olvidarlas y no puedo. Se me fijan y ahí están no más, unas veces zumbando como moscas, y á ratos se quedan quietas, quietas, pesadas y ardiendo como plomo derretido ¿sabés?

Tras de breve silencio, Valentina preguntó: "Decíme: ¿se fueron ya las visitas?„

—¡Qué rato hace! Han charlado...¡hijita!, no te podés imaginar lo que han charlado.

—Ya las he oído.

—¿Todo lo que han dicho?—preguntó Emilia alarmada.

—Sí, todo—dijo Valentina, rompiendo en una explosión de sollozos.

Emilia sentóse en la cama, tomó entre las suyas las manos de su casi hermana y..."Tené paciencia, no llorés„—la dijo profundamente conmovida.

No sabiendo qué palabras emplear para consolarla, Emilia se quedó callada. La buena

muchacha temía abordar el problema de la gaucha. Era un asunto demasiado espinoso para andar en labios tan castos y en imaginación tan pura. "No llorés, tené paciencia,,—volvió á repetir con inmensa sencillez.

Consuela más la palabra de los inocentes que el consejo de los analíticos. Aquellos parece que ayudaran á sufrir, con lo cual se nos figura que se reparten las punzadas del tormento; un reparto ideológico, pero positivo en sentido de consuelo, porque, á veces, también duele la imaginación. Los otros, los razonadores, con su agudo entendimiento, semejante á un bisturí, parece que nos descarnaran todavía más la herida, descubriéndola del todo y haciendo brotar de ella nueva sangre y, por lo tanto, nuevos quejidos. "No llorés, tené paciencia,,—hé ahí todo, más un beso de compasión y cariño, surgido del corazón oprimido á los labios amantes; y con el beso una lágrima caldeada por la pena común; porque comunes hacen los simples de corazón las penas de los séres queridos. Aquella lágrima de Emilia fué á confundirse con el aluvión que de los ojos de Valentina brotaba, sintiendo con su influencia, en el pecho alivio, calma en la mente, sosiego en el atormentado espíritu.

"Ya hace algunos días que sabía lo de mi madre,,—dijo Valentina con palabras cortadas por esa congoja tranquila que sigue á la crisis del llanto.

—¿Cómo? ¿No lo has sabido esta noche?

—Esta noche lo he oído repetir; pero ya lo sabía.

—¿Quién te lo dijo? Pero no; no me lo digás. Ya caigo, ya sé quién es. ¿Raquel... á la fija

¿no?... á la fija que ha sido Raquel? ¿Cierto, ché, Valentina? Decí: ¿no ha sido ella?

—Sí, ella ha sido. Me lo dijo en medio del paseo de Palermo, aquella tarde... ¿te acordás cuando vos la preguntaste si nos habíamos divertido mucho, y ella, por burlarse de mí, te contestó que yo me había divertido muchísimo? Pues aquella tarde me lo dijo.

—¡Qué muchacha perversa! Pero, ¿qué sacará con ser así, tan mala?

—Yo no sé, ché, Emilia, yo no sé. Fijáte vos; ya que quería decírmelo, bien me lo podía haber dicho aquí, en casa. Pues no señor; quiso darme el mal rato allí, entre toda la gente.

—De puro mala; porque, hijita, tiene un corazón...¡qué cosa!...Duro; duro como una piedra.

—Cuando me vió acongojada, aturdida y á punto de salírseme las lágrimas, tuve que sorbérmelas con los mismos ojos, echarlas hacia adentro ¿sabés?, porque ella me agarró las manos lo más apurada, diciéndome que era una vergüenza llorar en medio del paseo y que todo tenía fácil remedio yendo á reunirme con mi mamá en el rancho donde vive.

—¡Cómo no! ¡Está fresca mi señorita hermana! En seguidita te vas á ir. ¡Qué cosa linda!

—¿Y si me echaran entre ella y tu mamá, que me quiere todavía peor que Raquel?

—Me ponía yo en la puerta y no te dejaba salir, ¡qué esperanza! Y si al fin te arrojaban, me iba yo también con vos al rancho. Sóla no te ibas...no, no, no, eso no, ¡qué esperanza!

—¡Pobre Emilia! ¡Tan cariñosa, tan buena hermana!—exclamó Valentina abrazándola.

Langredito lanzó un trino en el cual hizo

alarde su garganta de las mayores complicaciones musicales.

—¿Por qué no te acostás?—preguntó la Maldonada á su buena amiga.

—¿No te molestaré, ché, Valentina?

—No, hijita, ¡qué esperanza! Andá, desnudáte.

Emilia comenzó á desnudarse. Al sacarse los zapatitos, sentada en la orilla de la cama, Valentina, ya más tranquila, se incorporó sobre las almohadas y la dijo:

—Ché, Emilia: tenés unos pies lo más lindos.

—Raquel dice que son más lindos los suyos.

—¡Cómo no! ¡Ya quisiera!

Cuando se quitó el corsé y quedaron desnudos sus níveos brazos, maravilla de los tornos de la Naturaleza, Valentina volvió á decir, envuelto el rostro en sonrisas y lágrimas:

—Tenés un cuerpo lindísimo, hijita.

—Pues mamá dice que es más lindo el de Raquel.

—¡Qué esperanza! Raquel está en los puros huesos; tiene el cuerpo como una tabla. Entre las picardías y la envidia la van comiendo todas las formas.

—¡Hijita! yo me estoy temiendo que se va á desarmar cualquier día. Será cosa de numerarla los huesos para saber cómo se los hemos de volver á colocar.

Emilia terminó de desnudarse en medio de incesante charla, quedando con el camisón escotado y de mangas cortadas al rape de los hombros.

Con ese movimiento de pudor instintivo que hasta entre sí poseen las niñas, cruzó los bra-

zos por encima del seno, cubriéndose con ellos pecho y garganta, y con las manos la desnuda nuca. Ningún pintor ha tenido la visión de semejantes escorzos, ni de una apostura con tal encanto femenil. De pronto estremecióse la buena muchacha, exclamando: "¡Uy, hijita, ¡qué miedo! Me parece que le estoy viendo por todos los rincones del cuarto.„

—¿A quién?

—A don Claudio el almacenero! Abrí, hijita, abrí pronto la cama. (*Chillando:*) ¡Ah! ¡miràle, mirále! ¡allí! ¡allí! en aquel rincón!

—¡Qué miedosa!—exclamó Valentina, levantando al mismo tiempo las cobijas.

Con un salto parecido al que dan los peces cuando salen á flor del agua á cazar mosquitos, Emilia se metió dentro de la cama, abrazándose en seguida á Valentina y besándola repetidas veces con una efusión de cariño como sólo aquel corazón podía albergar. La huérfana devolvíala los besos con toda la ternura de su alma generosa, mientras *Langredito* sostenía en su pico una romanza en tono altísimo, con variantes y modulaciones como nunca se las imaginó el genio musical de Rossini.

—Yo no quiero que estés triste; yo no quiero que llorés—dijo Emilia sin cesar de besarla. —Vos no tenés la culpa de lo que sea tu mamá. Por más que... atendéme una cosa, ché, Valentina: yo digo que no ha de ser mala, sino una infeliz ¿sabés?; una gaucha pobrecita que vivirá en el campo á la buena de Dios.

—Eso digo yo también; pero, hijita, para mí es una vergüenza tener una madre así—dijo Valentina acongojándose.—Además me dá mucha pena saber que está en la última miseria.

Y lo que más me desespera es que yo no puedo hacer nada por ella, porque tampoco tengo nada, ni siquiera donde caerme muerta, como me dice tu mamá.

—¿Que no tenés nada? ¿Que no tenés dónde caerte muerta? Eso no, hijita, porque lo que yo tengo es para las dos, y si lo necesitás todo, pues todo para vos.

—¡Oh, pobre Emilia! ¡Gracias, muchas gracias!—exclamó Valentina conmovidísima.

—Verás, verás. Mañana mismo le digo á tío Jorge que me dé lo de mi papá y... Pero, hijita, ahora que me acuerdo; soy menor de edad, y no me van á querer dar nada. *(Con impaciencia):* ¿Pero qué le importará al Presidente de la República que haga yo lo que quiera con mi plata?

—El Presidente no se mete en eso—dijo Valentina sonriéndose—Son las leyes las que...

—Bueno, serán las leyes—manifestó Emilia interrumpiendo á su amiga;—no digo que no; pero si el Presidente dice: "den ustedes á Emilia lo que pide„ se tienen que jorobar las leyes, y mamá ó el tío Jorge no tienen más remedio que darme lo de mi papá; porque, hijita, el Presidente manda más que las leyes; y si no fijáte vos en lo que dicen todos los días los diarios; no leerás más que ésto: "Aquí no hay leyes, porque el Presidente dispone de ellas á su antojo.„ Pues que disponga que me den lo de mi papá. A él, ¿qué le cuesta hacerlo?

—No digás locuras, Emilia,—repuso Valentina acariciándola.—Ni eso puede ser, ni yo lo admitiría. Yo socorreré á mi madre cuando pueda hacerlo por derecho propio, cuando... ¿me entendés?

—¡Cómo no! Querés decir cuando te casés. Pero mientras tanto, vos no salís de esta casa, ¿sabes?; y si te echaran ó vos te fueras no más porque te mortificaban mucho, yo me iba también. Y en seguidita...ibas á ver...empezaba á gritar por la calle: "¡Señores, señores, mi mamá nos ha echado de casa!,, Ya verías vos cómo ella nos hacía volver en seguidita no más, por "el qué dirán,, de la gente. ¿Y tío Jorge? ¿Te pensás que nos dejaría salir de aquí? ¡Qué esperanza! ¡Bonito se pondría! Agarraba un palo del gallinero y mataba á golpes á mamá y á Raquel. Luégo se venía con nosotras, porque á vos, á mí y al *Gaucho Pobre,* al gallo que tiene en su cuarto ¿sabés?, nos quiere más... ¡ya lo creo! ¡cómo no...! mucho más que á Raquel y á mamá.

Callóse un momento y empezó á jugar en la cama, besando, abrazando y haciendo cosquillas á Valentina. No se podía estar quieta ni aún durmiendo; parecía una azogada; se encogía, se estiraba y dábase mil vueltas para todos lados en un cambio constante de posición. De repente exclamó con un estremecimiento general: "¡Uy, hijita! ¡Don Claudio! ¡mirále! ¡mirále!,,—y se cubrió la cabeza con las cobijas, ocultando el rostro entre el seno de su amiga, los brazos rodeados á su cuello con esa firmeza que dá el miedo, el cuerpo hecho un ovillo, contenida la respiración y cerrados apretadamente los lindos ojitos azules.

—¡Que me ahogás, Emilia!—dijo Valentina sofocada, pero sin enojo.

—¿Se fué ya? ¿Se fué, ché, Valentina? ¡Ay, hijita, qué miedo! Encendé la lámpara; dále toda la luz... que se vea bien.

Valentina obedeció, iluminando todo el cuarto.

—¿Se vé bien?—preguntó Emilia desde las tinieblas en que estaba.

—Está clarito, clarito, lo mismo que la plaza Victoria. Sacá la cabeza, no tengás miedo.

Emilia comenzó á sacarla despacito, y cuando sus ojos percibieron la luz plena, engendro de confianzas, quedóse con la cara sonriente, inundada de alegría, sobre el rostro dulcemente severo de Valentina. "¡Tomá, tomá y tomá!„—dijo, reanudando, cual picoteo de pájaros, una nueva serie de besos.

—Pero ¡Emilia! ¿No te podés estar quieta? ¡Qué muchacha!

—No puedo, ché, Valentina; no puedo y no puedo! Yo no sé lo que me pasa. Me parece que me sobra vida ¿sabés?; que me sobra alma, corazón, sangre, que me sobra de todo. Si pudiera hacía una cosa: le regalaba á Raquel todo lo que me sobra; porque ella... vas á ver... cualquier día no más se va á morir de miseria... de miseria interior ¿sabés?

Valentina la abrazó con un sentimiento de ternura indefinible.

—De buena gana—prosiguió Emilia,—la daría un poquito de mi sangre para que adquirieran color sus pálidos huesos, que los tiene... ¿no te has fijado?... blancos, blanquitos, como varillas de abanico. Luégo la daba un trocito de mi corazón para que te tomara á vos un gran cariño, y á mí también, y á toda la familia, y al sol, y al día, y á toda la gente... ¿Sabés lo que te quiero decir? Mucho amor, mucho cariño á todo el mundo y á todas las cosas.

—¿Enseñarla á querernos á todos?—preguntó Valentina sonriéndose.

—¡Eso, eso! Si no cuesta nada querer... pero nada, hijita, lo que se dice nada. Al contrario; está una más alegre cuando quiere mucho, cuando quiere sin saber por qué... querer por querer no más. ¿Para qué queremos el corazón? ¿Para que en cada tiqui-tiqui, cuando palpita ¿sabés?, esté diciendo "te odio, te odio?,, No, hijita, ¡qué esperanza! Si no sirve más que para odiar y para juntar rabia, mejor es que nos lo arranquemos y se lo arrojemos á los gatos para que se lo coman.

—¡Cuántos gatos se envenenarían con algunos corazones!—exclamó tristemente Valentina.

—Pues si se comieran el tuyo ó el mío iban á vivir hasta que no quedara en todo el mundo un sólo ratón. Habría gatos viejitos, viejitos, ¿como qué? Como Roma; porque, hijita, yo creo que no hay en el mundo una cosa más vieja que Roma. Lo dicen todos los libros; la vieja Roma, la vieja Roma. Hasta el poeta Tinadillos, ¿no le conocés? *(Con desenfadado desdén)*. Sí, hijita, ¡cómo no! el nieto de misia Joaquina la sorda, el autor de ese librito que tengo yo en mi cuarto con una dedicatoria sonsa. Pues hasta Tinadillos dice que Roma es muy viejita. Figuráte vos, ¡qué novedad!

—Pero, hijita, ¡qué charla tenés!—dijo Valentina riéndose de aquel galimatías de Roma, los gatos, *misia* Joaquina la sorda y el poeta Tinadillos.

—No te riás, Valentina. *(Con enojo simulado y sin estarse quieta un instante)*. No te riás de mí ó te ahogo á besos. *(Besándola:)* ¡Tomá, tomá y tomá!

—¡Emilia! ¡muchacha! Esta noche me asfi-

xiás. Mirá cómo has revuelto toda lá cama. Parece que hubieran andado en ella todos esos gatos que vos decís. ¡Sosegáte, hijita!

—¡Si no puedo! ¿No te he dicho que no puedo? ¿Qué querés que haga? ¿Querés que me corte la lengua, y los brazos, y las piernas? ¿Querés que...?

—No, hijita; nada de eso.

—*¿Y Antonio...?* (*)

—Que te estés quieta siquiera un momento... solo un momentito.

—Bueno; formalidad. *(Incorporándose sobre las almohadas:)* ¿Sabés por qué Raquel te quiere tan mal?

—¿Por qué?

—¡Qué sonsa! Pero no; demasiado sabés vos por qué. No te vengás haciendo la chanchita renga.

—¡Emilia!

—Es una broma. Dáme un beso...

Valentina la dió el beso.

—Otro...

—¡Hijita!

—Bueno; no me lo des.

—Sí, mujer, sí. *(Besándola.)* Todos los que vos querás.

—Pues Raquel te quiere mal porque ella también ama á Sebastián Langredo.

—¿Sí, ché?

—Veníte haciendo la sonsita. ¿Acaso no lo sabés?

—Me lo imaginaba. ¿Le quiere mucho, ché, Emilia?

—¡Hijita!, ¡una cosa bárbara! Le quiere mu-

(*) Humorismo popular. Quiere decir: ¿Y entónces...?

cho, muchísimo... así, rabiosamente. ¿Y sabés por qué? Porque ella tiene sospechas de que él te quiere á vos. Es un amor... verás, verás... que se agranda por la envidia. Mucha envidia agregada á un poquito de amor, aumenta el amor ¡uf! de una manera tremenda.

—Cierto, ché, Emilia, así es no más. Pero ¡qué sos viva!

—¡Oh! ¿qué te habías creído? ¿Porque me ves así, alocada...? No te pensés, no soy sonsa. Me sé dar cuenta de las cosas.

—Ya lo veo, hijita, ya lo veo.

—Cuando estoy con Raquel, ¡vos vieras, hijita, los besos y los abrazos que me dá! Pero, ¿te pensás que son para mí? ¡Qué esperanza! Para mi son en el hecho material de dármelos ¿sabés?; pero en la memoria de ella son para Sebastián Langredo. A mí no me engaña... ¡está fresca!

—¡Que sos pícara, hijita!—exclamó Valentina, sorprendida de aquella agudeza.

Emilia rompió á reir con estrépito parecido al piar de una bandada de pájaros entre las frondas de una alameda. Y tras las risas, nuevos abrazos á Valentina y nuevas agitaciones de todo el cuerpo, al cual no dejaba tranquilo una alegría desbordante que, á semejanza del elemento dramático innato á la sangre, necesitaba escape en actos externos, en un movimiento incesante de todos los músculos, en explosión de carcajadas y torrentes de charla expansiva y alegre. Al fin, sosegóse un momento para decir:

—Pero, hijita, todo cuanto haga mi hermana es en balde. Sebastián Langredo te prefiere á vos sobre todas las muchachas del mundo.

—Quién sabe cómo pensará después de saber lo de mi madre—indicó Valentina, más que por sus dudas, por espíritu indagatorio.

—¿Después que lo sepa? ¡Cayáte, hijita! Si lo sabe, ¡qué tiempo hace!

—¡Ah! ¿sí?

—¡Cómo no! ¿Sabés qué nombre te ha puesto él?

—No sé.

—Pues te llama...pero no le vás á decir que yo te he dicho...

—No, hijita. *(Animándose)*. A ver: ¿cómo me llama?

—Te vas á poner triste si te lo digo. No te lo quiero decir.

—No me pongo triste. Te juro que no. *(Con gazmoñería:)* Andá, decímelo. ¡Hijita! y ¡cómo te hacés de rogar!

—Pues te lo voy á decir, para que no digás que me hago de rogar. Te llama...no te vás á poner triste ¿eh?

—Te digo que no, hijita! ¿Cuántas veces querés que te lo diga?

—Pues te llama *La Maldonada*. Pero lo dice en tono de cariño ¿sabés?, y de compasión. De compasión y cariño, todo revuelto con amor y con... ¡qué se yo con qué, hijita! Cada vez que te nombra se le ilumina la cara; parece que le diera una ráfaga de sol encarnado...¿sabés?... ese restito de sol rojo que se queda rezagado en una orillita del cielo al terminar las tardes? El poeta Tinadillos lo llama crepúsculo. ¡Fijáte vos si será sabio! Pues con ese sol tan lindo se le baña á Sebastián el semblante cada vez que te nombra. ¡Hijita! y ¡cómo te quiere! ¡Una cosa bárbara! En cuanto oye mentar tu

nombre, se le ponen los ojitos...¡alegres, alegres! ¿como qué...? En fin, hijita, lo más alegres. Y yo no sé, ché, Valentina, si será ilusión mía; pero me parece que en las niñas de los ojos de Sebastián, allá, en el fondito negro, ¿sabés?, lleva pintado tu retrato.

—¡Qué cosas se te ocurren!

—Si, hijita; un retrato chiquito, chiquito... lo más lindo. Fijáte y...pero ¡qué sonsa soy! ¿Cómo lo vas á ver si estás vos misma allí, en sus ojos? Para verlo tendrías que mirar de afuera, y eso no puede ser, porque vos estás adentro, y aunque quisieras salir un momentito no más, iba Langredo y ¡tac! cerraba los ojos y te quedabas presita, presita entre sus pestañas. ¡Hijita! y ¡qué linda cárcel! Porque los ojos de Sebastián son lo más lindos: ¡tan expresivos, tan nobles, tan...No vayás á tener celos, ¿eh?

—No, Emilia, ¡qué esperanza!

—Decíme: ¿le querés mucho?

—¡Hijita! Eso ni se pregunta!

—¿Mucho, mucho, ché, Valentina?

—Con toda mi alma.

—¿Le querés más que al día, más que al sol?

—Mi día y mi sol es su amor.

—¡Qué buen tiempo hará en tu corazón!—exclamó Emilia riéndose.

—Sin el amor de Sebastián, todo sería tinieblas para mí; una noche perpétua, sin estrellas, ni luceros, más negra, más triste y más dolorosa, hijita, que la muerte misma. Si él dejara de amarme...te juro, ché, Emilia...le pediría á Dios que me matara...me mataría yo misma. Sin Sebastián, sin su amor, ¿para qué quiero la vida? *(Con exaltación:)* Vivo en él, por él

y para él. Si me lleva en sus ojos, como vos decís, yo le llevo en mi alma, en mi corazón, yni un momento ¡qué esperanza! se separa de mi memoria. Mis pensamientos me parece que son inspirados por él. Creo que mi corazón está envuelto en el suyo ¿sabes?, y que palpitan juntos. Se me figura que llevo su espíritu estampado en el mío, y su persona toda grabada en mi pecho. En todos mis sentimientos, en todas las emociones que sufro creo que está él. Le veo á través del espacio, en el agua que bebo, en la poesía de los libros que leo, en las melodías que escucho, en todas partes, hijita, en todas partes. Al oler un clavel . . . ¡qué cosa, ché, Emilia. . . ! me parece que aspiro algo de su persona. Miro por la noche al cielo, y sin que Sebastián haya salido de dentro de mi alma, le veo reproducido, clarito, clarito, en el astro más lindo; un lucero reluciente, reluciente, que viene á estar encimita no más de *General Godofredo Cascante*. . .

—¡ Ah, sí ! Tinadillos dice que se llama Sirio.

—Pues yo le llamo *Sebastián Langredo*. Es mi lucero. *(Agitándose:)* Verás, verás: cuando yo era una nenita y vivía en la estancia con...con... con papá Jorge, salíamos los dos á la puerta; él se sentaba, me hacía un arquito con los brazos y las piernas, y yo, de pié no más, metida en el arquito, me estaba las horas muertas ¿sabés? mirando al lucero. Era mi lucero, el lucero de mi vida, y ya entónces le llamaba *Sebastián Langredo*.

—¿Y qué van á decir los astrónomos cuando sepan que vos andás enredando en las cosas del Cielo?

—Los astrónomos no saben nada del Cielo. Al Cielo sólo le comprende el Amor.

—Decíme una cosa, ché, Valentina: ¿y si á fuerza de andar Raquel haciéndole monitos y poniéndole linda cara, Sebastián se casara con ella, dejándote á vos plantada?

El cuerpo de Valentina quedó crispado hasta en su arteria más recóndita. Bajo el tibio calor de las sábanas, sintió Emilia que los músculos de su amiga adquirían la dura y fría tensión de los flejes de acero templados al hielo, mientras la sangre, hervida al calor de unos celos africanos, se le subía en oleadas al rostro que despedía vahos de fiebre, una especie de humo que parecía indicar la existencia de una hoguera dentro de su cabeza.

Como por ensalmo desaparecieron de su cuerpo delicado las curvas y morbideces al impulso de la crispación de huesos y nervios, que adquirieron la firmeza atlética de un floretista puesto en guardia. Eclipsóse la dulzura de sus ojos, suplantada por los fulgurantes brillos del furor y las inspiraciones de una ira con todos sus terribles enconos. Era el Otelo hembra; bajo sus lindos rizos había estallado un ciclón de llamas, de cuya lumbre brotaban ideas infernales. En su espíritu, cultivado en colegio de mansas monjas y pulido más tarde en esferas aristocráticas donde todo se disimula, resurgía la india con todos los vigorosos estallidos de sus pasiones, fiera en el amor, queriendo á plena sangre y á corazón pleno, con el ímpetu físico de los animales indomésticos y con todo el tozudo espiritualismo de su alma, virjen de versatilidades femeninas.

Cuando Emilia la vió desencajada y sintió el

contacto de aquellas contracciones nerviosas, asustóse muchísimo, exclamando:

—¡Valentina! ¿Qué tenés? ¿qué te pasa?

—¡Nada!—rugió con sofoco asfixiante.

Y alargando su mano hasta el cajoncito del velador, sacó un pequeño cuchillo que servía de corta-papeles; lo esgrimió entre sus pálidos dedos ante los asustados ojos de Emilia y...

—¿Lo vés?—dijo, incorporándose sobre las almohadas y descompuesto el semblante por un furor insano.—Pues le mojaba la punta en el frasco de veneno que la dan todos los días, y en seguida se lo hincaba en los ojos, y después en el corazón.

—¡Ave María! ¡Pobre Raquel! ¡Hijita!, si les echáramos tu corazón á los gatos, como decíamos antes, de seguro que se morían envenenados.

—Estallarían de amor—dijo Valentina con rabioso laconismo.

—¡Pobrecitos! Para querer así, con esa furia, más te valía no tener amores, porque, hijita, vás á sufrir mucho.

—Pues yo no sé querer de otra manera. *(Más sosegada:)* Atendéme una cosa, ché, Emilia: en esta casa no me conoce nadie; creen que soy una mosquita muerta ¿sabés?, y...¡qué esperanza!...no lo soy. Debajo de esta capita de humildad, vive una india. Sí, hijita, creémelo; yo soy una india por dentro. La educación que me dieron las madres Micaelas y las finuras que luégo he aprendido en sociedad...todito, hijita, desaparece en cuanto se trata de violentar los impulsos de mi corazón. Con mi persona se puede jugar; puede jugar tu mamá, agarrándola poco menos que con pinzas para irla

presentando á sus relaciones, como cosa salida de un basurero; puede jugar Raquel, empleando en sus juegos la difamación, hija de la envidia y hermana del odio; puede jugar Teresita Foronda, compadeciéndome á ratos, y á ratos disputándome, por pura vanidad, el cariño de Sebastián; con mi persona pueden jugar todos, propagando mi origen entre alardes de ficticia lástima; pero con las pasiones de mi corazón no juega nadie. Langredo es mi prometido, la única ilusión de mi vida, mi sostén moral y mi guía, mi universo y mi sol; creo en su fidelidad y en la honradez de su alma, como él cree en la honradez de la mía y en la constancia eterna de mi amor; porque yo le amo con una vehemencia que raya en locura. Me ha hecho consentir en que seré su esposa, uniendo nuestros destinos. (*Llorando:*) Sueño con hacerle feliz, colgada de su brazo protector y amante, mirándome en el espejo de sus ojos generosos, en un abrazo constante, en una caricia eterna, alegre con sus alegrías, agobiada con sus tristezas, llenas mis entrañas con su vida y lleno mi corazón con su cariño. (*Furiosa, esgrimiendo el cuchillito:*) ¿Quién se atreverá á destruir todo esto? ¿Quién?

—Sosegáte, Valentina; me dás mucho miedo—dijo Emilia con visible susto.—Ha sido una broma mía. Sebastián no se acuerda de nadie más que de vos.

—Ya lo sé.

—¿Y entónces...?

—¿Para qué me decís esas cosas? Decíme: ¿para qué?

—Bueno, hijita, sosegáte y...(*enternecida*)... dispensámelo. No te volveré á decir nada de-

sagradable: (*A punto de llorar:*) ¿Me perdonás, Valentinita?

—Sí, hijita, ¡cómo nó!

—Pues dejá el cuchillito y dáme un beso.

Valentina dejó el arma en el cajoncito del velador, y en seguida besó repetidas veces á su amiga.

—¡Hijita! no creí que estabas tan enamorada—dijo Emilia con cara sonriente después de los besos.

—Como una loca, ché, Emilia, igualito no más que una loca.

—¿Hace mucho tiempo? ¿En dónde le conociste la primera vez? Contáme, ché, Valentina, ¿cómo empezaron vuestros amores?

La Maldonada, poseída de una locuacidad inhabitual en ella, sentóse en el lecho, y vuelto el rostro, casi sonriente, hácia su amiga, comenzó diciendo con inusitada animación:

—Verás, verás: fué en lo de *misia* Carlota. Estaba yo en la sala con el general, disputando, en broma ¿sabés?, sobre el valor de nuestros gallos: yo le decía que el *Gaucho Pobre* era más valiente que todos los *Concorritas* juntos, y él, lo más picado en su amor propio, aseguraba que su *Despilfarrao* era el gallo más guapo de la república y que iba á dejar nuestro gallinero como las ruinas de Palmira. Así estábamos chacoteando y riéndonos, cuando de pronto ¡trás, hijita!, abre misia Carlota la puerta y, detrás de ella, se aparece. . .¿Quién dirás?. . .Mi don Sebastián Langredo! Me quedé. . .!

—¿Y por qué?

—Yo no sé, ché, Emilia; pero lo cierto es que me hizo una impresión tremenda. Sentí

que me subía como fuego á la cara... la batata, hijita, la batata.

—¡Qué sonsa! ¿Y por qué te abatataste?

—¿Acaso lo sé yo? Y lo bueno es que no le conocía más que de nombre, por lo que decían los diarios ¿sabés?... que tenía tantísimo talento y que iba à ser un gran orador. Y, ¡qué cosa, ché, Emilia! En cuanto le ví, dije yo para mí: "Sí, señor, vá á ser y va á ser no más un gran orador.„

—Es que te empezaba á gustar. No lo negués, hijita.

—Si yo no lo niego, ¡qué esperanza! Aquella frente despejada, blanca y tersa; aquellos ojos negros, vivos, con unas niñitas que se estaban riendo de alegría; aquel bigote moreno, enérgico sin enfado ¿sabés?; y luégo todo el porte de su persona... elegante sin afectación, con aquella cultura llena de sencillez, tan simpático, hijita, y tan lleno de atractivos... ¿Cómo no me iba á gustar?

—Está claro. ¿A quién no gusta un mozo lindo, elegante, simpático y lleno de talento? ¡Hijita! era necesario no tener gusto.

—Yo me iba á salir corriendito no más de la sala; pero misia Carlota me detuvo para presentármelo. "Valentina de Olorón...„—"Es la muchacha más linda de Buenos Aires„—le dijo el general—Fijáte vos: me dió una vergüenza...! Y misia Carlota agregó: "Y también la más buena„—¡Hijita! era cosa de matar á los dos viejos. ¡Pobrecitos! Me quieren tanto...! Ni que fueran mis padres... Sebastián me dijo no sé qué cosa... porque, hijita, me zumbaban los oídos de una manera..: !um... um... um... ¿sabés?... ese ruido como las alas de un mos-

cón? Y luégo un silbido agudo y prolongado... fit... fit... fit... que me repercutía allá, en la cabeza, como cuando se caza una avispa dentro de una tacita. ¿Y en el corazón? ¡Hijita!... un calor tremendo; parecía una herrería con sus chispas y todo... En fin, que no le pude entender á Sebastián ni tan siquiera una palabra de lo que me dijo.

—*¡Qué cosa! ¿no?*, como dice doña Trinidad—repuso Emilia con cierta ironía festiva, de muy buena ley.

—*¿Ha visto?*—añadió Valentina, acompañando con sus risas á las de Emilia.

—¿Te encamotaste? ¿Cierto, ché, Valentina?

—Completamente, hijita. Cuando salí al balcón con misia Carlota, mientras el general y Sebastián se quedaban en la sala conversando de sus cosas políticas, me entró una lástima de todos los pobres que pasaban por la calle...! Yo no sé lo que era aquello. Siempre he tenido compasión de los desgraciados; pero nunca como aquella tarde. A un viejito casi ciego que pasaba por allí, tocando con un palo en las paredes para no salirse de la vereda, le dí cinco pesos que llevaba en mi carterita... los únicos que tenía. Luégo pasó una planchadora, una muchacha jóven y lo más linda... se parecía á vos... cargada con un tremendo cesto de ropa. Cuando levantó la cabeza para mirarnos, ví que tenía los rulitos rubios pegados al sudor de la frente, y sus ojos celestes llenos de tristeza y cansancio, como apagados por la fatiga. Me dió una lástima...! ¡Hijita! casi me echo á llorar. Al llegar al pié de nuestro balcón, la dije que se parara un momentito, y le pedí á misia Carlota que mandara á la sirvienta á

buscar un changador para que le llevara la ropa á la pobre muchacha. Consintió en ello por complacerme...¡pobre misia Carlota!...y vino el changador, aquel viejito gayego que, según dice el general, hace cuarenta y cinco años que está en la misma esquina, ¿no te acordás de quién te digo?

—¿Aquél viejito encorbado, con joroba, que le caen los pelos blanquitos sobre las orejas? ¡Cómo no! Panceirita, el viejo Panceira; ya sé quién decís. ¡Pobre Panceirita!

—Pues él le llevó la ropa á la muchacha. Pero luégo, al volver, ¿qué te cuento? No tenía plata para pagarle ¿sabés?. Yo suplicaba á misia Carlota para que le pagara; pero ella, por embromarme ¿sabés? vá y le dice: "yo no le he mandado; es esta señorita la que tiene que pagarle.„ Entónces yo, lo más avergonzada, le dije: "Vea señor...„ (¡Hijita! cuando tenemos que disculpar una deuda, aunque sea un changador, le llamamos señor.) Pues le dije: "Vea, señor: mañana le pagaré, porque ahora no tengo plata.„—"Está bien, *señurita;* es *lu mesmo*—dijo él. ¡Pobrecito!—"Usted me *lu* ha de *pajar cuandu lu tenja pur cunviniente.* Adios, *señurita,* que la *vaija* bien y que Dios la dé mucha salud.„

—¡Pobre Panceirita! Si es lo más bueno...!

—Vas á ver, hijita: ya se iba, cuando el general y Sebastián se aproximan al balcón, y misia Carlota, en medio de grandes risas, vá y se lo cuenta todo. Entónces se asoma Sebastián al balcón y le llama: "Panceira, Panceira.„ Volvió corriendito el viejo; Langredo sacó un puñado de plata y..."Ahí tiene amigo; veinte pesos por

la changa, y cincuenta por haber servido á esta señorita.„ Se fué el viejo de contento...! ¡figuráte vos cómo se iría con setenta pesos! Yo me quedé como sonsa, sin saber lo que me pasaba; me puse de color punzó, colorada, colorada, con una vergüenza y una cosa...! ¡hijita! que no sabía de qué lado me daba el aire...

—¡Qué rumboso! ¡Setenta pesos!

—Ahí verás. ¡Si es lo más generoso! Le dí las gracias ¿qué había de hacer? Y aquella noche... ¡ay, ché, Emilia, qué cosa!... No pude dormir. Vuelta para acá, vuelta para allá, y nada. Apagaba la luz, y... vos vieras... el cuarto se me aparecía llenito de estrellas, y en medio de todas el lucero, *Sebastián Langredo* ¿sabés?... ese que dice Tinadillos que se llama Sirio. Cerraba los ojos, y al apretar las pestañas se quedaba el Sebastián real encerrado adentro; los abría, y nada; allí estaba, posadito no más en las niñas de mis ojos... ¡ay, qué cargoso! Quería aplacar, hacer dormir á las ideas, y... ¡qué esperanza!... imposible, hijita, ¡imposible! Eran como una bandada de mariposas de oro, otras blancas, azules muchas, y todas con luces en las alas... y ¡déle volar y volar dentro de mi cabeza... Sentía un mareo dulce, ¿sabés? un trastorno agradable, como el que sentimos cuando bailamos un vals con un mozo que nos gusta mucho; pero no, no era igual; se parecía no más un poquito. Con el vals y con la confusión de respiraciones, se nos agita el cuerpo, la sangre, los nervios, y lo que yo sentía entónces no era eso ¿sabés?; lo que sentía lo sentía todito en el corazón y un poco en la cabeza, en forma de muchas mariposas llenas de luces y de alegría...

—¡Eso es la ilusión, hijita! Muchas mariposas, muchas luces de colores y una cosa. . . así, como un sueñito estando despierta... ¡claro! ¡la ilusión! ¡Qué sonsa! ¿Por qué no lo decís de una vez?

— Porque las palabras de mayor significación se vulgarizan de tal manera con el abuso del uso ¿sabés?, que concluyen, hijita, por parecer que no dicen nada. Con la palabra "ilusión„ sucede ésto que yo te digo ¿Cuántas veces la pone Tinadillos en su librito?

— ¡Hijita! Es la palabra-mosca en todas las sonseritas que escribe.

— Pues yo me quedé verdaderamente ilusionada con Sebastián—prosiguió Valentina.—Era una cosa, hijita, de no podèrmelo arrancar del corazón ni de la cabeza. "¿Y si lo que ha hecho no fuera más que una galantería, de esas que hacen los hombres tan sólo por ser agradables?„ Cuando pensaba ésto. . . ¡vos vieras!. . . se me hacía un nudo en la garganta. ¿Por qué no decirlo? Lloré, hijita, por miedo de que no me quisiera. Pero á los ocho días, cuando volví á verle, me convencí de que me quería.

— ¿Y en qué lo conociste?

— ¡Hijita!. . . en la manera de mirarme y en. . . No me decía galanterías ¿sabés? Sus palabras eran sencillas y temblonas. Estaba emocionadísimo, y yo dije para mí: "¡ya!„ y me emocioné más que él todavía. Así seguimos una gran temporada de dragoneo. Sin ponernos nunca de acuerdo, siempre estaba yo en el balcón cuando él pasaba para Palermo. Al llegar frente á casa, detenía al alazán, que hacía unos firuletes, hijita. . .! como si tuviera conocimiento; se ponía en dos patas y daba unos relinchos...! como llamándome para que viera á

su patrón. Luégo pasaba corcobeando, pero sin salir de frente al balcón, lo mismo que los caballos de las estátuas ecuestres, que siempre están patatín, patatín ¿ sabés ? sin salir del pedestal. Lo más compadre se ponía el alazán en cuanto me veía. Sebastián me saludaba sonriéndose, y yo también me sonreía. Por último, hijita...

—¿Se te declaró? ¡Qué contenta te pondrías!

—¡Figuráte vos! ¡cómo no! También fué en lo de misia Carlota donde se me declaró. Pasado mañana hará un año... bien me acuerdo. Estábamos allí de tertulia... vos también estabas... ¿ Te acordás cuando estrené aquel vestido azul con adornos blancos ? Pues esa noche fué. Yo me hallaba conversando con el general, embromándole con nuestros gallos; Raquel tocaba el piano; después que terminó, vino Sebastián, ya entendido, hijita, con misia Carlota, y me invitó á pasar al comedor, donde había dulces y refrescos. Poquito á poco me fué llevando al balcón, y una vez allí... ¡ já, já, já !... ¡ Le hubieras visto, hijita !... No sabía cómo salir del atolladero. Tuve que ayudarle... con mucho disimulo ¿ sabés ? No se fuera á creer que estaba yo rabiando porque me lo dijera....

—Y lo estabas!—dijo Emilia, soltando la risa.

—¡ Claro que lo estaba ! ; pero, hijita, yo no se lo iba á demostrar á él ¡ qué esperanza ! Cuando, al fin, medio embarullado y á tropezones me lo pudo decir... porque entónces, hijita, no dió pruebas de ser gran orador... Pues cuando ya me lo dijo todito no más, me quedé como atolondrada de alegría, pero sin que él lo notara... lo más seria por fuera ¿sabés?, mientras que por dentro me parecía estar recibiendo un baño de lluvia tibia, que descendía de la luna,

una luna de otoño, lo más blanca y lo más grande; parecía una antorcha encendida en el cielo en honor á nuestros amores.

—¡Qué poética te ponés, hijita!

—Cierto, ché, Emilia. Me pongo hecha una sonsa cuando hablo de estas cosas. Me parezco á Tinadillos. Qué querés, hijita... Como de estos asuntos no puedo hablar íntimamente con nadie más que con vos... se me va la lengua. Pues bueno; yo le dije en la situación en que me hallaba ¿sabés?, huérfana y recogida en vuestra casa. No le dije lo de mi madre, porque entónces no lo sabía: pero se lo he de decir ¡cómo no! en cuanto nos veamos; no quiero que se vaya á pensar que me lo callo después que lo he sabido. Si me quiere de veras, como yo creo, me aceptará tal como soy, con todas mis desgracias; pero yo ¡qué esperanza! no le oculto nada, por vergonzoso que sea para mí.

—¿Y qué te contestó cuando le dijiste que eras una desgraciada?

—¡Figuráte vos!; me dijo que él también era huérfano y otro desgraciado, y que por eso buscaba consuelo en mí. ¡Qué pillo! Puso unos ojos...! le hubieras visto...! Desde entónces, hijita, carta va y carta viene. El correo es misia Carlota. El general le sabe decir algunas veces: "Mirá, Carlota, que algún día te va á cazar Laurita el contrabando.„ Y ella le contesta: "Mejor que mejor: así rompemos de una vez y nos traemos á Valentina á nuestra casa.„ Por Dios, Emilia, no te descuidés en decir nada.

—¡Hijita! ¡qué poca confianza!

—Ya sé que puedo tener confianza. Te lo digo porque te podías descuidar con alguna bromita ¿sabés? Y yo deseo que todo se arregle en paz. Sebastián quiere que nos casemos después

que se compongan estas cosas políticas que le traen tan ocupado. Parece que es inevitable la revolución. Tengo un miedo, hijita, de que le vaya á suceder algo malo...! porque, como yo soy tan desgraciada!... Y luégo, está él tan metido en la revolución!... En la última carta que me ha escrito... Verás, aquí la tengo, debajo de la almohada. (*Sacándola.*) Fijáte... eso de arriba son sonseras... que me quiere mucho, que no me puede olvidar... ¡eso ya lo sé yo! Pero, aquí abajo, mirá lo que dice, (*leyendo:*) "estoy muy atareado en estudiar el discurso que pronunciaré el domingo en la manifestación popular que se celebrará en el frontón Buenos Aires.„

—¿Y eso que sigue?—preguntó Emilia, viendo que su amiga doblaba la cartita.

—Nada...sonseras. (*De memoria y entre risas:*) "dispensáme, querida morocha, que no haya ido á verte.„...¡Hijita! no hay mozo de menos inventiva que Sebastián para las cartas amorosas. Yo creo que lo mucho que me quiere le hace ser sencillo. En cambio, pronunciando discursos, no hay quien sea más elocuente. (*Con orgullo:*) Ya verás, hijita, el domingo. Me los va á dejar apabulladitos á todos.

—¿Te acordás de aquel discurso que pronunció sobre la cíudad de Tucumán? (*Emilia se pone de pié en la cama y comienza á remedarle con la voz y los ademanes*) "Fué la cuna de nuestra libertad. De entre sus muros surgió nuestra democracia liberal, nuestro republicanismo y...„

—¡Emilia! ¡Cayáte, hijita, que te van á oir!

—¿Y esto otro?: "La pródiga divinidad, reina de la fantasía, puso por techumbre al solar tucumano el más hermoso girón del cielo, y...„

—¡Emilia! ¡Por Dios!

—"...las estrellas refulgentes, que son como la condensación de todas las miradas de los ángeles, reflejaron su luz astral en los ojos de aquellas mujeres que simbolizan en América la resurrección de la belleza helénica.„ ¡Qué lindo, hijita!

(Valentina entusiasmada).

—"Nuestras pampas serán en el siglo XX la Meca de todos los desgraciados peregrinos de la miseria universal. En nuestros campos hallarán su oásis todos los expatriados del Viejo Mundo y de las atrasadas repúblicas, coloniales aún en esencia, que componen el resto del hemisferio sud-americano. Cien millones de seres humanos, hijos de sangre inmigrante, constituirán nuestra nación, que representará el apogeo revolucionario en todos los órdenes de la vida y del pensamiento; y...

—"Buenos Aires, que será el símbolo redentorista de la futura Filosofía...„

—Ché, ché, Emilia!—exclamó Valentina—Me parece que se te han grabado demasiado en la memoria los discursos de Sebastián.

—Tenés celos de mí?—preguntó Emilia de pie sobre la cama y extendido el brazo derecho á estilo de los oradores.

—No, celos no; pero...

—¿Sabés lo que estoy pensando?—la interrumpió Emilia en tono entre festivo y serio.

—¿Qué?

—Que si tuviera Sebastián un hermano más chiquitito ¿sabés?, me casaba con él.

—Pues yo me alegro de que no tenga hermanos, ni padres, ni nada, para que todo su

cariño sea para mí—dijo Valentina, con ese egoísmo propio del amor.

A todo esto, la luz del día comenzaba á filtrarse por los intersticios de la puerta de la habitación que daba al patio. Al observarlo, exclamó Valentina: "¡Hijita! ¡Está amaneciendo! Vamos á dormir. Pero es necesario arreglar primero la cama. Fijáte cómo están de revueltas las sábanas. ¡Qué escándalo! Andá, agarrá vos de aquel lado y yo de éste, para ponerlo todo en orden. ¡Qué cosa, hijita!; ésto no es cama; ésto es un revolcadero de perros. Andá, prontito, vamos... dáte prisa, hijita.,,

Emilia obedeció, bajándose de la cama convertida en tribuna. Ella de un lado y Valentina de otro, la hicieron de nuevo. Mientras duraba la faena mucamil, dijo Emilia á su amiga:

—¡Hijita! y ¡qué talento tiene Langredito! Va á ser un orador...

—Mejor que el doctor Del Valle—dijo Valentina, con el énfasis propio de la novia de un gran tribuno.

—Y ¡cómo le quieren todos los muchachos!... Todos menos uno, el doctor Sonajas, que no le puede ni ver.

—Por la envidia que le tiene... Estirá esas puntas de la colchilla... Pues no es más que envidia.

—Eso digo yo... Poné más arriba las almohadas... Siempre que se habla de Sebastián, ¡vieras la cara del doctor Sonajas!; parece que le quitaran algo cuando oye elogiar el talento de Langredo, y... fijáte, cómo están las sábanas.

—Hechas un ovillo.

—... toda la rabia que le tiene es porque

Sebastián sabe más que él. Pues que estudie. ¿Cierto, ché, Valentina? Con tenerle envidia no le va á pasar, sino aprendiendo todas las cosas que él sabe. Porque, ¡mirá que sabe cosas Langredito! Y además, ¡qué bien las dice...!

Valentina de Olorón manifestó su acuerdo con una sonrisa en que se aliaban la satisfacción más grande con un pronunciado asomo de vanidad. En seguida dijo: "Dáte prisa, ché, Emilia, porque nos vamos á resfriar.,, Al fin terminaron de hacer la cama. *Langredito,* posado en el palo más alto de la jaula, y dando algunos bostezos con su pico, las miraba con ojos soñolientos y sorprendidos por aquella jarana á hora tan intempestiva. De pronto, exclamó Emilia: "¡Uy, don Claudio!,, y de un salto se metió en la cama, como paloma azorada, arrebujándose entre las cobijas. Cuando Valentina se acostó, la otra le echó los brazos al cuello, besándola repetidas veces. Al cabo de unos instantes, dijo la revoltosa:

—¿Sabés, ché, Valentina, que el doctor Sonajas anda detrás de Raquel lo más encamotado?

—¿Y ella?—preguntó la Maldonada con vivo interés.

—Ni caso, hijita. ¡Vieras cómo le desprecia!

—Bueno...que allá se las arreglen. Vámos á dormir. Dejáte de charla ¿eh?...porque ya hemos conversado bastante.

Al poco rato, Emilia se quedó dormida, con ese sueño tranquilo y reparador, propio de un niño que ha enredado mucho durante el día. Su respiración era acompasada, con ese ritmo apacible en el alentar que denota el reposo del espíritu, la quietud total de la mente y el abso-

luto sosiego de la sensibilidad. No fué tan dulce el dormir de Valentina. Por entre las gasas del sueño, horribles pesadillas y visiones la tuvieron en constante zozobra. El adormilado pensamiento hilvanaba dramones espeluznantes, como si dentro de él se hubiese ingerido la fantasía trágica de Shakespeare. En una de las situaciones culminantes, despertóse llena de sobresalto, encontrándose con la mano dentro del cajón del velador, buscando á tientas el cuchillito de cortar papeles. Espantada de sí misma, con esa sofocación angustiosa que sigue á un despertar en plena acción dramática, Valentina retiró su brazo apresuradamente, ocultándole bajo las tibias cobijas y diciendo para sí, en completa lucidez: "¡Ay, Dios mío! Doña Laura tiene razón: soy una india, una verdadera india!„

—¿Qué tenés? ¿Te pasa algo, ché, Valentina?—preguntó Emilia, á la cual habían despertado los bruscos movimientos de su amiga.

—No... nada. (*Besándola en la frente.*) Dormite, hijita, sin hacer caso de mis locuras.

X

EL 23 DE ABRIL

"Taratachín..chín..chín... Taratachín..chín.. chín... ¡pím!.. ¡pám!.. ¡púm!... ¡¡Búmbaaaa!!„

—¡Viva la Unión Cívicaaaa!

—¡Vivaaaa!

"Taratachín..chín..chín... Taratachín..chín.. chin... ¡pím!.. ¡pam!.. ¡púm!... ¡¡Búmbaaaa!!„

—¡Viva el teniente general don Bartolo méMi...treeee!

—¡Vivaaaa!

"Taratachín..chín..chín... Taratachín..chín.. chín... ¡pím!.. ¡pám!.. ¡púm!! ¡¡Búmbaaaa...!!,,

—¡Viva el doctor don Aristóbulo del Valle!

—¡Vivaaaa!

—¡Viva el doctor don Leandro N. Alem! el defensor de los intereses del pueblo y... *(en este vítor se ponía letra como para una romanza.)*

—¡Vivaaaa!

—¡Abajo los conculcadores del honor nacional y de...

—¡Abajoooo!

"Taratachín...,, etc., etc., que equivalen á bombas, chupinazos y otros artificios de la pirotécnica, con cuyo grotesco estruendo, en combinación con estridentes charangas, conviértense las manifestaciones políticas en simulacros revolucionarios.

Aquello fué enorme, el *delirium tremens* de las manifestaciones con sus puntas y ribetes de asonada popular que se traducía en gritos subversivos, mueras y vítores á todo lo que daban de sí los potentes fuelles pulmonares y las clarinescas laringes del pueblo.

¡Qué día para todas las castas de murguistas que residen en Buenos Aires! No quedó uno sólo desocupado, notándose una dispersión general en los conventillos donde moran estos artistas, tan humildes como simpáticos. Los hubo que, de puro cívicos y entusiastas contra el Gobierno, se rodearon el trombón al cuerpo y salieron á la calle dispuestos á subir el profundo sonido de sus instrumentos, compañeros de fatigas en la santa conquista del puchero diario, hasta darle tonos furiosos y amenazantes, anunciadores de la futura tragedia.

Otros, más prosaicos en medio del entusiasmo revolucionario, y seguros de que ninguna revolución, la universal inclusive, cambiaría su humilde condición de murguistas, se hicieron pagar por los distintos comités que organizaron la imponente manifestación de protesta contra aquel desdichado Gobierno, en cuyos desmanes, justo es decirlo, colaboraron muchos, pero muchísimos de los manifestantes del 23 de Abril.

Todo Buenos Aires se echó á la calle. La inmensa ciudad, Babel de las razas contemporáneas, presentaba un aspecto de inusitada efervescencia, caldeada por el ansia revolucionaria, ese fuego colectivo que constituye las pájinas homéricas de la historia. Notábase en aquellas informes y heterogéneas masas cierta predilección dramática. ¡Se había gozado tanto! Los pueblos, como los individuos, necesitan dramatizar la vida. El desgaste del placer no es suficiente. Necesítase también el desgaste dramático. El pletorismo vital del pueblo requiere, para normalizar su vida, la antigua cura de la sangría. El corazón humano es muy veleidoso en sus inflamaciones. El bullir de la sangre apetece variedad en los móviles. Es como los ríos, mansos á ratos, deleitándose dulcemente en su lecho de césped, verde musgo y flores acuáticas; á ratos desbordantes, turbulentos, recogiendo en su seno las tormentosas lluvias del cielo y los deshielos y neveras derretidas de las montañas, que arrastran hasta su cauce, descuajándolos, arbolados y peñascos.

Las sociedades recreativas congregáronse en orden de procesión, lo mismo que los *clubs* parroquiales, cuyos jefes y caciquejos, ostenta-

ban en las levitas (prenda que á todo el mundo da cierto aspecto de figura política) una chafalonía arqueológica, simbolizada en medallas y cintajos que acreditaban su comando. Llevaban estas insignias en los puntos más visibles de sus patrióticos pechos, procurando, al mismo tiempo, destacarse al frente de las filas con ese anhelo de viso innato al corazón humano.

El alto comercio, constituído por podadores de robles de las montañas europeas, y erigidos en comerciantes por virtud de las prodigalidades de la nueva Jauja, también tomó parte muy activa en la manifestación. Esta gente de idiosincrasia bandolérica, sin arraigo espiritual en suelo americano, aunque en él los entierre el destino, protestaba á gritos contra la subida del oro, á la cual había contribuido tanto como el mismo Gobierno, metiéndose en especulaciones y agiotajes extraños á sus negocios de simplicidad mercachiflera, y jugando sobre fondos públicos, de existencia puramente nominal, con la inexperiencia propia de los aldeanos, que son, en su mayoría, los que representan el alto comercio de Buenos Aires.

Pero el chubasco se venía encima en forma de una bancarrota total, y todos los que habían tomado parte en aquel festín pampero, pueblo y comercio, volvíanse hostiles á los gobernantes, clamando moralidad en el epílogo de aquella pitanza general. Este clamoreo no dimanaba del amor á la virtud y al órden, sino de la desesperación que despierta el acabamiento de la abundancia. Aquella sociedad del año 90 tenía muy poco que echar en cara al Gobierno, porque la corrupción era epidémica, no pudiéndose excluir más que un puñado de patri-

cios, hacia los cuales volvía el alto comercio sus ojos asustados por la visión de la quiebra. Bajo las palabras de órden y moralidad, lo que se pedía era valoramiento, una nueva forma de orgía mercantil, la estabilidad de una opulencia adquirida sin el esfuerzo del trabajo, en *negocios pampas*, como se llamaba entónces á las especulaciones territoriales y bursátiles. Creían los señores comerciantes que unos cuantos patriotas de recta historia política podían tener la virtud de resucitar un cadáver granujiento, putrefacto de goces, que no otra cosa simbolizaban el comercio y la sociedad de aquella época.

La columna de manifestantes fué engrosando de un modo colosal. Cuando arrancó por la calle Florida en dirección al frontón Buenos Aires, ofrecía un aspecto imponente, como el mar en momentos de borrasca. Presidíanla los prohombres de la reacción política y administrativa, el general Mitre, los doctores Irigoyen, Alem, Del Valle, De María y otros, á los cuales acompañaba la pléyade de jovenes que inició el popular movimiento. Allí iba Sebastián Langredo, la primera inteligencia, el mejor pico oratorio y la figura más simpática de la juventud revolucionaria; Simón Foronda y Bolívar, ó mejor dicho, Simón F. Bolívar, que era como él se firmaba, tratando de ocultar la humildad de su abolengo *forondino*; Julián Forcadell, ó sea el doctor Sonajas, que vociferaba como un energúmeno, á fin de que supiera el público el importante papel que iba desempeñando en la manifestación y lo patrióticamente enardecida que se hallaba su alma; el prosáico Eugenio Puck de Antequera, el hijo del

inglés y de la criolla perteneciente á una familia patricia, un joven que había heredado por la línea paterna todo el espíritu utilitario de la raza sajona; Damián Eizaguirre, muchacho entusiasta por la revolución, más honrado que la Eucaristía, activísimo en la política menuda de las parroquias, y cuya mano de origen vasco, vale decír tirando á martillo, sabían muchos lo que pesaba, especialmente los gubernistas del barrio de la Balvanera; Javier Domenech, un Justiniano en estado de larva, pero que hasta la fecha no había pasado de la categoría de *laucha* tribunalesca envuelta en papel sellado; Arturo Canevari, medio abogado, medio periodista, literato á medias y medio casi nada en todo; Rodrigo Miquelena, muchacho excelente, con el culto de la patria arraigadísimo en el alma, capaz de todos los sacrificios dentro de una modestia que realzaba doblemente su civismo y su inteligencia nada vulgar. Además de los citados, iban otros muchos jovenes entusiastas, cuyos nombres no hay para qué mencionarlos en este relato. Ah! también iba formando parte en la cabeza de la columna Abelardo Tinadillos, en su doble carácter de poeta bucólico y cronista de no sé qué diario, donde el tal escriborroteador daba lo que en la jerga del periodismo se llama la "nota del día,, ya fuera sobre asuntos hípicos ó sobre cuestiones artísticas. Dicho sea en honor de los caballos, el gran Tinadillos los comprendía mejor que á los escritores, y hasta los juzgaba con mayor benevolencia, por pura simpatía.

Los manifestantes marchaban por la calle Florida apiñadísimos, hechos una pasta humana, prorrumpiendo en aclamaciones y vítores

á la causa y á los prohombres del partido popular, gritándoles el nombre y el apellido, con sus iniciales intermedias, jerarquía militar, título académico y demás pelos y señales. Parece mentira que aún existan laringes en Buenos Aires. En una ocasión, el pueblo vitoreaba de este modo á un ministro: "¡Viva el teniente general doctor don Benjamín Victorica!„ Si este distinguido hombre público llega á tener un apellido vasco un poco complicado, el vítor hubiera sido más largo que el coro de los Hugonotes.

Las veredas de la calle eran lo que comunmente se llama un hormiguero humano. Puede juzgarse cómo estarían los huecos de las puertas diciendo que no se veía una sola chapa anunciadora, lo cual equivale decir que tampoco se veían las puertas, porque en ellas hay más bronce que madera. Los balcones estaban atestados de damas y señoritas, cuyos caprichosos sombreros se agitaban al impulso del inquieto meneo de miles de cabezas femeniles. Parecía que se hubiera subido al balconaje toda la Flora de la República, y que desde las azoteas se hubieran desplumado sobre los coquetones peinados todos los pájaros de la pampa y de los bosques del Chaco.

La variedad de colores en los vestidos, avivados por un espléndido sol de otoño, simulaba un inmenso cuadro en el cual hubiesen colaborado los pintores de todos los tiempos y de todas las escuelas habidas, sobresaliendo siempre la moderna escuela *impresionista* del arte francés. Estaban entusiasmadas, más que por la causa política, por lo que todo aquello tenía de espectáculo y de cierta alegría innata

á toda manifestación popular, aunque ella sea, como fué aquella, el esbozo de un tristísimo drama nacional.

Los miradores del establecimiento fotográfico *La Platense,* con sus columnas y demás adornos arquitectónicos, parecían un guindal plagado de mariposas en incesante inquietud. Allí estaban apiñados los rostros más lindos de Buenos Aires, sonriéndose bajo promontorios de plumas, cintas y encajes de caprichosa variedad. En el extremo derecho del balconaje, apretadas contra la misma escuadra, hallábanse Valentina y Emilia; divididas de éstas, allá por el centro, estaban Raquel y Teresita Foronda; detrás, casi dentro del edificio, doña Laura con *misia* Carlota y doña Inés, acompañadas de los respectivos esposos de estas últimas, el general Concorra y el coronel Randrán, que en su calidad de militares en servicio activo, tenían que abstenerse de toda manifestación de carácter político.

Las manos enguantadas de las damas, al aplaudir á los prohombres del civismo, producían un palmoteo apagado, como el aletear de pichones de palomas, formando la nota suave y delicada en medio de aquel tableteo estrepitoso de las manos de los hombres.

De pronto detúvose la inmensa columna por uno de esos mil incidentes que se producen en tales casos. Contribuyó al aumento de la general alarma la imprudencia de un oficialete de policía, genuino representante del *compadraje* autoritario, que quiso, no restablecer el orden, sino que se viera la gracia que su caballo y él (no hay trasposición) tenían para atropellar al público. La enorme masa se agitó cual rumo-

roso oleaje, saliendo de su seno gritos de naúfrago, imprecaciones, insultos y unos pitidos mefistofélicos, agudísimos, producidos con los dedos metidos en la boca á estilo de los vaqueros, todo ello dedicado á la institución policial.

Por encima de toda esta algarabía, sobresalieron allá, en la cabeza de la manifestación, unos gritos estentóreos que decían: "¡Paso, señores! ¡Cancha al general Mitre!,,

Era D. Jorge Cascante que hacía esfuerzos inauditos para defender á su ídolo contra las apretaduras y empujones de la muchedumbre que á todo trance se esforzaba por ver la cara del general. El Cirineo ayudando á Jesús en la cuesta del Gólgota no hizo más que D. Jorge para sacar ileso á don Bartolo en aquella peregrinación erizada de escollos y conflictos populares. Con sus robustos hombros, que por virtud del entusiasmo adquirían una fuerza inverosímil, contenía D. Jorge á la multitud de admiradores del general que querían darle un vítor al oído.

El héroe de Pavón, el hombre que ha tenido la gloria de ser objeto de una manifestación de simpatía de proporciones tan colosales como no la haya obtenido político alguno en el mundo, inclusos Gambetta y Castelar en las grandes eras de las agitaciones democráticas, iba sofocadísimo, magullado, descubierta la hermosa cabeza nazarena, cuya lacia cabellera de pintor romántico agitábala el viento á su capricho; chorreando sudor su nobilísima frente, agujereada por el plomo de las discordias civiles; los ojos medio desmayados, bamboleante, perdido ya el espíritu de defensa contra aquellos avances del pueblo que se esforzaba por

verle; lleno de tolerante paciencia, sobreponiéndose al cansancio y al dolor que en los hombros y en el cráneo le producían los golpes de los ramos de flores arrojados desde los balcones y ventanas por las entusiastas damas y señoritas bonaerenses.

Su vehemente defensor, compadecido y al mismo tiempo casi loco de emoción, le dijo al llegar á la calle Piedad: "Paciencia, mi general; todo por la *Patria Vieja*.„

—Sí, amigo Cascante, todo por la patria—le respondió muy conmovido el general.

Don Jorge se encendió atrozmente con estas breves palabras cambiadas con su jefe, redoblando sus esfuerzos para preservarle de todo daño. Aquello no era hombre; era un Hércules, una muralla, un cerro andino conteniendo el paso de una invasión; aquellas espaldas no eran de huesos y carne, sino de acero con rellenos de materias grijosas; tal era su firme consistencia para detener á las muchedumbres. Al fin logró hacer un metro de espacio donde el general pudo tomar un respiro; pero no contento con ésto, D. Jorge levantó sus puños y metióselos bajo las narices á diversos individuos que obstruían el paso, acompañando á la acción los desaforados gritos de: "¡Paso, señores! ¡Cancha al general Mitre!„

El efecto fué verdaderamente fatal, pues por huir de los amenazantes puños de D. Jorge creció la confusión y aumentaron los empujones. En uno de estos movimientos oscilantes de la muchedumbre recostaron á D. Bartolo sobre su fervoroso correligionario, el cual, al sentir el peso sobre sí, profirió esta oportuna frase que pasará á la posteridad: "Ha caído

sobre mis espaldas toda la historia política de la república.„ Enderezóse como pudo nuestro gran Cascante, y encarándose con el montón de pueblo que perneaba en la vereda por ver al general, gritó furiosamente: "¡No se amontonen los gringos!„ En seguida preguntó á su ídolo: "¿Le han lastimado, mi general?„

—No ha sido nada. No hay que apurarse, amigo D. Jorge — repuso D. Bartolo sonriéndose bondadosamente.

—Ni el Dante, mi general, lo pasó peor que nosotros en su viaje por el infierno.

—Más sufrió cuando le tradujeron,—contestó festivamente el insigne historiador.

Al llegar bajo los balcones de La Platense, las muchachas que arriba estaban rompieron en un aplauso simultáneo y entusiasta. La plana mayor de los manifestantes miró hácia arriba con sumo interés, sobre todo los jovenes, y entre éstos, con especial insistencia, Langredito, el doctor Sonajas y el poetuco Tinadillos. El primero envió su alma en una mirada á Valentina de Olorón, que respondió con una sonrisa de enamorada; los ojos del segundo buscaron con avidez á Raquel, que se dió vuelta sin guardar siquiera la cortesía del disimulo; mientras Abelardo Tinadillos, con cara tristona, como si estuviera padeciendo los dolores de inspiración propios al crear una endecha, fijaba en Emilia los suyos lánguidos, melancólicos cual los de una oveja en estado convaleciente. La graciosa muchacha, al apercibirse de aquellas miradas mansas, patéticas, de una sumisión vergonzante, volvióse hacia Valentina sin cesar de aplaudir y riéndose á carcajadas "Fijáte, ché, cómo me mira *Sirio*. ¡Mirále la carita! Pa-

rece una lauchita. ¡já, já, já! *(Poniéndose seria de repente:)* ¡Ay, hijita, qué sonso!,,

Valentina, sin hacerla caso, emocionada por los vítores que el pueblo prodigaba al doctor Langredo, alternando con los dirigidos al general Mitre y á los doctores Irigoyen y Alem, cogió un ramo que al lado tenía y se lo arrojó al general, en cuya cabeza se desparramaron las rosas. Una de ellas se le quedó prendida en el chaleco; el gran patricio, con una galantería exquisita, la tomó entre sus dedos, y después de aspirar su fragancia, levantó el brazo y, con ella en la mano, saludó á la muchacha.

"¡Viva el general Mitre!,,—gritó Sebastián Langredo con loco entusiasmo, aunque en el fondo, necesario es convenir que gritaba: "¡viva la Maldonada!,,

Esta arrojó un segundo ramo de mayor tamaño y más frescas flores, el cual, con esa puntería que siempre tuvo el amor, se deshizo en el pecho de Sebastián Langredo. El joven orador se llenó los bolsillos de jazmines, causándole una pena indecible los otros que cayeron al suelo, teniendo que sufrir ¡pobrecitos! las pisadas de toda la manifestación.

"¿Querés que grite: "¡viva el doctor Langredo!?,,—preguntó Emilia por embromar à su amiga.

—¡Hijita! Si hacés eso, en seguida grito yo: "¡viva Tinadillos!,,

—No, ché, Valentina. Me callo . . . que no viva ese cargoso.

El grupo de notables adelantó penosamente algunos pasos. Al llegar bajo el centro del balcón, una lluvia de flores cayó sobre todos los que presidían la columna. Raquel arrojó

ramo con el propósito de que fuera á dar
bre Sebastián Langredo; pero éste, advertido
la intención, separóse un poco para que el
esente de la *Michina* cayera sobre Julián
orcadell. ¡Se puso de hueco el doctor Sona-
s!... "Como un pavo, hijita, lo mismo que un
ivo se ha puesto,,—dijo Emilia—Fijáte, ché,
alentina, la cara del indio. Vá muerto de en-
dia por los vivas que le dán á Sebastián.,,
También Teresita Foronda arrojó su ramito
untando al doctor Langredo; pero el galante
gasajo sufrió igual suerte que el de Raquel,
n la diferencia de que las rosas se desparra-
aron entre la brava pera del malogrado doc-
r Alem y las patillas holandesas del doctor
igoyen. ¡Con qué ojos de amoroso agradeci-
iento veía Valentina la habilidad de su dulce
ieño para evitar que le cayeran encima las
res de Raquel y de Teresita Foronda! "Gra-
as, querido *Maldonado*.,, Se lo decía en el
nguaje de las miradas, en ese idioma cuya
ticulación tiene por labios las pestañas, una
lpebración acelerada, signo externo de las
ás vivas emociones. Él la miraba á hurtadi-
is, de un modo furtivo, con el propósito de
despertar las sospechas de Raquel, que se
aducirían después en malos ratos para la
iérfana dentro de la vida doméstica.
Emilia y su amiga, después que ésta última
ció el anhelo de sus ojos en persistentes con-
mplaciones amorosas, buscaron entre el gru-
á don Jorge. "¡Mirále, ché, Valentina!—ex-
amó Emilia, viéndole forcejear entre la mul-
iud.—¡Pobrecito tío Jorge! Fijáte cómo se
lea para abrirle cancha al general Mitre.,,
Parecía un buzo en aquel océano humano.

Iba medio tundido, agachado, porque ya s espaldas, doloridas y maltrechas, no podí resistir la lucha; pero todavía con el resto ellas—con el resto de las espaldas — conten los avances del público, librando de much empujones y estrujamientos á su amado je "¡Paso, señores! ¡Cancha al general Mitre!" R curría á todos los medios, persuasivos y viole tos, para defenderle; suplicaba, gritaba, se p nía furioso, lanzando terribles imprecacion al no poder parar el golpe de una avalancha p pular. Si el general hacía un gesto de dol producido por algún pisotón ó empellada, e el rostro de D. Jorge reflejábase el mismo vis je doloroso. Parecía que á los dos les hubiera lastimado á un mismo tiempo. La pasión afe tiva que dominaba en el generoso corazón d gran mitrista, había llegado al extremo de pr ducir como un fenómeno de identidad orgánic

Valentina y Emilia juntaron todos los jazm nes que les quedaban, más las otras rosas e parcidas por el balcón, y todo lo arrojaro sobre don Jorge. El excelente viejo se incorp ró con la cabeza llena de flores, dirigiendo su ojos, irritados y enrojecidos por la lucha, á la dos muchachas, que rompieron con gran albo rozo en un aplauso simultáneo y frenético. Era los únicos aplausos que en aquel instante se oía en toda la calle; pero ellos bastaron para pr ducir en el alma nobilísima de D. Jorge un emoción profunda, á la cual dió escape ponién dose tieserguido con un movimiento tan enér gico, que contuvo á toda la manifestación, gritando con la potente sonoridad de la boci na: "¡Viva el teniente general don Bartolom Mi. . . treeee. . .!"

El vítor fué repetido por cien mil laringes con desbordante entusiasmo. "¡Viva! ¡Vi!„—repetían por lo bajo Valentina y Emilia. ıs buenas muchachas se pasaron unas ganas echarle un viva á don Jorge! Pero como nae lo hacía, daban también escape á sus efunes de cariño hacia su querido viejo respondendo á los vítores dirigidos á don Bartolo. n razón dicen los adversarios del ilustre pacio que éste es un político de una suerte a.

Cuando, tras de inauditos sofocones, llegan al frontón Buenos Aires, D. Jorge se haba cual si hubiera sufrido el asalto de una ıría de mastines. Del chaleco y del cuello de camisa habían saltado los botones por efecto los esfuerzos. Una capa de polvo le cubría r todas partes; parecía un terrón con forma mana; sudaba á mares y no le alcanzaba un spiro á otro, suspendiéndosele la vida en los ermedios. Pero él, erre que erre; no quiso scansar ni se apartó un sólo instante de su mbre, procurándole la relativa comodidad e podía obtenerse en la reducida tribuna de oradores.

Hallábase ésta cubierta de percalina encarna, como un símbolo de próxima sangre. El eblo invadió el local con tumultuoso apresuniento. Una oleada de cabezas, según frase Tinadillos en su crónica farraginosa, se agiba y bullía en el recinto destinado al atlético go de los eúskaros. Cual tupidos racimos de as, los jóvenes más ágiles estaban encaramas en los postes, cabrios y barandas de los lcos. La esplanada del frontón veíase atesla de público que se balanceaba á compás,

como las cañas de los trigales á impulsos d aire.

Al aparecer en la tribuna los prohombr del civismo, fueron saludados con atronador aplausos y vítores. El entusiasmo era frené co, estrepitoso, y parecía que todo el armaz de la cancha iba á tener idéntico fin al que s fren en la ópera las decoraciones del cuar acto del *Profeta*, un derrumbamiento gener en medio de un coro de gritos acompañad por las estridentes notas de cien charangas.

D. Jorge, que era en aquellos instantes imágen viva de un escapado de las terribl garras de un loquero, no cabía en sí de go: al escuchar los atronadores vivas dirigidos general Mitre. Por entre la cabeza de éste y del doctor Alem sacaba D. Jorge la suya, co fundiendo su pera con la infulosísima del ca dillo cívico; y sin cesar de hacer al pueblo si nos de aprobación, señalaba á D. Bartolo, con queriendo decir á las muchedumbres: "¡Ahí teneis!; yo le traído vivo hasta aquí.„

Entre otros vítores, alguien gritó desafor damente: "¡Viva D. Jorge Cascante!„ Volvió nuestro hombre hacia donde la voz había pa tido, y viendo al manifestante, que era un exa tadísimo mitrista, señaló al general, indicándo que vitoreara al jefe y no á él. Este detalle p recerá insignificante; pero dice mucho en fav del alma generosa de D. Jorge, porque, en p lítica, hasta el último renacuajo de un partic procura cercenar en favor suyo la popularida del director.

Por órden de espectabilidad política come zaron á leer los discursos, pues muy pocos so los improvisadores que existen en la repúblic

Después del general Mitre y del doctor Irigoyen, cuyo mesuramiento parlamentario no encajaba muy bien en aquella atmósfera tormentosa, habló el doctor Alem, que puso en su discurso los elementos de dicción y el estilo de Ascasubi y de *Anastasio el Pollo.* Fué una pieza oratoria llena de ingenio, modelo de ironía criolla, causando entre las masas un efecto admirable. Con los acentuados perfiles de su fisonomía revolucionaria, erguido como un huso, arrogante como un mariscal de Napoleón, presos todos los músculos por conmoción nerviosa, brillantes los ojos, crispados y como en actitud de protesta los pelos de su luenga pera, el caudillo cívico tenía en aquellos momentos todo el aspecto de un demoledor de las huestes gobernantes.

Siguióle en el uso de la palabra el doctor Del Valle, la primera figura oratoria de la América contemporánea. Su discurso, aunque encerrado en la forma alambicada del tribuno parlamentario, no careció de fogosidad satirizante contra aquél gobierno desgraciado y caduco de sentido moral.

En seguida tocó el turno á los jóvenes y principales agitadores del movimiento. El primer orador de esta pléyade fué Simón F. Bolívar, que recitó, cuartillas á la vista, un discurso hidrocefálico, trabajoso, zurcido con mucho retorcimiento de forma, flácido de conceptos y bovedoso en sustancia interna, estrepitoso de frases hechas, lugares comunes y voquibles estereotipados en los labios del charlatanismo político con pujos de filosofía trascendente, náuseas estadísticas y arcadas de nimias reflexiones llenas de presunción socio-

lógica. El hijo del registrero Foronda estuvo hecho una pirámide de fatuidad. Viendo su apostura afectada, con aquellos ademanes de catedrático salamanquino, aquella voz hueca, hinchada de suficiencia, despidiendo por aquellos labios de angelote político unas frases rimbombantes, una especie de cohetería retórica con tiritos hechos con tacos de estopa al final de cada oración. . . vamos, era cosa de tomarle por modelo para erigir la estatua de la *Sonsera.*

Después hablaron Rodrigo Miquelena y Javier Domenech; el primero leyó una pieza de sátira punzante que alcanzó gran éxito. Al pueblo complace mucho lo burlesco y prefiere la crítica dañina á la razón elevada. Domenech trazó un cuadro muy animado sobre la caducidad de la moral en la República, y tuvo frases de valiente hostilidad contra los representantes del poder, cuyos desafueros anatematizó acaloradamente y con mucha elocuencia.

"¡Ahí está Langredito!,,—Fué la exclamación de todos sus amigos en cuanto le vieron al frente de la tribuna, saludando su presencia con aclamaciones y nutridas salvas de aplausos. Con su figura simpática, el semblante risueño, los ademanes sencillos, un poco cohibido por el interés que despertaba, bien pronto se hizo dueño de la voluntad del auditorio. Improvisó un discurso admirable en la forma y substancioso en el fondo. La palabra afluíale á los labios con expontaneidad suma, en torrentes de frases bellísimas, llenas de originalidad, respondiendo al caudal inagotable de sus ideas. El público se sintió atraído desde los

primeros instantes, fijando toda su atención en aquella elocuencia fascinante. El general Mitre y el doctor Del Valle oíanle con marcadas muestras de sorpresa. A medida que avanzaba en su brillantísima disertación, poseído ya del auditorio, los períodos eran más armoniosos y abundantes en conceptos profundos, terminándolos con bellísimas frases, parecidas, en el sentido artístico, á la coda que los buenos músicos ponen al final de sus romanzas y orquestales sinfonías. Ayudábanle mucho en el buen efecto de su oratoria la entonación viril de su voz, la claridad de su dicción y la desenvoltura de los ademanes y gestos. Al redondear cada uno de los párrafos, algunas veces difusos por el abundante engarce de las imágenes, el público aplaudía á rabiar, medio enloquecido por la emoción artística que recibía. Desviado del asunto principal, pintaba la América del porvenir, su faz revolucionaria en el pensamiento universal y su influencia en los destinos de la humanidad. El público, creído que aquella era de grandezas se retardaba por causa de los malos gobernantes, vocifera enérgicamente: "¡Abajo el gobierno!„ De este modo, Langredo consiguió más que cuantos le atacaron directamente. Cuando terminó con un soberbio párrafo exhortatorio á la juventud, la ovación fué indescriptible, piramidal. Solamente dos manos dejaron de aplaudir. Fueron las del doctor Sonajas, espíritu mezquino, roído por la envidia y por esa antipatía oculta que despierta el mérito ajeno en el pecho de los ruines.

El nombre de Sebastián Langredo corrió de boca en boca como el fuego por un surco de pólvora, con explosiones de entusiasmo y arre-

batos de admiración general. La muchedumbre le consagró como la primer figura de la juventud revolucionaria, y ya no se habló aquella tarde más que de él, ni se pensó en otra cosa. Las colonias extranjeras se disputaban la oriundez del recién nacido á la historia de la elocuencia. Los italianos decían que el nuevo Demóstenes descendía de su raza. Los españoles, y entre éstos los nobles gallegos con mayor entusiasmo, aseguraban que el *apelativu Lanjredu* era de *Jalicia*. Y todos tenían razón, pues ya se habrá visto en una breve semblanza hecha en otro libro tan mal hilvanado como éste, que la madre de Langredito fué una corista italiana, y el padre un médico español, ambos fallecidos en la época á que nos vamos refiriendo. De la primera había heredado Sebastián la parte cantante de sus discursos, el hermoso lirismo de su palabra. Del padre el ardor revolucionario, el valor cívico y la tenacidad en las ideas.

Pálido, ó mejor dicho, cubierto su rostro moreno por un barniz de cobre, salió á escena el doctor Sonajas, agitado y tembloroso por la idea del desairado papel que haría después de haber hablado Langredo. Echó mano á las cuartillas, y en medio de trabazones de lengua y desasosiegos de espíritu, sin poderse estar quieto un punto, alzando y bajando la voz á cada instante, mirando á todos lados con agobiosa inquietud y escupiendo bilis sin cesar, comenzó el recitado de su... ¡Qué había de ser discurso! Era una especie de proclama de *pulpería*, acabado modelo de brutalidad política, changadoril en la forma, exento en el fondo de verdaderos ideales, groserote y soez por sus

cuatro costados; una emanación, en fin, de los socuchos de su alma enroñecida. Sólo la audacia, que tan ancho campo se abre en la política criolla, pudo llevar hasta aquel sitio á un hombre tan ignorante, inculto y díscolo como el doctor Sonajas, acabada imágen de la plebe mental y del político de revólver. Era un vestiglo, un endriago, la encarnación monstruosa y repelente de ese tipo fiero, intolerante, vengativo, deshonra de la raza humana, que felizmente va desapareciendo del escenario político argentino. Entónces estaba con la buena causa, tan sólo por las probabilidades del triunfo, como antes había estado con las malas por igual razón. (*) Para aquél bárbaro de las luchas públicas, el ejercicio de la política no tenía más objeto que el medro personal, la pitanza y una preponderancia social, descarada, burda, por la carencia de esa ilustración que hace amable el trato de los que se imponen por el talento ú otra virtud igualmente estimable.

La mayor parte del público, emocionado todavía por la mágica oratoria de Langredo, limitábase á buscarle con sus ojos entre el grupo de la tribuna, sin hacer caso de las diatribas de Forcadell. Entre los pocos que á éste le estaban atentos, corrió bien pronto un murmullo de reprobación que no se acalló hasta que el orador dió fín á su prerorata con una ristra de tremendos denuestos.

A los que hablaron después — un viejo de la categoría de las ilustres insignificancias, y dos jóvenes de palabra borbotosa y gran sequedad de jugo mental,—nadie les hizo caso, á pesar de

(*) Véase *Teodoro Foronda.* Tomo II

sus esfuerzos para llamar la atención dando á la voz acentos atronadores. El público se precipitaba á la puerta de la cancha, ansioso de salir á la calle y esponjar su espíritu en el puro ambiente, libre de la atmósfera revolucionaria en que había vivido por espacio de tres largas horas.

Gran parte de la multitud, formando largas y apiñadas filas, apostóse en la acera de enfrente para ver salir al gran Langredito, con interés idéntico al de ese público sencillo y sentimental que espera en la puerta del teatro la salida del artista que le ha conmovido. En el ánimo de aquellas gentes existía el mismo inconfeso deseo de prodigarle el último aplauso del día. En cuanto apareció por la puerta, rodeado de entusiastas amigos que le sacaban en volandas, el público prorrumpió en atronadores vítores y salvas de aplausos. "¡Viva el doctor Langredo!„—"¡Viva! ¡Viva!„—repetía la multitud con trasportes de adhesión jubilante. La mitad era admiración, la otra mitad cariño, esa afección misteriosa, unánime, insusceptible de análisis, que el público prodiga á determinados hombres notables. Le acompañaron hasta su casa y le hicieron hablar desde el balcón. Hondamente conmovido dió las gracias con esa sencillez propia del sentimiento desnudo. Acababa de hablar cuando llegó don Jorge Cascante, que sólo abandonó al general Mitre una vez que éste se metió en un carruaje para regresar á su casa. El buen viejo abrazó á Langredito, exclamando: "¡Lindo, *mijo*, muy lindo!„

Al día siguiente toda la prensa anunciaba el nacimiento de una nueva estrella en el cielo

de la oratoria. El exordio que Tinadillos ponía á su crónica era verdaderamente notable. Monomaníaco de la erudición, hacía la apología de la elocuencia antigua, con errores de centurias y confusión de oradores griegos y romanos, endosándole á Cicerón, en el Capitolio, el *Discurso de la Corona* pronunciado por Demóstenes contra Esquino. ¡Qué Tinadillos! De una sóla plumada anuló la tradición oratoria de la inmortal Atenas.

No es fácil olvidar la tarde del 23 de Abril de 1890, sobre todo aquellos que dos meses más tarde sufrieron una lamentable desmembración en la integridad de sus cuerpos, dejando sobre las azoteas de las casas de Buenos Aires un ojo, un brazo ó una pierna. Los que dejaron la vida y gozan de paz imperturbable en la serena república del polvo, donde no rige más gobierno que el de la consunción, quizá han averiguado á estas horas, suponiendo cierta la supervivencia del espíritu, que los ideales políticos pagados con la vida carnal no tienen premio en las regiones inmortales. Quizá sepan también que aquí abajo, sobre las frías losas de sus tumbas, se leen epitafios en cuya idealidad de composición entra más el espíritu partidista para convertir su memoria en enseñas guerreras, que el afecto y la conmiseración cristiana que debe inspirar el martirio.

XI

EL CLUB DE LA PARROQUIA

"Eso no es oratoria. Eso es puro charlatanismo; y ¡qué flauta! con la charla no hacemos nada.„

—No, amigo Forcadell,—le respondió Rodrigo Miquelena.—Langredito habla bien, admirablemente bien. Yo creo que va á ser tan buen orador como el doctor Del Valle.

—Oh!...¡no me jorobe, amigo! ¿Cuándo ese macaneador insigne llegará á...? Vea, compañero...convénzase: toda esa punta de sonseras de relumbrón que nos espicha en el Club, se las trae aprendidas desde su casa, y son... como si lo viera...robadas de aquí y de allá, un párrafo de Castelar, otro de Avellaneda, otro de Goyena, y todos ellos entreverados de mala manera para disfrazarlos en un compajinazgo ajustado á la situación. ¿Acaso crée usted, amigo Miquelena, que son improvisaciones? ¡Qué flauta han de ser improvisaciones! ¡No me diga, compañero! Oradores como Langredo...yo se lo garanto, amigo...los hay á patadas. Para hablar así no se necesita más que cierta *sanfason* para apropiarse de lo que otros han dicho. Créame, porque yo ¡cómo no! también entiendo algo en estas boladas de hilvanar un espiche con fragmentos de otros discursos. Sebastián Langredo. .téngalo presente, amigo...nunca ha sido orador, ni lo es, ni lo será jamás. Y esos cuentitos ó esas pavaditas que ha escrito en los diarios ¡no me jorobe! ¿Crée usted que valen algo? ¡Nada, amigo!; eso

no vale nada. Así escribe cualquiera... usted mismo si se propone. No, compañero, eso no es obra de escritor. ¡Qué flauta ha de ser obra de escritor!

—Yo no necesito, amigo Forcadell—repuso Miquelena con severidad,—que sus críticas malevolentes iluminen mi juicio para apreciar el valor intelectual de Sebastián Langredo. El desprecio que tenga usted por él, debido á ese sentimiento universal que es como la fiebre amarilla del espíritu, ni aumentará ni rebajará su mérito ante mis ojos ni ante los ojos de nadie.

—¿Quiere usted decir que le tengo envidia? —preguntó con aire de ofendido el doctor Sonajas.

—Si no se la tiene usted, al menos lo aparenta con su afán en rebajar sus facultades. Vea, compañero; usted opinará lo que quiera de Sebastián; pero, en mi concepto, es el primer hombre de nuestra generación.

(Damián Eizaguirre, entrando en el salón del Club de la Parroquia:)

—¿Qué? ¿Ya está Forcadell sacándole el cuero á Sebastián Langredo?

—Aquí está el *Vasco*—dijo Miquelena con efusión de cariño.

—Como vos, ché, hermano. *(Con ampulosidad humorística:)* En la historia *tamberil* de la república, los Eizaguirres y los Miquelenas ocupan un puesto honrosísimo. Nuestra carrera, nuestra fortuna y nuestra posición social, todo, compañero, ha salido de un gloriosísimo tarro de leche. Yo conservo el de mi abuelo como una reliquia sagrada; está todo abollado, con su tapa de corcho danzando adentro como bo-

la sin manija; pero tal cual se halla se lo he de legar á mis hijos (cuando los tenga) para que lo conserven como un trofeo glorioso de la constancia y de la honradez de todos los Eizaguirres.

—¡Bravo, Damián!—exclamó Miquelena.—Nosotros representamos en América la *aristocracia del tarro.* No reirse, señores, porque es la aristocracia del trabajo, de la fuerza, de la fe tenaz, del honor clásico, primitivo; una aristocracia en contraposición á la aristocracia histórica de América que se va pareciendo mucho, por sus degeneraciones y usurpado brillo, á la rancia aristocracia nobiliaria de los estados europeos. Nosotros somos, la mitad pueblo selecto, redimido de la miseria universal por la virtud del trabajo de nuestros progenitores; la otra mitad aristócratas de la inteligencia. En nosotros, intérpretes de un socialismo al revés, ascendente, sube el pueblo hasta la familia patricia, con cuya sangre se mezcla y entronca la nuestra, produciendo nueva vivificación en generaciones especiales, que no son latinas ni sajonas, y llevan á éstas las ventajas de una voluntad poderosa, cual las encinas pirinaicas, de una complexión espiritual mucho más honda, de un raciocinio montado sobre la verdad positiva; y, por último, la ventaja de un temperamento exento de la debilidad del arrebato latino y de esa frialdad utilitaria de los sajones. En todo el organismo americano, en su vida política, social y científica, lo mismo que en el desarrollo de sus fuerzas productoras, florece la descendencia de esa raza tozuda, símbolo de todas las energías humanas, emblema de la constancia y compendio de la fe resistente.

—¡Ah, vascurria lindo!—exclamó Eizaguirre. (*Dirigiéndose á Forcadell:*) "¿Y vos, qué decís?,,

—Lo de siempre—se anticipó á responder Miquelena.—Se ha dedicado á la honrosa tarea de desacreditar la oratoria de Sebastián Langredo.

—Yo no desacredito á nadie. Digo la verdad,—repuso con aspereza y hosco semblante el doctor Sonajas.

—Dejáte de moler, ché, Forcadell—dijo Eizaguirre.—Sebastián y éste (*poniendo su mano en el hombro de Miquelena*) valen más que toda la muchachada junta. Vos y yo ..no te enojés; (*con entereza risueña:*) y si te enojás, es lo mismo...somos los que menos valemos para andar echando discursos. No nos da el naipe para oradores, ché, hermano. Nosotros somos políticos de hacha y tiza, revolucionarios de remington ¿sabés? Todo es necesario, amigo, para hacer una revolución; el fuego de la palabra y el fuego de la pólvora, porque á los que están en el Gobierno...¡es al cohete, compañero!...dificilmente se les convence con sólo el fuego de la palabra; no hacen caso, ché, hermano, mientras no sientan que las *papas* (*) queman. ¡La gran flauta que los silbó! Se aferran y se aferran, como pulpos, igualito no más que pulpos, al queso del presupuesto, y... ¡miércoles que van á soltar la presa...! Vos les tirás de las patas con discursos y...¡qué flauta!...ni caso. Sin embargo, los discursos son necesarios para animar al pueblo á que tome las armas; pero sin decírselo ¿sabés?, porque en

(*) Patatas.

diciéndoselo, el pueblo, que es un gaucho lo más vivo, piensa en seguida no más que el orador habla en caliente, y que todo lo hace por armar bochinche ¿sabés?, y ver si puede sacar algo de todo el batifondo revolucionario. En tanto, si el orador es vivo y le pone los puntos á la situación, diciendo que el páis se está arruinando, que las instituciones peligran, aunque no peligren ¿sabés?, que la fortuna privada... ¡métale duro!... se reducirá á la nada por la desmoneti... ¡una gran flauta, qué término!... desmonetización, y que la moral arriba y que la moral abajo ¿sabés?... Así, con mucho rodeo, se le vá metiendo al pueblo el choclo de la revolución, y cuando vos te querés acordar... ¡á la flauta...! ya está armada la farra, y todo el mundo tiene en su casa remington y balas para hacer ca...er al Gobierno.

—Al pueblo hay que hablarle con parepígrafes—dijo Miquelena.

—Atendémele vos, ché, Sonajitas,—repuso Eizaguirre, simulando una cómica extrañeza por aquel término.

—Parepígrafe—indicó Miquelena, apartándose de la definición académica,—quiere decir dar á entender por lo que se dice lo que se calla.

—*¡Eco,* amigo! Eso es lo que se debe hacer en los discursos revolucionarios— afirmó Eizaguirre.—El pueblo crée mejor lo que se le entredice que aquello que se le dice clarito no más. No admite ni le agradan las deducciones hechas; aunque macanée, le gusta hacerlas, razonar por sí mismo ¿sabés? los problemas colectivos. Se deja seducir; pero es rebelde á la

obediencia. ¿Cierto, ché, Miquelena? Yo no sé explicarme con firuletes oratorios; pero entiendo la bolada.

—Cierto, compañero. Eso es lo que hace Langredito; seducir al pueblo. Con su hermosa elocuencia atesta de sombríos colores la situación económica y social de la República, inculcando hábilmente en sus oyentes un sentimiento de ódio hacia los culpables.

—Y lo consigue como ninguno—dijo Eizaguirre.—Cuando él habla... ¿se han fijado...? no se siente ni el volido de una mosca; todo el mundo le atiende. *(A Sonajas:)* En cambio, cuando vos hablás... no te enojés, y *(con la misma entereza risueña)* si te enojás, es lo mismo... todos se rien de tu parada de actor trágico, llamándote el Juan Moreira de la política.

—Dejáte de cantar chicharra, que me estás atormentando, repuso Sonajas con esa sonrisa que usamos para disimular el malestar que nos producen los pinchazos dirigidos al amor propio.

—No pensés que te macaneo, ché, socio. Te lo digo por tu bien y por el bien del partido. Vos debías de hacer como yo; no pronunciar nunca un discurso, porque te calentás, ó hacés como que te calentás, y luégo, está claro, no decís más que una punta de sonseras en un tono bárbaro, más perjudiciales que beneficiosas para la revolución. Creémelo como te lo digo. ¿Qué interés puedo yo tener en decirte que no te da el cuero para orador? Decíme: ¿qué interés puedo yo tener? Es que no servís, ché, hermano. Desengañáte de una vez y calláte no más la boca, porque no tenés dedos para guitarrero.

—Andáte al diablo—dijo Forcadell con ese humorismo forzado, propio de los enfermos que presumen de valerosos al sentir las mordeduras de una cantárida aplicada á la parte dolorida.

Y en seguida separóse de sus correligionarios, yendo á reunirse con otros grupos que había en la sala del Club de la Parroquia.

—Has estado demasiado duro con él—manifestó Rodrigo Miquelena al *Vasco*, como llamaban á Eizaguirre todos sus amigos.

—Es que se anda haciendo el malo ¿sabés?, y crée que nadie le va á pisar el poncho—dijo Eizaguirre con ese instinto de guapeza que es una verdadera epidemia nacional.—Vas á ver cómo cualquier día no más le hago yo bajar el gallo. Además me dá rabia, ché, hermano, que ande sacándole el cuero á Sebastián Langredo, por pura envidia y por cuestiones de hembraje ¿sabés?, pues parece que la de Cascante, Raquel, le ha bolseado. . .¡unas calabazas bárbaras, compañero!; y la macabisa anda que se las pela por Langredito, con un camote loco. La muchacha hace bien, porque entre Sebastián y Forcadell, no tiene que dudar mucho en elegir á quien de los dos le ha de llevar el apunte.

—¿Y él, Langredito? ¿Anda también encamotado?

—Ni se sabe, ché, hermano. Cuándo algunas veces le embromo con este asunto, siempre lleva la conversación á otros pagos, sin decir ni sí ni no. Según Tinadillos, la intención de Langredo en medio de las tres Cascantes "es una incógnita pasional.,,

—Será con la mayor, ó con Valentina, porque la menor, parece que no le disgusta al señor Eizaguirre.

—Oh!. . . no me jorobés: si es una pendejita recién largada al mundo.

—Ya crecerá.

—Cierto; pero. . . Y la muchacha te garanto que va á salir buena. *(Con calor:)* Tiene un corazón, ché, hermano, lo más bueno!, y unos sentimientos. . . ¡qué sentimientos, compañero! Ella es la única que defiende á Valentina de Olorón contra los desprecios que le hacen doña Laura y Raquel; porque vos sabés que Valentina. . .

—Sí, sí, conozco toda su historia. Me la ha contado doña Laura una porción de veces. Casi me duelen los órganos auditivos de oirla. Pero. . . Una cosa, ché, Damián: ¿Y Tinadillos? Tendrás que librar con él una descomunal batalla, como decía don Quijote cuando alguien pretendía poner los ojos en la macabisa del Toboso.

—Ahí anda hecho un sonso, dedicándola paviditas en verso, con unos *trúminos*. . . ¡La gran flauta que lo silbó! Yo creo que ni sabe lo que dice. Unas veces la llama *eflorescencia de mi númen;* otras, *pensil de*. . . Pero, á mí, ¿qué me importa que la llame como quiera, ni que esté en un puro ¡ay! cada vez que escribe esas sonseras?

Miquelena se echó á reir de aquel vivo "¿qué me importa?„ que en realidad, aunque insconciente todavía, le importaba mucho. Luégo le dijo:

—Tené cuidado con Forcadell, porque es un tipo peligroso en sus agresiones.

-Dejálo no más de mi cuenta. Por muy vivo que sea, á mí no me va á *madrugar*. Te garanto que me tiene con un entripado bárba-

ro, porque es un cívico de camama, que ningún favor hace al partido.

Dicho ésto, ambos jóvenes se fueron hacia el corrillo donde departían los miembros de la plana mayor del Club de la Parroquia.

Esta institución, lo mismo que todas las organizadas en Buenos Aires bajo los nombres de las patronas y patrones de cada Iglesia después de la inolvidable manifestación del 23 de Abril, dependía del Comité central de la Unión Cívica, á la cual se dió una organización admirable, subdividiendo su acción en una propaganda revolucionaria que alcanzaba hasta las últimas capas del pueblo.

Al Club de la Parroquia á que vengo aludiendo, y cuyo nombre patronímico no se debe mencionar, porque sería una profanación al santoral, pertenecía lo más selecto de la juventud bonaerense. Entrar allí equivalía á codearse con un planeta de Justinianos, no siendo posible dar un paso sin tropezar con alguna cría lombrosiana de las muchas que el célebre criminalista italiano ha engendrado en nuestra plebe doctoral.

Eran la mayoría muchachos de algun viso social, ya por su meritorio abolengo y por la resonancia histórica de sus apellidos, ó bien por descender de algún hombre público contemporáneo que se hubiera distinguido favorablemente en las esferas del poder ó de la ciencia política. También los había sin otros méritos para la pública consideración que los acordados á la riqueza, tan influyente en todas esferas de la vida; y, por último, no eran pocos los que ya habían hecho sus primeros pinitos en las contiendas políticas, mezclándose en lu-

chas electorales, por lo cual dragoneaban de casi personajes entre sus compañeros de comité.

Injusticia notoria sería desconocer que en las almas de aquellos buenos muchachos palpitaba el amor patrio y un anhelo ardoroso por rehabilitar el maltrecho honor administrativo de la República; pero también sería inocente y hasta pueril no consignar que, entre las selectas manzanas, había no pocas maguillas; es decir que, entre tantas intenciones elevadas, no faltaban las raquíticas, encarnadas en algunos audaces con pujos de glorias contemporáneas, que posponían al santo problema colectivo el medro personal y el propio florecimiento en las avenidas del pueblo enardecido.

Fruto de la aspiración á la conquista del predominio político fueron algunos odios personales que, como sombras negras, flotaban sobre aquel ambiente de patrióticos entusiasmos y de ardor revolucionario por destronar una dinastía de gobernantes comuneros con el Estado.

Corresponde á la historia, compiladora del dato real, consignar en una de sus muchas pájinas negras aquel aciago período de la vida política argentina. En este relato, ficción verosímil del alma de los acontecimientos, más que de los acontecimientos mismos, sólo entra la intención de estudiar el carácter de los personajes relacionados con el fin esencial de un propósito que está más cerca del arte literario que de la crónica histórica, aunque de ambas formas se halle igualmente lejos por la poquedad de fuerza expresiva en el relatante.

Reinaba en el Club de Parroquia una especie de pugilato de acciones meritorias en pro

de la causa revolucionaria, de verdaderos esfuerzos de inventiva para dar forma bélica á las informes masas populares, amén de una penosa gimnasia mental para componer períodos oratorios de gran brío, como lo requerían las circunstancias, simbolizando á los gobernantes en una plaga de langostas, saltonas por toda la pampa de la administración.

Los discursos, pronunciados casi en reuniones diarias, mezclábanse con citas y evocaciones de cuanto vergonzoso acontecimiento señala la historia universal en materia política. Se mencionaban las dinastías absolutistas de los reinados teocráticos; las ferocidades de Nerón; la época del coloniaje y el yugo opresor de los conquistadores; los corrompidos monarcas de Francia, sobre cuyos cuellos ducales y principescos pasaron las caricias guillotinantes del pueblo; las tiranías de Rozas y las barrabasadas de Guzmán Blanco; el feudalismo y hasta el derecho de pernada... todo ello mezclado en un adobe ó amasijo oratorio tan corrosivo como un líquido venenoso, el cual, depositado en el caldeado meollo del populacho, hervía en borbollones de ideas subversivas y anhelos de esterminio.

Las noches de conferencia concurría numeroso público al Club de la Parroquia. Los oradores principales eran Sebastián Langredo, Julián Forcadell, Rodrigo Miquelena y el gran *Bolívar*. Muy poco habían variado los jóvenes doctores desde que los conocimos al salir de la Universidad. El doctor Sonajas, con su cara de espanta-electores, adusta y cetrina, con no sé qué rasgos determinantes de propensión á la violencia y quizás al crimen, seguía siendo el

político audaz y atrabiliario como un jabalí, al cual parecíase también mucho en lo oscuro de su entendimiento y en la ferocidad de su instinto. Era soberbio, egoista de brillo, aunque fuera ese falso brillo del momento que se obtiene con facilidad entre las capas inferiores del pueblo. Incapaz de elevarse con su pensamiento que rastreaba en la vulgaridad, cual las alas de los gallináceos, pretendía imponerse con su audacia grosera, á la cual daba alas de ganso su propia ignorancia, una ignorancia abrillantada con el título de abogado conseguido tras de unos cuantos exámenes en que apenas logró pasar con las clasificaciones más ínfimas, unas veces aprobado por lástima y otras por el influjo de las recomendaciones.

Con su intromisión en la vida política, en cuyo escenario, ó más bien circo, donde no faltan, desde las gesticulaciones del mico hasta los traidores zarpazos de la hiena y la picadura de la víbora, había aumentado Forcadell la vehemencia de sus odios, pues si bien recogía algunos aplausos entre la plebe incivil y pletórica de barbarie, era más abundante la cosecha de burlas que le propinaba el elemento medianamente culto y, desde luego, los hombres ilustrados y expertos en tales contiendas.

Su ideal político, mal disfrazado con burdos alardes de esa moralidad preconizada y no ejercida por el vulgo, porque todo el mundo tiene algo de Catón en la lengua, era el perseguimiento de un hueco cómodo y lucrativo en el casillero de la burocracia, y además la influencia política ejercida á costa de un balazo si era necesario. Quería adquirir poder y renombre por derecho de conquista personal. El

Gobierno vigente, á cuyo servicio había estado en diversas reparticiones de la Administración, distinguiéndose en todas partes como un estorbo notable, no satisfizo sus aspiraciones que se empinaban muy arriba en el escalafón de la pitancería.

Por satisfacer este patriótico deseo se proclamó cívico furibundo, dispuesto á realizar proezas y á que su nombre corriera de boca en boca como un dechado de virtud, de patriótico civismo, de moralidad catoniana. Para llegar á este fin se le veía patear todas las calles de Buenos Aires al frente de cuantas manifestaciones públicas se organizaban para festejar á los prohombres del partido cívico, ó para enderezar una asonada tumultuosa á los representantes del poder. En los teatros, en los círculos, clubs ó comités, en todas partes donde se reuniera un núcleo de pueblo en actitud de protesta, con mucho sonsonete de charangas y otros ruidos callejeros, allí estaba el doctor Sonajas, metido siempre entre los que presidían la gresca. En cuanto llegaba el momento fatídico de los arranques tribunicios, usurpaba si podía el turno á uno de los oradores de primera fila, y asumiendo un aspecto protervo y una facha dantoniana, espetaba á los concurrentes un discurso farraginoso, achicharrador, despanzurrante, con pujos de arenga de barricada y ribetes incendiarios, plagado de rimbombantes exclamaciones, atestado de hojarasca, con relleno de cascajo y mucho estruendo de laringe para espurriar estas preguntas á las masas turbulentas: "¿Sabéis quiénes son los conculcadores de la ley, los que burlan la justicia y malversan los tesoros de la República?

¿Sabéis quiénes son los pisoteadores del pueblo, los que están arruinando á las instituciones bancarias y son el ludibrio de la civilización? Pues esos hombres indignos, *hacen* muchos años que se albergan ¡ahí! (y si la manifestación era en la plaza Victoria, señalaba con el brazo extendido la Casa de Gobierno.) ¡Ahí, señores, ¡¡ahí!!—becerreaba con las venas del cuello infladas y los ojos salidos de sus cuencas.—Se albergan en esa casa, amparados en el poder usurpado con las bayonetas y los cañones destinados á defender el honor nacional y la integridad de nuestro territorio. Y ahora que sabes dónde están, ¡oh, pueblo valeroso! heredero de las glorias de San Martin... (La mayoría de los manifestantes eran herederos de almaceneros italianos, vinateros franceses, tenderos españoles y ferreteros ingleses.) Ahora que sabes dónde están los que son el escarnio de la patria, prepárate á defenderla de tanta ignominia; prepárate, ¡sí!... (pausa)... prepárate á defenderla como defendían la suya los ... (no se acuerda)... ¡los antiguos romanos!„

¡Cuándo habían de faltar unos romanos para mechar la oratoria de los muchos *Sonajas* que cascabelean en el mundo político! ¿Qué sería de los oradores como Forcadell si no existiese la memoria de las civilizaciones muertas? ¿Y qué sería de la memoria de las civilizaciones muertas si no existiesen oradores como Forcadell? ¡Oh, complemento admirable de *Sonajas* y romanos!

Esta última parte de sus peroratas, porque en lo demás eran de uniformidad abrumadora, solía alternarla con evocaciones á la revolución francesa, que es la pimienta de todo condimen-

to oratorio-popular, y produce, como en el aceite hirviente, un chisporroteo rojo que trae á la memoria sangre de mártires y otros bullidores emblemas de la guerra por la libertad... y por el sacrosantísimo zapallito individual, extraído de la olla eraria con el tenedor del pueblo.

En el Club de la Parroquia, donde solía congregarse el elemento más ilustrado de la juventud revolucionaria, no cuajaba la oratoria de aquel ogro de barricada. Allí florecía la seriedad conceptuosa de Miquelena y, sobre todo, el estilo culto y brillante de Sebastián Langredo. Cada conferencia le valía una continuada ovación, pues á la galanura de su palabra, sin ampulosidades ni golpes efectistas, sin estruendo de cohetería, ni ruidos hojarascosos, ni desplantes patrióticos, unía el calor de la inspiración y la belleza de las imágenes, emanadas de las ricas fuentes de su cerebro y de los sensibles manantiales de su gran alma de artista. Era un temperamento de orador latino, abrillantado su espíritu por el hermoso cielo de América y caldeado en las reverberaciones de su espléndido sol, gérmen de todas las delicadezas del espíritu y de todos los brillos mentales.

Curado de aquella fecundidad hiperbólica y de aquellas tremendas paradojas que le conocimos al salir de las aulas, y que tan gallardamente puso de manifiesto al hablar en su tésis doctoral sobre el simbolismo de la religión en las relaciones conyugales, Langredito había fortalecido su juicio con estudios serios y laboriosas digestiones del cerebro. Los diversos sistemas filosóficos que se engulló al azar, cual pájaro caprichoso que tan pronto pica en las

cerezas como en las uvas, produjeron en su inteligencia, con auxilio de otras ordenadas lecturas, los naturales efectos de lógica que ejercitan la razón por la senda de las verdades posibles en el escenario ideológico y positivas en el palenque de la vida vivida. A lo que durante su carrera universitaria había espigado en el campo literario, hoy tan enmarañado como red de pescador prendida en los abrojos submarinos, agregó después otros conocimientos que le permitieron formar un gusto estético nada vulgar, como ya lo demostrara en diversos artículos críticos y de amena literatura publicados en nuestra prensa diaria.

Gallardo fruto de todos estos estudios y de su clarísimo ingenio, con mayor tendencia á lo agudo que á lo profundo, era aquella oratoria en que, por modo extraño, aunaba Langredo los elementos razonadores innatos á la jurisprudencia con la exuberante brillantez de su fantasía y las mil ideas que tenían su cerebro en ebullición constante. Era un disertador que poetizaba hasta la estadística, pues al establecer un parangón entre la riqueza actual del país y la opulencia venidera, parecía que hablara, por la unificación de lo lírico á lo exacto, un Bastiat ingerto en un Castelar. El estadísta y el poeta se confundían en su persona. Se inspiraba hasta en la sequedad de los números.

Cuando hablaba de la epopeya emancipadora y del Sol de Mayo, aquello era más épico que los cantos de Homero y los poemas de Camöens. Si se ponía á describir los ríos, su imaginación superaba á la de Sarmiento aplicada á extender sus orillas y aumentar su cau-

dal. Al hablar de la pampa, el resto del planeta se reducía á la categoría de mito. Su palabra fluía en torrentes de inspiración para cantar su grandeza, su Fauna, su Flora, sus miríficos horizontes, el misterio de sus lagos, sobre cuya superficie se esponjan mil castas de ánades, el cielo puro que la sirve de techumbre, el número incalculable de rebaños que se nutren en su seno, la extensión de sus trigales y todo cuanto de útil, agradable y supérfluo produce la naturaleza sóla y en colaboración con el hombre. Por último, era cosa de romperse las manos aplaudiéndole cuando con atrevidísimos rasgos fraguaba su mente un bosqnejo del Buenos Aires futuro. Era una visión de grandeza en cuyas definiciones él mismo se perdía. Reputaba á la gran ciudad de Sur-América como la cuna de los nuevos ideales del mundo, crisol de una fusión universal de las sangres, amalgamadora de las razas, rompiendo la tradición de las castas y surgiendo de su seno una renovación del espíritu humano.

Veía en el Buenos Aires del porvenir el anulador de la historia, de la tradición secular que fanatiza á las sociedades en mengua de los destellos de razón divina que Dios puso en el entendimiento del hombre. Le presentía como la cabeza de una revolución estupenda, surgiendo prepotentísimo entre los pueblos caducos como enseña grandiosa de la reconstrucción social, foco de las nuevas ideas y eslabón de engarce en la unión definitiva de la familia humana.

Estas originales ideas podían ser discutidas; pero, la forma de expresión, por todos era celebrada como el acabado modelo de la elocuen-

cia. A la imágen oportuna y brillante, sucedía el símbolo deslumbrador, la parábola atrevida y el símil hermosamente audaz. Dijérase que en tales instantes vivía su imaginación en los confines de un siglo lejano, pero de advenimiento seguro, y que en ella asumían formas reales los vigorosos trazos con que esbozaba aquel Buenos Aires futuro, convertido en emblema de una redención que quizá no fuera del todo ilusa, ni exclusivo producto de una exaltada fantasía.

Al hablar de la cuestión palpitante, de los desgobiernos del Gobierno, exhortaba á la juventud á influir con toda su vehemencia ardorosa en la regeneración política. En esta parte daba á su palabra una fogosidad que nunca excluía la cultura de la forma. Para censurar los mayores desmanes de los representantes del poder, en lugar de la diatriba soez cultivada por Forcadell, ponía en sus discursos una nota de olímpico desdén hacia tanta ignorancia, causa principal de todos aquellos calamitosos desafueros.

Dos días á la semana solía hablar Langredo en el Club de la Parroquia, en medio de un público aglomerado que se asfixiaba por oirle. Al bajar de la improvisada tribuna, con los ojos brillantes y la cara sonriente, una porción de manos amigas estrechaban la suya. Eran la mayoría condiscípulos, á los cuales había capitaneado de estudiante en toda clase de motines universitarios y en las monumentales francachelas del Pasatiempo y otros cafés cantantes. A todos les parecía mentira que el alborotador de aquella época se hubiese convertido en una de las primeras figuras de la

política contemporánea. "Siempre lo dije yo —afirmaba Eizaguirre:—este macaneador será con el tiempo un gran hombre; no hay que hacerle. Así no más ha salido. ¡Y tan simpático, el loco!,,—agregaba con verdadera efusión de cariño aquel mocetón en cuyo noble pecho había una montaña de generosidad.

Todos aquellos muchachos celebraban á porfía los triunfos de Langredo. A ello, aparte de su mérito intelectual, contribuía la bondad de su carácter, el desinterés personal, la modestia, el consecuente afecto hacia sus compañeros y otras virtudes que realzaban su persona.

Solamente uno, el doctor Sonajas, dejaba de celebrar los triunfos de Langredito. Nunca le felicitó, ni se arrimaba al círculo de amigos que le hacían rueda después de cada conferencia. Permanecía apartado en un rincón de la sala, inmóvil y mohino, roído por la envidia, por ese mónstruo con cabeza de perversidad y cola de soberbia, engendrador de odios, miserias y bajas pasiones, que ataraza el corazón con sus dientes envenenados, corrompiendo los sentimientos y envileciendo las ideas. Pasión abyecta que se indigna contra el bien ajeno, la envidia sólo mueve á tener lástima del individuo que la sustenta, por lo que ella acoquina, entristece y tortura. En la familia, la envidia es fraticida; en sociedad, embustera y calumniosa; en política, perturbadora y anárquica. La envidia no ama, ni perdona, ni admira. Su furor reconcentrado, reptiloso, derívase de los espasmos de la debilidad, de la protesta interna contra la propia flaqueza y del dolor que en las llagas del orgullo produce la persuasión de verse pequeño porque otros sean gran-

des. Diferénciase del orgullo en que éste es capaz de cosas elevadas en el delirio de su locura, mientras que la envidia solo tiene energía para las cosas pequeñas, una fuerza de constancia para el ejercicio de lo raquítico. Existe en los presidios un mundo de miserables que miran al suelo; son los Caines á quienes la envidia hizo criminales, matadores por la espalda, porque este ruin sentimiento que participa en gran manera de la pasión ambiciosa y, por consecuencia, anhela la vida para el logro de lo ambicionado, es de una cobardía anórxida que le impide mirar cara á cara y herir frente á frente.

De esta clase de envidiosos, de esta clase de andrajosos de espíritu era Forcadell. No había en su alma ni siquiera un vestigio de esa noble emulación que induce al estudio y guía al ejercicio de la virtud para equipararse con los inteligentes y llegar á donde llegan los buenos. Su envidia era estacionaria, cual estanque de inmundicia espiritual, no suscitando en su temperamento otras energías que las dimanadas del odio. Su soberbia indígena, estimulada con las luchas adornadas de cierta cobertera de cultura que ahogan, al menos en las formas, la animalidad de muchos *Sonajas* de pampa adentro, le tenía sofocado, le ahogaba, como le ahogaría un bonito collar al más bravío de los baguales. Educado como hombre público en la política atrabiliaria, inculta y ferozmente toruna de las provincias, donde el revólver suple al derecho, á la ilustración y á la hombría de bien, sentíase oprimido su instinto violento en aquel círculo donde se imponía el saber de Miquelena y el arte oratorio de Sebastián Langredo, más éste que el otro, porque la juven-

tud bonaerense, que vive más de las agitaciones del espíritu que de la alta especulación mental, prefiere la ciencia vestida de arte á la ciencia seca vestida de verdad.

De buena gana hubiera entrado el doctor Sonajas un día en el Club de la Parroquia con cuatro beduínos de la policía gauchesca, y en lo más bonito de su discurso le hubiera cerrado el pico á Langredito, atizándole cuatro balazos bien pegados y á mansalva desde la puerta de la calle. ¡Ah, si el Club de la Parroquia se hallara en su provincia, junto al Cabildo, un edificio ruín, rebocado con sangre de electores! ¡Ya sabría Langredito quién era Sonajas! Ya le enseñaría él cómo en la política pampera florece la guapeza sobre el talento, lo audaz sobre lo reflexivo, el envilecimiento sobre la honradez, el crímen sobre el ejercicio tranquilo de los derechos.

Pero estaba en Buenos Aires, en un círculo donde no cabían su hidrofobia de político pampero, sus instintos feroces, sus arrebatos indígenas por sobresalir en el revuelto escenario de las luchas colectivas.

No pudiendo ejercer los medios violentos y brutales para aniquilar á Langredo, que le había ganado un puesto en la Comisión directiva del Comité Central de la Unión Cívica, y el de secretario del Club de la Parroquia, recurria á una propaganda de descrédito para *voltear* al ídolo de la juventud revolucionaria. Era una propaganda privada, personal, ejercida con ahinco y con esa tozuda constancia que sugiere el antagonismo rencoroso, la vil pasión de los débiles, que en fuerza de vil, se torna pujante. En cuanto Forcadell se encontraba á solas con

lgún correligionario, de lo primero que le hablaba, todo lo mal que podía, era de Sebastián angredo, achacándole falsedad política y triurando sus discursos con una crítica sin ingeio, baja, rastrera.

Durante todas las horas del día y parte de a noche no cesaba en su oficio difamatorio, eteniendo á éste en la calle, atrayendo al otro l rincón de una confitería para hablar siempre de lo mismo con acalorada gesticulación ue denotaba su ansiedad por llevar el convenimiento al espíritu de su interlocutor. En too difamador existe la duda de ser creído; por so la calumnia es siempre empecinada en sus rabajos de zapa para difundirse. El doctor onajas trabajaba con tenacidad activa por esacreditar á Langredo, y hasta era obsecuene, flexible y sumiso con aquellos más rehacios darle crédito, no desperdiciando medios, ni casión, ni descendimiento propio para el logro le sus fines. El rencor sugerido por la envidia io desdeña bajarse hasta el nivel del suelo con al de hacer descender una pulgada al que por u talento ó virtudes se ha encumbrado sobre l gran lote de vulgo que forma el légamo de a naturaleza humana. Era el doctor Sonajas mo de esos hombres por los cuales decía Fígao que perdonan el crimen, pero no el éxito.

Sus insensatas habladurías, más propias de omadre chismosa que de hombre con pujos de loria política, llegaron á oidos de Sebastián angredo por uno de los mil hilos conductoes que circulan en el infinito mundo de la aurmuración, esa especie de crónica *sotto oce*, fraudulenta, con que se desuellan las reutaciones.

"Tiene razón Forcadell—dijo Sebastián,—porque yo no soy orador, ni siquiera aspiro á serlo. Los que dicen que hablo bien y que tengo gran talento, son mis buenos amigos, que se expresan de ese modo por pura simpatía. Julián está en lo cierto al negarme todas esas cualidades que los demás me atribuyen.„

Lo supo el doctor Sonajas, pues en el mundo hay muchos tipos que gozan siendo los peatones de la correspondencia murmurante de todos los corrillos. Su orgullo, amodorrado entre los pliegues de su conciencia estrecha, sintióse bruscamente despertado por aquel latigazo de generosidad. La estiptiquez espiritual y la roñería del corazón, sólo aman las luchas en la esfera de las pequeñeces.

Con su natural despejo para las menudas luchas de la intriga, descubrió Forcadell un certero ataque en aquella hidalguía de Sebastián al darle la razón por las agrias y malevolentes censuras que le dirigía desde los rincones confiteriles y los huecos de las puertas. Convencióse de que luchaba contra un enemigo más experto, cuya táctica en las contiendas políticas y sociales era superior á la suya. Mientras Langredito reclutaba simpatías con su altura moral, real ó ficticia, pero siempre bien expresada hacia el exterior, él, Sonajas, perdía terreno en la consideración de sus correligionarios, acumulando sobre sí muchos antagonismos que poco á poco le fueron aislando en el seno del Club de la Parroquia.

Como la culebra que se siente pisada, revolvióse entónces su ánimo, mezcla de soberbia y ambición. Su propaganda fué más violenta y descarada; recurrió á la calumnia con objeto de

anular á Sebastián por medio de la deshonra política, atribuyendo falta de sinceridad á su civismo. Tenía el deliberado propósito de provocar un incidente, llevarle á un duelo y matarle si le era posible, á fin de librarse de aquella superioridad política, intelectual y social que le resultaba abrumadora.

Pero...vamos por partes. No era solamente esta superioridad lo que despertaba en él un odio tan vehemente hacia su correligionario político. Había por medio unas falditas, encubridoras de un cuerpo afinado en todos sus perfiles por las brasas de una ebre doble en sus invasiones al espíritu y á la naturaleza. Era Raquel Cascante, un poco amada y muy apetecida por Julián Forcadell, produciendo estos dos impulsores una pasión con todas las exaltaciones de la locura, y en cuyo análisis tendrían que enzambrarse la fisiología y la sicología para determinar si en aquella afinación tenían mayor preponderancia las potencias del alma que los estremecimientos morbosos del organismo. Porque, digan lo que quieran las clasificaciones escolásticas de la ciencia, no es fácil determinar las fronteras que separan los impulsos físicos de las aficiones del sentimiento. Teorizando, no hay una sola pasión insusceptible de ser definida claramente; pero en la realidad, en la vida vivida, todo aparece oscuro, enmarañado y en confusión llena de sorpresas. El corazón humano, en sus ansiosas palpitaciones como bulto de carne viva, y en sus anhelos inconmensurables como ente espiritual, es una quisicosa que se burla del cerebro analítico de los sabios, no dejándose conocer. Cuando se muere ¡qué risa! le llevan á la

mesa de disección, y...mutis. El misterio e doble, porque al de la vida no averiguada s agrega el mucho menos averiguable de l muerte.

Fuera disquisiciones, y vamos al hecho, únic hilo que puede conducir á la averiguación re lativa del alma de las pasiones. El hecho es l brújula del pensamiento en el océano de la vid real. Y el hecho era que el doctor Sonajas esta ba enamorado de Raquel como podría estarl un mónstruo fabuloso compuesto de animal y hombre; porque Forcadell representaba moral mente, y también en lo físico, el punto de tran sición en las teorías de Darwin.

La mitad del centauro, es decir, la parte d jaco, relinchaba por la posesión del hechiz físico; la otra mitad, naturaleza divinizada po la figura del hombre, padecía bajo el pode aguijoneante de una porción de complicado sentimientos, en los cuales entraba un poco de amor ideal, variantes platónicas según los diversos sistemas de idealización; otro poco de querencia espiritual, bastante borrosa, como es de suponerse en semejante fenómeno mitológico; mucho, casi las tres cuartas partes de su apego á la muchacha, nacían de una afición desmedida á verse propietario presunto de *General Godofredo Cascante;* y por último, todos estos sentimientos se agitaban y estremecían en conmociones dramáticas con las formidables crísis de su amor propio, herido por los mohines desdeñosos que pudo notar en el bonito hociquín de la sílfide.

El doctor Sonajas, ateniéndose á estos signos externos, que son la fotografía de los sentimientos no expresados en articulación de pa-

labras, sufría unas *sospechas averiguadas* de que la miel de los labios de la gata no la cataría su trompa de indio.

En muchas ocasiones y sitios de ostentación social, en la Ópera, en Palermo, en las *kermeses*, esas fiestas filantrópico-teatrales que al mismo tiempo satisfacen dos hambres, la de pan y la de vanidad; en las reuniones políticas celebradas en casa de D. Jorge y en los modestos saraos de doña Carlota y el general Concorra, Forcadell había notado que la *Michina* le ponía á Sebastián una carita muy dulzona; que le esgrimía los ojos como armas de una melancolía irresistible en lances de amor; que se toqueteaba mucho los ricitos con movimientos impacientes; que á cada momento sacaba la puntita de la lengua para refrescar los monísimos labios y sostener el rosicler amenazado de agostamiento; que no se podía estar quieta en un rebusco constante de posturas afectadas y actitudes interesantes; que por debajo de la falda de seda sacaba sus piececitos frente á los ojos de Langredo, para que con ellos, de intención, la descalzase y viera aquellas dos maravillas, dignas de servir de hormas en las zapaterías celestes donde se calzan los ángeles para andar entre las nubes. También observó que por aquella boquita, vestíbulo del deleite, y capaz de estimular la quejumbrosa inspiración del gran Tinadillos con algún acróstico jeremiaco, salían las palabras dirijidas á Langredo alambicadísimas, superfinas y archiflecheras.

"Le quiere...á la fija que le quiere,,—pensaba Forcadell, sintiendo que se le encendía el rescoldo de los celos, cuyo cisco, hecho ho-

guera, le anubarraba las ideas, ofuscándoselas entre llamaradas de ira.

Aunque de muy mal grado y envenenándose con su propia bilis, el doctor Sonajas hubiera tolerado que aquella perla fuese de otro, de un desconocido, de un insignificante; pero le sacaba de quicio el imaginarse que viniera á ser su dueño Sebastián Langredo. ¿Y por qué? No siendo suya, ¿acaso debía importarle que fuera de éste ó del otro? Aquí podríamos traer de nuevo á colación los consabidos misterios del corazón humano y las complicaciones y barullos con que se van desarrollando los sentimientos y pasiones en la vida real, más fecunda en sus creaciones que todas las fantasías del arte. En la *geología* del espiritu universal existen antagonismos antipodales idénticos á los que rigen el equilibrio de los planetas. Forcadell era un polo en perpetua pugna con el polo representado por Sebastián Langredo. El abismo es un espacio muy pequeño para representar la distancia de aquellos dos caracteres. Separábales un sentimiento de antipatía nativa, una repulsión innata, como la de ciertos ácidos en los alambiques de los experimentos químicos, y como la de muchas materias infusibles en el mismo crisol.

Julián Forcadell, que era mucho más vehemente, hubiera deseado que se le cayeran á Raquel los ojos cada vez que miraba á Langredo, y que su cuerpo, si acaso llegara á casarse con el de su enemigo, se le marmorizara la noche misma de la boda. Para Sebastián apetecía el suplicio de Tántalo, las parrillas de San Lorenzo, el cifonismo, ó sea comido lentamente por los tábanos, todo ello como goces de la

luna de miel. Imaginando martirios, Forcadell era un personaje calderoniano. No pertenecía á esta época de ten con ten, de pasiones flojas, de maldad sutil, de medios términos y de hipocresía en las acciones dañinas. Amaba el cataclismo. En su cuerpo palpitaba sangre de tragedia; en su cerebro bullían ideas siniestras; sus sentimientos, cuerdas tensas de su espíritu bravío, estaban embreados de ódio; eran, en fin, como una síntesis de todas las ferocidades del Chaco.

Quedábale esta duda: ¿amaría Sebastián á Raquel?

Le sacó de ella Abelardo Tinadillos, emblema de la crónica viviente. Después de sonsacarle con mucho disimulo, le dijo un día en apartado rincón del Club de la Parroquia: "¡Cómo no, doctor! Está lo más encamotado con Raquel. Es un dragoneo bárbaro. En todas partes la atiende y la festeja. Usted viera, querido doctor, ¡qué camote! ¡Tremendo, compañero, tremendo! Al pronto se creyó por ahí que gustaba de Valentina, la recogida por don Jorge, y del cual dicen algunos que es hija natural; pero era una matufia del doctor Langredo, que se arrimaba á la huérfana para que ella le hiciera gancho con la otra.„

Para determinar el efecto que hicieron estas palabras en el ánimo de Forcadell, hay que recurrir al simbolismo, esa filosofía primitiva, invención peregrina de la embrionaria sabiduría antigua para condensar en vivas imágenes la totalidad del pensamiento. La imágen simbólica del furor del doctor Sonajas en aquel instante, tiene que ser grandísima, y sólo podría hacerla la imaginación de un visionario del

más enorme de los ciclones desatados en corazón humano.

No contestó una palabra, encerrándose en un silencio lúgubre, con taciturnidad de hiena. Si hubiera tenido un hábito negro, su figura se asemejaría á una reproducción de la de Felipe II en el momento de saber que Antonio Pérez le había soplado la dama. Pero si del todo no lo parecía en lo externo, en lo interno, en las vengativas entrañas, quizá le superaba. Desde aquel instante no pensó más que en hostigar á Langredo con nuevas calumnias, provocar un incidente con él y llevarle al terreno bárbaramente caballeresco del duelo. "¡A muerte! ¡á muerte!„—decía para sí apretando las mandíbulas como tenazas de herrero, y rechinando sus recios dientes de indio con ruido idéntico al rozar de los grijos.

XII

HORAS DE INFIERNO

Durante todo el mes de Mayo dedicóse el doctor Sonajas á sorprender por sí mismo las presuntas relaciones amorosas entre Langredo y Raquel, poniendo en tal empresa todo ese ahínco inquisitivo que emana de los celos, la pasión que más caldea el corazón humano, pues en ella se confunden los instintos de la animalidad con todas las rebeldías del espíritu y los atrabiliarios desplantes anímicos.

Adquirió él convencimiento de su derrota la noche del 25 de Mayo, en el hermoso festival de la Ópera. Representábase *Mefistófele*, esa

creación estupenda, incomparable, producto ultrahumano del primer artista *músico-filósofo* que han producido los siglos. Boito ha llegado donde jamás alcanzaron todos los visionarios juntos que ha producido la humanidad. Pasó el prólogo, zumbas del Infierno, rezongos luzbélicos, estallidos de rebelde cólera, ayes de conciencias trituradas y espíritus puestos en torno, sarcasmos de los condenados á perpetuidad, himnos á la carne lujuriosa y acentos de seducción venal, en cuyas redes cáe el cellenco doctor Fausto desde las alturas de su ascetismo.

Al bajar el telón, tras de aquel soberbio concepto orquestal que sintetiza el grito de triunfo de las huestes infernales, la luz se hizo plena en la vasta sala, despidiendo torrentes de soles eléctricos que reverberaban, juntamente con el relumbre de las alhajas, sobre los hermosos trozos de materia palpitante y tibia que la coqueteria dejaba al descubierto por entre los escotes de la sedería.

En el entreacto, y en medio del murmullo sordo que producían el crujir de la seda y el rechinar del charol de los que salían á los pasillos, Julián Forcadell rebullóse en su asiento de la platea y comenzó á inspeccionar la galeria de palcos que semejaba un faisanero, por la belleza, la parsimonia y la idiolatría de las mujeres que lucían alli los exquisitos materiales con que la naturaleza forjó sus figuras. Después que sus ojos recorrieron disimuladamente algunos palcos, el doctor Sonajas clavó su mirada indígena en el de la familia de Cascante. Mirando estaba los aguzados encantos de Raquel, su cuello de pollo de grulla, su busto escueto por limazones internas y su cabecita de birutas

de oro, cuando ¡trás! abrióse la puerta del palco y apareció Sebastián Langredo.

De todas las localidades del teatro le enfocaron los gemelos. Era una figura que, sin tener nada de sobresaliente en el sentido físico, llamaba la atención por su elegancia impremeditada y sencilla. Sus maneras en las altas esferas del mundo fastuoso, tenían una naturalidad encantadora; el traje de etiqueta, que tanta influencia ejerce para amanerar los movimientos de muchas gentes, sobre todo en nuestra sociedad, donde un afortunado golpe de Bolsa ó una buena invernada de novillos saca de su humildad á muchos palurdos, no lograba alterar en Langredito la expontaneidad de sus actos y palabras. Todo el público le miraba con ese interés que despiertan los hombres surgidos de pronto á la celebridad. Desde el día de la manifestación del Frontón Buenos Aires, andaba de boca en boca, y hacía gemir á las prensas de nuestros principales diarios con la repetición constante de su nombre. Las muchachas alternaban la asestadura de sus gemelos entre el jóven caudillo cívico y Raquel Cascante. Querían ver la cara de enamorada que ésta le ponía, sorprendiendo en sus sonrojos la fuerza de su pasión. Teresita Foronda, que estaba en un palco de enfrente, adornada con un atavío mareante por su esplendor y por los mayores esplendores que dejaba al descubierto, no les quitaba de encima su mirada escrutadora. Las de Petrucheli de la Catina, dos lindos *barriletes* de color calcáreo, ojos cristalizados en unas caritas de porcelana, dos cuerpecitos elegantes en un desmedro de raquitismo linfático, empingorotadísimas de moño y de orgullo, también cla-

varon sus blanquecinos órganos visivos en el palco de la histórica familia.

Pero de todos cuantos allí dirigieron sus miradas desde la aparición de Sebastián Langredo, nadie lo hizo con el interés del doctor Sonajas. En cuanto vió penetrar á su correligionario político, llevóse á los ojos los gemelos con movimiento nervioso, después de correr toda la rosca para darles el máximum de su potencia visiva á fin de sorprender los menores gestos de la *Michina* y todas las impresiones que el visitante la causara. El furor de su mirada, con no sé qué de punta de puñal, debió hacer crugir á los recios y aumentativos cristales del bonito anteojo teatral. Sintió en su pecho el resquemo de los celos, pareciéndole que en sus entrañas se revolvía un nidal de víboras que le latigueaban con sus colas cimbrantes, mientras sus áspides, hinchados de veneno, no cesaban de hincarse en lo más sensible de su corazón, pletórico de corajina y sofocado por el agolpamiento de la sangre dramática, desprendida en aluvión de todas las arterias de su brava naturaleza. En la garganta sentía un sofoco como producido por la dura y apretante acción de una horca de hierro; en el cerebro, un chisporroteo de fragua, ideas caldeantes que le abrasaban el cráneo, levantándole un calenturón que le derretía el aliento y le asfixiaba la vida.

Anhelante, perdida la noción de esa disciplina que hasta en el mirar se ha impuesto la familia humana, sometiendo cada día á moldes más estrechos la dulce libertad social, el doctor Sonajas, á través de los vidrios de su anteojo, seguía con insistente descaro los meno-

res detalles de aquella visita. No se le escapaba un solo movimiento, ni un gesto, ni siquiera la esencia de una mirada. Por la forma de mover los labios, reproducida claramente en los cristales de sus gemelos, deducía lo que se hablaba en el palco. Poseía en aquellos instantes la facultad de adivinación que tienen los sordo-mudos para comprender, por el gesto y las movilidades del rostro, todo lo que no pueden oir.

Atento á los menores detalles de la entrevista, vió á Langredito dirigirse, primero á doña Laura, que estaba en el fondo del palco muy erguida entre los cojines de terciopelo encarnado, exhibiendo cuanto podía la tersa carne de su histórico busto, coronado por una cabeza de abundosas hebras plateadas. Tenía un aspecto solemne, un aire de historia peripatética que traía á la memoria á la inmortalizada Tucumán y sus congresos. Había en aquel busto y en aquella cabeza algo como un símbolo representativo de la república secular, cierto emblema del poder legislativo y de la celebridad parlamentaria, todo ello complicado con un asomo de aire guerrero, adquirido por contagio en su doble matrimonio con dos descendientes de uno de los héroes de Ayacucho. La influencia genuinamente gringa de los humildes Onetos, que cuando menos ella lo suponía asomaba la oreja en lo hondo de su naturaleza económica, quedaba ahogada en aquellos momentos de fastuoso esplendor. Pero en medio del agrado que aquella exhibición producía en la señora Hortigüela de Cascante, sentía una molestia persistente, considerando que no era historia limpia todo lo que había en su palco.

¡Pobre Valentina de Olorón! Ella representaba allí á la plebe, al montón de los humildes; menos aún, porque pertenecía á esa raza gaucha, sobre la cual todavía los reyezuelos de estancia ejercen derechos de amo.

Doña Laura contestó al saludo de Sebastián con ademán principesco y entonados movimientos de dama de alto bordo en la sociedad y en la historia. Dióle su mano, enguantada hasta el codo, con la solemnidad propia de una patricia en noche tan memorable. Pero en medio de las tiesuras de su orgullo, sentíase agradecida por la atención del visitante, pues si ella, por reflejo de reflejo, representaba los majestuosos albores de la historia patria, el jóven caudillo cívico era la encarnación de la historia contemporánea. El brillo y la popularidad actual del excelente muchacho, todo ello debido á su inteligencia y exclusivo esfuerzo, hacía que doña Laura, perteneciente, por otro lado, à esta edad adoradora del éxito, no parase su atención en el humilde abolengo de Langredito, modestísimo engendro de la inmigración cosmopolita, surgido del complejo tálamo compuesto por un aventurero médico español y una pobre corista italiana. Además, veía con agrado la augusta tucumana la probabilidad de un casorio entre la historia antigua y la moderna, que aumentaría más aún el prestigio social de los Cascantes y de los Hortigüelas, aliándolos á un nombre que seguramente ocuparía muchas pájinas en los futuros anales de la República.

Después de saludar á doña Laura, dirigióse Langredo á Raquel.

El vigía de la platea les asestó sus gemelos,

viendo reflejados en sus cristales, con claridad absoluta, las sonrisas con que la *Michina* le recibía, sus recursos de coquetería y de seducción, el discreto disimulo con que procuraba halagarle, ya envolviéndole en las tiernas miradas de sus ojitos azules, ya haciendo deliciosos mohines con los labios, provocando la oportunidad de enseñarle la doble hilera de sus apretados y nacarinos dientes, montados sobre el rojo-frambuesa de sus encías.

Si la mirada humana tuviese una complexión material apropiada al estallido, los tubos del anteojo del doctor Sonajas se hubieran hecho añicos, pulverizándose en fuego explosivo. Aquellos pequeños canutos, rebelación de la ciencia contra las limitaciones de nuestro primer sentido, contenían todas las bravas sensaciones que en un alma vehemente, semi-indígena, con vertiginosidades de centauro, despiertan los celos, las apabulladuras del orgullo y las derrotas amorosas y sociales. Eran los bonitos tubos del anteojo el escenario, pequeño y á la vez enorme, de un drama mudo, drama de miradas en que se echa por los ojos, en tumulto sin estrépito oíble, en avalancha que no se ve, toda la perversión de nuestra pobre naturaleza moral, los odios, los enconos, las tirrias y todas las miserias que roen el corazón humano. La mirada es la única forma de expresión sincera. En ella está la fisonomía de nuestro mundo interno, de todo lo callado, de todo lo oculto en el fondo del alma á fuerza de la acción disciplinante de la voluntad.

¡Ah, pobre Langredito! Si hubieras podido volverte átomo ó corpúsculo invisible y penetrar en la cavidad de aquel anteojo, ¡cuál no

sería tu espanto al leer en aquellas miradas el odio africano, los pensamientos viles, el afán de exterminarte que abrigaba aquella fiera adornada con un traje de etiqueta!

El instinto, ese sistema de razón en estado de naturaleza que supera en vivacidad á la misma observación racional, le daba á Forcadell el conocimiento de lo que se decían en el palco Langredito y Raquel. Por el movimiento de los labios, fotografiado en el cristal del anteojo con una fidelidad abrumadora, deducía el doctor Sonajas, según ellos se abriesen ó cerraran para formar la articulación de los vocablos, que Raquel felicitaba brevemente á Sebastián por sus éxitos oratorios. "Le doy mi enhorabuena, doctor, por sus grandes triunfos políticos.„ Esto le decía, acompañado de sonrisas, de gestos de atracción, de mohines seductores, de flexibles movimientos del espíritu, del rostro y del talle, todo ello estampado allí, en la boca del anteojo, de un modo tan claro y patente como si los propios ojos de Forcadell estuvieran á una pulgada del rostro de la primogénita de los Cascantes.

—Es una atmósfera de celebridad injusta que me han levantado entre los amigos y los periodistas benévolos. Créamelo usted, Raquel: yo soy un hombre completamente insignificante.

Era la respuesta de Langredo, adivinada por Forcadell, que exclamaba para sí con rabia: "¡Míren el hipócrita, el modestito, el interesante!„ Y tras de estos adjetivos de bilioso sarcasmo, una expresión injuriosa en mengua de la corista italiana y de su hijo; un ultraje soez, de esos que sólo se ven en la literatura clásica

y se oyen en el groserísimo lenguaje de los pueblos andaluces y sur-americanos.

El doctor Sonajas sólo apeó el anteojo del caballete de su nariz cuando Sebastián se dirigió á saludar á Emilia y á Valentina de Olorón. Aquello ¡qué listo! ya no le interesaba.

Langredito saludó á esta última brevemente y con simulado desinterés. La Maldonada, sobrecogida por las espiadoras miradas de doña Laura y de Raquel, le contestó en igual tono y con la misma indiferencia elegante y culta. Al aproximarse á Emilia, ésta le preguntó bajito y sonriéndose: "¿Cómo le vá, señor *Sirio?*,, Valentina se llevó los gemelos á los ojos y se puso á mirar á la sala para disimular su rubor, mientras Sebastián contestaba á la traviesa y angelical muchacha:

—Muy bien; y á usted, excelsa Aurora, *¿cómo dice que le va?* Capricornio me ha dado para usted muchos recuerdos.

—¿Quién?—preguntó ella con la puntita de los labios y sin cesar de sonreirse.

—Capricornio.

—Si no me dice más...—agregó con la malicia pintada en sus bailarines ojos.

—Mírele, allí abajo, en la platea, al lado del doctor Forcadell,—dijo Langredo, refiriéndose á Abelardo Tinadillos.

—Sálga, doctor. No me hable de ese poetucho—manifestó la deliciosa muchacha, dando una voltereta á sus ojillos azules y torciendo el lindo morrito en un visaje desdeñoso.

Tan encantadora estaba con aquel mohín, que Tinadillos no pudo menos de exclamar para su capote lírico: "¡Qué cosa rica! Es como para comérsela á besos.,, Y luego, poseído por aque-

lla especie de *chucho* poético que le acometía en presencia de su dulce tormento, pensó en escribir aquella misma noche, apenas saliera del teatro, un acróstico en forma de ánfora griega, algo muy nuevo en el ritmo y en el metro, cantando una de las pocas cosas de Emilia que aún le quedaba por cantar: *el gesto amoroso*. Lo escribiría con una pluma de pavo real, ó de faisán, que todavía es más pavo, y usaría, en lugar de tinta vulgar y grosera, cerasina, ó sea una bebida francesa de mucho tono, compuesta de jugo de cerezas. No emplearía el papel en cuartillas corrientes que usan los escritores de seriedad fecunda, los psicólogos, los tontos que se ocupan en escudriñar las raices de las pasiones, los filósofos, los antiartistas, según opinión de muchos Tinadillos que se pirran por imitar las extravagancias de los geniazos del barrio Latino de París. Aquel *pebete* de las huestes de Apolo, palomino de la poesía contemporánea, tendría un rasgo de originalidad jamás visto, oído ni supuesto, escribiendo su monumental acróstico en hojas de pergamino arrancadas de una Biblia telarañosa que tenía su abuela *misia* Joaquina la sorda. Esto sí que era original, y nuevo, y más extraño que los cuernos de un bisonte sobre la augusta testa de Cerabates. ¡Qué muchacho! Era cosa de darle un beso en aquella frente tersa, de blancura orizóidea, vestíbulo de la vaciedad y alcázar de la tontería literaria.

Entre doña Laura y Raquel monopolizaron enseguida la conversación de Sebastián Langredo, que fué á sentarse al lado de ellas, en el fondo del palco. El doctor Sonajas volvió á su actitud de polizonte celoso; pero sin conseguir

cazar nuevas impresiones, porque Raquel le daba la espalda, y á Langredo apenas se le veía la mitad del rostro.

Valentina y Emilia siguieron al frente del palco, apoyadas en la barandilla y mirando á todas las localidades de la elegante sala. Las dos muchachas estaban archibonitas. La Maldonada vestía un traje de seda azul con encajes color de mora, entre cuyos pálidos tonos se destacaba su rostro ligeramente moreno, iluminado por aquellos negros ojos plagados de luz, dulces, unos ojos que parecían dos constelaciones en el raso cielo de una noche de otoño americano. Estaba peinada con sencillez artística, recogida la copiosa y renegrida cabellera en un rodete que parecía un nido de mirlos; sus alhajas se reducían á dos perlas menudas como lágrimas de recién nacido, colgadas de sus orejitas transparentes y sonrosadas; en el talle, debajo del seno, tenía prendido un ramo de violetas, cuya frescura parecía sostenerse con el saludable rocío de aquel cuerpo adorable. Emilia llevaba un traje blanco con adornos rojos; aprisionaba su cuello, blanco y suave, como si fuera compuesto de pétalos de camelia, un collar de esmeraldas; en el seno un jazmín rozagante y oloroso. Estaba encantadora, rebosando felicidad y alegría. Encontrábase en esa edad dichosa en que aún no ha probado el corazón el acibar de los desencantos, de las perfidias, de las luchas sociales que abaten los ánimos mejor templados. Su temperamento no había llegado todavía á la edad del drama íntimo, de las fuertes tensiones orgánicas, del apetecer silencioso en medio de esas torturas simpatistas que juntamente some-

ten al mismo suplicio la vida material y la vida del espíritu. Era muy florida la ventana por la cual veía el panorama del mundo.

Mientras Langredito conversaba con doña Laura y Raquel en el fondo del palco, Valentina y Emilia contemplaban á los concurrentes, deteniéndose con especial interés en los espléndidos atavíos de sus amigas y en la gallarda apostura de los mozos.

La sala parecía un ascua de oro. Los soles de Edison daban á todos los rostros ese color de muerte elegante que estampa la tísis; el aire estaba embalsamado de extracto de rosas, de aromas femeniles, de mareantes tufaradas de sensualidad, tibias exhalaciones que estimulaban ideológicamente el deleite en la obra tosca de la naturaleza, levantando en ella ventoleras de lujuria. En medio de aquel sarao, de aquella elegancia de mil colores, de aquella joyería relumbrosa, la alegría espansiva, anterior á las hipocresías de este final de siglo, yacía asesinada por el fingimiento y por esas mil ataduras que se ha impuesto la familia humana. A través de los haces de la iluminación eléctrica, filtrándose entre el fulgor de las llamas incandescentes y pálidas que simulan el cadáver de la luz, relampagueaban las miradas de odio, de desdén, de envidia quemadora, de aversión empedernida.

Los jóvenes cívicos, apostados durante el entreacto en las puertas laterales de la sala, miraban iracundos al palco oficial, lleno de meritorios generales con el pecho convertido en necrópolis, y de personajes civiles con las conciencias convertidas en cementerios de la probidad política, revestidos de boato y desnudos de austeridad.

Desde arriba, desde el *paraíso*, y entre vaharadas pestilentes, el pueblo contaba los ladrones públicos, los desbancadores de los bancos, los violadores de las leyes, los estupradores de la Constitución. Se hacían monografías de ignorancias supinas, inventarios de atropellos, croquis de reputaciones granujientas, semblanzas de colonizadores celebérrimos que se habían manducado leguas de pampa sin sentir la menor indigestión de conciencia. En aquellas alturas del regio coliseo se crucificaba y se ponía en la picota á medio mundo con ese lenguaje gráfico y chusco que usa el pueblo en sus censuras. De banco á banco se oían estos fragmentos de diálogo:

"Fijáte, ché, hermano, el corte que se da el doctor Pisapatrias.„

—¡La gran flauta que lo silbó al loco!

—Cualquier día no más se va á calotear todo el Chaco.

—¿Sabés la vela que le ha metido al Banco de la Provincia? Millón y medio de patacones.

—¡Qué cosa bárbara! Pues como no le atajen á tiempo, no va á dejar...

—Ni fósforos, ché, hermano. En cuanto se descuiden un poco, le vuelve á meter otro calote que le hace parar las patas.

—No va á dejar ni una lata.

—¡Ah, *hijuna!* Aprovecháte nō más, ántes que entren los cívicos al Gobierno.

Y al mencionar á los cívicos, todos los concurrentes al primer piso del teatro (empezando desde el cielo) buscaban con sus ojos á Sebastián Langredo, al orador famoso, al jóven ídolo del pueblo, en cuyas masas se había encarnado como el símbolo de la futura redención política.

—Allí está, en el palco de los Cascantes—se decían unos á otros en el *paraíso*, concentrando todas las miradas hacia el insigne Langredito.

—Y es lindo mozo—agregaban algunos, satisfechos de que el jóven revolucionario fuera hasta bonito.

—Está de novio—añadía uno de esos señoritos bobos y pobres que siguen con gran interés la estadística de los noviazgos concertados en las altas esferas, con lo cual se engañan á sí mismos, pensando que viven en ellas. El público chacotón del paraíso de la Ópera, suele clasificar á estos tipos como pertenecientes al sexo neutro.

—¡Qué espiches le largará á la novia!—decía alguno de esos que no pueden tomar en serio al planeta ni á sus habitantes.

—No crea. Es lo más reservado con las niñas—aseguraba el señorito bobo y pobre.

—¿Y cómo lo sabe usted?

—Porque le conozco. Somos amigos.

—¡Óiganle al loco! ¡Qué ha de ser usted amigo del doctor Langredo! Si fuera usted amigo, estaría abajo, de palco, como él. ¡Oh! no nos jorobe, compañero! Se viene á dar corte al *gallinero*.

—Agapito, ¡dáte corte!—decía otro *chichón*.

—Le conoce por las cajas de fósforos y por las veces que le ha visto desde el *Palco de Lezama*.

—No lo joroben tanto al secretario del doctor Langredo.

Estas y otras cuchufletas, en medio de un coro de risotadas sarcásticas, dejaban aturrullado al señorito bobo y pobre, á quien el pú-

blico del paraíso no le permitía dorarse con la amistad del popular caudillo de la juventud cívica.

Momentos antes de comenzar el segundo acto, Sebastián salió del palco de doña Laura, dirigiéndose á otro de enfrente, al cual estaba abonado en unión de Miquelena y Damián Eizaguirre. Al despedirse estuvo muy chischiveo con Raquel, que le pagó con graciosas sonrisas y muy lindos visajes todas sus galanterías. En aquel momento, el doctor Sonajas no les quitó la vista de encima; y al apercibirse de aquellas amabilidades refinadas, de aquel mútuo deseo de agradarse, sintió que se le desplomaba el alcazar de sus ilusiones y que á su cerebro se aferraba, cual gárfio rusiente, una idea siniestra, un pensamiento feroz, que al pronto, á él mismo le causó espanto; mas, luego se fué grabando, grabando y espandiéndose hasta apoderarse por completo de su mente con tenacidad invencible. Era una idea que le tornó amarilla la frente, secos y lívidos los labios, y le hundió los ojos en sus cuencas, desencajándoselos hacia adentro.

Levantóse el telón. Después del famoso cuarteto en que Boito ha llevado al pentágrama con inspiración estupenda el momento álgido de la sensualidad amorosa, vino la *notte del sabra*. El escenario quedó plagado de apariciones infernales, brujas y diablos rojos con hachas, teas y otros atributos demoniacos; legiones de condenados sobre las cuales ejerce Mefistófele el predominio de Satanás. Por los altos picachos de Rosstrapps baja el doctor Fausto rejuvenecido por arte de encantamiento, hermoso, rozagante, ébrio de besos de Mar-

garita, ahito de goces, pletórico de amor sensual. El viejo filósofo asceta, el visionario del Ente Infinito, ha sentido renacer en su carne, cacoquimia y cellencosa, el vigor juvenil, los espasmos del amor natural, los alborozos de la existencia física en el apogeo de su fuerza, en la plenitud de sus ansias, anhelando dar suelta, por el saetín de la concupiscencia, á la vida contenida en represa dentro de sus arterias. Loco de gozo en presencia de las maravillas de los dominios mefistofélicos; hechizado por los fuegos fátuos simbolizados en una mosca con alas compuestas de llama azules y cárdenas, exclama en la plenitud del delirio:

"Folletto, folleto,
Veloce legger.
Che splendi soletto
Per l'ermo sentier,
A noi t'avvicina
Che buia é la china „

"*Cammina, cammina, cammina, cammina*,,— le responde con voz cavernosa Mefistófele, convertido en el Genio de todas las concupiscencias, y empujándole más á los goces del amor frenético.

En toda aquella escena de simbolismo sublime que termina con la muerte de Margarita sobre un costal de miserables pajas, con la agonía del doctor Fausto abrazado á los Evangelios y con el hundimiento de Mefistófele á los abismos del infierno, encontraba Forcadell una extraña sensación de placer dramático, sintiendo que un calofrío de tragedia le atarazaba el tuétano en el centro de los huesos.

Parecíale de pronto que las hordas luciferi-

nas habían desaparecido del escenario para introducirse en su espíritu, mientras en la cabeza, entre el oleaje de la sangre allí subido, sentía el revoloteo quemajoso de la mosca de fuego, incendiándole todas las ideas que representaran imágenes de generosidad, de condolencia, de pasión afectiva.

Margarita, la inspiradora de la musa de Göethe, no era Margarita, sino Raquel; y al verla en las lobregueces de una cárcel, vestida de harapos y agonizante sobre un montón de rastrojo podrido, el doctor Sonajas experimentaba un gozo feroz en las honduras de su espíritu maligno. Así quería verla, así, con el alma hundida y el cuerpo arrastrando. Sólo lamentaba que el bello Fausto, ó sea Langredito, no muriese también allí mismo, mejor ántes, en la escena del jardín, al ir á besarla con el ardimiento del alma en los labios. Indudablemente, era un imbécil sin coraje ni bríos de diablo aquel Mefistófele que, en lo mejor de los delirios amorosos de Fausto, cuando corre entre claveles tras de la hermosa rubia, no le había metido un chuzo infernal en las entrañas, pateando sus últimos movimientos estertorosos. ¡Ah! si él, Sonajas, tuviera el poder del diablito más insignificante, aunque no fuera más que el poder del *mucamo* de Pedro Botero ¡qué bien hubiera representado aquella escena en el palco de doña Laura! Y hasta sin ser diablo y poder gozar de la impunidad que disfrutan los que mangonean en los dominios satánicos, habría realizado su barrabasada con sólo cambiar los lugares; es decir, que en vez de estar el palco de doña Laura en la Opera de Buenes Aires estuviese en el teatrucho del pueblo natal de

Forcadell. Allí, allí sí que el idilio de Langredo y Raquel habría tenido el final apetecido por el doctor Sonajas. Otro expediente que el de los maleficios y hechizamientos diabólicos emplearía él para cortarlo en su momento más dichoso, en el apogeo de sus más dulces expansiones, en el filo mismo de sus embelesos. El instrumento maléfico sería un *bullduc* ó un *Smith Weson* de ligero gatillo, y con seis balas en el tambor. Se colocaría el doctor Sonajas detrás del palco, en el pasillo, y en cuanto saliera Langredo le provocaría con cualquier motivo fútil; Sebastián respondería con agriadas palabras á las frases incisivas; el ogro levantaba entonces la prima de su lenguaje insultante; Langredito, que era por demás sensible y nervioso, sacaría, por ejemplo, las manos de los bolsillos para acompañar con un ademán su respuesta irritada, lo cual era bastante para que el otro, *en defensa propia*, empuñara el revolver, ya amartillado de antemano, y lo descargase sobre el pecho de su *agresor*, dejándole tendido en el suelo.

Lo de "haber obrado en defensa propia,, ya se encargarían de probarlo los compueblanos de Forcadell en posesión del gobierno de la localidad y del ejercicio de la *Justicia;* porque, ¿en dónde hallará la impunidad tan celosos protectores como en los jueces y comisarios de la pampa argentina?

Julián Forcadell se mordía las tripas (pase la grosera figura en atención á que, hablando de esta fiera, todo tiene que ser bestial); pues se las mordía y rumiaba las hieles de su bilís ante la imposibilidad de una venganza en tal sitio.

Aquel bloque de naturaleza pura, desbrozado por la civilización bonaerense nada más que en su costra, era allí, en la platea de la Opera, como un fiero chacal encerrado en estuche de terciopelo, seda, oro y cristales; bajo las suaves formas del gato casero vivia el tigre de la selva, el tigre humanado, rey de las fieras.

Cuando terminó el acto levantóse de la butaca, sofocado por la ira brotada de celos y envidias, y salió al pasillo, revolviendo en el suelo la mirada. Al encontrarse fuera de la sala con el corrillo de los cívicos, quiso pasar de largo; pero Miquelena le detuvo, preguntándole:

"¿Ya se va, amigo Forcadell?,,

—Sí, me voy—repuso secamente el doctor Sonajas.

—¿No quiere usted oir el *Epílogo?* De Lucía lo canta admirablemente.

—No; me voy,—agregó con igual aspereza.

—No se vaya, amigo. Tome otro mate—le dijo Eizaguirre en tono embromador.

De los ojos del doctor Sonajas partió una centella en forma de mirada dirigida al *Vasco.* Éste la recibió sereno, con una sonrisa que abarcaba todo su rostro varonil, hermoso y altamente simpático.

—No te enojés, ché, hermano—le dijo—; y si te enojás... es lo mismo.

—Quien sabe, amigo, si sería lo mismo—respondió Sonajas, sobradamente picado por aquel aditamento que siempre ponía Eizaguirre á la su suposición de sus enojos.

—¡Cómo no, amigo! Es lo mismo,—repuso el *Vasco*; y en seguida agregó, imitando el más guaso de los tonos gauchescos y *haciendo*

la pata ancha:—Ya sabés, ché, hermano, que á mí no me asustan sombras ni árboles que se menean.

Y al decirlo mirábale con firmeza sonriente.

El doctor Sonajas no respondió á esta provocación, que, aún exornada de cierto tono risueño, en su fondo participaba más de la amenaza que de la broma. Saludó con un ligero movimiento de la mano al corrillo de los cívicos y dirigióse á la calle, carraspeando y pisando fuerte.

— Adiós, amigo — dijo el *Vasco*, poniendo á sus palabras esa música de rechifla *compadrona* que usan los guapos de oficio entre el pueblo criollo.

Dióse vuelta Forcadell, y después de lanzar sobre el preopinante una mirada asesina, siguió su camino.

— Va *fulo* de rabia porque ha visto al doctor Langredo hablando con Raquel Cascante — dijo Tinadillos, atusándose el exiguo y engomado bigotillo, cuyas afiladas guías, vergüenza de la respetabilidad de toda casta de mostachos, terminaban en dos pinchitos enroscados y muy monos; parecían un símbolo material de las frases más empinadas y sutiles de sus acrósticos.

— Es un error suyo, compañero — repuso Eizaguirre; — porque Sebastián Langredo no anda encamotado con Raquel, sino con Emilia.

— ¿Cómo, ¿cómo, amigo Tinadillos? ¿cómo es eso? — dijo Miquelena con seriedad cómica.

— Pero ¡Tinadillos! ¡amigo Tinadillos! — repitieron los otros. Y agregó el más *chichón:* ¿Y esas estrofas, compañero? ¿no han dado en el blanco?

— Ya puede ver, amigo — añadió Eizaguirre

—cómo se las campanea para que no le calotéen el amor de la macabisa. Si no se hamaca me parece, compañero, que van rodar Cupido y su pingo en la vizcachera de los idilios.

Una carcajada general resonó en las bóvedas de los pasillos. Siempre producía este efecto el lenguaje pintoresco de Eizaguirre, el cual, no siendo en sociedad ó entre gente desconocida, manifestaba las cosas más graves y emitía los juicios más agudos con los términos que emplea el gauchaje, en cuyo espíritu malicioso y original sabía penetrar como nadie.

Comenzó la orquesta á preludiar el *Epílogo*, aquel canto sobrehumano que Boito escribió viendo á Dios desde las miserias del mundo. La laringe del tenor, puesta en el torno del falsete, luchaba con las primeras notas del *Giuntu sul passo stremo*, emitiendo con fatiga los quejidos místicos del doctor Fausto, vuelto á la vejez y al dolor, frío de cuerpo, espiritoso y al Evangelio abrazado. Los cívicos se desbandaron hacia sus localidades en cuanto sintieron los primeros compases de aquella romanza que durara sobre todas las creaciones de la filosofía y del arte, tanto como dure el tiempo.

Camino de su casa, encerrado en un coche, el doctor Sonajas sentíase malo de mal interior. Dolíale el cerebro, no la cabeza; sufría el dolor inmaterial de las ideas fijas y punzantes, enfermedad inclasificable en la frenología. Eran ideas duras y secas, sin ese jugo de sentimiento hondo que hay en el pensar; ideas que, hechas acción, abortan el crímen sereno y frío, casi automático, como la máquina de guillotinar. Era aquella calma aparente el bochorno que precede á la tempestad; tenía el corazón quieto,

cansado de sentir, como sin vida, dejándose ir comiendo por el diente de la envidia hincado en su centro; aplacada la sangraza que ántes le subiera en oleaje que se rompía en las sienes. Por los costrosos labios salíale la respiración en aliento fatigoso, y le silbaban los oídos, y le tiritaban las entrañas.

Una vez, mientras saltaba el coche sobre el desigual adoquinado de la recta calle, sintió aflojársele la tensión, ganado el ánimo por un sentimiento de tristeza honda. Respiró con fuerza, y se le descargó un poco el espíritu. Intentó entónces que la resignación le poseyera del todo; pero no pudo vencer á su naturaleza indígena, ni á las pasiones avasalladoras y selváticas que en ella se agitaron. No pudo vencer en sí lo que hay de barbarie nativa en el sér humano. Los diez y nueve siglos de desbroce y de progreso moral eran una obra que empezó por él en su casta, y el tiempo de su vida no era bastante para encasillar su espíritu en los refinamientos de la civilización moderna. Vivían todavía en él las almas de sus ascendientes, los terribles hombres de flecha.

Cuando entró en su casa se arrojó vestido en la cama, permaneciendo largo rato boca arriba, las manos entre las sortijas del pelo, los ojos fijos en el techo, en desperación silenciosa. Tras del etmóides todo era selva, celajes sombríos, ferocidad.

Desnudóse al fin. Quitado el traje de etiqueta, no le faltaba para ser un indio más que un penacho de plumas de avestruz en la cabeza y unas cuantas pulseras de conchas de otras. Ovillado en la cama, parecíanle las sábanas pieles de puercoespín y de erizo. Entre estas espinas

había una de picor agridulce que le inoculaba un virus enloquecedor. Tenía esta espina la figura de Raquel Cascante con sus ojos taladradores, su cuello viborezno y sus brazos delgados, como hechos para las enroscaduras de la pasión. El organismo montaraz de Forcadell seguía con estremecimientos morbosos los movimientos de ilusión posesiva fraguados por la imaginación; y cuando la realidad monda y lironda le ponía fuera de su alcance la imágen de aquella miel figurada por el deseo, sufría rebelión indomable y dábanle bascas, sintiendo que se le revolvía el légamo de sus bajas y vigorosas pasiones impregnadas de rencor y de la amarilla bilis de los celos, arrancándole todo ello trasudores de angustia en la raiz del pelo. En tales momentos era su naturaleza materia simple, no trabajada por labores de espiritualización.

Vino luego la fatiga ocasionada por aquellas tremendas refriegas interiores, y quedóse mal dormido, sin que se le refrescaran con el sueño las pasiones, todo él en calda, asediada la mente por pesadillas de lubricidad y anhelos de venganza contra aquél que á la vez le vencía en las luchas políticas y en los lances de amor. Afanoso era su respirar, filtrándose por entre las desapacibles notas de su resuello un ruído extraño que participaba de la queja y del gruñido; parecía que se le estuviera cociendo algo allá dentro, en el fiero pechazo indígena.

Duerme, chacal político y social del mundo americano, duerme; que sólo así eres inofensivo y se ven libres las gentes de tu índole agresiva y del filo calumniador de tu lengua perversa.

XIII

CASCANTES Y CONCORRITAS

Ya es tiempo *¡cómo no!* de que se conozca al benemérito general Concorra, mencionado en este relato de un modo incidental. Sucede en las reseñas históricas algo muy parecido á lo que ocurre en la vida real; y es que los personajes de más valía son los últimos en aparecer; el mérito relegado á olvido, en una palabra.

Sin embargo, ha de quedar reparada en parte esta notoria injusticia dándole á conocer en un día señalado de su larga vida, en las solemnes horas de su fiesta onomástica, al cumplir los sesenta años, que, dicho sea en honor á la virilidad de la pasada generación, al insigne general le resultaban carga menos abrumadora que los cuarenta á muchos que con ellos son hoy precoces ancianos.

Era un hombre de estatura mediocre, más bien *petiso*, algo zambo, espaldudo, macizo de hombros, de cuello toruno y recias y velludas muñecas; un hombre, en fin, amasado en plena naturaleza, entre capas de escarcha, ráfagas de aire y rayos de sol canicular Su *fábrica* participaba más de la sencilla solidez del *rancho* pampero que de la airosa elegancia del palacio urbano. Un poco barro de sano origen; cuatro palitroques bien engarzados, y á petrificarse con ayuda de todas las emanaciones del firmamento para hacer frente á la desgastadora acción de una centuria.

El rostro ofrecía mayores particularidades. Le tenía espanópogon, término desenterrado

por Tinadillos para decir que al general le escaseaba la barba, cuyos pelos parecían sembrados á la buena de Dios por agricultor inexperto, habiendo luego salido á la luz de la cara tan separados y mal avenidos, que eran como la imágen viva de la discordia. En la región del bigote dividíanse en dos barriadas muy distantes, separadas entre sí por un espacio en completo barbecho, peladísimo y muy enrojecido por los finos relentes que azotaron aquella parte descampada; parecia que tuviese sobre el labio superior, cubriéndoselo casi totalmente, un hollejo de naranja, por cuyo borde, allá, en los dos extremos de la boca, iban saliendo como podían unos pelitos lacios, de color de malvadisco maduro y con cierta caída de puro corte japonés; los ojos vivos y con celajes de oro, como los gallos; los párpados tiernos y lagrimosos; las cejas, vestíbulo del camarín de la idea, eran montunas y completamente canas. No había en su cabeza, híspida y de recia complexión, asomos de calvicie, y más que producto de un nacimiento espontáneo, dijérase que los cabellos estaban allí clavados de un modo inconmóvible.

De pelo adentro la misma tosquedad que de pelo afuera; y no se entienda por ésto que el general Concorra fuese rudo, abrupto ó torpe en sus manifestaciones sociales; quiero decir que era de rodaje pristino su máquina de idear; había en ella muy poco ajetreo, y este poco muy acompasado, sin ir nunca más allá del límite marcado por los ajentes físicamente sensibles. Entre el *ver* imaginativo y el ver con los ojos, existía ese justo equilibrio de la razón positiva; era su imaginación de vuelo corto y

lento; pero muy segura al posarse, como los *caranchos*, que siempre eligen los estacones más gruesos de los alambrados que cercan la pampa.

No es posible meterse entre el frondoso ramaje del árbol genealógico de los Concorras. El tronco originario parece que fué vizcaino-calabrés. Cavando mucho entre la vasta extensión de sus raices por el lado masculino, el general solía llegar hasta D. Juan de Garay, el fundador de Buenos Aires; por el femenino veía en cada raíz, hasta el raigón principal, una representación de los más bravos contrabandistas de la Calabria. Luégo que el árbol salió á flor, tuvo variadísimas ramas, españolas unas, otras italianas, nueva sávia vasca, una desviación sajona, creo que fué inglesa, gran ramaje criollo y hasta un ingerto francés. En el primer tercio del siglo actual sólo quedaban de tan complicado árbol dos horcajones, de los cuales brotaron dos retoños, D. José María Concorra, muerto gloriosamente al frente de un batallón en la guerra del Paraguay, y el general D. Roque Concorra, con el cual debía extinguirse el glorioso apellido.

No se extinguía por infecundidad dela bondadosa y excelente doña Carlota, que á otras muchas virtudes unía la de no haber pertenecido é ese tipo exótico y antipático de la mujer estéril, la mula humana. Tuvieron un hijo que murió al pisar los dinteles del mundo. "Angelitos al cielo,, — se dijeron los esposos para consolarse con aquella idea de dulce misticismo popular, mientras ambos sentían un vacío inmenso, suspirando en común aquellos días en que cumplía años su hijo. "Hoy tendría

doce años" "hoy sería ya mozo„, "hoy sería ya un hombre.„ En realidad espiritual era un hijo que seguía viviendo.

El benemérito general Concorra era valiente como Ney y como Prin; y si los tiempos fueran otros hasta como Anibal, teniendo sobre el general español y el mariscal francés la virtud de no ser tan aficionado como ellos á la fraseología retumbante y á las formidables *paradas.*

No tenía ese aire de matasiete, ese entono de piés á cabeza y esa fachenda que distingue á la mayor parte de los militares, convencidos de haber monopolizado todo el valor humano y de que el elemento civil alienta con su permiso.

Exento de presunción belicosa en tiempo de paz, más que temor inspiraba indiferencia; vestido de particular, uno de tantos, un árbol más en una alameda, como decía Larra por los hombres insignificantes; vestido de militar, un simple particular disfrazado de general. Pero al saber que había sometido *malones*, que en la guerra del Paraguay hizo proezas, que los indios fronterizos se civilizaban de repente con solo verle, y que en infinidad de revoluciones había realizado inauditas hombradas con repetidas exposiciones del *cuero;* al saber todo esto, nadie dejaba de mirar á aquel hombre *petiso*, aunque regordete, zambo y canoso, con el respeto que merecen los héroes.

Absolutamente nada hacía el general para infundir este respeto; al contrario: era amable, de trato exquisito, con esa suavidad genuinamente criolla, que no se sabe dónde termina y empieza la burla, el *churrete,* en fin; el hombre era amigo del *titeo,* de un *titeo* gaucho en su

esencia, aunque pulido con ciertas maneras de sociabilidad bonaerense.

Tenía también en su contra el continente guerrero del general lo atiplado de la voz. Cuando D. Roque decía á sus soldados: "Batallón, ¡firme!" parecía su acento guerrero el mayido de un gato tísico por excesos tenorianos.

Constituían su existencia intelectual dos temas rayanos en manías, que eran la obsesión de su cerebro: las riñas de gallos y la conquista del desierto por el general Roca. Hacía de esta operación militar los análisis más minuciosos y las críticas más razonadas, sin pizca de envidia, pues en el noble pecho de D. Roque no tenía cabida ninguna pasión pequeña. Hubiera sido capaz de fusilarse á sí mismo en cuanto notara que le roía el corazón un sentimiento raquítico. Era partidario de la conquista sin exterminio, asimilando el elemento indígena á nuestra civilización moderna. En la práctica, mientras comandó fuerzas en las inmediaciones del Chaco, no siempre realizó esta teoría, porque era necesaria mucha paciencia para convencer á un salvaje que no quería dejar de serlo, ni perder su libertad radical, mucho más pura que la libertad escrita de los civilizados, que por el hecho de ser escrita, ya es atadora. Este asunto le conducía á perderse en interminables narraciones sobre las tríbus indígenas, la composición de sus familias, sus caciques, sus costumbres diversas, sus ritos paganos, sus adoraciones politeistas. Su conversación, llena de nombres raros, inarticulables, hacía el mismo efecto que haría un recitado del Génesis.

Pues no digo nada al hablar del *Génesis gallináceo*. D. Jorge Cascante se quedaba boqui-

abierto cuando oía al general disertar sobre el origen de los gallos calcutas, chuñas y malayos, sobre nuevas cruzas, sobre peleas memorables entre los pensionistas de la aristocracia inglesa, sobre nuevos procedimientos de alimentación, de cura á los gallos enfermos ó heridos, de arreglo de púas, etc., etc. Se sabía de memoria todos los tratados ingleses sobre esta materia, y su erudición, justo es decirlo, causaba cierta envidia á D. Jorge, que sólo por experimentos prácticos gobernaba su gallinero.

Ocupaban el espíritu del general dos grandes afectos: el profesado á doña Carlota, que nunca se alteró en cuarenta años de convivencia, y el que tenia al *Compadrito*, su mejor gallo, alto, de pluma lustrosa, belicoso y armado de espolines de plata y acero.

En el momento que el lector conoce á este insigne soldado hallábase vestido de paisano y cubría su venerable cabeza el hermoso gorro que, con motivo de su cumpleaños, le habían regalado Valentina y Emilia, queridas por don Roque con cariño de abuelo, y al cual correspondían ellas adorándole. Raquel le regaló un revólver de caballería con cabo de nácar, y en el culatín, grabadas en oro sobre acero, las iniciales del nombre del héroe. Mucho agradeció el general este obsequio; pero tuvo en mayor estima el que le hicieron las otras dos muchachas; Teresita Foronda le envió también su presente: una espada, hoja de Toledo y empuñadura de plata con notables cinceladuras; el gran *Bolívar* envióle el tomo de sus discursos sobre asuntos diplomáticos, incluyendo en él su famosa tésis doctoral, que, como se recordará, versaba sobre la *Influencia de la etiqueta en las*

relaciones de los pueblos antiguos. De este regalo lo mejor eran las tapas de piel de Rusia que cubrían, como arropándolas para que no les diera el aire, las mil inocencias y pujitos de erudición que encerraban aquellas pájinas. El obsequio de Sonajas fué un cuchillo de monte, de doble filo y empuñadura de bronce; Langredo, un bastón con empuñadura de oro; Miquelena, un par de espolines de plata; y por último, entre otros ricos presentes cuya lista sería muy larga, merece especial mención el más valioso y oportuno de todos, enviado por el *Vasco:* le regaló un caballo de hermosísima planta, arrogante, de elevada alzada, como hecho, en fin, por la naturaleza en un momento de magnificencia para ser la cabalgadura de un guerrero ilustre. Eizaguirre acompañó su obsequio con una esquelita, en la cual decía al general con amante sencillez: "Mi querido viejo: Dios quiera que de hoy en mil años pueda decirle ¡salud! Ahí le mando el mejor pingo de mi estancia; es lo más mansito, como una oveja; usted sube en él y marcha como una seda; no es mañero ni rodador; y aunque le meta usted por las vizcacheras va á salir segurito no más, como si anduviera por la plaza Victoria en día de parada. No le digo ésto por dar valor á un regalo que nada vale para lo que usted merece, sino porque monte con toda confianza en el pingo, con el cual desearía que ganara usted más gloriosas batallas que César y Napoleón.„

En la mañana del 28 de Mayo la casa del general Concorra fué una verdadera romería de sirvientes. Muy temprano empezaron á llover los regalos, procedentes, aparte de los ya indicados, de los principales personajes de la repú-

blica. La gallega Filomena fué de las primeras en aparecer, cargada con el obsequio de don Jorge y de doña Laura, con el pistolón de Raquel y con el gorro de Emilia y Valentina; en seguida cayó la doméstica de don Teodoro Foronda con la espada de Teresita y el tomo de discursos del gran *Bolivar forondino*. Era muy parlanchina aquella atropellaplatos, y no bien se encaró con el general, le dijo: "Aquí le traigo esta espada de parte de la niña y este libro de sonseras del niño Simón.„ Luégo apareció el asistente del coronel Randrán cargado con un tremendo sable de caballería, de los corvos, capaz de rajar con su filo el esternón de Goliat; sucesivamente llegaron los *mucamos* de Langredo, de Forcadell y de Miquelena, y, por fin, el paisano que había traido de la estancia del *Vasco* el caballo que éste le regalaba.

El general y su esposa iban recibiendo los obsequios con esa complacencia que sugiere el verse rodeados de estimación y cariño. A la llegada de nuevos presentes alborozábanse los dos viejos; examinaban los objetos, pareciéndoles á cual mejor, más artístico, útil y valioso. Al aparecer el gorro, don Roque palmoteó como un chiquillo cuando le regalan un trompo ó un tamboril. "Fijáte, ché, vieja: es lo más lindo; y... ¡fijáte, fijáte!... puros gallos. ¡Qué cosa rica! ¡La ocurrencia de las muchachas!... ¡Al diablo se le ocurre!... Y habían sido bravos estos que se están peleando. *(Entusiasmado, como si fuera real la lucha de los dos gallos bordados:)* ¡Métale duro y parejo! El batarás había sido macuco. *(Dando vuelta al gorro:)* Mirá, ché, Carlota, este pobrecito que está aquí muerto. ¡Qué lindo golpe de revuelo le ha en-

cajado este otro que está al lado, cantando su triunfo!„

—El vencedor es el *Gaucho Pobre*, y el vencido es el *Compadrito*, nuestro gallo—dijo doña Carlota.

—¡Están frescas las muchachas! Esa idea de ponerlos así es del amigo Cascante. Las batallas pintadas son las que va á ganar su *Gaucho Pobre*. Es un gallo que no sirve "ni pa ver quién viene.„ Yo te lo garanto, ché, Carlota. En cuanto se ponga frente al *Compadrito* se le va á cambiar la carne de gallo por carne de gallina. ¡Oh . . . vas á ver. *(Con vivo entusiasmo.)* Yo te garanto, ché, vieja, que el *Gaucho Pobre* no le va á hacer revoliar á nuestro *Compadrito*. Los otros días . . . vas á ver . . . fuí á lo de Jorge con la disculpa de conversar sobre el negocio que traemos entre manos con don Román Basurto y el paisano Peralta; pero en realidad iba por ver su gallo ¿sabés? . . . no fuera el diablo que, de puro confiado, me sorprendiera el día de la pelea con un gallazo bárbaro. Pero ¡qué esperanza! Lo tomé al peso y ví que era livianito, livianito, como si no tuviera más que plumas.

—¡Pero, hombre! algo más pesará — dijo doña Carlota riéndose.

—Te garanto que es lo más liviano. Además, vos le vieras, mija, los garrotes (las patas); parecen de tero. Jorge le ha puesto puones de plata con puntas de acero, y ¡amigo! ¡le hubieras visto cómo compadreaba el sotreta con sus espolines tan elegantes! Dáte corte no más—pensaba yo.—Vas á ver el día de la pelea cómo el *Compadrito* te hace parar las patas con tus lindas espuelas.

—No estés tan confiado, porque yo he visto al *Gaucho Pobre* y me ha parecido un gallo lo más lindo, fuerte, orgulloso, con unas púas ¡Ave María! tremendas, lo que se dice tremendas.

—No digás, ché, Carlota, no digás que es un gallo lindo. Vos no lo has visto bien... no, y no, y no—afirmaba el general accionando con el gorro entre las manos.

—¡Bueno, hombre, bueno!—exclamó doña Carlota sin cesar de reir.

—Es que no lo es, ché, vieja. Te garanto que no. Si le hubieras visto bien no dirías lo que decís; no lo dirías, Carlota, ¡qué esperanza! A la fija que no lo dirías; porque vos ya conocés algo en la materia por las explicaciones que te vengo dando desde hace...

—Más de cuarenta años, ché, viejo. Cuando estábamos de novios ya me hablabas de tus gallos, y desde entônces acá creo que no se ha pasado un solo día sin que me des alguna lección. Me parece que ya puedo ser una maestra.

—¡Cómo no, mija! Por lo mismo que lo sos, te digo que no te has fijado bien en el *Gaucho Pobre* ¿Qué pluma tiene? A ver: ¿qué color?

—Giro medio plateado.

—¡No te digo que no te has fijado bien! ¡Ay, ay, ay! No, vieja, no. Es batarás colorao, con alguuas plumas naranjas y cenizas. Tiene recortada la cola y le han tajeao la cresta. Cuando yo lo ví los otros días estaba un poco resfriado, y recién le había hecho meter Jorge el pico en agua de ají para que estornudara, después de ponerle un sedal en la cabeza, una pluma atravesada en la cresta ¿sabés? para que se le bajara el resfrío.

—Entónces es otro el que yo he visto—dijo doña Carlota; y como dócil esposa que era hasta en aquellas nimiedades, agregó:—Vos tenés razón; el *Gaucho Pobre* debe ser muy flojo.

—Flojísimo, ché, vieja; no vale un zorro. Además ¿qué te cuento? tiene *pi*...

—¡Cállese usted, groserote!—le interrumpió ella, tapándole la boca con una mano y sin cesar de reirse.

—Sí, ché, vieja—decía el general, echando las palabras por entre los dedos de su esposa. —Te garanto que tiene *pipis*, y no se los van á sacar en la perra vida por más que le peinen; porque el que nace con *pipis*... es al cuhete, no hay que hacerle... con ellos se ha de morir... ni más que lo joroben con todos los peines del mundo.

—¡Groserote, safado, boca sucia!

—¡Oh... ¿Y qué tiene eso? Peor es la roña que traen los gringos de sus pagos.

—¡Concorra! ¡Salí ¡aj! salí de aquí!

El general decía todas aquellas cosas con intención festiva, riéndose de las repugnancias que su lenguaje naturalista callejero producía en su esposa, señora delicada por temperamento y por educación.

Vuelto al tema de los gallos, aseguró que todos los *Cascantes* eran unos *sotretas* comparados con los *Concorritas*, y que el *Gaucho Pobre* "no servía ni pa tacos de escopeta"; que todo el gallinero del amigo Cascante no valía "al corte" ni un pito, porque todos las gallinas eran ráculas y charatas, habiéndole resultado gallos gallinos, los cuales "eran unos maulas" que no hacían más que "florearse" sin encegarse nunca; que no *peliaban* sino *encelaos*, te-

niéndoles que llevar una gallina al reñidero, y que además tenían callos en las patas, el pico blando ó torcido, y sufrían de llagas, boqueras y moquillo. Todos eran "unos cristos para *peliar.*" Sus gallinas, por el contrario, eran todas calcutas y malayas, pisadas por gallos ingleses, resultando una pollada *yankee* destinada á sembrar el exterminio en todos los gallineros latinos habidos y por haber. Aseguraba también el general, puesto ya en el disparadero de la calumnia, que el amigo Cascante "era un matufiero en las peleas, pues *sabía* untar la cabeza de sus gallos con sesos secos de águila ó de carancho para que el gallo contrario se jorobara el pico en aquella pasta venenosa. Y como si ésto no fuera bastante, llevaba la trampa hasta ponerles pimienta debajo de lás alas para que el contrincante se quedara ciego en la pelea. "Pero no se piense—afirmaba el general—que á mí me va á fumar con esas matufias ¡qué esperanza! No me va á fumar, no; yo te lo garanto, ché, vieja; porque, ántes de entrar en pelea, le voy á obligar al amigo Cascante á que pase su lengua por la cresta de su gallo".

Doña Carlota lanzó una carcajada al ver la exaltación con que su esposo decía aquellas cosas.

—¿Y qué se crée el amigo Cascante, ¡oh!?... ¿A mí? ¡Con la piolita! Le ha de lamer no más toda la cresta á su *Gaucho Pobre* ántes de entrar en pelea; y si no quiere hacerlo, pues no hay pelea, no señor, no hay pelea. Cada gallo á su jaula, y tan amigazos como antes; porque yo no voy á mandar al muere al *Compadrito*, ¡qué esperanza! ¡Pues amigo! ¿Sabe que estaría lindo!

El general Concorra, al paso que se expresaba de este modo, daba vueltas al hermoso gorro, examinando las escenas en él dibujadas, comentando en cada una el por qué de la derrota ó el triunfo de cada gallo. "¿Ves, Carlota? *(apuntando con el índice una escena.)* Este ráculo ha perdido la pelea porque tiene el botón (púa) movedizo, mientras que su contrario tiene ya botón afirmado. *(Otra vuelta al gorro:)* Aquí tenés otra riña desigual: el vencido es pollo-jaca, y el vencedor media jaca, y casi casi, jaca. ¡Está claro! ¡cómo no! Le tenía que hacer entregar el rosquete. *(Más vueltas al gorro:)* Fijáte en estos otros dos; el malayo lo ha vencido al chuña, porque el chuña . . . fijáte no más . . . tiene botón redomado, mientras que al otro ya le han salido puntas bravas. ¡Qué jueces serán los que permiten estas peleas tan desiguales! *(Estrujando el gorro:)* Pero ¿cómo consentirán que un chuña con botón redomado, pelée con un charata de puntas bravas? ¿Ni cómo le ha de poder hacer frente un calcuta, botón jaca, á un malayo media jaca? Pues ¿y un catalán de botón movedizo á un batarás de botón afirmado? ¿Y qué me decís, ché, vieja, de un inglés, botón redomado, contra . . .

—¡Ay, Concorra, que ya no sé lo que decís! —exclamó doña Carlota, sin poder contener sus accesos de risa.—Se me ha olvidado, ché, viejo, el orden en que les van saliendo las púas á los gallos.

—¡Pero, mija! si te lo he dicho infinidad de veces. Atendé: 1° yema; 2° botón movedizo; 3° botón afirmado; 4° puntas bravas; 5° pollo-jaca; 6° media jaca, y 7° jaca, que son ya los puones más grandes, puñaleros como el diablo.

Hecha esta clasificación de las terribles armas con que los soberbios gallos defienden sus amores y su desmedido orgullo heróico, don Roque dió el gorro á su esposa para que lo guardara "Metélo no más en la caja de la galera para que no se estropée.„

—¿Y por qué no te lo querés poner?—preguntó doña Carlota.

—Porque si me lo pongo, voy á parecer un viejo.

—¡Oh... ¿Y qué sos más que un viejo?—dijo ella, riéndose de aquel prurito de parecer joven.

—Entodavía... ¿eh? Me parece que entodavía, ché, vieja, no somos tan viejos....

—Salí, cascote, salí—repuso ella, acompañando á sus palabras una risa fresca que aún recordaba el lozano verdor de los primeros abriles de convivencia con aquel excelente varón.

Insistió doña Carlota en que, por lo menos aquel día, debía ponerse el gorro para que vieran las muchachas en cuánta estima tenía su regalo, á lo cual accedió el general, encasquetándoselo desde aquel instante.

Luego dijo á su esposa:

—Mirá, ché, vieja: se me ha ocurrido que podíamos hacer venir á las muchachas para que nos hagan compañía esta tarde. ¿Querés que les mande el coche para que vengan?

—Mandáselo si es tu gusto. Están invitadas para la noche; pero no importa; pueden venir ahora mismo. Las invitaremos á comer.

—¡Lindo no más! Que prepare algo la cocinera, y el resto, fiambres y pastelitos, los hacemos traer de la confitería del Gas. De todos modos, ché, vieja, peso más, peso me-

nos... ¿eh? Un día es un día ¡qué diablo!, y la cuestión es vivir alegres en compañía de las personas que nos tienen buena ley. Voy á decírle al cochero que... Ah! ¿te parece que vaya también á buscar á Inesita? *(Frotándose las manos con regocijo:)* Sí, sí, que vaya ¿eh?, que vaya para ver lo que nos cuenta del amigo Randrán y de sus trotes en los ejercicios militares. ¡Pobre Inesita! Es muy buena, y también el coronel ¡cómo no! Buen muchacho, un poco alborotado de cascos; pero bueno, muy bueno, y valiente, sí, sí, muy guapo el hombre. Si está en casa, que venga también, y si no, vendrá á la noche, porque yo le invité los otros días, y me prometió que no había de faltar. "Estaré allá, mi general.„ Vos sabés cómo es Randrán; le parece que está siempre en el campamento. También me prometió venir el amigo Cascante. Voy, voy á decirle al cochero que vaya á buscar, primero á Laura y sus muchachas: después puede ir á lo del coronel, á traer á Inesita, y luégo, de pasada no más, que se traiga á la niña del galleguito Foronda. ¡Animáte, mi vieja, que hoy es mi santo. Sesenta años, ché, vieja. Hoy hace cuarenta años éramos recién casados. ¿Te acordás? Entónces sí que... ¿eh, vieja?...

— Salí, loco, salí... viejo, cascote, safado. Andá á avisarle al cochero.

Y al decirle ésto, palpitábale también á ella, bajo las impresiones del presente y en visión serena, el recuerdo de aquellos días lejanos, tejidos de zozobras por la suerte de su teniente en la guerra, y de alegrías inmensas al poder abrazarle, salvo y sano, y solo á ella rendido. Contemplando ahora sin tristeza los años pasa-

dos, sentía la inmensa hondura del largo período de convivencia con aquel hombre tan bueno, que siempre la halló hermosa y dulce, que la hizo feliz en todas las edades; y sintiéndose más que nunca á él fundida en alma y cuerpo, exaltábasele èl amor, un amor acrecido en cuarenta años de fusión en lecho pacífico; exaltábasele para seguir queriéndole hasta más allá de la eternidad, en la tierra ahora, en el cielo luego, y después del cielo si se acabara el cielo; "por siempre, ahora y en la hora y después de la hora de nuestra muerte„ — se decía en lo íntimo de su conciencia religiosa. "Salí, locò, salí.„ Y al decírselo teñíasele el alma de las dulzuras de su juventud, y se le reverdecían sus días de recién casada al evocar aquellas mismas palabras "salí, loco, salí„ con que recibía las caricias de su teniente, pletórico de vida y espiritualizado á la vez, salvo y sano, y solo á ella rendido...

Con algarabía de mil demonios y un diablito rubio simbolizado en Emilia, llegaron las convidadas, escepto Raquel, que se excusó de concurrir á tales horas, si bien prometió que iría por la noche. La viborita, emblema de la finchazón femenina, calculaba todas las situaciones que tendiesen á darse tono y aires de importancia, anhelando monopolizar la atención en tertulias y saraos, para lo cual asistía siempre la última, en el apogeo de la fiesta, en aquel preciso momento que su presentación fuese más visible Llevada de este vanidoso propósito, prefirió ir por la noche á casa del general. Cuando todos los muchachos estuvieran allí ¡qué golpe!; penetraría ella en el

salón con pasito y coqueterías de tero real, el moñito muy tieso, haciendo crugir levemente las sedas de su atavío; arrojando mareantes esencias á sus adoradores, saludándoles con el piquito no más de los lábios, sin descomponer la boquirrita, y convertidos los ojos en un par de floretes de dulce punta para taladrar amorosamente el esquivo corazón de Langredito. Para el doctor Sanajas tendría una de esas miradas que tumban, reflejando en su ágrio ceño el desdén, el desprecio entonanado y envuelto en una cultura frígida.

A brincos de rebezo y con alegrías de pájaro, subió Emilia las escaleras de la casa del general. En los primeros peldaños siguióla con igual alborozo y agilidad doña Inesita; pero se cansó pronto, pues aunque la siguiera en el ánimo y en la idealidad nerviosa (que también los nervios suelen tener idealismo de ágil vigor) no era fácil para unas piernas, metidas ya en los treinta y cinco años, seguir á las de aquella hermosa corza. Teresita Foronda, con ser más fuerte y mejor constituída, tampoco pudo seguirla. Valentina ni siquiera lo intentó, yendo muy formal al lado de misia Laura, ayudándola generosamente á subir la escalera, ofreciéndola su hombro para que se apoyara. Una vez arriba, Emilia voló por el pasillo como una golondrina demente, y, llegando hasta D. Roque, echóle sus alas al cuello, que no otra cosa eran aquellos brazos envueltos en ahuecados encajes y blondas.

“¡Muchacha! ¡loquita!„—exclamó el general, riéndose entre los brazos de su joven amiga.

—¿Cómo le va, general? ¿cómo le va, viejito, querido viejito, cómo le va? Que los

cumpla muy felices; que viva muchos años, mil años, un millón de años ¡muchos, muchos millones de años! ¿Y doña Carlota? ¿Y los gayos? ¿Y el gorro: ¿le gusta? Díga: ¿le gusta? Dígamelo como si no le hubiéramos hecho Valentina y yo; ¿le gusta el gorro?

Decía todo ésto precipitadamente, con una alegría sin límites, con un alborozo mareante. El general estaba embobado, conmovido con aquellas manifestaciones de cariño inocente y puro.

— Ya sos una señorita—dijo el guerrero, — y no sé si me permitirás que te dé un beso.

— Sí señor ¡cómo no!

Y, para que la besara, puso el carrillo, fresco y rosado como una cereza temprana. Ella le besó en la frente con gran estrépito y le pasó sus manitas por la cara, como se hace con los santos adorables. En seguida descolgóse de su amigo, y dando aceleradas vueltas de vals en el trayecto, se dirigió donde estaba doña Carlota.

— ¡Muchacha! ¡Emilita!—exclamó la buena señora, viéndola venir en el aire.

Y no acababa de decirlo cuando ya estaba en sus faldas y sentía las expansiones cariñosas de un fuerte abrazo acompañado de mil besos.

— Estás lo más linda, muchacha, — dijo la esposa del general, besándola repetidas veces. — *¿Ha visto? ¡Qué cosa! ¿no?*

Doña Carlota se echó á reir por aquel remedo á la señora del doctor Pisapatrias.

— Pero ¡hijita! ¡que sos traviesa!

— No nos oye — repuso Emilia, soltando una risa que era como el choque de muchas esquilas de plata.

— ¿Y tu mamá? ¿y Valentina? ¿y Raquel?

— Ahí suben, menos Raquel que vendrá á la noche. También viene doña Inesita. ¡Usted viera cómo ha corrido para subir antes que yo! Pero se ha embromado ¡se ha embromado! —repetía, dando golpes con el puñito derecho sobre la palma de la mano izquierda. —Quería subir antes que yo para felicitar la primera al general... á ver si así, ¿sabe? le da un gradito más al coronel Randrán cuando D. Roque sea Ministro.

— ¡Emilia! Pero ¡qué cosas se te ocurren!

— Sí, sí, por eso no más quería subir la primera. Bueno... y porque le quiere también al general... ¿le gustó el gorro?... y á usted también la quiere mucho; porque es lo más buena doña Inesita ¡cómo no! lo más buena. Pero, ella, está claro, ya se ve, quiere que su esposo pase de coronel. Y tiene que pasar no más, porque ya hace mucho tiempo que es coronel. Verá, verá cómo yo le hablo al general... ¿le gustó el gorro?... para que le aumente el grado. Y se lo tiene que aumentar no más ¡cómo no! Porque el coronel... usted viera... es muy valiente, y además ¿no sabe? se ha hecho lo más cívico, y ha prometido á los muchachos pelear con ellos hasta que triunfe la Unión Cívica. Y ¿qué se crée?; si no triunfa, les ha dicho que á morir, á morir todos. Vea si será valiente. Pero van á triunfar ¡cómo no! Ya lo verá usted cómo van á triunfar; porque los otros son lo más peleles. Por eso hay que aumentar el grado al coronel Randrán. Se lo tenemos que decir al general, y... ¿le gustó el gorro?... él no tiene más

remedio que aumentárselo. ¿Y á usted le gustó el gorro? Dígame: ¿le gustó?

— ¡Ay qué muchacha! Sí, mi hijita, me ha gustado mucho; es lo más lindo. Pero el general no está conforme con que hayan puesto muerto á nuestro gallo y vencedor al *Gaucho Pobre*.

— ¡Qué bueno! ¡qué bueno! ¡Los ha conocido! Vea, misia Carlota: Valentina ha tenido la culpa. Yo le decia: "Ché, Valentina: le tenemos que poner como más valiente al *Compadrito*, para que no se enoje el general.,, Pero ella no quiso, no quiso y no quiso. Yo queria ponerlos á los dos vivos y peleando; y ella, no señor, y no señor; el *Gaucho Pobre* ha de estar encima, y el *Compadrito* debajo no más, y muerto. Vea si será... Usted no sabe; es una cosa tremenda Valentina para defender á nuestros gallos. ¡Qué! no transige ¡qué esperanza! con que haya otros más valientes. Como yo no quería ponerle debajo al *Compadrito*, casi nos peleamos. Entónces, ántes de empezar á bordar la batalla, consultamos con tío Jorge, y él nos dijo: "Pónganlo no más debajo á ese *Concorrita* sotreta.,, Y no hubo otro remedio; lo tuvimos que poner no más debajo. Y fué Valentina y le bordó los ojos con seda negra, para que así pareciera que se los había saltado con su pico el *Gaucho Pobre*. Y luégo... vea, vea si será mala... le quebró una pata, le puso torcida la cresta, y en la puntita del pico le hizo con seda encarnada una gotita de sangre, como si fuera la última que echó cuando ya se moría el pobrecito. Diga, misia Carlota: ¿se enojó el general? ¿se enojó mucho? ¿No le ha gustado el gorro por eso?

— Sí, hijita, sí ¡cómo no!, le ha gustado muchísimo. Basta que vos lo hayás bordado para que le guste. ¿No sabés que te quiere mucho?

— Cierto. Es lo más bueno el general.

Y al decirlo abrazaba y besaba á doña Carlota, jineteando en sus faldas, como si las piernas de la bondadosa señora fueran la mejor cabalgadura de aquel alegre y hermoso duende.

Así estaban cuando llegaron misia Laura, doña Inesita, Teresita Foronda y la Maldonada. Hubo saludos efusivos, felicitaciones al general, votos de felicidad y grandes elogios á la robustez, gallardía y buena salud del ilustre guerrero. "Está lo más buen mozo.„ — dijo doña Inesita, sin pizca de adulación.

— Gracias, Inesita — repuso don Roque con sonrisa de incrédulo.

— La verdad. Cuantos mozos... ¡Ave María! ¡ya lo creo! ¡cuántos desearían estar como usted.

— ¡Cómo no! Los tísicos, por ejemplo.

— ¡No me diga!

— Y el coronel ¿está bueno?

— Muy bueno, gracias. Acordándose siempre de usted. "¿Qué pensará el general de la revolución? ¿Qué dirá de la marcha de la Unión Cívica? ¿Cómo opinará sobre el viaje del general Mitre?„ Y así todos los días. Ayer anduvo lo más apurado, pensando en el regalo que le haría, hasta que, por fin, dijo: "un sable, lo mejor es un sable de caballería.„ Deseaba que fuera moderno, de esos que llevan ahora los generales de... creo que dijo de Prusia, ó de no sé donde. No, no, fué de Rusia, ahora que me acuerdo. Pues allá se fué, á la dispa-

rada no más, á lo de Bossio, y les hizo revolver todos los sables hasta encontrar el ruso. Cuando yo le ví... ¡Ave María!... ¡tan largo y tan corvo!... Yo no sé — dije para mí — cómo se las va á componer el general para llevar todo ese armatoste colgado á la cintura. En fin, con tal de que le guste...

— Me gusta muchísimo. Es un arma excelente — dijo el general, encareciendo su valor con expresivos gestos. Y en seguida preguntó, nada más que por el gusto de oir charlar á doña Inesita: " ¿Estará muy ocupado el coronel con los ejercicios?,,

— ¡Ay, D. Roque! no me hable. Usted viera... Todos los días tenemos que almorzar volando, volando. ¡Qué cosa, Señor! El pobre se me está quedandó lo mas flaco. Pero ¿y cómo no? Siempre al trote ¡siempre al trote! Los otros días... usted viera, general... entre el asistente y yo, él de una pierna y yo de otra, le tuvimos que dar unas friegas; porque... ¡le hubieran visto ustedes!... se le habían puesto como garrote, acalambradas, acalambradas, lo más acalambradas. "Renunciá, ché, Epaminondas; pedí no más la baja,, — le sé yo decir; pero él ¡qué esperanza! ni caso. Le tiene una afición loca á la carrera, y eso que el Gobierno se ha portado lo más mal con él, porque á estas horas ¡qué tiempo que debía ser ya general! Está claro: como él no sabe andar adulando al Ministro... ¡Ay, Jesús! qué le hemos de hacer. Cada cual tiene su carácter, y no hay que hacerle. ¿Cierto, general? Usted, que le tiene bien conocido á Randrán, sabe que es lo más sonso para agenciárselas en el Ministerio.

— No haga usted caso, Inesita — dijo don

Roque. — El mérito, á la corta ó á la larga, se impone sobre todas las adulaciones. Es como el sol, que nadie puede calotearle el brillo.

Luégo dirigióse el general á Teresita Foronda y le dió las gracias por su regalo, ensalzando también, de paso, el libro de Simón, compendio maravilloso de todos los lances bucólico-diplomáticos, desde los albores de la caballeresca galantería internacional greco-romana, hasta el último protocolo de las cancillerías hondureña, nicaragüense y andorrana. Aquello era un portento de la bibliomanía ratonil.

"Y usted, picarita, ¿qué me cuenta? — dijo el general, dirigiéndose á Valentina de Olorón — ¿Con qué el *Gaucho Pobre* ¿eh? le ha vencido al *Compadrito?*

— Es un gallo lo más flojo su *Compadrito* — repuso Valentina riéndose. — La vez pasada, cuando lo ví, estaba flaquito, flaquito y lo más tristòn. Parecía que se iba á morir tísico.

— Es que andaba enamorado como un diablo, y tenía unos celos locos porque el *Despilfarrao* se había hecho el Juan Moreira de todas las Vicentas del gallinero. Pero desde un día que se le fué al humo al gaucho bravo y lo venció en una pelea tremenda, empezó á engordar como guachito de tambo y á ponerse lo más corajudo. Si vos le ves ahora, mi hijita, no le conocés. Cuando canta, paseando sus ojos por todo el gallinero, parece que les quiere decir á los otros gallos: "A mí nadie me pisa el poncho.„

Las señoras y las muchachas rompieron á reir de muy buena gana.

— ¡ Amigo! — exclamó el general, riéndose también. — Apartando el alma ¿qué se han

creído? los gallos son en su gallinero igualito no más que los caballeros en las tertulias. Unos y otros hacen lo que pueden por ser los más interesantes con el bello sexo.

Entre todas las risas, sobresalieron las de Teresita y Emilia, producidas, no tanto por las sencillas palabras del general, como por las ideas picarescas que las dos muchachas empezaron á barajar bajo el delicioso promontorio de sus peinados, donde todo retozo y toda alegría hallaban albergue.

—¿Querés venir á ver al *Compadrito?*—preguntó don Roque á la Maldonada.

—También nosotras vamos—dijeron á un tiempo Emilia y Teresita.

—¡Ay, Jesús, qué hombre!—suspiró doña Carlota cuando ya el general y las muchachas habían salido.—Tiene la neurosis de los gallos.

—¿La neurosis?—preguntó con extrañeza doña Inesita.—Diga usted la locura.

—Es lo mismo, ché, Inesita; neurosis y locura, por allá se andan.

—Pues el general no es nada en comparación de Jorge—manifestó doña Laura.—No se pueden ustedes dar una idea de cómo nos trae con sus gallos. Es una cosa tremenda, ché, Inesita. Usted viera, misia Carlota. ¡Qué! Si les digo que no se le puede aguantar. No pasa día sin que se le ocurra un nuevo entrevero de castas. Todo el día está metido en el gallinero: á ver si ha puesto tal gallina, á ver si está clueca la otra... ¡Ay, Jesús, qué locura! Les voy á contar lo que hizo los otros días, ahora que no están las muchachas. Usted las hubiera visto, misia Carlota, cómo se rieron las pícaras con la ocurrencia de su tío. ¡Qué cosa, Señor! Escu-

chen, escuchen: compró mi señor esposo un pájaro del Paraguay que no sé cómo diablos se llama. Se le había metido en la cabeza una nueva cruza, y ¿saben lo que hizo? Pues fué y sacó una jaula del gallinero á mitad del patio y metió en ella al pájaro con una pollita inglesa. Y luégo ¡qué les cuento! toda la santa tarde se estuvo mirando por detrás de los vidrios de su cuarto y llevándoselo el diablo porque ¡hágame ustedes el favor! porque la pollita no quería saber nada con el pájaro del Paraguay, que era lo más feo. Lo que las muchachas veían tan enojado á su tío, eran unas risas... ¡Qué cosa, Señor! Me alborotaron toda la casa.

—¿Y el *Gaucho Pobre*, ché, Laurita?—preguntó riéndose doña Carlota.

—¡Ay, misia Carlota, no me hable, por Dios! Vos, Inesita, ¿no sabés quién es el *Gaucho Pobre*? Pues es un pollo... yá va para gallo... y ocupa en nuestra casa el lugar de una persona, ni más ni menos que si fuera un miembro de la familia, porque vive, come, duerme y hace todo cuanto se le dá la gana en el mismo cuarto de Jorge. ¡Vamos, si hay cosas!... Figuráte vos que para que el señor gallo se pose bien á sus anchas, le ha comprado Jorge los otros días en un remate el banquillo de un piano viejo; y allí, sobre *peluch*... vos le vieras... lo más orondo está su excelencia el señor *Gaucho Pobre*.

—No digás, ché, Laura. Al diablo se le ocurre...—manifestó doña Ines Gorbea de Randrán.

—Pues eso no es nada, hijita—prosiguió doña Laura.—Vos vieras qué cosas hace Jorge con él. La vida es para el pobre animalito una serie de herejías y meticulosas atenciones. Ha pues-

to mi señor esposo en medio de su cuarto un catre pelado, sin colchones, ni ropas, ni nada; un catre peladito no más; y todas las mañanas, en cuanto se levanta, empieza para el *Gaucho Pobre* una terrible sesión de gimnasia, revolidos, espolazos y una serie innumerable de saltos del suelo al catre y del catre al suelo, á fin de que adquiera fuerzas y agilidad para la pelea. Después de esta baqueteada, le dá de comer, ó le *granea*, como dice Jorge. Un verdadero banquete, ché, Inesita. Le dá trigo de Chile, hojitas de lechuga fresca entreveradas con un pastito lo más tierno, y, además, granos machacados de un maíz que se llama *pisingallo*. Y no te pensés que se lo pone en el suelo ¡qué esperanza! sino encima de una frazada de la cama de Filomena, para que no se le gaste el pico.

—¡Hijita! qué engorro tendrán ustedes con el señor *Gaucho Pobre*—dijo la esposa del coronel Randrán.

—Un engorro tremendo. Vieras, hijita, cuando á Jorge se le mete en la cabeza que el gallo se pone triste.

—Está claro; imagináte vos; metido allá en el cuarto, sin ver gallinas ni nada, el pobrecito tiene que estar lo más tristón—dijo doña Inés.

—¿Te pensás vos, Inesita, que Cascante duerme ni come cuando el *Gaucho Pobre* está triste? ¡Qué esperanza! Ni come, ni duerme, ni descansa. Todo el día se lo pasa haciéndole remedios. ¡Y qué remedios, hijita! Dice que la tristura proviene de las malas digestiones; y para que se le componga el estómago le hace dar unas carreras tremendas por todo el cuarto, hasta que el pobrecito, lo más sofocado, se acurruca

en un rincón y se queda igualito que las gallinas cuando van á poner. Está lo más empeñado mi señor esposo en que su *Gaucho Pobre* va á concluir con todos los *Concorritas* del general.

—¡Ave María!—exclamó doña Carlota.—Andá vos á decirle eso á Concorra.

— Muy flojos han de ser — añadió doña Laura — para que no den buena cuenta del *Gaucho Pobre;* porque... usted viera, misia Carlota; está en los puros huesos, con unas plumas ralas, de color de ceniza, como una lechuza, muy zancudo, pero sin tener casi fuerzas ni tan siquiera para tenerse. ¡Qué! si les digo á ustedes que nos trae como locas. Y si el gallo fuera lindo, vaya, menos mal; pero es lo más feo, y como si no lo fuera bastante, le tiene Jorge hecho un carnaval. Figúrense que le ha puesto unos calzones de franela verde, y en el pico una piquera, que es una vainita de cuero encarnado; la piquera para que no se despique, y los calzones para que no se le airen las patas; y allá, en el banquillo del piano, se pasa el pobrecito las horas muertas, horrorizado de sí mismo y yo creo que realmente triste y acobardado de puro feo que se ve. Lo único lindo que tenía era la cresta; pero ya se le va poniendo lo más ladeada, y de roja que era, se le ha vuelto de color morado. Pero ¿cómo no? con tanto luchar contra los palos del catre, está claro, se le ha agolpado allí toda la poquita sangre que tiene en el cuerpo.

En aquel momento regresaban del gallinero don Roque y las tres muchachas. Traía Valentina de Olorón la cara radiante de alegría, iluminados de júbilo sus hermosos ojos bovinos. Sin duda la conversación entre ella y el gene-

ral, en un momento que se quedaron sólos, versó sobre muy distinto tema que el de los gallos. Pero ¡qué bien supo disimular la hermosa morocha el verdadero motivo de su alegría! Porque, apenas entró en la sala, habló precisamente de gallos, afirmando que el *Compadrito* sería vencido por el *Gaucho Pobre*. "Sí, ché, Emilia, lo va á vencer ¡cómo no!,, — decía con un alborozo inusitado que á doña Laura le llamó la atención, dado el carácter reservado y tristón que siempre había observado en la Maldonada.

Después se generalizó la conversación sobre diversos tópicos. Doña Laura habló de la próxima mudanza de casa. Querían refaccionar la de la Avenida de Alvear y, mientras tanto, pensaban trasladarse á otra de su propiedad, situada en la calle Talcahüano y muy cerca de la plaza Libertad. También habló del próximo viaje de D. Jorge á la Gama y al Azul, donde tenía que arreglar no sabía qué negocios con D. Román Basurto, un potentado estanciero de la provincia de Buenos Aires. Después de este viaje harían la mudanza, y una vez que estuviera terminada, D. Jorge iría á *General Godofredo Cascante* para asistir á la hierra de los novillos. Pensaban acompañarle Valentina y Emilia; Raquel no quería ir, porque no le gustaba el campo, ni nada que oliera á gauchaje. En cambio, las otras dos muchachas estaban "lo más entusiasmadas con la expedición.,,

— ¡Cómo no! — dijo Emilia. — El campo es lo más lindo... lleno de corderos y pajaritos y mariposas y grillos... con tanto sol y tanto aire, y por la noche tantas estrellas en el cielo. Es un concierto mejor que los de la Opera. ¿Y los gauchitos? ¡Pobres gauchitos!... con

aquellos ojos tan grandes y tan tristones, que parecen un perpétuo anochecer. A mí me gusta mucho el campo.

—Y á mí también—agregó Valentina de Olorón.

—Está claro: á la gauchita tiene que gustarle el campo—dijo doña Laura con aquel tono de amabilidad sonriente, hiel envuelta en almibar, que ya le conocemos.

Con el precipitado picoteo que distinguía á su conversación, dijo doña Inesita infinidad de cosas sobre la azarosa vida de su esposo, poniendo por las nubes las virtudes que le adornaban, con lo cual daba pruebas sin quererlo de ser una esposa amantísima, no temiendo el ridículo que siempre lleva consigo el hacer en una tertulia cierta clase de apologías. Nunca se mira bien que uno mismo ensalce lo suyo, aunque lo suyo ensalzado por una mujer sea su esposo.

La generala, por el contrario, dijo humorísticas pestes de D. Roque, delante de él, forma más discreta del elogio y del amor conyugal.

Charlaron muchísimo durante la consumición de pastelitos y otras dulzainas, que son como la poesía del cuajo de nuestras porteñas, en todo poéticas. La conversación recayó, principalmente, sobre el *Compadrito* y el *Gaucho Pobre*; el general puso el coraje de su gallo á la altura de un heroismo estupendo, digno de ser cantado por Homero, asegurando, por fin, que su pensionista "mandaba truco.,, Valentina y Emilia llevábanle la contraria, haciendo la apología de la fuerte agilidad del *Gaucho Pobre*, de su afilado pico, capaz de abrir rumbo en las planchas de un buque acorazado, de sus púas,

calzadas por D. Jorge con espolines de acero, de su hermosa gallardía, de su canto "lo más compadre,,; y, por último, terminaron apostrofando al gẽneral, llamándole calumniador por aquellas "matufias,, que suponía en D. Jorge al lanzar sus gallos á la pelea con pimienta bajo las alas y aquellos untos sobre la cresta para hacerle invulnerable.

Ya entrada la noche pasaron á la sala, donde, obedeciendo á las prescripciones de la etiqueta, esperarían á las demás visitas menos familiares. La servidumbre colocó al instante la mesa en el definido carácter de ambigú para obsequiar á los cívicos.

XIV

LANCEROS Y LANCES

Miquelena, Eizaguirre y Langredito llegaron juntos. Tras del ilustre terceto cívico aparecieron las señoritas de Petrucheli de la Catina hechas un brazo de mar en baja marea, que es el momento anémico del océano; envueltos sus cuerpecitos linfáticos en un promontorio de telas que, bien estiradas, podrían servir para enfajar á Nabucodonosor después de su ingreso á la raza bovina; los rostros ambarados, consumidos por los menjurjes de la farmacopea elegante, lacios y tan largos, que parecían vistos á través de un vidrio nemísco, en uno de esos efectos fenomenales de agrandamiento óptico.

Llegaron en seguida el doctor Sonajas y el excelso Tinadillos. Con una sonrisa de hielo en su rostro cetrino, Forcadell saludó á todos los

concurrentes, dándoles, uno por uno, su mano de orangutan. Al llegar á Langredo se esforzó por ser más cumplido, dilatando la sonrisa en sus labios costrosos, hasta dejar bien descubierta aquella hilera de dientes paletudos. Abelardo Tinadillos, con su rostro *espanópogon*, estaba hecho un tilde de pies á cabeza, almidonado, lustroso, con onditas sobre aquella frente tersa, fachada hermosa de un palacio vacío; los ojitos llenos de presuntuosas vivacidades, parlanchín y galante, hecho un mimbre. Cuando se acercó á saludar á Emilia, la mano estirada, el cuerpo arqueado y torcida un poquitín la cabeza, la muchacha recibió una tufarada de esencias, puro heliotropio. Le fué más antipático que nunca, porque realmente el poeta olía á ninfa, y á las mujeres les gusta que los hombres huelan á hombres. Emilia contestó al saludo con un mohín desdeñoso aunque risueño.

No faltaban de los amigos de la casa más que D Jorge y Raquel. Las muchachas y los cívicos conversaban en grupos, poniendo en juego el lenguaje sutil de las galanterías. Doña Laura espiaba las preferencias de Langredo, el cual solo se acercó á Valentina para saludarla con frialdad que parecía evidente por lo bien simulada. La huérfana, por su parte, daba palique á Tinadillos para librar á su amiga de aquella carga de melaza amorosa, y dar lugar, en tanto, á que Eizaguirre se acercara, cosa que Emilia no hubiera visto con malos ojos; pero el *Vasco* no se atrevía. El verdadero amor siempre es discreto. Comprendió Langredo el deseo de la Maldonada al entretener á Tinadillos; advirtió también las miradas furtivas

de Emilia hacia Damián Eizaguirre, las timideces de éste, los deseos de ambos, y yendo á sentarse junto á la muchacha, provocó con ella una alegre disputa sobre si los ojos azules eran más ó menos sinceros que los negros. No pudiendo llegar á un acuerdo, Langredo llamó á su amigo para que emitiera su juicio, diciéndole en cuanto se hubo acercado:

“¿Qué te parece, ché, Damian, el proyecto de esta señorita.„

— Vamos á ver ese proyecto — dijo Eizaguirre riéndose — Desde ahora aseguro que tiene mi aprobación.

— Pues dice que entre los buenos amigos debíamos de fundar una sociedad de socorros mútuos para defendernos en los lances de amor.

— ¡Ay, qué mentiroso! Vean si será!... — exclamó la muchacha poniéndose colorada.

— En honor á la fundadora de la empresa — manifestó Damián, — pongo en ella todo el capital de mi alma.

— ¿En la empresa ó en la fundadora? — preguntó Langredo con malicia.

— En la fundadora — dijo un poco confuso el simpático *Vasco.*

— No le haga usted caso, Damián — repuso Emilia hecha una amapola. — Es un embustero. No hablábamos de tal cosa, sino de...

— Protesto — dijo Langredo interrumpiéndola; — protesto con todos los respetos debidos á los ojos más lindos que existen en el mundo, y...

— ¿Discurso tenemos? — preguntó ella con malicia. — Oiga, Damián, tiene usted un amigo lo más lisonjero. ¿Y mentiroso? ¡Ay, cómo miente!

—No crea, señorita. El amigo Langredo, tratándose de la belleza de usted y de sus buenas prendas, es el Decálogo humanado; parece que fueran sus labios las dos tablas de Moises *largando* los Mandamientos.

A Langredo y Emilia les hizo mucha gracia aquella "largada" de puro corte criollo que le salió á Eizaguirre en medio de un período casi tan clásico como los compuestos por el P. Rivadeneira.

—Sí, sí, defiéndale usted.

—Le hago justicia, señorita, porque...

—Con permiso de ustedes—le interrumpió Langredo,—yo me retiro; no puedo escuchar la defensa de mis virtudes; una defensa que seguramente ha de ser muy parcial por la índole cariñosa de mi ilustre apologista.

—Gracias, ché, hermano—dijo el *Vasco* con semblante risueño.

—¿Gracias porque me retiro?—preguntó Langredo, alejándose.

—No, compañero! Gracias por lo de *ilustre apologista.* Me alegro de que te vayas, porque así podré declararme... partidario de tu causa ante esta señorita.

Emilia se echó á reir, envolviendo á Eizaguirre en una mirada... ¡ay, qué mirada! Langredo se fué riendo también por aquel oportuno "declararme... partidario, etc." en cuya picaresca dicción resplandecían las agudezas del lenguaje criollo.

Dirigíase el popular caudillo de la juventud cívica al corrillo compuesto por Miquelena y las señoritas de Petrucheli de la Catina, cuando le salió al paso doña Inesita, preguntándole: "¿No ha venido el hombre que toca?"

Así llamaba la esposa del coronel Randrán al pianista. Deseosa de que los muchachos y las niñas se divertieran un rato bailando, no cesaba de preguntar por "el hombre que toca.„ A misia Carlota la tenía molida con la pregunta.

— Tené paciencia, mujer, que ahorita no más ha de venir.

Apareció, al fin, el pobre músico, un italiano recién venido, rubicundo, melenudo, de cara escuálida y dedos muy afilados en el nácar de las teclas. Había en su figura algo del aire ascético de los grandes penitentes.

Eizaguirre le conocía mucho y, llevado de sus generosos impulsos, le había prestado no pocos servicios de diversa índole, á los cuales estaba el émulo de Rubinstein sumamente agradecido. Este reconocimiento se lo manifestaba el italiano con las más blandas inflexiones de su dulce lengua, saludándole el primero en cuantos salones le veía. Juntos estaban cuando se acercó doña Inesita al *Vasco* para preguntarle: "¿No vino el hombre que toca?„

— Sí, ya lo tenemos acá.

— Ah! bueno, bueno. Ahora, á bailar, á bailar todos — dijo ella, yéndose enseguida hacia otros grupos de la sala para anunciarles la llegada del "hombre que toca.„

Desagradó al humilde artista aquella manera de señalarle, no pudiendo menos de decir á su protector y amigo:

— *Má!... don Damiano; io no soño il hombrrre que toca ¡per Dio santo! que io soño il pianista, il maestrrro di piano.*

— Sí, hombre, sí. Ya sabemos que sos un *egreggio profesore.* Andá, metéle duro no más al *Cielito*, el vals, ¿sabés?

—*E cómi no! ¿Li meto firuletes?*

—No, sin firuletes.

De todas las parejas demanda nuestra atención en estos instantes la compuesta por el *Vasco* y Emilia. La cúspide de su moñito rubio le llegaba á él poco más arriba del hueco del pecho; de modo que para mirarle tenía que levantar su cabecita dorada y dar á sus risoteros ojos una voltereta hacia arriba, mostrándole las alegrías del espíritu que por ellos le salían. Él la miraba de plano; embelesado al posar sus ojos en aquella manzana de Abril. Algunas veces ¡qué pícara! se hacía la pesona para tener el gusto de ser levantada en vilo por aquellos brazos potentes y vigorosos. ¡Qué gusto, qué gusto sentirse aprisionada y mecida por un hombre tan hombre, tan hermoso y tan noble!

Al terminar el vals, y en el momento de esa crisis parlera que sigue á la última vuelta, apareció Raquel elegantísima, produciendo su presencia el efecto deseado, pues todos los concurrentes se pusieron en movimiento para rendirla el homenaje de sus galanterías.

Entró con pasito menudo, combinando mil monerías y gestos de seducción. Su desmedrada figura parecía una mariposa flotante en un océano de encajes, blondas, puntillas y flecos. Cuando se acercó Langredo á saludarla, dióle ella la puntita no más de sus dedos escuálidos y... "¿cómo está, doctor„—le preguntó casi á boca cerrada, sin apenas mover el lindo morrín y haciendo mohines deliciosos con todo el rostro. Luégo, volviéndose á las muchachas, "¿qué risas son esas?„—les preguntó con el tono benevolente de una madre superiora. Por

fin, sentóse en la silla que á su lado le ofreciera Langredo, y mientras se daba unos toquecitos en los rulos de las sienes y se arreglaba en el asiento las faldas, haciendo mil coqueterías con brazos, piernas y rostro, le volvió á preguntar muy risueña y con el precipitado píar de un atolondrado pajarito; "¿Y cómo le va, doctor?,,

Una mirada de basilisco atravesó la tibia atmósfera del salón, yendo á caer sobre la pareja compuesta por el caudillo de la juventud cívica y Raquel Cascante. Fué como un relámpago de la tormenta desatada en el pecho del doctor Sonajas. Al entrar, la *Michina* le había demostrado su desdén, su antipatía, de un modo muy culto, eso sí, pero con todos los efectos frígidos que ella sabía poner en sus palabras y gestos cada vez que las circunstancias la colocaban frente á su odiado amador. Aquel muñeco sabía domar á las fieras del amor humano tan bien como una heroina de circo á las reses más bravas de una exposición zoológica. Sus ojos eran su tralla de domadora.

Apenas comenzaron á teclear un aire de lanceros los dedos del "hombre que toca,, todos los cívicos se pusieron en movimiento para buscar la compañera de su agrado. Por listo que anduvo Tinadillos, el *Vasco* le ganó el tirón, llevándose otra vez á la *macabisa* de los ojitos azules y del moñito dorado. Sonajas esperó á que se organizaran las parejas y ver si podía invitar á Raquel; pero ésta aceptó el brazo de Langredo, y entónces el ogro, no queriendo aparecer compungido y tristón, á lo cual se resistía su indomable orgullo, buscó compañera en Valentina de Olorón, única que había quedado libre, porque todos aquellos ilustres jóve-

nes iban buscando allí algo que no oliera á orfandad y pobreza bien vestida.

El componer los cuadros de la danza lancera fué cosa que dió bastante trabajo y produjo no poca bulla femenil. Las muchachas se llamaban con gran alborozo unas á otras, y también los cívicos más amigos se reclamaban entre sí; Tinadillos, llevando consigo á una de las Petruchelis, hueca y esponjosa como un panal, quiso colocarse con Eizaguirre y Emilia; pero el *Vasco* se lo volvió *á fumar*, llamando al otro representante de la *Aristocracia del Tarro.*

El poeta tuvo que ir en busca de la diplomacia, sintetizada en Simón F. Bolívar, que estaba con el otro panal de la estirpe de los Petruchelis de la Catina. Raquel llamó á la Maldonada, á la cual ya había ofrecido su brazo el doctor Sonajas La huérfana experimentó una mezcla de gozo y temor; de gozo porque iba á estar con Langredo, haciendo con él algunos pasos de baile; de temor porque sabía que Raquel ejecutaría pruebas peligrosas con los dos cívicos. Las dulzuras dedicadas á Langredo daríanle á ella muy mal rato y la harían padecer bajo el imperio de los celos, unos celos con raíces indígenas, vehementes, avasalladores, producto puro de la Naturaleza rebelada contra la lima social. Al presenciar aquellos halagos sufría horrorosamente; sus ojos perdían aquella serenidad apacible para mostrarse fosforescentes de ira; dábanle conatos de vahídos, y bajo sus ricitos de azabache le invadía las sienes un leve sudor, vaho de fiebre, muy parecido al que producen los angustiosos trances de la agonía.

Los saludos y reverencias de Raquel á Lan-

gredo eran un modelo de gracia, de distinción amable y de seducción discreta. En su mirada ponía estrellas de fuego amoroso; en sus labios una sonrisa estimulante; al tomarle la mano para dar la vuelta, torcía la cabecita y metía sus ojos en los ojos de él para incrustarle el amor que ardía en su alma. Sebastián ponía en juego todos los ardides de la galantería para corresponder en igual forma apasionada. Doña Laura, que seguía con sumo interés la escena, sentíase muy satisfecha, mientras Valentina trinaba en silencio y á Sonajas se le alborotaba la bilis, se le cegaba la razón y le llevaban los diablos. Cuando le correspondían á él los saludos de la *Michina*, el rostro de ésta sufría una trasmutación completa. Adiós sonrisas, adiós graciosos mohines, adiós parla risotera de los ojos; se le cristalizaban en una mirada dura, seca, frígida; los músculos de su cara adquirían una seriedad precoz que hasta la ponía fea sin serlo; las reverencias eran breves, como quien saluda escapando; los ademanes bruscos; las palabras rápidas, desabridas, heladas. Daba un paso, y al encontrarse con la mano de Langredo en los giros de la cadena, deshacíase en su semblante la tensión del disgusto, de la antipatía, para mostrarse otra vez alegre, seductora, culebrina del amor.

Langredo veía el efecto lastimoso que estas comedias producían en su querida Maldonada, y al tomar su mano se la apretaba con fuerza para infundirle ánimo, porque él conocía muy bien á su *ángel pampero* y sabía que era muy capaz de dejarse arrebatar por los celos y sufrir un patatús en plena fiesta.

En tanto, deshacíase Sonajas por ablandar á su roca; pero ésta no se abatía sino á las falsas atenciones de Langredo, que ella recibía como moneda de buena ley. El ogro lanzaba miradas de histrión de tragedia sobre su rival, sintiendo que se le amontonaban las iras y los instintos de venganza entre las apabulladuras de su orgullo y los derrumbes de su amor. Por otra parte, Valentina estaba con él solemnísima, más austera que un filósofo misántropo, y con un empaque, que ya ya! No podía ponerle buena cara, porque sabía que era un calumniador que le andaba *sacando el cuero* á Langredito, que era como sacárselo á ella misma. Estaba fresco el amigo Sonajas entre aquellas dos deidades; la una porque le odiaba y la otra porque no le quería ¡macuco rato le dieron!

Terminado el baile, pasaron al ambigú. Allí estaban el general Concorra y don Jorge Cascante, discutiendo las condiciones en que habían de pelear el *Compadrito* y el *Gaucho Pobre*. "No, general, yo no hago matufias — decía D. Jorge. — Le garanto, compañero, que mi *Gaucho Pobre* le va á hacer sonar á su *Compadrito*. Del primer golpe de revuelo le hace revoliar las patas.

— Dígame, amigo Cascante — le preguntaba el general con gran misterio: — ¿cuándo llegan esos gallos de Londres?

—¿Qué gallos?

— Oh!... déjese de embromar. Ya sé que le ha pedido usted una carta de recomendación al doctor Wilde para el príncipe de Gales, á fin de que éste le envíe á usted un par de padrillos para su gallinero. ¿Se figura, amigo, que yo no le sigo los pasos? Vea, compañero: es

al cuhete que usted haga lo que haga. Sus gallos no se pueden poner frente á los míos, porque... convénzase, amigo... usted no los sabe criar como yo.

— ¡ Alabáte, cola ! — exclamó D. Jorge con no poca ironía. — ¿ Qué les da usted á comer? ¿ maiz pisingallo ? ¿ pella ?

— Pero ¡ amigo ! que había estado atrasado — dijo D. Roque, sin revelar su secreto de alimentación.

Al entrar los jóvenes y las señoritas en el comedor, los dos excelentes viejos se fueron al despacho del general. Una vez en él, dejaron de lado sus desavenencias en materia de gallos para ponerse de completo acuerdo en lo relativo al traspaso de los créditos que D. Roque tenia contra D. Román Basurto, arma que usaría D. Jorge para lograr que el estanciero de la Gama ejerciese su influencia patronil sobre Peralta, á fin de que el marrullero gaucho no se opusiera á la adopción de Valentina.

“ Aquí están los pagarés — dijo el general, alargándoselos á su amigo — Puede llevárselos ahora no más.

— Le voy á dar un recibo.

— No, amigo Cascante, no me hace falta recibo. Usted será capaz de ponerle pimienta bajo las alas á su *Gaucho Pobre* cuando pelée con mi *Compadrito ;* pero no es hombre de echar lo que echa la taba el día que yo necesite lo que ahora le presto. Llévelo no más, amigo, y ojalá consiga con ello su noble propósito.

— Gracias, general — repuso D. Jorge algo conmovido, pero levantando bien alto su pera.

— ¿ Y cuándo piensa largarse para la Gama?

— Mañana mismo. No quiero andar con más demoras en este asunto.

— Está bueno. Quién sabe si encontrará en la estancia al amigo Basurto.

— Sí. . . ¡ cómo no ! Me lo voy á cazar allí no más, porque los otros días escribí á mi compadre Olariaga, que acaba de arrendar un campo vecino á lo de Basurto, preguntándole si éste pensaba bajar á Buenos Aires, y me contestó á correo vuelto que no; que no pensaba bajar hasta después de la hierra de los novillos.

— Se va usted á encontrar allá con la gaucha Matilde. (*Sonriéndose con picardía:*) ¡ Qué recuerdos ¿ eh ? ¡ ¡ compañero . . . ! ! Pero ¡ cómo pasan los años, amigo Cascante! Cuando uno se quiere acordar. . . ¡ vayan al diablo! . . . ya nos han jorobado trayéndonos una tropilla de canas, arrugas, achaques y otra punta de amenazas para hacernos entregar el rosquete.

— Entodavía, general. . . — manifestó D. Jorge irguiéndose con presunción de fortaleza.

— Ni fósforos, amigo Cascante. . .

— ¡ No me diga, compañero . . . !

— Le garanto, amigo, que ni fósforos. . .

— La verdad es, compañero, — dijo D. Jorge cayendo en cierto abatimiento que denotaba la persuasión de que tampoco á él le quedaba ni fósforos de sus antiguos bríos ; — la verdad es que nos vamos haciendo lo más viejos. Ya pasaron aquellos tiempos macucos en que. . .

— No me hable, amigo. Sobre todo usted . . .

— ¡ No me diga, compañero ! Porque también usted . . .

— No me hable, amigo . . .!

— ¡ Ah, compañero ! Entónces mandábamos truco...!

— ¡ Cómo no, amigo ! Pero ya... echále caldito, Juana...

— Así es no más, compañero. Se acabó el carbón... y no hay que hacerle. Ahora hay que llamarse á sosiego, porque ya no da más el cuero.

— Y, dígame, amigo: ¿ le reconocerá ella cuando le vea ? — preguntó el general Concorra.

— Quién sabe, compañero. No me parece, porque yo estoy lo más cambiado.

— Cierto, amigo Cascante. Es el cambio existente entre cuando uno mandaba pa lante y cuando ya ha clavado el pico, como gallo vencido.

— ¡ Ah, compañero, y ¡ qué estrilo al recordar aquellos días...!

— No estrile, amigo, porque ya no hay que hacerle. Todo ello es obra del tiempo, ese gaucho matrero que, á la sordina, se va largando con pedazos de nuestra vida.

— Así es no más, compañero, y no hay otro remedio que aguantar la mecha.

— ¡ Qué tiempos, amigo...!

— ¡ Ah, compañero...!

— Cuando usted, amigo...

— No me hable, compañero...!

— Allá, en *General Godofredo Cascante*...

— ¿ Y usted en la frontera...?

— ¡ No me diga, amigo ! Usted era lo más vivo para irse al humo. Hacía lo que se le daba la gana en *General Godofredo Cascante*.

— Vea, compañero, lo que son las cosas: cuando yo conocí á la gaucha Matilde y...

¡Qué lástima no poder trasladar aquí la continuación de aquel relato, que según todos los indicios, llevaba camino de ser historia larga y curiosa. Porque D. Jorge, advirtiendo que la puerta del escritorio se hallaba entreabierta, se apresuró á cerrarla herméticamente antes de seguir su interesante episodio, por lo cual, el narrador, que andaba por allí husmeando psicologías de viejos caducos, no tuvo más remedio que volver al comedor. Consolémonos, pues, en uno ú otro sitio, siempre se logra algo en este bendito oficio piscatorio de costumbres humanas.

Todo era en el ambigú alegre bulla, risas de sonoro timbre, frases cortadas en que se deducía ser más importante lo callado que lo dicho; conceptos ambiguos, dictados por la malicia; chispeo de ojos; toqueteo de ricitos; amables mohines; gestos de seducción discreta, de culto desden, de antipatía disimulada. Allí eran de verse los progresos del refinamiento social para atar con los lazos de la cortesía alambicada las pasiones más vivas del espíritu. El idioma castellano, duro por naturaleza, como si los peñascos ibéricos hubieran sido las primeras quijadas que lo articularon, tornábase blando, flexible y de ritmo dulce en los labios de aquellas encantadoras muchachas. Cierto que hacían con él herejías, obteniendo la suavidad á costa de una maceración evidente; pero ¡oh, Ilustre Academia de la Castellana Lengua! perdóname si digo que era más lindo el idioma con aquellos ataques de dulzura femenina contra su viril retumbancia. Perdona también á Langredito que, en una ocasión, escribió un artículo sosteniendo que el lenguaje prescrito

por tus sabias leyes fonéticas y filológicas debía quedar para exclusivo uso de los guerreros y de los oradores parlamentarios; pero que el mujerío, por las razones de dulzura y flexibilidad que en otros órdenes de la vida se le exige, debía contar con un Ateneo de bonitas criollas que extendiera por todo el mundo femenil que parla castellano sus leyes en materia de estructura gramatical.

Sentadas en torno de la larga mesa, tenía cada una al lado, y á guisa de guardia de honor, un cívico que la atendía con solicitud esquisita, alcanzándole cuanto se le ocurría, una copa de agua, un pastelito, un dulce, y, finalmente, un ramito de flores. Algunas, como Raquel y Emilia, gozaban doble guardia de servidores atentos. Obsequiaban á la primera Langredo y Sonajas, estableciendo entre ambos cierta galante competencia, mientras por atender á la segunda se desvivían Tinadillos y el *Vasco*, éste con sencillez encantadora, aquél con frases rebuscadas y términos tan flauteados, que Emilia no pudo menos de decirle: "¡Ay, Jesús! es usted la representación viva de la diplomacia portuguesa. Vea, Eizaguirre: en todo Buenos Aires no hay ¡qué esperanza! un mozo más galante ni más fino que Tinadillos.,,

Julián Forcadell, con todos los afectados remilgos de la cultura externa, ofreció á Raquel un dulce de piñon. "No, muchas gracias — dijo ella, — porque ahora recién he tomado un poco de almendra que ha tenido la bondad de ofrecerme el doctor Langredo.,, Insistió Sonajas, aduciendo que el piñón venía muy bien sobre la almendra; pero ella volvió á rehusar el obsequio. Al poco rato, Sebastián le ofreció

un ramito de flores que ella se puso en el seno, sobre el corazón palpitante de gozo. Enseguida se acercó Sonajas con otro ramillete, y la *Michina* lo aceptó; pero sin colocárselo encima. Le tuvo un rato entre las manos con distracción dañina, abandonándolo luego sobre la mesa. Estos detalles, al parecer nimios, constituyen la expresión de los sentimientos que la mujer no puede exponer con libertad.

Á Sonajas le va á dar algo; se pone lívido y le chispean de furor los ojos. ¡Qué sonrisa! ¡oh, qué sonrisa la sonrisa de la hidrofobia humana! ¡Ah, indio guapo! no te mires á un espejo, porque lo romperás con tu semblante. Serénase, al fin, y el primer impulso de su orgullo herido es buscar en su mente, para consuelo de su real y dolorido sentir, sofismas, subterfugios y capciosas imposiciones de la voluntad para ver con desden á la pareja; Langredo es el representante de la farsa política, del charlatanismo con pretensiones de oratoria artística, un tipo de la más acabada humildad social, un hombre de baja extracción, un audaz sin talento. Á Raquel la ve fea, veleidosa, de carácter pésimo, de alma aviesa, coqueta, frívola, insignificante. También hace por convencerse de que la estancia de *General Godofredo Cascante* es una *chacra*, un huerto miserable, sin alambrado, ni otra población que *una punta* de vacas anémicas, novillos flacos como serruchos, y ovejas sarnosas. Já, já, ¡pobre Sonajas! ¡cuán en balde recurres á las ficciones de la mente y retuerces tu voluntad para obtener una falsa imitación del consuelo! Esas comedias de tu vida interior son la representación histriónica de tus verdaderos sentimientos.

La verdad sensible y latente teníale atenazado; la belleza de Raquel era una verdad que le corría en rescoldo por la sangre; una verdad exenta de estética espiritual, pero llena de vida. Veíala entónces como siempre la viera, hermosa, rica, interesante, llena de hechizos; pero con el gusto indudablemente extraviado al preferir á Langredo, el cual no mejoraba nunca en las transiciones analíticas de Sonajas. El odio y la envidia colaboraban en su mente para representársele como el resúmen de la vulgaridad, con un mediocre talento asimilativo, ambicioso de las haciendas de los Cascantes, que en aquel mismo momento se tornaban florecientes, los novillos gordos, las ovejas con la mejor lana de la república, y la estancia toda un portento de progreso, cercada de alambre galvanizado, en medio un palacio para veranear, y á sus puertas la estación del ferrocarril que llevaba el mismo nombre del establecimiento.

Regresaron los tertulianos al salón. Langredo condujo en su brazo á Raquel, que pasó radiante de gozo frente al doctor Sonajas. Tinadillos quiso conducir á Emilia; pero ya la tenía Eizaguirre bien colgadita de su brazo. "¡Amigo! que había sido impertinente el *Vasco*. No se da cuenta de que la muchacha está deseando bailar conmigo.„ ¡Oh, Tinadillos excelso! Dios te conserve la penetración.

Galopaban sobre el teclado del piano los dedos del "hombre que toca„ resultando un aire de mazurka. Langredo y Raquel bailaban un poquito, sólo un poquito, porque la interesante niña hacía como que se mareaba enseguida, simulando unos vahiditos que reque-

rían muchos cuidados y un poco de mimo por parte del compañero. ¡Pobre *Michina*, tan tierna, tan delicadita! En fin, no había otro remedio que pasearla, y así lo hacía Sebastián con una complacencia tan bien disfrazada, que cualquiera le tomaría por el Abelardo de aquella Eloisa flacucha, esmirriada y espiritualmente *firuletera*. Ella quería conversar, conversar mucho con él en un tono de seducción cautelosa, donde la realidad de lo expresado tiene menos significación que las modulaciones y el ritmo con que se dice lo que no se dice. A la mujer hay que comprenderla, más que por la palabra misma, por el sonido de la palabra; se necesita usar con ella la interpretación musical; es una caja llena de armonías, desde el ténue sonido de la cabellera hasta el leve crujido de los almidonados encajes. En las palpitaciones del seno y hasta en el parpadeo de sus ojos hay también algo de música; lo esencial es saber interpretar estas armonías. Por eso los sordos, con relación al conocimiento y disfrute de la mujer, viven á media miel, no pudiendo gozar las delicias obtenidas por conducto del oído, cuyas percepciones sutiles hieren la imaginación, que se expande y dilata, y por momentos enloquece la vida toda.

¿Cómo describir las armonías que Raquel daba á su voz al hablar con Langredo? ¡Oh, genio imponderable de Rossini! Sólo en las maravillas de tu pentágrama podrían reflejarse aquellas dulces inflexiones, aquellos tonos con compás de cavatina, ligeros, blandos, sutiles, discretamente amorosos, todo ello exornado con unas sonrisas capaces de trastornar á la misma estátua de la Continencia, y unas mira-

das mansas y patéticas, semejantes á las de un pajarito en su momento agónico.

Junto á la puerta, hundido en un sillón de gutapercha, medio oculto el rostro entre el tupido cortinado y con una sonrisa sardónica, como la que produce la toma de un amarescente, el doctor Sonajas lo observaba todo ¡ay, sí! absolutamente todo. Y en su corazón gusarapiento, infesto de dramática broza, sentía los rebullidos del encono, de la ira, de su amor desairado. Y hasta su naturaleza física, en tensión vibrante, retorcíase como las hilachas de una filástica á los efectos de la lumbre. Sufría una complicada crísis de imaginación y de nervios, avivados los sentidos, templadas con tirantez de acero todas sus pasiones, encalabrinado el cuerpo, con su escorial en calda. Y bajo aquellas sensaciones agudas y desquiciadas, con interior albedrío indígena, brotábale la chispa de la venganza. Pero venganza ¿de qué? La venganza no razona; es un sentimiento venático que no se deja ganar por la reflexión.

Concluída la fiesta, el doctor Sonajas se retiró sólo. Metióse en un carruaje de alquiler, se arrojó en los asientos, y dando escape á su contenido furor en actos externos, apretaba los puños, crujían sus dientes y se entregaba á otros ademanes de violencia, mientras en lo hondo de su naturaleza, en el centro de sus más vivos jugos, sentía latente la afrodisiaca belleza de Raquel, produciéndole llamaradas de fiebre en su tejido de teas.

Sacando su enardecida cabeza por la ventanilla del carruaje, riñó varias veces con el cochero, unas porque iba de prisa, otras porque caminaba despacio. Enojado, al fin, el del pes-

cante le contestó una insolencia. Abrió el doctor Sonajas precipitadamente la portezuela, paróse en medio de la calle, sacó el revólver, y apuntándole: "¿Querés ver, canalla, compadrón, cómo te bajo de un balazo?„ Al cochero se le heló la sangre frente al revólver que le apuntaba á la cabeza, y se quedó callado y tiritando por dentro al ver á su agresor lívido de ira y dispuesto á cumplir la amenaza. "Seguí viaje, canalla, safado„ — le dijo, guardando el arma y metiéndose de nuevo en el coche.

Las despedidas en casa del general Concorra produjeron esa animada confusión que se opera en tales casos. Doña Inesita, charlando hasta la afonía, nunca acababa de despedirse. Buscaba á su coronel, y apenas le había hallado, volvía á abandonarle para correr á despedirse de otra persona, ó á saborear un chisme inocente con doña Laura; y al instante, con pasito de argadillo, vuelta á buscar á su esposo y vuelta á dejarle, hasta que, al fin, se le colgó definitivamente al brazo, dejándose conducir á remolque, como frágil batel por acorazado poderoso. Para que el símil sea más exacto, el batelito se interesaba mucho por las hélices del acorazado, preguntándole: "Ché, Epaminondas: ¿te sentís bien de las piernas?„

Sebastián Langredo aprovechó uno de aquellos momentos de confusión para acercarse á Valentina que se hallaba sóla en el primer tramo de la escalera, con el semblante muy triste, los ojos inflamados, reventando hacia adentro sus lágrimas, temblorosos los lábios. Apretó su mano con amorosa efusión, diciendo: "Paciencia, alma mía, paciencia. Más he sufrido yo.„

— No, más no — repuso ella prontamente y con la voz acongojada.

XV

LA GAUCHA MATILDE

Para los viejos criollos, como para los extranjeros envejecidos en el sur de la provincia de Buenos Aires, el pueblo que actualmente se llama General Lamadrid seguirá siendo la Gama, contra las prescripciones de la moderna nomenclatura oficial. La tradición, que viene á ser la costumbre cristalizada, no es mudable sino después de haber desaparecido aquellas generaciones que la encarnaron como modalidad viviente, y... en fin, que la Gama no será General Lamadrid mientras subsista esa generación de viejos criollos y vascos que son los dueños principales de su fecundo suelo.

Enclavada en medio de la pampa, sobre ese océano de tierra popularmente denominado la *Tablada del Azul*, bañada de sol y mecida por el rumor de los vientos pamperos en combinación con los estridentes graznidos de las aves salvajes, la Gama es una aldea de próspera vida ganaderil, en cuyos feraces campos se nutren inmensa cantidad de rebaños, manadas de vacas y numerosas yeguadas. Su caserío de ladrillo y adobes, descarriado en extensa superficie cretácea, es como el símbolo de ese paso de transición de la choza pastoril á los primeros indicios de la arquitectura urbana, de la expansiva y dulce existencia nómade al estrecho régimen de la vida ciudadana. Forma sus arrabales una crecida cantidad de ranchos miserables, perdi-

dos entre viejos ombús y modernas arboledas de eucaliptos, tristes y melancólicos apesar de la salud que indica su verdor perpetuo y de las palomas zuras que viven entre sus frondas, saludando con arrullos la salida del sol.

En estos ranchos, construídos con tablas viejas y ahumadas, con pedazos de roñoso latón por techo, viven pudriéndose vivos, en promiscuidad conejil, los últimos vestigios indígenas ahuyentados del centro de la población á los impulsos de la racha civilizadora que va invadiendo hasta los últimos confines de la pampa. Viven en santa y libre paz, humildes con la civilización, pero rebeldes á entrar en ella por las vías del trabajo, alimentándose de las piltrafas que les arroja el pueblo, odiando en silencio la propiedad, á los dueños de aquellos campos que fueron bienes comunes de la tribu deshecha, sobre cuyos restos, las policías rurales, indígenas pasados á la civilización por las vías de la servidumbre, tienen esgrimido su machete para defender su hacienda á la moderna sociedad intrusa.

La existencia que llevan estos *orilleros*, vestigios de una raza decadente, sin luces de civilización ni bravuras indígenas, produce nauseas. Zola, el pertentoso descriptor de la miseria exteriorizada y de las penurias de los humildes, no ha visto un cuadro semejante. Es una bohemia degradada al aire libre, harapienta sin hambre.

Entre los pasajeros que conducía el tren ascendente de aquella tarde, sólo uno bajó en la Gama. Dirigíóse á la miserable fonda de la estación, propiedad de un viejo bearnés, y ocupando una mesa, palmoteó varias veces en

tono imperativo: "A ver, mozo; llámeme al patrón de la pulpería.„ Y viendo que no andaba bastante ligero, agregó: "Muévase, pues amigo, oh!... ¡qué jorobar!„

Cuando se acercó el dueño de la fonda, el forastero le preguntó: "¿sabe decirme, patrón, si D. Román Basurto está en su estancia?„

— Sí, señor, allá está; vino los otros días al pueblo; pero ya se fué.

— Y mi compadre Olariaga, ¿nó anduvo por acá estos días?

— ¿Usted es compadre de Olariaga? — preguntó el bearnés con curiosidad.

— Sí, mi amigo.

— Entónces, es usted D. Jorge Cascante Le he oído á Olariaga hablar muchas veces de usted.

— El mismo, amigo, pa servile en lo que guste mandar.

— Gracias, señor. Pues Olariaga está también en su estancia, en la *Blanquiada*. ¿No sabe donde es? Allá, en pasando lo de D. Román Basurto.

— Sí, ya sé ¡cómo no! si no hay vizcachera por estos pagos que yo no conozca. ¿Y cómo están por acá las haciendas?

— Regular no mas.

— ¿Y los campos?

— Ahí van... así, así. ¿Y por *General Godofredo Cascante?*

— Los novillos á medio engorde no más; las ovejas como la mona; los campos resecos como la gran flauta. No hay más que jorobarse, amigo, y aguantar la mecha.

— Ha sido una sequía bárbara.

— Nó me hable, amigo.

Al poco rato, montado en un caballo que le proporcionó el bearnés, llegó D. Jorge al campo de Basurto. A la entrada de la propiedad se hallaba el rancho de Peralta, una de esas construcciones que compiten en solidez y elegancia con los nidos de las golondrinas. Más que chozas pastoriles parecen los ranchos creaciones expontáneas del suelo, una brotación de los misterios geológicos.

Por la puerta salía una columna de humo ceniciento con aroma de yerba-mate, yendo á disolverse entre el caprichoso giro de los aires. Alrededor del rancho había una caterva de criaturas desarrapadas, de miserable y enteco aspecto, las tiernas carnes blindadas de estiércol y roña, triste el semblante, ojos grandes, de mirar estático, como acostumbrados á la inmensidad, sin ese vivo movimiento que adquiere la mirada en los espacios limitados y en las variaciones del paisaje. Entre aquellas criaturas había un nene chiquitín, anémico, con nalgas de pájaro. Hallábase en medio de un charco formado por las aguas sucias arrojadas del rancho, revolviéndose en el lodo como un renacuajo.

Una mujer salió á la puerta gritando con panda indolencia: "¡Nene! Salí de ahí, chancho.„ El chiquillo, como las ranas asustadas, se zambulló del todo en el charco. Dirigióse ella á sacarle en el momento que D. Jorge llegaba al rancho.

"Ave María „ — dijo el caballero porteño, saludando en estilo gaucho.

Quedóse ella un momento en suspenso, al cabo del cual contestó al saludo, agregando con triste cadencia: "Abájese, si gusta, señor.„

D. Jorge accedió á la invitación, y mientras ataba las riendas del caballo, estuvo contemplándola breves instantes. Era una mujer como de 45 años, y á través de la costra que el abandono y la falta de abluciones había petrificado en su rostro, notábase en él cierta delicadeza de líneas y perfiles que revelaban una belleza comida por la miseria. Sus vestidos eran un puro andrajo, sucios, rotosos; su cabellera una greña. Hermosos eran sus ojos negros, circuidos por los primeros arañazos del tiempo, cicatrizados en arrugas. En su fondo chispeaba todavía un destello de pasión, el último fulgor, ya tibio, de una naturaleza por mucho tiempo entregada á los incendios de una concupiscencia sin freno. Tenía los senos caídos, estrujados por la exprimidora acción de una maternidad constante. Blancos los dientes, como piezas de suero congelado. El aspecto de su figura infundía á un mismo tiempo repulsión y lástima. Era uno de esos séres desgraciados de la pampa, en quienes la civilización sólo ha puesto el sello de la domesticidad.

— ¿Son suyos todos estos nenes? — preguntó D. Jorge acercándose al rancho.

— Sí, señor, pa servile — dijo ella, sacando del charco á la cucaracha.

Hablaba con lentitud, con voz indolente y acento triste y sumiso, como acostumbrado á la servidumbre inconsciente.

— Está bueno. Lindos los gauchitos — dijo D. Jorge por decir algo.

El nene, asustado como un salvaje en presencia de D. Jorge, ocultó el morrito entre el seno materno.

— ¡ Ay, señor ! Son lo más diablos. ¿No gusta

de pasar adelante, señor? Ahurita no más ha de venir Peralta, si es que lo nesecita. En tanto puede servirse de un mate, si gusta, señor.

— Muchas gracias. Se va haciendo tarde, y tengo que ir hasta lo de Olariaga. Ustedes son puesteros de D. Román Basuarto ¿no?

— Sí, señor. Aquí estamos, al tercio, señor.

— ¿Hace mucho tiempo?

— Yo dende que vine de *General Godofredo Cascante*. Ya no sé los años que han pasado; muchos, señor. Jué cuando la revolución de D. Bartolo — agregó, precisando la fecha con una trifulca civil, como casi siempre señala el gaucho los episodios de su vida. — Teníamos de patrón á D. Jorge Cascante. ¿No le conoce, señor?

— De nombre no más.

— Vez pasada me dijeron que ya no está más en *General Godofredo Cascante*, porque se había ido á vivir á Buenos Aires.

— ¿Hará mucho que usted no le ve?

— Dende que salí de su estancia no le he güelto á ver. Ya debe ir pa viejo, como vamcs todos, señor.

— No hay que hacerle, señora. El tiempo corre como el diablo.

— Así es no más, señor. Qué le hemos de hacer. La vida se va acabando de á poquitos no más, señor.

Calló la gaucha para atender al nene que no cesaba de hociquear en el seno materno. Los otros gauchitos andaban aventados al rededor del rancho, tumbados unos en el suelo, otros siguiendo con la vista el giro de las aves, y todos á respetable distancia del forastero, lanzando sobre él recelosas miradas. "Aquél será

el mayor ¿no? — dijo D. Jorge, señalando á uno cuya edad no pasaría de doce años.

— No, señor. Tengo otra mujercita, Valentina, que se la llevó D. Jorge de nenita, enseguidita no más de morir mi primer esposo, Calixto de Olorón, que estaba al tercio en *General Godofredo Cascante.* No me dejó ni tan siquiera criarla. Luego, yo me fuí no más, señor.

En el tono vacilante de este relato se notaba que la gaucha no le decía todo, pasando como sobre ascuas por ciertos detalles. D. Jorge se reía por dentro; risa de entraña que no asoma al rostro. Después de breve pausa, siguió ella diciendo:

— Algunos que saben venir de Buenos Aires, me dicen que D. Jorge tiene á mi nena lo más bien en su casa. Quién sabe, señor, si será cierto que la tiene tan bien.

— ¿Y por qué no ha de ser cierto? — dijo D. Jorge sin poder contenerse.

La gaucha le miró con detenida atención.

— Yo no sé, señor. Peralta está lo más empeñado en que no la tiene bien; y lo mismo me sabe decir el patrón. Los dos quieren que la traigamos acá, al rancho; ó si no á la estancia, pa cuidar de las cosas del patrón.

— ¿Como mucama de D. Román ¿no? — preguntó D. Jorge con ira mal disimulada.

— Quién sabe, señor, pa lo que la quedrá el patrón. El me sabe decir que pa cuidar no más de la casa, y pa que le haga compañía, señor.

— Mire, señora — dijo don Jorge sin poder disimular su atufamiento: — lo mejor es que dejen á la muchacha donde está. Aunque no conozco á D. Jorge más que de óidas, yo sé

que es una persona bien. Valentina ha de estar contenta no más á su lado, y puede que el día de mañana haga su suerte.

La gaucha le miró más atentamente. Parecía que, bajo el peludo boscaje de la cara de D. Jorge, quisiera ella descifrar las líneas de un rostro conocido. No debió lograrlo, porque contestó muy serena, aludiendo á la probable suerte de su hija:

— Así les sé yo decir, señor.

— Pues usted debe dar no más el consentimiento en cuanto vengan á pedírselo, porque es para bien de su nena.

— Yo también creo, señor ¡cómo no! siendo tan rico D. Jorge; pero ellos no quieren ¡qué esperanza, señor!

— No tardarán en querer cuando sepan que la muchacha no desea venir.

— ¿Usted sabe, señor, que la nena no desea venir? — preguntó fijándose más atentamente en el rostro de su interlocutor.

— Yo no sé. Supongo no más...

Y agregó enseguida:

— Bueno, señora: me voy, porque ya va caendo el sol y quiero llegar á lo de Olariaga antes de anochecido.

Al despedirse, ella se volvió á fijar mucho en el rostro de aquel señor. Sentada en la puerta del rancho, con el gauchito entre faldas y á su seno prendido, quedóse mirando cómo se alejaba, y diciendo para sí: "Es lo más parecido; pero no es, no es...„

Hallábase D. Román Basurto mimando á los rosales de su pequeño jardín, cuando vió llegar á D. Jorge. "¡Amigo Cascante! ¿Qué dice,

compañero? ¿Cómo le va? ¿Qué me cuenta, amigo?

— Ahí vamos, compañero.

— ¿Y qué vientos, amigo, le traen por acá?

— Vaya á saber, compañero. Pasaba para lo de mi compadre Olariaga y pensé: "pues ya que me agarra de paso, voy á visitar al amigo Basurto. ¡Qué diablo! el que los otros años tuviéramos nuestras diferencias, no quita para que ahora, ya que voy de pasada... pues, le haga una visita.„

— ¡Lindo no más, amigo! Yo hubiera hecho igual si me hubiera agarrado de paso *General Godofredo Cascante.* Entre criollos viejos no hay rencores. ¿Y qué me cuenta, amigo? ¿Cómo van las haciendas por sus pagos?

— Cosa perdida, compañero. Este año nos fundimos; no hay que hacerle ¿Y por acá?

— Los campos están como yesca, lo más feos: las vacas flacas, el corderaje atacado por la lombriz... y no llueve, amigo, no llueve ni por un queso.

— ¡Qué cosa bárbara, compañero!

— Tremenda, amigo, tremenda! ¿No gusta de pasar para la estancia? Tomará un mate, ó alguna otra cosita. Vamos, amigo, vamos. ¡Qué diablo de Cascante! Quién había de pensar verle por estos pagos.

Dirigiéronse hacia la casa. Al atravesar el jardín, D. Jorge se fijaba mucho en las plantas, demostrando sus aficiones al arte de Semíramis, la creadora de los fabulosos pensiles de Babilonia.

— Todo está abandonado — dijo D. Román, rebajando modestamente el valor de su hermoso huerto. — Antes tuve de quintero á un gringo;

pero los otros días se mandó mudar al pueblo, creyendo que allí iba á ganar más. Sueños del gringo, porque nunca saldrá de la cuarta al pértigo.

— No me hable, compañero, de esa gente. Son una plaga de angurrientos. Razón tenía el paisano que dijo:

“ Un gringo por el dinero
Subió á un globo y se fué al cielo.
Se le acabó el misto al globo,
Y ¡á la m.....! el gringo al suelo.„

— ¡Lindo no más! Que se jorobe, amigo — exclamó D. Román, riéndose de muy buena gana.

Cuando estuvieron en la casa, y mientras un gaucho les servía el mate, dijo el amigo Basurto al amigo Cascante:

— Pero ¡compañero! con la conversación, no le he preguntado entodavía por su gente. ¿Está buena?

— Bien la dejé ayer. Gracias, amigo. Valentina, mi ahijadita, es la que anda algo delicada; pero no es cosa de cuidado. Por cierto, compañero, que ando lo más preocupado buscando la manera de adoptar á la muchacha. La gaucha Matilde quiere dar su consentimiento; pero parece que Peralta no la deja.

— Casualmente, amigo, ayer me estuvieron hablando de eso mismo. Yo les aconsejé que aceptaran, porque ¿en dónde va á estar la muchacha mejor que en su casa, en compañía de sus sobrinas?

Y enseguida cambió de conversación, diciendo:

— ¿Y cómo anda esa política, amigo Cascante?

— Mal, compañero. Esos provincianos angurrientos nos tienen apabullados. La república es para ellos como potrero, y los porteños estamos aquí como gallo en corral ageno. Los cordobeses están haciendo lo que se les da la gana con el páis, embolsándose, compañero, toda la plata de los bancos oficiales y arruinando á medio mundo. Las cédulas provinciales... acuérdese, compañero, de lo qué yo le digo... no van á valer un zorro drento de poco; y esta suba de los terrenos... ¡ficticia, compañero, completamente ficticia! Yo tengo un vecino, un gallego pulpero, que me pide una enormidad por una lonja de terreno... no alcanza á media legua. ¿Sabe, compañero, cuánto se deja pedir? ¡Una barbaridad! ¡Cien mil pesos, amigo! Toda Galicia no vale eso. ¡Qué flauta ha de valer! Vez pasada lo quiso comprar mi compadre Olariaga, y el gallego se largó pidiéndole más que á mí entodavía. Y vea, amigo Basurto, lo que son las cosas: mi compadre andaba lo más caliente por comprar el campito, y si no lo hizo fué porque yo le sabía decir: "no seás, sonso Olariaga; los terrenos tienen que bajar, no hay remedio. Pero ¡qué esperanza! se han ido arriba no más, como cohete volador, y ahora andan, amigo, por las nubes. ¿Y cómo no, compañero, si es un verdadero escándalo lo que está pasando? Figúrese que éste gobierno de cordobeses tiene la manía de la fundación de colonias... para favorecer no más á los gringos... y va, y ¿qué hace? Pues, en medio del campo raso, allá, por la loma del diablo, plantifica una carrada de adoquines, y luégo dice que allí no más se va á fundar un pueblo. ¡Macanas, compañero! No

se va á fundar un zorro. ¡Claro! en el plano que hacen esos diablos de pintores, usted ve las calles, las plazas y hasta la Iglesia; y la gente se figura no más que aquello va á ser una ciudad bárbara. Los terrenos se remontan á la gran flauta, como barrilete, y todo el mundo, amigo, se figura que entodavía son una pichincha. Luégo resulta que todo es una pura matufia, que no hay tales carneros, compañero, ni se edifica nada... y todo se vuelven puros clavos... ¡unos choclos bárbaros!

— ¿Y qué me cuenta, compañero, de la revolucion? — preguntó D. Román Basurto entre chupada y chupada de mate.

— Marcha, amigo, marcha. Lo llevamos no más al *Viejo* al gobierno. Toda la escuadra está con nosotros, y también casi todo el ejército.

— Y su amigo, el general Concorra, ¿está también metido en la bolada?

— Ni se sabe, compañero. Ahí está el hombre á la *espetativa*.

D. Jorge aprovechó esta coyuntura para volver sobre el asunto principal que allí le llevaba, y le dijo al amigo Basurto:

— Hombre!... apropósito del general Concorra. Tengo que decirle que me ha traspasado las letras que tenía contra usted. El hombre estaba necesitado de alguna platita, y yo se la facilité á cambio de esos créditos.

En el semblante del amigo Basurto dibujóse un gesto de digusto: "Pues, vea, amigo Cascante — dijo con sumisión de deudor: — voy á tener que hamacarme mucho para levantar la primera letra.

— ¿Qué valen para usted sesenta mil pesos,

compañero? — repuso D. Jorge con refocilamiento íntimo.

— Le garanto, amigo, que me voy á ver mal — dijo D. Román con cierto tono quejumbroso. — Ya ha visto, mi amigo, cómo están las haciendas. No van á valer un zorro, y voy á tener que malvenderlas para hacer frente á la letra. Yo pensaba pedirle al general un nuevo plazo; pero, ahora, quién sabe si usted...

— ¡Cómo no, compañero! Nos hemos de arreglar no más.

— Me haría un gran servicio, amigo.

— Y usted podría hacerme otro, compañero.

— Diga no más, amigo.

— Vea, compañero: yo estoy lo más empeñado en adoptar á Valentina, mi ahijadita, y quisiera que usted...

— Pero, amigo! ¿no es más que eso? — dijo D. Román, demostrando que todo ello estaba en su mano. — Pierda cuidado, compañero. Hoy mismo, después de la recogida, lo voy á convencer á Peralta. El paisano hará lo que yo le ordene — aseguró con acento de señor feudal.

Muy poco más hablaron los dos viejos. D. Jorge encargó á Basurto que tan pronto obtuviera el consentimiento escrito se lo entregara á Olariaga, el cual se lo traería á Buenos Aires.

— Váyase tranquilo no más, amigo. Yo mismo lo firmaré, por poder, porque ella no sabe escribir. Será testigo el mismo Peralta y otro paisano cualquiera. Usted lo que desea es reconocerla como hija, ¿no es eso?... como hija natural ¿eh?... y que la gaucha confiese que sí, que es hija de usted ¿cierto, amigo?

D. Jorge vaciló un instante, al cabo del cual contestó resueltamente.

—Cierto, compañero. Quiero reconocerla como hija, y que la gaucha diga no más que sí... que es hija mía.

— Cuente, amigo, que será servido.

— Gracias, compañero... y ordene no más.

— Ya sabe, amigo, que la primer letra...

— El plazo que quiera, compañero.

— Me hace un gran servicio, amigo.

— Eso no vale nada, compañero.

—

Despidiéronse cordialmente en apariencia, pues en el fondo se profesaban un mútuo sentimiento hostil, oxidado de puro viejo.

D. Jorge llegó de noche á *lo de* Olariaga, que se hallaba sólo en su estancia, porque *su gente* vivía en Buenos Aires, dándose *corte* en Palermo y en la Opera, mientras él sudaba los centavos que habían de sufragar los gastos del tren casi oriental que llevaba la familia.

Largo y tendido charlaron los dos compadres, conversación de negocios y de política que no tiene objeto ser trasladada aquí. Jugaron, después de cenar, una partida de truco, y á la mañana siguiente emprendió D. Jorge viaje de regreso, conviniendo ambos en que Olariaga recogería de manos de Basurto la declaración arrancada á la gaucha Matilde. Allá, por el 15 ó el 20 del mes entrante (julio), Olariaga vendría á Buenos Aires, acompañando después á D. Jorge en su viaje á *General Godofredo Cascante* para asistir á la hierra de los novillos, de los cuales pensaba comprar algunos para repoblar la *Blanquiada*.

Cumplióse este programa en todas sus partes, como veremos luego. Pero antes conviene dejar constancia de lo atareado que anduvo D. Jorge

en el intervalo de aquellos días con la mudanza de casa. El trasporte de los gallos lo hizo personalmente, yendo sobre el pescante del carro que condujo las jaulas y llevando en la mano aquella en que se encerró al *Gaucho Pobre.*

XVI

IDILIOS PAMPEROS Y ESCULTURAS DE HARINA DULCE

Estamos en *General Godofredo Cascante.* Cae la tarde, una tarde de invierno, melancólica y silenciosa, de atmósfera clara y cielo altísimo, por cuya cerulina gasa penetra la mirada como á través de un hacinado de muselinas trasparentes. Donde los ojos materiales terminan de taladrar el cielo, comienzan los ojos de la idea, el telescopio del espíritu, ascendiendo hasta el misterio revelado en caricatura por los astrónomos, pobres delineantes de un mundo sin fin, que quieren interpretar con colores de la tierra el intraducible de las atmósferas celestes, aliento de Dios y de las almas en su seno recogidas. Semeja la inmensa bóveda el ánima en pena de un océano muerto. A ras del suelo, y como único maná concedido sin trabajo, circula un aire fino, aguzado y frío, que deja ateridas á las aves y entumece á los insectos. Una columna de sol helado desciende del horizonte, concentrándose en la tupida copa de un ombú lejano, solitario y triste, cuyo frondoso ramaje aparece iluminado entre las pálidas luces del cirio del cielo. Los pequeños pájaros, peregrinos del aire, se recojen allí á manera de oásis

nocturno; se esponjan un instante entre los débiles rayos, y quédanse luégo dormidos, el pico bajo el ala, soñando con sus parejas posadas en la rama inmediata, y esperando la nueva aurora para tornar al amor, al idilio simple, á los goces de una vida radicalmente libre.

Reina en la pampa un silencio de sepulcro. Su grandeza inmutable y estática agobia el espíritu del hombre, que se siente imperceptible insecto en medio de la estupenda soledad circunstante, *viendo* en el conglomerado de ciudades y pueblos una labor de miserables hormigas. Paisaje de acoquinadora tristeza, la pampa es un criadero de misántropos y de bohemios, como son todos los gauchos. La riqueza del suelo y la generosa centuplicación de lo arrojado en su seno, no bastan para producir la alegría. Y es por lo silencioso y solemne de sus gestaciones. En ella no hay ruidosos alborozos primaverales, ni melancólicas agonías de otoño, ni desnudeces de invierno, ni los estuosos aniquilamientos del estío. Todo está siempre verde, lozano siempre, en vivificación callada bajo el imperio de un cielo sin arrebatos y de una tierra no cansada en nutrir á una agricultura secular. La resina ánime, sangre del algarrobo, nunca se derrite en caldo, ni se congela en hielo. Toma en verano frescor del frondoso follaje, de cuyas sombras se nutre, y susténtase en invierno de la calórica savia de un suelo de entrañas vírgenes, que no han sudado durante siglos y siglos en la procreación del grano, revolucionario universal y protagonista de la inmensa tragedia estomática.

Todo es triste en la pampa; el suelo de vasta y basta alfombra oscura; el cielo inmóvil, casi

siempre azul, y más alto que un deseo inmortal; las ondas del aire que circulan pausadas, sin saberse dónde estarán las montañas que las envían ni los mares que las refrescan; los árboles desgalichados, repletos de vida apoplética, con groserísimos nidos de barro entre sus despatarrados horcajones; los pájaros de alas torpes, ojos grandes y soñolientos, impregnados de estupidez, graznando muchos salvajemente, otros queriendo articular palabras con su pico estropajoso, silbando algunos sin intuición musical, distraídamente, *pensando* en Babia, como *atorrantes* aburridos; los lagos turbios, con lecho de fango y feraces bosques de negras espadañas, plagados de sapazos ahitos de broza, de culebronas gordas, sin flexibilidad en sus anillos, de luciones venenosos, de ranas con ojos de locas, y alguna nutria horrible, con su hocico, mitad de anguila, mitad de hiena, y aletas con uñas que meten guerra á todo aquel mundo que vive arrastrándose. Y sobre la superficie de las aguas pluviales, montones de patos obesos, pesados y torpes, con sus piés de platija, sus picos de palas, como hechos para la glotonería, y diciendo "clua clua" en regüeldos de opsófago; y á flor de agua, en vuelo vulgar, bandadas de gaviotas guerreando contra una nube de cínifes, jejenes y tábanos, á chuparles al vuelo la sangre que ellos chuparan posados. Y entre tanta fealdad y tanta torpeza báñase algún cisne, soberbio y silencioso, enfatuado competidor de la blancura del sol.

No se escucha un sólo canto alegre, ni un pío delicado, ni una nota sutil y blanda. Por todas partes "chajá chajá" un ruido estridente y bárbaro, producto de un pajarote gandul, de

alas fúnebres, cabeza idiota, que vive en el barro y sale de él volando, con las patas sucias, colgantes, y en el pico un sapo.

En la pampa todo es vida rebosada, un desborde de jugos, una germinación hidrópica ; es un planeta burgués, que de puro gordo, ronca sordamente. Parece que la espontaneidad de su vida, sin vagidos dolorosos en su nacimiento ni luchas difíciles en su desarrollo, quitara el interés que despiertan las existencias combatidas, la montaña con cabellera de nieve y granizo, el valle relleno de tierra de aluvión, la costa marina y pedernosa, en cuya sierra de arrecifes se desmenuzan las olas en crestería de espuma, los rumores montescos, el ciclón y la congelación de los ríos despeñados. La pampa es una naturaleza pristina que vive en la simplicidad de lo natural y acompasado, como en un sueño profundo ; concibe durmiendo, en gozo rebosado de soñarreras, y su parizón colosal se produce sin dolor en sus enormes caderas mollares, sin duros huesos de piedra.

La hora en que la contemplamos aumenta este fenómeno de melancolía. El sol, engendrador de confianzas, lucha con la noche, portadora de cuidados y preñada de penas; lucha silenciosa y solemne como todas las que se producen por encima de los pobres ruídos humanos. En el horizonte lejano se recoje la luz en franjas rojas, ascuas de los incensarios del cielo, de las cuales no quedan al poco rato más que negras pavesas. El relumbroso Sirio, con su semblante de plata bruñida, se asoma entre las pardas nubes, titilando su pupila de azogue entre los celajes oscuros. A su lado la luna, que parece un planeta insepulto, *illarguia* (luz

muerta) como se la llama en el vetusto idioma de los vascos.

Abajo, esparcidos por el inmenso campo, los rebaños de ovejas y las manadas de vacas y potros indomésticos, repletos los cuajos de pasturaje, aguardan sin las zozobras del sér racional el imperio de la noche, en calma dulce, en reposo tranquilo, en confianza absoluta con los fenómenos de la creación. Las vacas, poseídas de paz serena y calmosa, míranse unas á otras con sus enormes ojos húmedos, de mansedumbre impregnados, emblemas de la resignación; ábrense amorosamente de piernas para que el hijo se nutra en las fuentes de sus ubres, y se pasan la noche rascándole con sus cuernos resecos por el sol, y lamiéndole con su lengua el lomo, caricia más natural y de más tierna intensidad que el estrepitoso beso de los humanos. La yegua, menos sencilla, atusa las crines de su potro, para que se vea que parió un animal hermoso, Pegaso de Marte, cuando no existía la pólvora. La oveja y el cordero representan la miel del amor familiar.

Con impasibilidad magestuosa y á grandes zancos pausados, sin que nadie sepa de donde viene ni adónde irá, cruza el avestruz por entre los rebaños, mirándolos por encima con desdén, alta la calva cabeza. Camina leguas y leguas sobre el mar de yerba, en completo mutismo, paso á paso, hala hala, como el Judío Errante. A la misma hora el tero, con su frac de plumas planchadas y lustrosas, su copetito presuntuoso y sus piernas esbeltas y elegantes, recorre los caminos polvorientos, luciendo la figura delante de algún transeunte casual. Más allá, en penumbra lejana, se ve descender en

remolinante vuelo á las aves acuátiles, hasta que llegan á su acostadero de cieno, oculto entre espadañales y junqueras. Su vida de revuelcos y vuelos se parece al espíritu humano.

La casa-estancia de *General Godofredo Cascante* no tiene nada de greco ni de romano, ni de greco-romano: *estilo cascantesco puro.* Corona el edificio un gallo estatuado en yeso, alborotadas las plumas, abrillantados los ojos por la furia. Debajo del *Gaucho Pobre,* sobre la puerta de entrada y modelado en mármol, está el busto del guerrero de Ayacucho, al cual sacude D. Jorge el polvo y las telarañas, anarquistas silenciosos, combatientes de la historia. Renóvale también las flores agostadas con otras frescas, que son como una coronación diaria durante el tiempo que permanece en su estancia; y contemplándole con admiración estática, suele decirle; "¡Ah, pobre tatita! ya se acabó el resto de la *Patria Vieja.*„ Mueve á uno y otro lado la cabeza y se va á ver si han engordado los novillos durante su ausencia.

Rodea la casa un bonito parque, alegría de la pampa triste. Hay viejos algarrobos con líquenes adheridos á sus cortezas ásperas; bellos paraísos, ceñidos de madreselvas en un abrazo egoista; esbeltos pinos, rebosando salud en sus copas pobladas de nidos; berrugosos álamos con pilas de agua llovida en el tronco de sus miembros amputados; frondosas ceibas, cubiertas de blanca y suavísima lana vegetal, digna de servir de tálamo inmolador de la virginidad de la canaria; acacias que sudan goma arábiga; blancos saucos, airosas *casuarinas* y tristes palmeras, alternando con rojos naranjos, limo-

neros amarillos, olorosos manzanos y alegres guindaleras y cerezales. Y sobresaliendo entre el pequeño bosque una galería de gigantescos eucaliptos, alineados con simetría militar, colgando las finas cortezas á manera de las cintas de los pendones, y formando arriba, en confusión con las nubes, una bóveda cerrada al sol. Por esta arboleda deliciosa se llega á la casa, junto á la cual crecen los rosales, las moreras, el escaramujo, las flores primuláceas, el bejuco y una dilatada familia de lirios espanuidos, con sus espadas verdes y azules, y entre ellas, enormes flores de color severo y con sus vasos cargados de rocío. La hiedra arbórea, parásito del ajeno jugo, trepa por las paredes, nutriéndose de la cal de los muros. Delante de las puertas, tapizando el suelo, lirelosos surcos de violetas entre bosque de malvas, trébol y tomillo fragante.

Al otro lado de la entrada principal existe una pequeña terraza que mira á la pampa rasa cual páramo fecundo, si caben juntos los dos términos. De allí se divisa el carril que, semejante á una enorme culebra desmayada, serpentea en extensión inmensa, entre lindes de crecida yerba; es un camino poco pisado, que parece no tener principio ni fin, como las obras de Dios; camino fabuloso, recorrido por la valiente planta del inmigrante errabundo y del gaucho, todavía más errante en su propio suelo. En la terraza hay hamacas de mimbre para los dulces reposos de la siesta; y colgado del techo un columpio con su asiento chiquitito forrado de terciopelo azul, obra de D. Jorge para mecer á su nena durante aquellas tardes, ya lejanas, en que ambos vivieron sólos allí, en

mútua prodigación de amor indivisible y tierno; el alma de ella para él; el alma de él para ella, en absoluta concentración de vida sentimental.

De un rincón de la terraza, embovedado por el follaje, salen voces amigas, en un murmullo de conversación íntima. Oigamos:

“Ya no vienen, ché, Emilia. El sol se va, la noche se viene encima, y ellos no asoman.

—Pues yo no pierdo la esperanza de que vengan. A mí me dijo Eizaguirre que hoy sin falta habían de estar aquí.

—Lo mismo me prometió Sebastián.

—Y lo han de cumplir no más; perdé cuidado, hijita, porque el amor es lo más cumplidor.

—Quién sabe lo que les habrá pasado.

—Nada, hijita. ¿Qué les ha de pasar?

—Quién sabe, quién sabe...

—Es que vendrán despacio, porque Langredo ¿sabés? no es tan buen jinete como el *Vasco*.

—¡Qué no va á ser! Y también mejor—repuso Valentina, picada en su amor propio de novia, que es de todas las castas de amor propio el más exagerado y el más hermoso.

—En Palermo es buen jinete—dijo Emilia—; pero aquí, entre vizcacheras, es otra cosa muy distinta. *(Con desenfado risueño:)* Y últimamente, hijita ¡no hay nada como el *Vasco!*

Las dos rompieron á reir y á enlazarse las manos, en esos juegos afectuosos que hacen las muchachas cuando están sólas.

—Y decís que á mí me ciega la pasión?—repuso Valentina.—A vos sí que te ciega. Estás de enamorada... ¡una cosa bárbara!

—Cierto, hijita, no lo niego. El *Vasco* se me ha agarrado al alma como una garrapata ¿sabés? y me está tironeando tironeando, ¿cómo qué?... ¡Ay, *Vasquito, Vasquito!* Asomá, maldito, asomá por ese camino, que mis ojos quieren beberse tus ojos. Estoy loca, ché, Valentina, loca, loca, lo que se dice loca!

Corría por la terraza, diciendo locuras de sublime simplicidad amorosa, con loco gozo del alma.

—Atendé una cosa, ché, Valentina: si me dijeran: "el *Vasco* se ha quedado ciego y tenés que arrancarte tus ojitos azules para que él vea,, pues iba, y con la peineta del moño no más, trás y trás, un pinchazo á cada uno y... te juro, ché, Valentina, que me los arrancaba y le decía al *Vasco:* "ahí los tenés, hijito; yo me quedo á santas noches, cieguita no más, para que vos veas.,,

Estampó un beso en la punta de sus dedos y lo arrojó al horizonte, exclamando entre locas risas: "Para vos, *Vasquito,* cuando asomés por el camino.,,

—Pero ¡hijita! que sos alocada!—exclamó Valentina riéndose, con todo el pecho.

Como si aquel beso tuviera el poder evocador de un conjuro, aparecieron en el horizonte lejano dos jinetes. Parecía que salieran del ojo del sol, galopando por la columna que éste formaba hasta el ombú.

—¡Mirálos! ¡Ellos! ¡ellos!—exclamó Emilia con alegría desbordada.

Las dos se quedaron muy compuestas, sentadas en las hamacas.

En aquel momento regresaban D. Jorge y Olariaga de ver los novillos. Cuando llegaron

los dos cívicos, D. Jorge exclamó: "¡Pero, muchachos! ¿de dónde diablos salen?„

—¿Cómo dice que le va, viejo?—repuso Eizaguirre.—Acá nos tiene, amigo, de convidados para la hierra. Usted mandó invitar á la gente de mi estancia, y como nosotros estábamos allí...

—¡Lindo no más!

—Ya le puede preparar un lazo al orador, para que le veamos mañana pialar novillos.

—Le acollarararemos con un manso—dijo D. Jorge.—Y acercándose á Langredo le dió la mano: "¿cómo te va, mijo?„

Volviéndose hacia Olariaga, añadió: "Estos se han largado para acá al olorcito de las muchachas. ¡Ah, la juventud ..!„

—No estrile, compañero, porque es al cuhete.

—Yo no estrilo, amigo; digo no más.

Cuando los jóvenes llegaron donde las muchachas, extrañáronse éstas de la *imprevista* llegada de ellos, y ellos de hallarlas allí. "Váyanse no más á dar un paseito mientras se prepara la mesa„—dijo D. Jorge, riéndose de aquellas *extrañezas previstas*.

Salieron los cuatro jóvenes en dirección á la galería de eucaliptos. El mútuo deseo de confianza amorosa y expansiva los separó á distancia de pocos pasos. Langredo y Valentina iban delante, vertidas una en otra sus almas, la totalidad de ella en la totalidad de él, en completa fusión espiritual. "El amor es el único éxtasis„—ha dicho Hugo, el lugarteniente de Dios en el espíritu universal. Sin acertar cómo romper á hablar, cruzaban sus miradas de ojos á ojos, metiéndose por ellos al pecho para expresar allí, sin ruido de palabras,

lo que los labios callaban. Tenía ella su pecho lleno de su hombre—de su hombre como entidad representativa del amor espiritualizado—; conteníale todo en el lecho hondo de su sentimiento, en visión rebosada. Gozábale en los profundos senos de su alma, en el secreto habitáculo del ideal puro, donde penetraba sin representación física, pareciéndole á ella que le penetraba el sol que no ocupa sitio ocupándolo todo; ocupación de luz y de calor. El sol es el aliento de Dios, que á la vez alumbra y calienta. El amor es el sol del espíritu. A su calor le brotaba á Valentina una congoja de alegría difusa, titilando una lágrima en la pupila brillante, y subiéndole á la garganta un suspiro que moría agarrotado por el pudor. El ajusticiado se alegraba sin duda de morir antes que salir fuera.

Langredo miraba á su Maldonada con arrobamiento; sentíala toda en el alma, y á la vez, como artista senciente, desbordábasele, en recreación íntima, el sentimiento estético provocado por aquella belleza plástica, cincelada por la Naturaleza en un instante de esplendor. Sin rebullirle los ímpetus de Apio, amábala con el triple amor del espíritu, del cerebro y de la sangre. Sentíala en su vida infinita, en la que perdura sobre la finalidad de la materia, en sinfin sinfin. Y al propio tiempo la sentía en el pulso de las sienes, en el centro de sus arterias y en la médula toda de su vida natural. Y de la fusión de todas estas sensaciones, á las de ella unidas en una vibración común, le surgia de lo íntimo de su sér, sano y sencillo, una visión de felicidad plena, desbordante, incontenible en los estrechos vasos de la

pobre vida terrestre. Quería ser con Valentina lo que el Lisandro de Shakspeare con su Hermia: "un corazón, un lecho, dos pechos y una fe.„

Rompieron al fin el silencio; él primero. Y hablaron con sencillez sencilla, sin representar con la palabra comedias de ideas. Ella era, sin saber que lo era, aquella Sofía, *alumna de la Naturaleza*, creada por el genio filosófico-romántico del buen Rousseau. Y al verter en el pecho de su *Emilio* sus cuitas y sus zozobras, advertíase que la educación monjil y las sutilezas sociales en que después viviera, fueron ineficaces para desterrar lo que en su naturaleza espiritual había de pampa, de ingenuidad hermosa, de franqueza sana y tierna. Había padecido miedo de perder su cariño, y así se lo dijo, sin orgullosas reservas femeniles, como se lo diría una moza de aldea á su amado gañan. ¡Qué torturas! ¡qué refriegas espirituales y qué tempestades de mente había sufrido al pensar que otra más hábil en lucir sus hechizos y con mayores recursos de seducción lo cautivara al fin! Entónces... "¡Ay, Sebastián! Creí que se apagaba la luz de los cielos ¿sabés? Todo lo veía negro, hijito; una negrura compacta como la pez helada. El corazón se me arrecía, como los pájaros recién nacidos que se caen del nido á la nieve. ¡Cuánto me ha hecho sufrir la farsa que hemos tenido que representar! Algunas veces me parecía que vos te esmerabas demasiado en la representación. ¡Vieras, hijito, lo que entónces sufría! ¿Te acordás de aquella noche que estuvimos celebrando el cumpleaños de D. Roque? ¡Ay, hijito! no quiero ni acordarme. Lloraba y lloraba, por dentro ¿sabés?

Mi corazón nadaba en un charco de lágrimas. ¡Qué rabia no poder decir: ¡es mío, es mío!

—¡Oh, mi querido ángel pampero!—exclamó Sebastián, emocionado y risueño.—Es invención de los celos todo tu sufrimiento. ¿No te merece confianza mi amor, mi amor infinito, mi honradez, mi...

—Sí, sí, hijito! Pero el amor, el amor verdadero ¡ay, Sebastián! es lo más caviloso ¿sabés? lo más desconfiado. A Cupido le pintan con los ojos vendados... ¡qué error tan grande, hijito! Cupido es lo más vivo cuando está en el alma de una que ama como yo te amo. No es ciego, no, ¡qué esperanza! Lo ve todito, y hasta ve lo que no existe. Es un sabio, un iluminado, y más analítico...! Fijáte si será observador: en todos los discursos que vos mencionabas la belleza de las criollas, se fijaba mi Cupido, leyéndolos muy despacito para ver si te habías inspirado en mí ó en otra; y cuando veía que las imágenes y los símbolos del discurso se parecían á mí ¡vos vieras, hijito, los saltos de alegría que daba mi Cupido!

Langredo se echó á reir, cautivándole aquella inteligencia penetrante. Al paso de los enamorados bajo la galería de eucaliptos, azorábanse los pájaros entre las ramas. "¡Pobrecitos! ¡pobrecitos!—dijo ella al verlos tan asustados—Me parece que los conozco á todos; son los mismos que andaban por aquí cuando yo era chiquilina. Entónces éramos lo más amigos; pero ya no me conocen.„

—A vos te quieren hasta los pájaros—dijo Sebastián con acento apasionado.

—Calláte, hijito, que también hay quien no puede ni verme.

— Vos tenés la culpa de vivir con personas que no te quieren bien. Ya hace tiempo que debías estar en casa de misia Carlota. Así nos hubiéramos evitado también de andar ocultando nuestros amores.

— No, eso no; sería dar un disgusto tremendo á D. Jorge, á mi protector, á mi padre, mejor dicho. Yo no me voy de su lado ¡qué esperanza! Se moría el pobre viejo.

— Felizmente, es cuestión de poco tiempo. Nos casaremos en cuanto se arreglen estos asuntos políticos que no me dejan tranquilo. La revolución está por estallar de un día á otro no más.

— ¡Ay, Dios mío! Tengo un miedo de que te vaya á pasar algo malo!... ¡Ay, Sebastián! tiemblo cuando oígo que habrá revolución.

— No tengás miedo. Todo ello no pasará de un par de días y unos cuantos tiros al aire.

— Quien sabe, quien sabe...

— Seguro, seguro. Después nos casamos, y no vuelvo á meterme en política, viviendo para tu vida.

— ¿Por qué no la abandonás ahora mismo?

— No puedo; estoy comprometido con los amigos, y además, algo hay que hacer también por la patria.

¡Oh, venerable sombra de Guzmán! Estremécete. Valentina dice que la novia es primero que la patria. Y las cosas que después agrega son de un anarquismo tan espantoso, que asustarían al mismo Grave. Se puso hecha una dinamitera, una petrolista, una *ravachola*. Tenía celos hasta de la patria. Tuvo él que sosegarla, diciendo: "Para mí, vos estás por encima de la patria y de todo lo existente."

— Sí... eso decís ahora, y cuando estás con Raquel...

—Pero ¡hijita! ¿todavía?

— Já, já, já! No hagás caso. Lo digo por embromarte.

Aquellas reticencias eran las mañas y los artificios que inventa el amor para hacerse más dulce.

— Vos no sabés — añadió — cómo está de enamorada Raquel. Es una cosa... vos viéras, hijito, cómo te ama!

— Raquel me honra demasiado.

— Más te honro yo — repuso ella en tono festivo, con un iris de sonrisas en el hermoso semblante.

— Es verdad.

— No, no es verdad. Lo he dicho en broma ¿sabés? El honor es para mí, que soy una desgraciada, sin familia, ni posición decorosa en el mundo.

Y al decirlo se ponía triste. Trató él de apartarla de aquellos pensamientos sombrios; pero Valentina insistió en que el honor era para ella. „Sí, hijito, para mí. Yo soy una infeliz, y vos un hombre de talento; yo soy pobre, pobrecita, recogida por caridad, y vos un hombre rico; yo...„

— Si seguís, me enojo.

— Pues no sigo.

Desprendióse del brazo de Sebastián para cortar una plantita de trébol que se erguía muy esbelta en la orilla del camino. "Mirá, ché, Sebastián, — dijo, mostrándosela entre sus delicados dedos: — tiene cuatro hojas, y ésto indica felicidad para la persona que la halla. Tomála, hijito, para que tengás suerte

en la revolución y en todas las cosas de tu vida.„

Guardó él la plantita en su cartera, entre unas cartas azules con monograma de violetas, verdadera maravilla de las artes gráficas. Hablaron luégo de la pasión del doctor Sonajas por Raquel y del ódio que tenía á Langredo. "No cesa de calumniarme y está empeñado en anularme políticamente. Algún día vamos á tener un incidente desagradable.„

—Me da miedo oirte. ¡Ay, Sebastián! yo no sé qué horribles presentimientos pasan algunas veces por mi mentè. Forcadell... yo no sé, hijito... pero siempre me ha parecido un hombre lo más malo. Es un indio, un indio civilizado ¿sabés? que es peor que el indio puro. Para evitar ese incidente, vos debías decirle que no tenés amoríos con Raquel.

—Eso no, Valentina; porque él es tan orgulloso y tan torpe, que seguramente había de creer que se lo decía por miedo.

Ni áun los hombres ilustrados y cultos como Langredo están excluídos en el mundo, y menos en esta tierra, de mostrar un valor tozudo como cualidad esencial de su espíritu. El valor es una forma de la animalidad humana, su elemento más tosco, lo último que la civilización desterrará de la naturaleza del hombre. Valor entre y contra los hombres ¡qué barbarie encierra este sentimiento! Y sin embargo, no pensaba igual Valentina, en cuyo pecho sintió acrecida la figura de su amado; teniendo miedo de que fuera valiente, se alegraba de que lo fuera, gozándole por fuerte en el lecho hondo de su espíritu.

Distrájoles de su mundo propio las risas

de Eizaguirre y Emilia; risas frescas, brotadas de almas sanas. En el fondo azul de los ojos de Emilia, bajo sus pestañas de hilos de oro, fulguraba la luz de mil amaneceres; su rostro, ayer clavel recogido en capullo, habíase expandido hasta la plenitud de la rosa; en las sienes, bajo su cútis de azucena, palpitábale rebosante la vida en las menudas venas mal cubiertas por los rizos llevados al desgaire, juguetes de los primeros vientos de la noche. Hallábase poseída de un regocijo redundante que le brotaba de los dilatados jugos de su vida de renuevo. Y no hacía más que reirse, reirse de todo cuanto le decía Eizaguirre, cuyas ingenuidades pastoriles, dignas de ser acompañadas con caramillo, arrancaban en ella ahogados relinchos de gozo.

—Pero Vd. no hace más que reirse, sin decirme ni sí ni no—manifestó el *Vasco.*

—¡Ay, Jesús! ¡qué apurado!

Y rompió en nueva explosión de risas, que eran como un escape de vida sobrante.

Iba cerrando la noche en densas tinieblas invernales, sin luceros fúlgidos, la luna en cuarto, cual un esbozo de rostro muerto en el inmenso cuadro de los cielos. Empezaban á lucir los insectos noctílucos, despidiendo la luciérnaga sus luces fosfóricas, mientras los huesos de los potros muertos antes que domados, producían entre la yerba un relampagueo fatídico, miradas aviesas y fatídicas, rememoradoras de la muerte en rebeldía.

Al regresar á la estancia las dos parejas, salióle al paso *San Martín*, un hermoso perro, de robusta cabeza, largas melenas y noble mirar, que volvía de prestar su ayuda á los

gauchos en el rodeo de las haciendas, cumpliendo así su obligación, casi humana, de ganarse el mendrugo. "Con la sonrisa en la cola y el sudor en la boca„ acercóse á Valentina, á lamerle las manos en recuerdo cariñoso de una amistad antigua, cuando él, *San Martín*, rebajaba gustoso la dignidad de su especie, convirtiéndose en manso borriquito para pasearla sobre su lomo por las veredas del jardín, con sendas bridas en las quijadas y cariñosamente guiado por D. Jorge.

— ¡Oh, noble, hermoso y fiel *San Martín!*— exclamó Valentina acariciándole la cabeza.

— Ché, Valentina — dijo Emilia: — eso de noble, hermoso y fiel, no lo has dicho por *San Martín*. ¡Pobrecito *San Martín!* ¡cómo te engañan!

Todos celebraron la ocurrencia con grandes risas, exclamando Valentina, roja de rubor: "Pero ¡hijita! ¡que sos pícara!„

Cuando llegaron á la casa ya estaban en la mesa D. Jorge y Olariaga, concertando la operación de venta de los novillos. Recogidos todos en intimidad cariñosa y dulce, en medio de la soledad del campo, á la antigua usanza de la familia criolla, don Jorge evocaba los recuerdos de su *Patria Vieja*, de aquellos tiempos que no se conocía en la pampa la vida ciudadana, ni los criollos habían visto exposiciones ni viajado por París; cuando de vereda á vereda, en las calles de Buenos Aires, unos y otros se invitaban así á comer: "Véngase no más, amigo, que la patrona ha puesto pollo con arroz;„ y se comía en mangas de camisa, bajo los emparrados del patio, en cuyo fondo baldío, libre á todos los vientos, se levantaba la hogue-

ra para asar el cordero. "Ah, compañero! — decía don Jorge á Olariaga — ¡qué tiempos! que tiempos aquellos! Dicen que hemos progresado... ¡pa pior, amigo, pa pior! Entónces toda era gente bien, puros criollos viejos; y ahora ¡pura gringada, compañero, y pura picardía! Y los hijos de los gringos... vea, amigo, vea cómo han puesto al páis... ¡qué cosa bárbara!„

Después de cenar, Emilia pidió á Valentina que tocara en la guitarra y cantase unas *Vidalitas*. "Salí, hijita, ¡qué cosas se te ocurren! Yo no sé cantar ¡qué esperanza!„ Uniéronse al pedido Eizaguirre y Langredo. "Si no sé, Sebastián, si no sé„ — dijo ella en un tono dulcísimo. — "Dígame, viejo — preguntó él á D. Jorge:—¿sabe? ¿cierto que sabe?„—„;¡Cómo no, mijo! Canta lo más lindo. La enseñé yo de chiquilina. Vos viéras la carita y los ojitos tristes que ponía cuando cantaba. No podía decir "palomita blanca que yo te crié;„ y decía *clié* ¿sabés? ¡Amigo! que me reía yo con ella. Decí crié, mija, decí crié, y nada, *clié* y *clié*... y así nos estábamos aquí las horas muertas, hasta que se me quedaba dormida en los brazos, como un angelito... ¡pobrecita! ¡pobrecita!

Valentina se arrojó al cuello de D. Jorge, rompiendo á llorar con una congoja que conmovía á las mismas piedras; la pobre muchacha se ahogaba.

—¡Valentina! ¡mija! ¡sosegáte! — exclamó D. Jorge, poseído de una emoción que le oprimía el pecho, la garganta y la vida toda.

Deshecha en lágrimas la enorme montaña de congoja, serenóse la Maldonada; y al ver lo

conmovidos que todos estaban, dijo, haciendo esfuerzos por sonreirse: "No es nada, no es nada; ya se me ha pasado. Ha sido una cosa... ¡ay, Jesús!... perdónenme.„

Nadie se atrevió á mencionar de nuevo las *Vidalitas*, hasta que dijo D. Jorge: "Yo les prometo que cantará mañana por la noche para celebrar la hierra. ¿Cierto, mija?„

—Sí, mañana sí, aunque ya les he dicho que lo hago muy mal. Ahora no puedo, no puedo.

Para pasar la velada, D. Jorge propuso á los jóvenes que ayudaran á la cocinera á elaborar los pasteles para la hierra. "En mi estancia se han de seguir no más las viejas costumbres criollas, y es necesario obsequiar mañana con pasteles al gauchaje.„

Hicieron traer la pasta de harina dulce sobre la mesa, y mientras los dos viejos jugaban al truco, comenzaron los cuatro jóvenes su tarea confiteril. Valentina y Emilia se reían al ver á los dos abogados luchando en vano por dar á la pasta forma de rosquilla. Los dedos de Eizaguirre, sobre todo, eran de una torpeza sin igual para aquella delicada faena. Por fin, lograban elaborar algo así como un pan criollo, y entónces eran de oir las carcajadas de Emilia. "¡Por Dios, Damián! ¡qué pastel!„ — "No es pastel, señorita: es un corazón, el suyo; me ha salido sin pensar„ — "¡Ay, Jesús, qué grande.„ — "Así lo veo yo, y así tiene que ser no más, por el hecho de verlo así.„ Ella se puso como una amapola. "Retrucále, mija, retrucále„ — dijo D. Jorge desde el otro extremo de la mesa. Todos rompieron en sonoras risas, mientras Valentina decía á Langredo: "¡qué

bueno, qué bueno es el viejo.,, Olariaga aprovechó aquella distracción de D. Jorge para envidarle: " truco, compañero.,, Irguió su pera el gran Cascante, y... "Retruco, amigo, oh...! ¿qué se ha créido? ¡Ya me lo ensarté al matrero!,,

— ¡*Ahura* no más se pelean los compadres — exclamó Eizaguirre en el más acabado tono gauchesco.

Emilia tomó un trozo de pasta y se puso á elaborar un pequeño muñeco; le hizo un cabeza redondita, muy bien peinada, con onditas sobre la frente; un bigotito afilado, con unas guías muy monas; le vistió con un traje muy planchado; le puso un cuello muy alto y una corbata plastrón, de las de última novedad, y cuando estuvo concluída la escultura la colocó sobre la mesa. "¡Tinadillos!,, — exclamaron todos. Sin decir nada, sonriéndose siempre, volvió Emilia á tomar otro pedazo de pasta, comenzando sus dedos, blancos y finos "de dulce carne acompañados,, á forjar otra figura muy distinta; alta, de robustez elegante, noble frente, un hombre hermoso en grado extremo. No le faltaba más que respirar para ser Eizaguirre. La colocó de pié, frente á su vista, y en seguida, con desdén lento, deshizo la figura que representaba á Tinadillos, arrojándola en pedacitos al montón de masa. Todos se echaron á reir sin decir nada. "¡Oh!... ¿y qué tiene eso? Es un muñequito no más,, — dijo ella mirando al *Vasco*.

Fué aquella una velada muy grata. D. Jorge perdió la partida, lamentable fin de su exagerado amor propio, que con buenos ó malos naipes, le hacía retrucar á todos los trucos de su com-

padre. Al buen Cascante le perdía su prurito de guapeza, fatal epidemía criolla.

Recogiéronse los tertulios; los dos viejos en una habitación; los dos jóvenes en otra junto á la de los viejos; las dos muchachas en una situada al otro extremo de la casa. Todos durmieron muy poco; los viejos se pasaron la noche discutiendo de cama á cama el precio de los novillos; D. Jorge sosteniendo el valor de sus haciendas, no tanto por espíritu mercantil como por demostrar á su compadre que él era el mejor invernador de la provincia; Eizaguirre y Langredo no cerraron los ojos, gozando en confesiones mútuas, sus propias impresiones, sus amores colmados de promesas de felicidad, y á la vez acordándose de Buenos Aires, de las agitaciones públicas y de la revolución que se venía encima.

En la habitación de las muchachas la escena fué divertidísima. Emilia echó sendos bailes antes de acostarse. "¡Ay, *Vasquito*, querido *Vasquito!*,, —le decía á la silla con la cual valsaba. Era una alegria desbordada, brotes de su alma exuberante, la dicha plena, el apogeo del gozo espiritual. Valentina, ya acostada, se moría de risa viéndola desnudarse en medio de una charla incoherente, trunca por suspiros mezclados con carcajadas. Tiraba al aire los vestidos y los zapatitos, y besaba sin cesar un manojito de violetas que Eizaguirre le había regalado por la tarde. Se acostó con el ramito en el seno, abrazada á las flores, acurrucándose al lado de su amiga. "¡Uy, hijita! ¡D. Claudio! ¡mirále! ¡mirále!,, Charló más que pía un pájaro en una de tarde sol. Vencióla, al fin, su propia alegría, el cansancio de su propio gozo,

y se quedó dormida al nacer el día, con la sonrisa vagando en sus labios de rosa; bajo las pestañas un mundo de visiones difusas; la mente embargada por pesadillas dulces, un delirio manso y tibio, á cuyo influjo gozaba su corazón, en ritmo de ensueños, la plenitud del deleite. La línea de luz que penetraba por un resquicio de la ventana iba á filtrarse entre los dorados bucles de su pelo; parecía que la aurora nacía en su rostro, iluminando la noche que á su lado remedaba la cabellera de Valentina de Olorón.

XVII

LA HIERRA

Cuando amaneció, la silenciosa pampa era una inmensa sábana escarchada; parecía que hubiera llovido cristal en polvo. Era el aliento de la noche congelado en el suelo. Los árboles, el pasturaje, las junqueras, los espadañales, todo se hallaba rígido, entumecido, pasmado. El aterimiento de los nervios de la Naturaleza había detenido sus impulsos creadores. El reino vegetal yacía oprimido por el reinado del hielo, símbolo de supremacia de lo que emana de arriba sobre lo que abajo germina. La atmósfera, sin filtraciones de sol, tenía el duro color del acero. En el cielo vagaba todavía una estrella, la última, batiéndose con la aurora en guerra de luces. Los pájaros, cerrado el pico, no habían salido de las enramadas, recogido el cuerpo en su colcha de plumas; los teros, alborotadores de la pampa, dormían bajo los cardizales. En las lagunas de aguas pluviales,

los blancos cisnes y otros ánades flotaban quietos y adormecidos, esperando que la claridad total del día trasparentara el líquido cenagoso para bucear en perseguimiento de los peces, mientras éstos, á su vez, hociqueaban en el lodo, llevando el exterminio á las lombrigueras y tragándose vivas á sus moradoras. Entre la yerba, en la colosal extensión de la llanura, los insectos, el mundo infinito de séres pequeños, permanecía inmóvil en sus guaridas, llenos de escarcha los corseletes, sufriendo el arrecimiento con estoicismo humilde, y aguardando en paz serena el advenimiento del calor de los cielos para recomenzar, á su influjo risueño, la amorosa labor de su vida fecunda.

Rasgó el azul del cielo, sereno y puro, la roja cara de Febo, alegría del espacio, consolación de la tierra y gérmen de todo amor. Era una llamarada viva en medio del firmamento, como el incendio de un rosal. A su influjo perdía su mutismo todo cuanto en la Naturaleza bulle y se agita en son de guerra ó de paz laboriosa, lenta lucha de conquista. Al bajar el sol al suelo, chascábase el hielo de las yerbas con ruido leve, de armonía intensa, cual crujidos de un organismo de pelos de vidrío; perdían su rigidez los juncos y las espadañas, volviendo á su natural dócil y flexible; piaba un himno al Astro Magno algún pájaro delicado, perdido en la soledad, mientras la mayoría graznaba con torpeza de vida exuberante "chajá chajá„ "clua clua„ "tero tero„ "fio fio„ "bicho feo„ todo á pleno pulmón, como un derrame de fuerza sobrante. Corrían los teros, ó volaban á ras del campo, dando gritos estridentes para anunciar al mundo

volátil de bajo vuelo el paso de algún transeunte agresor. Sordas al aviso y ciegos sus hermosos ojos á la luz del día, las aves noctívagas, buhos, lechuzas y *caranchos*, con su robusta cabeza de necedad, su rostro arzobispal y su pico corvo, como hecho para siniestros crímenes entre las tinieblas, espulgábanse ahora al sol sobre la cúspide de una estaca de ñandubay, ó en un alambre de los que forman el seto de los campos. Los cisnes, gallardos gavieros del majestuoso esquife de Lohengrín, nadaban en los lagos, arqueado con soberbia su cuello elegante sobre el rizado oleaje, la blanca pechuga á flor de agua, y seguidos por numerosa corte de aves marinas con alas rojas como la lumbre y azules como el añil; y en revuelo incesante, las gaviotas, con su instinto culicívoro, hendían, devorándolas, las tupidas masas de cínifes, jejenes y tábanos, menguada raza de sanguinarios que se congregaban en montón á solearse en los rayos que caían sobre las aguas pestíferas, con vaho de podrición.

Al derretirse la escarcha brotaba de las frondas del césped una vaharada tibia, traspiración del suelo en jadeos de concepción, confundiéndose con el aliento de las vacadas y formando una atmósfera baja y neblinosa, impregnada de vida caliente. A su influencia desentumecíanse las víboras y las culebras, rebullendo en el suelo su cuerpo sin huesos: cantaba la perdiz sus dulces notas de reclamo, leve silbido de cita, y revivía el mundo de séres diminutos que arrastran entre la yerba su existencia oscura, librando combates que nadie oye, trasportando material á sus guaridas que nadie ve, en faena constante, silenciosa y humilde.

Con la salida del sol, galopando á campo traviesa, llegaron los gauchos invitados á la hierra, montados sobre el mejor de sus *pingos*, enjaezado de fiesta con lujosos arreos; nuevos los bastos, el cojinillo y la carona; de plata los estribos, las copas del freno y la sonante cascoja; con anillos del mismo metal las riendas y la contera del rebenque; el pretal cuajado de monedas, pesos bolivianos, *chauchas* chilenas y pesetas españolas, todo un muestrario de numismática; el largo lazo enrollado sobre el anca de las jacas. Los gauchos habíanse puesto sus mejores trajes, una idumentaria que revela las primeras iniciativas del hombre para vestirse, sin que falte en ellas la nativa coquetería de la raza humana. Todos lucían magníficos ponchos, pañuelo al cuello y el tradicional chiripá de merino negro, primer ensayo de la forma del pantalón; debajo, calzoncillo *cribau*, adorno lujurioso, cuyas puntillas y encajes, semejantes al fleco de las enaguas, caían sobre las botas de media caña, rameadas de caprichosos pespuntes blancos y rojos. Algunos llevaban una especie de blusa, también de merino negro, holgada en el pecho y los hombros, y recogida en la cintura por una trencilla; otros tenían saco oscuro, demostrando que la civilización les iba ganando de medio arriba, aunque nunca llegaba á la cúspide, á la cabeza, cubierta con un chambergo abollado de intento, las alas sobre los ojos y sometido á todos los ritos de la guapeza criolla, ó de lo que por acá llamamos compadraje. En la cintura el *tirador* (cinto) de cuero curtido, lleno de bolsillos para guardar la petaca, fabricada con el buche de un avestruz, la pipa, ó el papel de fumar los

que no fuman en pipa vasca ó inglesa, los documentos y el fruto de los conchavos. El *tirador* es la prenda en que se resúme la elegancia gaucha, su magnificencia y su rumbo; está lleno de bordados de estambre que simulan emblemas del amor, y recamado de monedas de plata, y, á lo mejor, alguna onza de oro, alguna pelucona trasconejada á los vireyes de Fernando VII.

Entre los convidados y los de la estancia se entablaba esa interminable série de saludos que usan los gauchos, mostrando una afectada y melosa cultura que les haría aparecer como verdaderos señores entre los obreros y pastores de cualquier parte del mundo. "¡Hola, amigo! ¿cómo dice que le va? ¿qué tal, compañero? ¿qué me cuenta? ¿y su gente, amigo?" A este saludo expresivo y fino, seguía una relación de las peripecias del viaje, materia fecunda de las conversaciones gauchas; que se había asustado el *pingo* de los perros de la *pulpería* del *Nápoles*; que más adelante había rodado en una *vizcachera;* pero que él, el gaucho, había salido "paradito no más por las orejas."

—¡Ese loco lindo!

Esta exclamación de sorna gaucha, es una crítica feroz á las valentonadas y fanfárricos alardes de superioridad en cualquier cosa.

Salpicaban luégo la conversación de ironías mútuas y retruecanos maliciosos que acusan una agilidad mental como no la tienen las clases rústicas de ningún país. El gaucho vuelve loco al cazurro más agudo. Los Aristóteles de las montañas de Pereda, de ideas tenaces y secas, son en la pampa la birria filosófica del gaucho, ágil en la concepción, fulgurante en el razonamiento y festivo en el decir. Vive en ellos,

modernizado, el espíritu escandaloso, alegre y á la vez hondo de Quevedo, sedimento dejado en la pampa por los vireinatos crapulescos. Y á la vez *docilizan* el idioma, ganando en intensidad crítica lo que pierde en dureza viril y en retumbancia ampulosa.

Para los gauchos es la hierra una verdadera fiesta. Apesar de lo fatigoso de este trabajo, lo ejecutan de balde, y se dan por muy honrados cuando se les invita. Es para ellos como un torneo de las habilidades gauchas, donde cada cual se esfuerza por dejar bien puesta su fama de guapo, arrojado y ágil para enlazar y *pialar* los novillos más bravos.

La *gente* de *General Godofredo Cascante* hizo muy temprano el rodeo, llevando á una rinconada del campo las haciendas que debían ser marcadas. A corta distancia se levantó la fogata en que se habían de calentar las marcas de hierro y preparar el asado, los costillares de la vaquillona más gorda que había en el campo. Ante aquellos siniestros preparativos, mugian las vacas, bramidos de dolor por la suerte de sus hijos que seguían descuidados, prendidos á las ubres con fruición en el calor de la manada.

La terrible operación comenzó entrando á caballo al rodeo los enlazadores, *revoliando* el lazo, mientras los *pialadores* desplegábanse en guerrilla, esperando que los primeros sacaran el novillo enlazado del cuello y arrastrado por el caballo. Al entrar los enlazadores en el rodeo, salió un bramido general del seno de aquél mundo pacífico; el montón de ojos mansos comenzó á fulgurar, revolviéndolos la cólera en sus órbitas enormes. Replegábase la manada

en el rincón del campo, apretada por el miedo, sobresaliendo entre la masa compacta el medio cuerpo delantero de algún torete, enardecida la cabeza y sofocado el resuello. Corrían los novillos á buscar amparo á la sombra de los cuerpos maternos; pero caían, al fin, preso el pescuezo en el lazo artero; y arrastrados al galope del caballo, cayéndose aquí, levantándose allá y dando berridos de loca desesperación, los sacaban á la esplanada, donde empezaba lo más duro de su martirio y el apogeo de la diversión para los *pialadores*. Los pobres terneros, con la lengua afuera y arrojando blancos espumarajos, de ira impregnados, volvían los ojos á sus madres, bramando misericordia y auxilio; ellas les seguían hasta el borde del rodeo, respondiendo á sus bramidos con otros lastimeros; pero volvíanse luego atrás, á ocultarse entre el montón de sus congéneres, demostrando que en los animales como en los humanos, el espíritu de conservación está por encima de todos los sentimientos y de todos los afectos, incluso el de la maternidad. La *Generosa* que lamió el débil cuerpo de Jesús, prestándole el calor de su aliento, no hubiera ofrecido por Él su testuz en los mataderos de Herodes.

Una vez en la esplanada, el novillo enlazado corría desatentado y furioso en toda la extensión que daba de sí el lazo. Los *pialadores*, en medio de una algazara estrepitosa, arrojábanle el suyo á las patas delanteras, tirándole de lomo en el suelo, tras de un forzoso salto mortal, airoso y limpio, que hacía exclamar á todos los gauchos: "¡Lindo! ¡lindo!„ Y dirigiéndose al autor de la hazaña "¡Ah, gaucho guapo!„

Aquellas carreras arrancaban copioso sudor á sus caras soleadas, despertándoles una sed ardiente que refrescaban con tragos de caña de cuarenta grados. Tanto como la caña, sudada apenas bebida, embriagábales la lucha, encontrando en ella una satisfacción puramente animal, innoble y agresiva. D. Jorge era el primero en sostener la tradición de este torneo, exigiendo que el novillo fuera volteado con limpieza, con arte esencialmente gaucho; si caía de costado lo hacía levantar para que lo tiraran de nuevo con todas las reglas de aquel juego inhumano y salvaje, no importándole que se le perniquebrara ó descornase una res.

Ya en el suelo el pobre novillo, un gaucho le ponía su pié en el pescuezo, aplastándole las venas henchidas de rabiosa vida sanguina, ahogando sus bramidos, sus quejas de toro; sujetábanle entre dos las patas, mientras otro le inutilizaba para la procreación, convirtiéndole en manso buey, dócil al yugo. Y, finalmente, el mayordomo de *General Godofredo Cascante* le incrustaba en las nalgas el rusiente hierro de la marca, definitivo sello de domesticidad. Al sentir en las vitalidades de su cuerpo el frío filo del cuchillo, y en las nalgas el hierro ardiendo, en el paroxismo del dolor, inyectábansele de negra sangre encorajada los enormes ojos vueltos al sol, y desahogaba su cólera en resoplidos de furia, arrojando en bilis verdosa el pasto mal rumiado. Quedábase, al fin, como sumido en letargo, aniquiladas las fuerzas de rebelión, siendo necesario, terminada la herejía, hacerle levantar á puntapiés y ramalazos. Con el testuz humillado, la vista baja,

preñada de rencor, y muertos los nervios bravíos, íbase el choto al rodeo, á buscar consuelo en las ubres maternales. Luégo, libre de pasiones, poníase á comer yerba para echar abundantes carnes de matadero, ó criar fuerzas para el arrastre del arado, ayudando al hombre, su aliado y verdugo, á sudar sobre la tierra esquiva; el aguijón de la ambición del hombre traducido en aguijón de hierro para arrear al buey, y los dos tirando de la vida, maldita por Dios á trabajo forzoso.

Arrimado á la fogata, cuidando del asado, llevaba D. Jorge la cuenta de los novillos marcados en una tarja hecha de una rama de eucalipto, haciendo con su cuchillo (cabo de plata) una muesca por cada res sellada con el emblema de su estancia.

Tumbados sobre el césped, en calmoso abandono, aspirando campo y oreados por los aires sus cerebros revolucionarios, Eizaguirre y Langredo espoleaban el amor propio gauchesco del viejo, sosteniendo que no era "baqueano" para hacer el asado. "Y ustedes ¿qué saben? ¡puebleros!" Acercóse Langredo á dar una vuelta á los tostados costillares para demostrarle que conocía aquellos rudimentos del arte culinario. "Salí, mijo, no te vayás á quemar" — le dijo D. Jorge con tierno acento, de amor lleno, queriendo preservarle de todo daño con solicitud paternal.

Miró luégo hacia la estancia, y viendo á Valentina y Emilia paseándose en la terraza, exclamó: "¡Ahura sí que salió el sol! ¡Amigo! que habían sido dormilonas!" Y dirigiéndose á los dos abogados: "*Lárguensen*, muchachos, á buscar á las macabisas para que vean

la hierra.„ Obedecieron ellos con regocijo.

Bañadas de sol y de aire, abiertos todos los poros á la percepción del rocío fresco, á las exhalaciones de los tallos verdes y de las flores de invierno revividas por el deshielo, caminaban las dos muchachas al lado de sus rendidos donceles, hundiendo sus menudos piés en la yerba húmeda y volcando con el fleco de las enaguas la escarcha derretida en los cálices de las clavelinas. Enajenadas en el libre ámbito rural, envueltas en sol generoso y en el vaho del campo, de tibias fragancias lleno; viendo á los pájaros con el pico vuelto al cielo y oyendo con embeleso el rumor de la Naturaleza toda, sentían avivado el amor en sus espíritus, refluyendo en ellos, como de fuente fecunda, nuevos desbordes de pasión pura, y saliéndoles al rostro, en colores de púrpura, la dulce fiebre del alma.

Sentáronse en corro, sobre el césped húmedo, cerca de la fogata. Su conversación, envuelta al principio en las galantes retóricas de los salones, fué sin embargo viva y caldeada en su tono lleno de efusión; era como el agua de un calorífero encerrada en el nítido cristal. Poco á poco fué despojándose de su rigidez externa, haciéndose íntima, ingenua y sencilla, como emanación del campo circunstante, donde todo vivía sin fingimiento ni sentido doble, á plena vida, desdobladas las pasiones á la luz. Contribuyó á estas expasiones de intimidad el haber entablado las dos parejas diálogos aparte, cada cual con su cada cual. Comunicó Langredo á Valentina la alegría que produjeron en D. Jorge sus proyectos matrimoniales, declarados aquella mañana, antes de salir para la hierra. La Mal-

donada, en medio de su gozo, poníase triste de repente al acordarse de su madre, la gaucha Matilde, y de su vida degradante. "¿Qué le hemos de hacer, alma mía? — dijo él, esforzándose por consolarla. — Es necesario conformarse. Si estuviera en otras condiciones, la recogeríamos en nuestro futuro hogar; pero... En fin, no hablemos más de eso; veo que te hace mal, y á mí también. Después de casarnos, vos harás lo que te parezca con absoluta libertad, ayudándola y socorriéndola con todo lo que podamos.„

— Gracias, Sebastián. ¡Sos lo más bueno! — repuso ella con un nudo en la garganta.

— Sí, sí; pero hazme el favor de no llorar. No amarguemos estos momentos con recuerdos desagradables. Sosegáte, que todo se arreglará lo mejor posible.

Y como ella siguiera llorando en silencio, hilo á hilo, agregó Sebastián con festivo y cariñoso tono: "Anticipo mis derechos, querida Valentina, para ordenar á los soles de tu rostro que no viertan más lágrimas. ¿Qué te crées? Yo voy á ser un esposo mandón, el dictador de tu alma.„

En el rostro de Valentina, bañado de llanto recogido y silencioso, asomó una sonrisa de amor henchida. Tenía su semblante divino la dulce melancolía del Iris, por entre cuyas luces se filtran aliados el sol y la tibia lluvia primaveral. "Ya sé — dijo, con los ojos caídos y un poquito de mimo — que me has puesto un mote lo más feo y muy triste.„

— Triste, sí; pero feo, no. Te lo puse para halagar á doña Laura y á la *Michina*. ¿Quién te lo ha dicho?

— Un pajarito.

— ¿Rubio, de ojos azules, que está piando ahora con un amigo mío? ¿eh? ¿cierto?

Reíase Emilia con toda la vida, oyendo las cuitas de Damián Eizaguirre, cuyo tono, impregnado de ingenuidad, le penetraba á ella en el alma, calándosela con una especie de aguacero afrodisiaco, dulce y tibio, á cuyo influjo nacían en los jardines de su vida interior, de velloritas lleno, nuevos brotes y capullos que pugnaban por abrirse. Decía el *Vasco*, en lenguaje desnudo de poesía mental, de puro sentimiento crudo, que pensando en ella y sintiéndola toda viva dentro de sí, no había podido dormir en toda la noche. "¡Ay, qué mentiroso! ¡ay, qué mentiroso„ — exclamaba, negando con los frescos labios lo que afirmaban sus ojos húmedos, cargados de risas y henchidos de las emociones que, en aluvión de gozo, se le desbordaban del pecho.

El tierno idilio pudo tener un épílogo funesto. Levantóse de entre sus verdugos un novillo, casi toro por lo crecido y fuerte; espoleado por el fuego de la marca, echó á correr, ciego de dolor y de ira, la ira del dolor, hacia donde estaban los cuatro jóvenes. Gritaban los gauchos avisándoles el peligro; pero, cuando los enamorados quisieron acordarse, ya estaba encima, dirigiéndose á Emilia, atraído por la toquilla de vivos colores que llevaba puesta. Dió la niña un grito desgarrador, al que acompañó otro de Valentina, resguardada por Langredo que se había puesto delante, mientras Eizaguirre, veloz como el relámpago, saltó al cuello del enfurecido novillo, logrando, tras breve lucha, derribarlo en el suelo. Desvióle

enseguida, y el torete salió corriendo en otra dirección.

Cuando el *Vasco*, respirando fuerte, volvió al lado de Emilia, prendióse ésta á su brazo. No es que tuviera miedo, pues el becerro escapaba pampa adelante, tratando de sacudirse el dolor en una carrera loca, sino que le entraron unas ganas invencibles de darle un abrazo, ya que no en el cuello, en aquella columna generosa, protectora de su vida.

Y ¡qué bien! ¡qué bien se sentía apoyada en aquel brazo lleno de ardientes venas y pletórico de vida enérgica! Sintiendo el bullir de sus arterias alteradas por el esfuerzo, experimentaba ella como una fusión de vida; uníase aquel palpitar vigoroso á los temblores de su propio brazo, taladrando ropas y cutis para correr por un cauce común, vertidas recíprocamente las esencias de sus vidas en efluvio desbordado. Y á la vez rebasaban sus almas las oleadas de la pleamar del amor.

"¡Ay, qué miedo, Damián! Le debo á Vd. la vida.„

— Pues, démela.

Echóse ella á reir con todo el cuerpo, torciendo la cintura para recostarse un poquito sobre el *Vasco*, impregnándose de él con disimulo. Y poniéndose seria de repente: "¡Ay, Dios mío! si le llega á matar á Vd. el novillo por defenderme . . . „

— ¿Qué ¿qué hubiera usted hecho?

— Le habría rezado muchos Padrenuestros — dijo, dando á su rostro una compunción en extremo cómica.

— Me está Vd. martirizando, Emilia. Yo me voy á volver sonso amándola.

— ¡ No me diga ! ¡ Qué esperanza !

Y rompió de nuevo á reir con toda la fuerza de sus pulmones frescos, en los cuales era música de idilio su vitalidad áerea.

A la hora de la comida estuvieron viendo á los gauchos, en cuclillas y en corro, devorar el asado ; prendíanse con los dientes á una presa de carne, cortándola con el cuchillo en bocados sobre el borde de los labios, mientras sobre el filo del arma enfilaban hacia las muchachas sus ojos, clavándolos en sus mejores contornos. Cuando aparecieron los pasteles alegróseles el semblante en presencia de la golosina que más halaga los paladares gauchos ; y al saber por D. Jorge que las muchachas los había elaborado, comíanselos con doble fruición, paladeando las esencias que en ellos quedaran de las manos que los hicieron.

—

Recogidos por la noche en la estancia, en intimidad cariñosa y dulce, nutridos de la serena calma del campo, obligaron á Valentina á cantar las prometidas *Vidalitas*. Trajo D. Jorge una guitarrita vieja, la misma en que enseñara á su nena los primeros rudimentos de aquella música reveladora del alma pampera, del sentimiento simple, de la poesía viva. Adujo ella su torpeza ; pero, cediendo, al fin, á los insistentes ruegos, tomó la guitarra y comenzó á puntear con sus dedos sonrosados los primeros compases, gemidos lentos y suaves, que sirven de acompañamiento al canto. Todos guardaron un silencio religioso, fijos en ella y pendientes de sus labios. Intentaron éstos por dos veces romper á cantar, y no pudieron, embargados por la emoción y cierta

vergüenza que se traducía en una sonrisa triste. Animáronla todos y especialmente D. Jorge. "Andá, mija, como si estuviéramos los dos solitos." Quedóse ella seria de pronto, bañado el rostro de melancolía dulce, los ojos húmedos, y, poseída de toda la ternura del canto, lanzó la primera nota, un semilloro acongojante, henchido del sentimiento de la soledad:

"Palomita blanca
Vidalitá
Que yo te crié.
Sin darla motivo
Vidalitá
Se voló y se fué."

Era su canto el poema del abandono resignado, las tristes endechas de las almas humildes que vagan solitarias por la pampa, el resúmen de las cuitas gauchas, su dolor espiritual teñido de calma en el silencio de la llanura inmensa. Ponía la Maldonada en aquel canto algo de su vida, de su raza y su alma toda, una efluxión de tristeza, honda y tierna, en que, por extrañas vías, se aunaban, en las profundidades de la vida interior, el amor y la muerte, un consorcio de agonía material y de las plenitudes del ánima en su invisible existencia sin finalidad. Era un canto de intensa ternura, henchido de congoja, de dolor pacífico, de lloro interno y silencioso, de resignación humilde y tranquila. Era el poema musical sin origen, sin autor, sin pentágrama, nacido de un suspiro y popularizado en las alas de un céfiro por todas las chozas pastoriles de la pampa.

Con los acentos tristes de la voz de Valentina, en abrazo armónico, en misteriosa fusión de sonidos, íbanse las vibraciones de la guita-

rra, intensas y vagas, á reposar en el lecho de las auras dormidas. Allí arriba, entre los crespones de la noche invernal, en su regazo negro, de misterios lleno, y chocando con la invisible lluvia de escarcha, morían las notas de aquella *Vidalita*; morían los sones de percepción material; pero en el corazón de los oyentes quedaba el recuerdo de su eco, su alma eterna; quedaba mientras vivieran vida terrena, resurgiendo después en la resurrección inmortal; quedaba eternamente.

A D. Jorge ¡qué vergüenza! le corrían dos lágrimas como avellanas, rodando por entre el boscaje de su rostro, sin que se deshicieran en el bardal de pelos, tan apretadas de emoción bajaban; Emilia hacía esos pucheritos que son los preludios del llanto, teniendo el cielo azul de sus ojos lleno de agua tibia; el *Vasco* tenía su carota, hermosa y simpática, teñida de tristeza; los pucheritos de la *macabisa* le ponían más blando y más tierno que... no sé qué; Langredo, á quien le sonaba en el alma la voz de Valentina, quería disimular con tosecitas leves y carraspeos inútiles la conmoción que le subía á la garganta. Nadie se deja ablandar el espíritu sin oponer una resistencia íntima.

En medio de una atención profunda, Valentina cantó la segunda parte de la *Vidalita*, aquella en que se vierte el consuelo, el lenitivo á la pena evocada por la ausencia de la palomita blanca, emblema del amor ausente:

"Pero si es constante
Vidalitá
Y sabe querer,
Cuando menos piense
Vidalitá
La volvere á ver.„

"¡Otra, mija, otra!" — exclamó D. Jorge, viendo que la Maldonada dejaba la guitarra. Obedeció ella por complacerle, complaciéndose á su vez de verle complacido, y volvió á cantar, con sus enormes ojos bovinos posados en Langredo:

"Sin que nadie sepa
Vidalitá
Tengo un mensajero,
Porque mis suspiros
Vidalitá
Los lleva el pampero."

"¡Lindo, mija, lindo!" — repetía el buen viejo, reventando en sus ojos las lágrimas. "¡Ah, la *Patria Vieja!*" Y volviéndose á Langredo: "¿Qué te parece, mijo?"

El *Mijo* no estaba para responder; en cuanto hubiera abierto el pico sale un sollozo.

— Llorá, ché, hermano, llorá; no tengás vergüenza ¡qué diablo! — le dijo Eizaguirre al ver su rostro inflamado de emoción. — Somos todos de la familia — agregó, buscando con sus ojos nobles la aprobación del duendecito rubio, el cual le decía con las pestañas de los suyos: "¡cómo no, querido *Vasquito!*"

Al dejar la guitarra, Valentina se aproximó á Langredo, y *lo que le vió* tan enmudecido, le preguntó muy bajito: "Te sentís mal, ché, Sebastián?"

— Cálla, cálla....

—

Pasaron los jóvenes muy gratos días en *General Godofredo Cascante*, pletóricos de vida física y en plena salud de alma; pasaron horas que perduran en la memoria del corazón, formando ese oásis de consuelo en que se recoge

la vida en los momentos de penuria moral, de consunción y de dolor físico, remozándose en el recuerdo y en él viviendo, como sobre un residuo de frías delicias. Gozaron muchísimo; pero, como todo en esta vida está sujeto á un fin, más cercano para lo más feliz, tuviéronlo también aquellos días consagrados al buen Cupido.

El 24 de julio, al anochecer, llegó un gaucho de la estancia de Eizaguirre con una porción de telegramas para éste y para Langredo. Eran de sus amigos de Buenos Aires, anunciándoles que la revolución estaba por estallar. En uno de estos telegramas le decía Miquelena á su buen amigo Langredo: "Se han precipitado los acontecimientos; ven enseguida, porque Foıcadell anda propalando que te has ido al campo por miedo, y los más imbéciles empiezan á dar crédito á esta vil calumnia. Apesar del mal rato que te causará esta noticia, te la comunico para que vengas enseguida y desmientas con tu presencia á este miserable y á los canallas que le rodean. Que venga también el *Vasco*; pero enseguida, enseguida.,,

Lívido de cólera, enseñó Langredo el telegrama á su amigo.

"Sosegáte, ché, hermano, que no te conozcan las muchachas el estrilo.,,

— No hay cuidado, Damián; soy bastante sereno — repuso Langredo, esforzándose por dominar su ira.

— Dejálo no más, ché, hermano — agregó Eizaguirre, no menos nervioso que su amigo; — dejálo no más, que yo te garanto . . . me caiga muerto, ché, hermano, si á ese indio fiero no le hago yo revoliar las patas de un zoquis. Ahora,

calláte no más la boca, y vámonos á Buenos Aires.

Comunicaron á D. Jorge el contenido de los telegramas, menos lo referente á las habladurías de Sonajas. Encendióse el gran mitrista y les dijo:

"Aprétense el gorro, muchachos, y vayan á defender la *Patria Vieja.* Duro y parejo, muchachos, hasta no dejar un sólo cordobés vivo; y sobre el pucho no más, hemos de llevar al *Viejo* á la presidencia. No lo olviden, muchachos: el *Viejo* será el salvador de la *Patria Vieja.* Y ahora, váyanse no más; yo me largaré mañana con las macabisas. ¡Viva el *Viejo*, muchachos...!"

XVIII

BUENOS AIRES BANDOLÉRICO

La aurora del 26 de julio fué saludada á cañonazos y tiros de fusil, disparados sin rumbo por la ciudad, sobre enemigos invisibles. Al amanecer, los cívicos se apoderaron del Parque de Artilleria con ayuda de un general sublevado, una especie de Coriolano, víctima de todas las exageraciones populares; primero aplaudido hasta el delirio, vilipendiado luégo, encarnando en su persona al traidor, al vendido que necesita toda revolución cansada y rendida para disculpar su propio desaliento.

Desbordóse muy temprano por las calles el abigarrado vecindario bonaerense. Siguiendo el eco de los tiros, muchos fueron al Parque á tomar las armas, impelidos por ese instinto dramático que vive en la sangre; otros á

ver lo que había; algunos, cegados por el egoismo mercantil, á defender la baja del oro; no pocos por seguir sin ton ni son á los que iban; y los más por darse *corte* de rebeldes, cualidad que viste mucho en una sociedad compuesta, en su mayoría, de audaces y de hijos de audaces.

Había llovido la noche anterior; una lluvia menuda y terca, como lagrimeo de un cielo desolado. Los revolucionarios estaban llenos de barro hasta las rodillas, y lo mismo las manos, trabajando febrilmente en levantar el adoquinado para formar trincheras en las boca-calles y alrededor de la plaza del Parque, convertida en baluarte de su resistencia. Eran casi todos jóvenes de Buenos Aires y extranjeros, muchachos en el apogeo de la vida, en calcinación el alma, interesados, más que en derrocar al Gobierno, en sentar fama de guapos entre sus mismos correligionarios. Era un *compadreo* general, un lujo de audacia, una exaltación de amor propio que les hacía sacudirse el miedo, oculta aguja de hielo entre los ardimientos de cada uno.

Llevaban como distintivo en la cabeza el símbolo del carlismo, una boina blanca que todos procuraban ponerse con gracia arrogante, un poco ladeada, como queriendo indicar las ideas aviesas y los atrevimientos que cada cual llevaba debajo de la boina.

Muchos curiosos de los desbordados en el Parque en las primeras horas de la mañana, sentíanse contaminados de aquella atmósfera tormentosa y, á la vez, dotada de la alegría del campamento: cobraban un valor surgido del estímulo, y pidiendo una boina y un remington,

se quedaban allí. Había entre éstos muchos colegiales lampiños que abrazaban la causa sin saber fijamente lo que abrazaban, con una sonrisa juvenil en los labios; sonrisa que, en muchos de ellos, se trocaría al poco rato en angélico visaje de agonía. Querían estrenarse en su vida de hombres con una hombrada, y halláb anse poseídos del sentimentalismo del martirio, sin saber ¡pobrecitos! que la posteridad olvida á los que no fueron más que números de una fila. Los que volvían á salir del Parque íbanse á sus casas para tener el gustazo de verse sujetados por sus familias, oyéndose llamar con regocijo íntimo temerarios y malas cabezas, erigidos en héroes de hogar cariñoso. Poetizaban lo que habían visto; al doctor Del Valle repartiendo armas en medio de una oratoria fogosa; al general Campos organizando las baterías sublevadas y disponiendo el plan general del combate; á Sebastián Langredo comandando un pelotón de voluntarios en el sitio de mayor peligro; al doctor Sonajas convertido en una fiera cívica; á Eizaguirre hecho un zapador, desempedrando la calle con una barreta, y á su lado, cavando, Miquelena; á Tinadillos repartiendo boinas dentro del edificio del Parque, misión poco peligrosa, pero muy lucida, porque todos los revolucionarios tenían que verle.

Y sobre todas estas figuras, destacándose con sus perfiles cristalizados en la conciencia pública, la figura del doctor Alem, el adalid de los cívicos y el Marte de la Balvanera, en cuyo átrio le chamuscaran más de una vez su luenga pera los tacos de los revólveres electorales, dándole su serenidad ante la muerte todos los

prestigios de la guapeza criolla. Exaltábase la imaginación popular para pintar su arrogancia en el Parque; habíanle visto, trocada la galera en boina blanca, con un poncho de vicuña al cuello, la cartuchera sobre la cruzada levita, en la mano un remington, alta la cabeza, los ojos coléricos, la pera hecha un disparo, marcial y animoso, rodeado de los jóvenes y corajudos feligreses de la parroquia levantisca, sus preciados hijos políticos, que le profesaban un cariño exaltado y fanático. Más que el jefe civil, era el símbolo vivo de la revolución.

El pueblo andaba descuidado por las calles limítrofes al Parque, extrayendo la poesía á la guerra, fantaseando episodios entre el silbar de las balas disparadas contra vigilantes sueltos que corrían azorados desde sus puestos para acuartelarse. Parecía que nadie creyese en que aquello era una revolución. Estaban los oidos tan acostumbrados al estruendo, á las salvas de los rematadores, á las bombas con que se celebraba un triunfo electoral, á todo aquel animado estrépito que precedió á la revolución, que ya nadie hacía caso de los tiros, cuyos estampidos, por aclimatación del sentido auditivo, entraban á formar parte de los ruídos cotidianos, del disonante trajín diario.

Pero, uno aquí, otro más allá, Fulano en aquella esquina, Zutano en la otra, fueron cayendo curiosos, víctimas de balas perdidas con cuyo encuentro hallaron ellos la muerte; una muerte en frío, insustancial y pedestre; una muerte que les tomaba por sorpresa en plena vida, quitándosela toda de una vez, sin tiempo para aterrorizarse, pasando en tránsito

instantáneo de la salud rebosada á la agonía fulminante, del calor vital á la frialdad de lo inerte, de lo sensible á lo insensible, de lo vivo á lo podrido, mientras el alma, bruscamente separada de la materia querida, volaba á lo ignoto, al seno originario, refundiéndose en el alma universal de los muertos universos.

Entónces, al verlos caer, comprendió el pueblo la inmensa seriedad de todo aquel estrépito; seriedad que brotaba de la idea de la muerte, que es lo más sério que ocurre en la vida. Aquellas salvas no estaban huecas; tenían nervio de plomo mortífero; llevaban en espirales de pólvora el secreto de la eternidad. Aquello era la guerra con todos sus móviles personales y colectivos, con todo su empreño de pasiones, con todas sus múltiples ideas hechas acción, anónima en el agredir y matando desde lejos.

A media mañana toda la población se hallaba poseída del instinto revolucionario, del amor al drama, sintiendo riada de energías en el pecho, en la mente vesubios, en las venas Niágaras de sangre caliente. Para poner en acción todos éstos impulsos, esforzóse la imaginación en fraguar ideas caldeadas de ódio... ¿al Gobierno? No, no surgió contra el Gobierno aquella tempestad de encono, sino contra la policía, contra tres mil humildísimos gallegos y *chinos* que se ganaban su pan y el de los suyos sirviendo en las esquinas al principio de autoridad ejecutiva.

Prodújose entónces el espectáculo más bestial que haya presenciado país alguno del orbe en la edad moderna. En toda la ciudad, la masa amorfa, la ralea víl, trocó la revolución

en asesinato cobarde y á mansalva, matando, en ojeo, vigilantes desarmados é indefensos. Era aquello el desborde del instinto trágico, la expansión agresiva de la mala sangre, la *crísis de progreso* resolviéndose en el drama de los hartos. Los pequeños delincuentes, los pendencieros de oficio, los groseros en plena calle, todos cuantos fueran llevados alguna vez á una comisaría, aprovechaban aquel momento para vengarse, seguros de la impunidad á la sombra de la revolución.

En el centro y los extremos de la ciudad, fuera del Parque, organizáronse cantones de asesinos para dar caza á los infelices vigilantes que corrían á guarecerse en el cuartel. La mayoría de ellos no lograba llegar, cayendo muertos de un balazo que no sabían de donde salía. Muchos recibían la descarga entera de una pandilla de bandidos agazapados en una azotea, oyendo, entre los estertores de su agonía, la feroz carcajada con que se celebraba la hazaña. No tenían aquellos desventurados, agonizantes sobre las piedras, ni siquiera el honor de la conmiseración cristiana. Matábanlos como quienes machacan langostas entre coro de risas; con las bromas y la algarabía que acompañan al perseguimiento de un perro sin dueño, ó de un lagarto apresado entre zarzas. Para aquellos bárbaros, el traje de vigilante quitaba á sus víctimas la dignidad de la figura humana; parecíales que no eran de su misma especie; que no eran, como ellos, hijos de mujer y de hombre; que no estaban dotados de sentimiento; que habían venido al mundo por las vías puramente animales de la creación. No pensaban que por cada infeliz que cerraba

los ojos en medio de la calle, había una madre desesperada, una madre humilde, pero tan digna de afecto como la madre de un zar; una esposa enloquecida de dolor, una esposa también humilde sobre toda humildad, pero con el corazon en el mismo sitio en que lo tienen las princesas; y unos hijos, hijos de amor humano, que desde aquel instante sellaban pacto con el hambre. Y en el seno de esta familia de humildes no habría un criminal cobarde y repugnante, digno de ser agarrado con pinzas para arrojarlo en los antros de un presidio.

No era aquello, no, la verdadera revolución, justificada y plausible, que se iniciara en el Parque. Tales elementos populares, separados por el miedo del verdadero lugar de la lucha para lanzarse en una cacería propia de los caníbales, revelaban lo que hay de bandolérico en el seno de esta sociedad heterogénea y compleja, compuesta del peor de cada casa europea y con su sangre amasada. En todo inmigrante hay un principio de bandolerismo, sujeto, como esencia de vida, á naturales leyes de trasmisión. En aquellos forajidos en pandilla vivían re-encarnados los elementos biológicos, el alma siniestra de la Calabria y de Sierra Morena, anudada y fortalecida por nexo físico con el alma indígena y bagualesca de Juan Moreira y de Martín Fierro. Eran la reproducción de lo peor de la Europa salvaje en el crisol de un gauchismo bárbaro, anterior á toda luz civilizadora; una especie de hijos monstruosos del aguilucho limítrofe al Africa y del chacal americano. Endriagos fabulosos, carecían de la piedad humana y de los movimientos sensibles de las fieras.

Caíase de pena el alma, el alma de los buenos de alma, viendo acosados por todas partes á los modestos guardias de la paz de la calle, defensores al aire libre del principio de justicia. De todas partes les llovía plomo candente. Los pacíficos y los indiferentes apartábanse de ellos á escape, no fuera que les tocara un balazo venido de mano ruín y oculta en las sombras.

Al pasar los pobres corriendo en dirección al cuartel, entreabríanse las puertas de los *registros*, almacenes y casas particulares; asomaba por la rendija un brazo armado de revólver y hacía fuego sobre ellos, volviendo á cerrar enseguida, á ocultarse bajo los mostradores, mientras el infeliz vigilante se revolvía en su propia sangre sobre las duras piedras. Hasta los zarramplines de las tiendas, escobas del mundo mercantil, séres hechos á la humillación, con su cara de tercianas y el alma de trapo en su convivencia con la gambrona y el percal; hasta los cadetillos de las tiendas se permitían el lujo de aquellos heroismos. Y sus amos, pasados del cazurrismo europeo y de la miseria nativa al comercio improvisado, del arado y la laya á la opulencia americana, alentábanles en aquella obra cobarde, para que así ¡oh, penetración financiera! bajara el oro y se valorizasen las sargas compradas á libras esterlinas.

Todo ese elemento díscolo, atrabiliario y pendenciero que existe en Buenos Aires; toda esa juventud extranjera que vive aquí sin madre y sin afectos; el inmigrante llegado el día anterior, huyendo de la miseria ó espoleado por la ambición; el obrero de tralla y rebenque, cochero de plaza ó carrero de la Aduana, injerto en gaucho *pueblero* y temerón; el guapo

de oficio; el miembro conspícuo de la respetable *indiada*; el cuarterón *compadre*, señor feudal entre el gauchaje de su estancia; toda esa gente que hiede brutalidad tomaba parte en aquella sarracina, en aquella matanza de infelices, lejos del Parque, sustraídos á todo peligro.

Saciaban así, sin exponerse en la lucha y en la impunidad escudados, el odio corso que profesaban á la policía y sus anhelos de venganza por motivos fútiles; quién, por haber sido multado á causa de una reyerta que tuvo en la calle; quién, porque sufrió media hora de prisión por becerrear en las puertas de un prostíbulo, sonrojando á las mismas veteranas del vicio; éste, porque en una manifestación política se le obligó á replegarse en la vereda; aquél, porque fué sorprendido en el momento de dar un tentón á una señora en plena calle Florida; el otro, pequeño ladrón, cultor del *calote*, que quiere disculpar la estafa como una gracia de tradición puramente local, porque se le obligó á pagar el coche utilizado; algunos, beduinos de abolengo y zulús á perpetuidad, porque no consideraban como miembros integrantes de le especie humana al gallego y al *chino*, valiendo la *pata* del primero y la mota del segundo infinitamente más que ellos; otros, hijos parásitos de familias millonarias, porque necesitaban dar expansión en el crímen á las energías acumuladas en su vida sibarítica y mostrenca; muchos, dotados de naturaleza borrical, porque aquello era para ellos un respingo; no pocos, de espíritu avieso, digno de los siniestros análisis de Poe, porque llevaban en sí los gérmenes del delito tenebroso; y los más por

sentar una pueríl fama de bravos, de tiradores suizos algunos.

Y todos ellos realizaban estas hazañas desde sitios ocultos, bien resguardados detrás de las puertas, de las ventanas y de las tapias. La gentuza de los mercados, los carniceros, esos séres de alma endurecida que viven respirando hálitos de agonía, también tomaba parte en la matanza, disparando sus revólveres desde las azoteas de sus puestos, agazapados entre las verjas ó escondidos en los sumideros de la sangre de sus víctimas.

Jactábanse luégo, reunidos en rincón oculto, de los vigilantes que cada cual había asesinado; "yo hice sonar á uno que venía á caballo,, — "yo voltié dos,, — "yo tres, un gallego y dos chinos; el gallego, lo que me vió apuntarle, me decía: "no me mate, señor, que tengu mujer, que tengu hijus, no me mate ¡ ay, Cristu! no me mate!,, — "¿ Qué no te mate? Ahora vas á ver, y me lo largué redondito de un balazo,,. — "Pues yo — agregaba otro tigre — ví llegar á la disparada á un *pampa*; me quedé esperándole en la esquina, y cuando *enfrontó* "¡ alto, amigo!,, — "No me mate, patrón, que yo no soy del Gobierno.,, — "Había sido vivo el *pampita*; pero no le valió la treta, y ahí no más le hice revoliar las patas de un balazo en mitad del pecho.,,

Y estos relatos de muertes se acompañaban de humorismos y jocosidades que daban á la tragedia un aspecto superior á toda fiereza. Los mundos titánicos de Shakspeare y de Calderón no contienen víctimas inmoladas como animales grotescos, entre la birria y el escarnio. Hasta en lo más extraordinario y bestial de la

vida supera la realidad á las fantasías trágicas más exaltadas.

—

Rehechos en el cuartel los vigilantes del segundo relevo nocturno, y unidos á los que allí estaban en descanso, púsose el general Capdevila al frente de todos para combatir á los revolucionarics del Parque. Gallegos y *chinos*, dóciles como ninguna otra raza á la disciplina militar, armáronse en guerra sin proferir una sóla protesta. Iban á matarse en guerra, ellos que siempre fueron guardianes de la paz, evitando que los demás se mataran. Formados en los patios del cuartel, convertidos más que nunca en números, bullían en sus entendimientos rudos, forcejeando por establecer jurisprudencia, los principios de derecho, simple y rudimentario que ellos imponían en la calle, á pié y á caballo, resolviendo conflictos sin más código que el sentido común, fuente de la ley neta. Con su humilde hábito raciocinante, discurrían sobre aquel caso de *derecho público*, no saliéndoles la cuenta de su trasformación de autoridades en soldados militantes contra un pueblo que el día anterior obedecía sumiso á sus órdenes, al "camine á la comisaría." Y este pueblo, opositor al Gobierno imperante, se vengaba ahora en ellos asesinándolos. Diablo, diablo, ¿si representarían también algo de Gobierno cuando así eran atacados?

Bajo esta pregunta bulló en todos ellos el sentimiento de su autoridad ultrajada, y á la vez, un movimiento general de adhesión hacia el Gobierno, autoridad de su autoridad, traducida en la mente de los vigilantes bajo una forma puramente patronil, concluyendo ésto

por provocar en todos un sentimiento de fidelidad casi canina. Su odio al pueblo agresor acabó de llenarles de brío guerrero.

Mirábanse en la fila unos á otros con miradas de reconciliación, aplacados los odios nacionalistas y de raza, los inveterados antagonismos que les distanciaran en la vida pacífica, las rencillas de cuartel, las pequeñas envidias, brotando, frente á la mala suerte común, un espíritu de unión compacta, la fraternidad del cuerpo militarizado, envuelta en la solidaridad del miedo.

Los que horas antes escaparan de la muerte en las calles, tomaban el fusil y se pertrechaban de balas con la fruición de la venganza. Veríamos si ahora se atrevían con ellos los que hacía un rato les atacaran á mansalva, viéndoles desarmados y dispersos. No se atrevieron, no, ¡qué se habían de atrever!

Pasaron muchas calles sin que nadie les molestara, uniformados en columna cerrada, con el remington cargado y en el gatillo el dedo, reunidas en él las sensaciones nerviosas de la rabia y del miedo.

Vestido de gala, con relumbrante traje de parada, como para enseñar al pueblo las dignidades que encierra el arte de la guerra, y á la vez su buen humor para llevar consigo una mortaja lujosa, marchaba al frente el general Capdevila, montado en brioso semental, y seguido de sus gallegos y *chinos*, un ejército cosmopolita, compuesto de viejos y jóvenes, de lampiños y barbudos, de caras blancas, negras y cetrinas.

Entraron por la calle Libertad en dirección al Parque. Al llegar á la de Corrientes sintie-

ron lúgubres silbidos sobre sus cabezas; á muchos se les cambió el color, sintiendo frío en la sangre y un desvanecimiento de la vista que les tornaba en masa negra el ambiente; recogióseles á otros la vida toda en el corazón para sentir en él, con sobresalto, el mundo de sus recuerdos y de sus afectos, la mujer y los hijos; algunos la nativa tierra lejana y los lugares de la niñez.

Cuajado el miedo, siguieron avanzando por aquella calle en que el plomo volaba encajonado. Al ser distinguidos por los del Parque, arreciaron las descargas, comenzando la muerte á segar en la fila. Los revolucionarios concentraron sobre ellos todos sus fuegos, mientras á los costados y á su espalda se organizaban una porción de cantones. De frente, de atrás, de las calles laterales, de las azoteas, allí encima, del cielo mismo caíales una lluvia de plomo derretido y taladrante. A veces, de los tiros cercanos, á quemarropa disparados, les llegában los tacos, introduciéndose el fogonazo en la herida que abriera la bala, convirtiendo los bordes del agujero en sarro negro, quemada la carne. Los abrasaban, les barrían la vida en medio de la calle, y ellos, pobres infelices de valor humilde ¡adelante! ¡adelante! sumisos á la voz colérica de su bravo jefe, que milagrosamente seguía montado sobre el semental brioso.

Rotas de un balazo las tabas de la rodilla, cayó al fin el general bajo las patas de su caballo enfurecido entre el resplandor de los tiros y aspirando humo por sus fauces soberbias.

Fuera de combate el jefe, y acallada la voz que les diera ánimo, uniendo sus energías en

impulso compacto, sintiéronse abatidos, dispersándose en completo desórden por las calles traversales. Tiraban el *kepí*, y muchos se desgarraban la chaquetilla para quitarse aquel traje que concitaba sobre ellos las iras todas del pueblo. Y en la carrera, medio desnudos, heridos y escupiendo la entraña, alcanzábanles nuevas balas que les arrebataban los restos de vida, aquel hilo dolorido que todavía les unía al mundo.

Terminado el combate, veíase cubierta de sangre enfriada la calle de la Libertad, sobre cuyos duros cantos aparecían muchos cuerpos libres de martirio, el corazón quieto, los ojos secos y abiertos sin ver luz, evacuada la mente del mundo ideal, terminada la historia de sus dolores y gozos. El último escalofrío de miedo á la nada, al vacío insondable, había dejado rígidos sus cuerpos. La muerte vino enseguida á endurecer esta rigidez. Después vendría la descomposición con su corte de gusarapos que viven de muerte, y lo ablandarían todo, convirtiéndolo en masa informe, naturaleza pura, repleta de vidas agenas y nutridora de la atmósfera física y de la atmósfera histórica que respiran los pueblos.

Descansaban sobre el pecho de los muertos las cabezas desmayadas de los heridos, que al volver en sí, se aterraban ante el profundo silencio de aquellos cuerpos amigos, reintegrados á la tiranía del polvo, que simultáneamente devora, crea y cría. Sintieron agravárseles las heridas por el frío de las almohadas, á la vez que les ganaba el espíritu una resignación ardiente, calor ilusorio, y una fe que palpitaba en silenciosos ruegos de vida, aunque fuera inválida.

Asomábanse los revolucionarios á las azoteas para verlos tumbados é inmóviles sobre las piedras de la calle, en montones de cinco y seis, revueltos gallegos y *chinos*, abrazados algunos en el momento supremo en que se les escapara la vida, dándose otros la espalda, como si aún después de muertos siguieran vivos sus odios, odios de cuartel que germinan entre armas y son duros como el acero.

Los cívicos veíanlos sin lástima, como muertos resortes de un Gobierno aborrecido, como principios de autoridad yacente; algunos evocaban el recuerdo de una arbitrariedad, el irritante "camine á la comisaría„ seguido quizá de algún torpe empujón, y experimentaban el gozo secreto de la venganza; otros, embriagados por el triunfo, no tenía cabida la piedad en sus pechos; muchos los veían como séres distintos á la especie humana, como animales inmundos; hubo quien tembló interiormente al encontrarse sus ojos con aquellos otros inmóviles, petrificada la mirada en su última expresión de rabia ó de súplica. Los dientes hincados unos en otros dieron dentera á varios cívicos.

Y entre tanto seguían los infelices vigilantes durmiendo en la eternidad, quizá todos en el seno de Dios que abraza á los mártires humildes, á los cristos de las injusticias humanas, carne inocente de las pasiones políticas, brutos instrumentos de combate en que se apoyan las ambiciones de los ganaderos del rebaño popular.

Simultáneo al avance de los vigilantes pretendió entrar en el Parque un batallón de soldados de línea, siendo rechazado por el pelotón

de voluntarios que mandaba Sebastián Langredo, el cual se portó como un héroe, dirigiendo la carga con valor intrépido y gran pericia militar. En medio de una lluvia tupida de balas, desamparado en medio de la calle al frente de unos cuantos muchachos, logró batir á un enemigo disciplinado y aguerrido. Su nombre, bien conocido entre los revolucionarios, se agigantó con aquella proeza. Aclamáronle en el Parque, le abrazaron sus amigos con expansión de cariño, le felicitaron los jefes militares y oyó un " bravo, muchacho " de los labios del doctor Alem. En aquel ir y venir de los cívicos por la plaza, encontráronse Sonajas y Miquelena. " ¿Ha visto, compañero — dijo éste — cómo se ha portado el amigo Langredo? "

— Es mentira todo lo que dicen. Yo le he visto esconderse en una casa, mientras los otros se mataban.

— Hombre pequeño, el mérito se admira hasta en los mismos enemigos — repuso indignado Miquelena, volviéndole con desprecio la espalda.

La roña espiritual de Sonajas no se curaría con la miera de todos los enebros de nuestro planeta.

Al anochecer se acantonaron los revolucionarios en las azoteas de las casas que circuyen la plaza del Parque. A cada cantón se le puso un nombre expresivo, para que en todos sus miembros naciera ese espíritu de cuerpo que constituye la fibra colectiva de toda hueste guerrera. Dióse el mando de cada cantón á los jefes de guardias nacionales metidos en la revolución y á otros ciudadanos con alguna aptitud

militar. A D. Jorge, que anduvo todo el día luchando por las calles, se le encomendó la jefatura de uno organizado en la azotea de su propia casa, eligiendo él mismo la gente que había de formarle. Nombró su lugarteniente á Langredo y escogió al *Vasco* como ayudante de campo.

IXX

EL CANTÓN GENERAL GODOFREDO CASCANTE

No podía llamarse de otro modo. Al bautizarle con este nombre, se le acreció á D. Jorge el ánimo guerrero, experimentando en sí como una trasmigración del alma heróica de su abuelo. Nuestro viejo amigo, sin ser flojo, no era, por índole nativa, lo que se llama un héroe; pero podría llegar á oscurecer á Cambronne si en el momento de la lucha recordaba al general Godofredo Cascante ó al *Gaucho Pobre.* No se puede vivir entre séres heróicos sin sentirse estimulado.

Poseído del instinto del generalato, hizo formar en el Parque á los elementos que debían componer el cantón. Con guerrero acento mandóles ejecutar algunas maniobras rudimentarias, y poniéndose al frente del bisoño batallón, gritó: "De frente, ¡march...!„ y arrancó con sus amigos en dirección á la azotea de su casa, en momentos de un armisticio.

Al atravesar el corto trecho entre la plaza y su casa, oyendo tras de sí el taconeo rítmico y marcial de aquella tropa improvisada, invadieron en tumulto su espíritu las energías belicosas; presentóse á su mente, en visión

plena y clara, la batalla de Ayacucho, con exaltación patriótica releída en la historia, y se consideró en lo íntimo de su espíritu digno nieto de su abuelo, y hasta capaz de codearse con las sombras venerandas de los mártires que murieron por la *Patria Vieja.* El picor de estos estímulos, las obligaciones patrióticas debidas á su estirpe, su odio á los provincianos gobernantes y su entusiasmo por todas las causas que abrazara el *Viejo*, creaban en D. Jorge las valentías que pudieran faltarle como miembro perteneciente á una época tan escasa de mártires y en la que tanto se ha desarrollado el espíritu de conservación.

Cuando llegó el batallón á la casa ¡cómo estaban las pobres *ayacuchas!* Era una llorera general. Doña Laura y las tres muchachas se abrazaron á D. Jorge. "Sosiéguensen, mijas, que no me ha pasado nada. Esos cordobeses sotretas no nos van á hacer ni fósforos.,, Y devolviendo los abrazos, guardó para Valentina el más efusivo y tierno.

¡Qué ratos pasaron las infelices! ¡Qué angustias durante los combates librados en las calles, en los alrededores y en la puerta misma de la casa! Muchas balas atravesaban las ventanas, cruzando las habitaciones y estrellándose en los muebles. Ante tal peligro recogiéronse en un cuarto interior, acurrucadas las cuatro en un rincón, como pollos mojados, con el corazón encogido, llorando cada cual por el suyo, por Langredo dos, y por D. Jorge todas. El vocerío del Parque llegaba hasta allí. Al oir un "¡viva el doctor Langredo!,, en coro unánime y entusiasta, Valentina sintió que le faltaba el aliento y se le desvanecía la vista.

Quizá ¡oh, Dios mío! quizá le vitoreaban porque le habían matado. Pero los vítores se repetían, y por el tono animado de los aplausos dedujo que estaba vivo. Su fina penetración pudo distinguir la diferencia entre los vivas á los muertos y á los vivos; los primeros son lentos y fúnebres, con timbre de congoja; los segundos agitados y alborozantes ante la intrepidez ilesa; tienen la alegría del éxito.

Cuando Valentina le vió entrar, se le dilató en gozo la vida encogida por la zozobra. Si fuera posible dividir la intensidad del abrazo que dió á su protector, de seguro que no le toca á éste la mayor parte, apesar del inmenso cariño que le tenía.

Raquel, pálida, y á la vez poseída por un regocijo tembloroso, felicitó á Langredo por su heroismo y buena suerte en los combates de aquel día, y hasta llegó á decirle que había rezado á la Vírgen para que le protegiera. Valentina de Olorón lanzó sobre ella una mirada de leona encelada.

Mientras tanto, Emilia miraba con ansiedad á la columna de cívicos que iba entrando en la casa, y su cívico, el patriota de su alma, no venía. "¡Ay, *Vasquito!* ¿qué te ha pasado? ¿dónde estás?„ Esto pensaba cuando le vió entrar con el fusil al hombro y lleno de barro. "¡Ah!„ Del alma le salió este grito de júbilo. Dió escape á su alegría en aplausos, y para disimular la causa que los provocaba, su garganta de serafín guerrero gritó: "¡Viva la Unión Cívica!„ Contestaron todos los cívicos, atronando la casa con gritos recargados de aliento revolucionario, con timbre tremuloso sin embargo, porque entre las vibrantes cuerdas

de su entusiasmo había una cuajada en hielo. Emilia, en tanto, viendo las trazas de Eizaguirre, decía por lo bajo: "¡Pobre *Vasco!* ¡pobre *Vasco!* es lo más trabajador.,,

Al verla tan gozosa, Tinadillos, que entró de los últimos, no pudo menos de pensar con cierto instinto poético, al estilo de Göethe, "¡Oh, mi rubia Margarita, y cómo te alegras al verme!,,

Menos el doctor Sonajas, todos nuestros conocidos estaban en la casa. Subieron á la azotea, comenzando á organizar el cantòn, poniendo parapetos entre los balaústres y abriendo troneras en los macizos de las paredes, todo bajo la dirección de su jefe que ardía en impulsos guerreros. Ya no era él; era su abuelo. Antes de subir á la azotea había visitado al *Gaucho Pobre* en su cuarto común; y al verle posado en el banquillo del piano, empinada la cresta, las plumas crespas, los ojos brillantes, calzados los espolines y en actitud todo él de exterminar á los *Concorritas*, D. Jorge sintió como una trasmisión de aquel heroismo. Fué luego á la sala á contemplar el retrato del general de Ayacucho. Era una figura enérgica, de arrogancia antigua, mirada gaucha, cabeza histriciana y rostro de pómulos salientes y duros, en cuyo bronco boscaje se advertía la tradición peluda de los Cascantes. Parecióle á D. Jorge que aquella figura se animaba en la tela para decirle: "Tené presente, mijo, que sos un Cascante; que llevás el apelativo de un defensor de la *Patria Vieja*.,, Salió de allí enardecido, dispuesto á desafiar la lluvia de balas cordobesas.

Al anochecer quedó organizado el cantón

y el orden de las guardias por parejas en las horas de armisticio. Dos cívicos velaban en la azotea, mientras los otros descansaban abajo, en los patios y pasillos, arropados en mantas, y los más íntimos de la casa hacían tertulia con doña Laura y las muchachas.

Las casas vecinas y las de enfrente también estaban acantonadas, dominando todas las calles que daban acceso al Parque de Artillería.

Entrada la noche, sin ton ni son, siguiendo un disparo á otro, comenzó un tiroteo general sobre la ciudad encerrada en tinieblas. Era el miedo común animando el fuego; unas descargas colectivas, como para anunciarse unos á otros que seguían vivos. Los acantonados corrieron á sus puestos, consumiendo entre todos más de cien mil cartuchos, disparados á la ventura, sobre las sombras. Jamás una revolución ha causado tantas víctimas casualmente.

Los cívicos-cascantes corrieron también á la azotea, dejando á las muchachas en la mayor angustia. "No subás, ¡ay, Dios mío!,,—dijo Valentina á Langredo, acercándose á él en aquel momento de confusión y tomándole una mano entre las suyas. Sacudióse el abogado con violencia, y escapó escaleras arriba. Detrás iba Eizaguirre, que hizo lo mismo con Emilia, dejándola con el alma en un hilo. Tinadillos pasó frente á ella para que le viera subir.

El tiroteo era nutrido; los fogonazos cruzaban las tinieblas como víboras de fuego, dibujando relámpagos á rape de las azoteas, mientras las balas, perdida su auréola de pólvora encendida, volaban invisibles entre la oscuridad compacta, rasgando el aire espeso de la noche. Incrustábanse unas en el revoque de

los edificios; no pocas iban á enfriarse en el río, asustando á los tranquilos peces; rebotaban otras en el adoquinado de las calles, deshaciéndose en granizada de plomo, y entrábanse algunas por las ventanas, sorprendiendo con la muerte á los dormidos, que anudaban sus ensueños en la eternidad. Eran los sustraídos á las luchas colectivas, los que sólo para sí guerrean con las armas del egoismo—armas de silencio artero—; los que se escurren de soslayo en los combates generales para aprovecharse de los frutos arrastrados por las corrientes, sin meterse á contenerlas ni á empujarlas, conservadores, castillos de inercia, pausados recolectores de despojos; cuervos de la sociedad con cuajo de buitres burgueses.

Entre los acantonados reinaba una confusión funesta; los tiros disparados de las azoteas altas acribillaban á los posesionados de las casas de planta baja. Pasada de azotea en azotea la voz de peligro, pusiéronse todos á tirar hacia arriba, no matando al enemigo por miedo de matarse á sí mismos. Algunos, sin embargo, fueron muertos por balas enfriadas, llovidas del cielo.

Las huestes de D. Jorge gozaban con aquel tiroteo inútil, dando así escape á sus energías revolucionarias y yéndose en cada estampido un poco de explosión nerviosa; con cada uno de estos escapes se iba cuajando el miedo en sus espíritus. Animábanse unos á otros en mútuas arengas de cantón á cantón, estimulándose recíprocamente el brío cívico, compitiendo en organización militar, y á la vez contentos, porque á su lado no se oían ayes de heridos ó moribundos.

Entre tanto, abajo, en las habitaciones de la casa, sin noticias de la azotea, moríanse de miedo las pobres mujeres al escuchar aquellas descargas cerradas que parecían exterminarlo todo. Doña Laura estaba desesperada, sintiendo que nunca como entónces, muertos ya los sentidos, había querido al último retoño de los Cascantes. Era un cariño hondo, puramente espiritual, la última florescencia del amor conyugal que revive en la vejez, en anhelos de apoyo mútuo.

Encerradas en un cuarto, Valentina y Emilia lloraban abrazadas, mientras en la habitación inmediata, arrodillada sobre la dura tarima y anegada en llanto, pedía Raquel á una imágen de la Vírgen que salvara la vida de Langredo. ¡Pobre *Michina!* Idealizábala su fe, su actitud ascética, el fervor humilde con que pedía por la vida de un hombre que no la amaba. Su figura escuálida, dolorida y suplicante, parecíase á las consumidas por las rudas penitencias del ardiente misticismo antiguo. Fra Angélico la hubiera pintado arrodillado.

Y entre tanto seguían arriba las descargas á las estrellas. D. Jorge, con valor sereno y la pera erguida, iba y volvía de un punto á otro de la azotea, dando órdenes en aquel tono de militarismo colérico que usaba hasta para pedir un vaso de agua á la gallega Filomena. “¡Firmes, muchachos! Tiren *por elevación* hacia el Retiro, y no mezquinen el cuero.„

Eizaguirre y Langredo estaban juntos, tendidos en un extremo de la azotea, haciendo fuego por no ser menos que los otros, aunque comprendían la inutilidad de aquel tiroteo. De pronto sintió el *Vasco* una punzada en un

muslo, como producida por un alfiler fino y caliente. Quiso ponerse de pie, y se cayó al suelo, diciendo á su amigo: "Ché, hermano: me han herido.,,

—¿En dónde? — preguntó Langredo con sobresalto.

—En la pierna.

—¿Y el hueso?

— Roto, ché, hermano.

Suspendido el fuego al poco rato, Langredo, Miquelena y otros amigos bajaron al herido á la casa, sobre una manta de campaña. Al verlos descender por la escalera, las muchachas y doña Laura preguntaban con ansiedad, en medio de acongojantes sollozos: "¿Quién es? ¿quién es?,, — "No se apuren, que no ha sido nada; un pequeño rasguño,, — respondió el *Vasco* desde el fondo de la manta. Emilia lanzó un alarido. — "Que no es nada, que no es nada,, — repetía Eizaguirre, bendiciendo en secreto el balazo que producía aquel grito.

Colocáronle en el catre de la gallega Filomena, entre las protestas de Emilia que pedía se le acostara en la mejor cama de la casa. Costó mucho convencerla de que era mejor el catre para facilitar la primera cura.

Cuando Emilia vió correr la sangre de su *Vasco*, dióle un vahído, siendo necesario sacarla de allí. Repuesta al poco rato, después que le vendaron provisoriamente para contener la hemorragia, volvió al lado del herido, en momentos que le habían dejado sólo ante nuevas alarmas de recomenzar el tiroteo. "¿Le duele mucho, Damián?,, — le preguntó compungida y llorosa, acercándose á su cabecera.

— No se vaya Vd de mi lado, y me curo inmediatamente.

Echóse ella á llorar al ver lo pálido que se ponía en aquel momento.

— No llore Vd., porque entónces me duele de un modo horrible, no la pierna, sino el alma.

Y aguantando los dolores que le producía el enfriamiento de la herida, agregó con humorismo heróico: "Esto no es nada; dentro de 15 días ya se le compuso la pata al matungo."

Emilia confundió la risa con las lágrimas. Era su semblante como la faz del cielo cuando llueve y hace sol en tarde primaveral.

— Quién sabe si se curará tan pronto — dijo, volviendo á sumirse en una tristeza abrumadora.

— ¡Cómo no! Y ultimamente, siempre que sea Vd. mi muleta, no me importa que me *serruchen* la pata.

— ¡Por Dios, Damián! parece mentira que tenga Vd. ganas de chacota.

— ¿Me querrá Vd. si me llegan á poner una pata de ñandubay?

Dióle ella la respuesta en risas y lágrimas.

Luégo hizo él algunos movimientos como para incorporarse un poco sobre las almohadas; pero no pudo lograrlo. "¿Qué ¿qué desea?" — le preguntó Emilia con solicitud cariñosa.

— Quisiera tener un poco más levantada la cabeza.

Vaciló ella un momento, al cabo del cual, con decisión firme y á la vez risueña, metió sus brazos entre la almohada y el cuello del herido, y comenzó á tirar de él con toda su fuerza, que era bien poca, exclamando al mismo tiempo con ternura infinita: "¡Mi pobre *hornero*!"

Eizaguirre lanzó una carcajada de loco de felicidad. Con aquellos brazos al cuello y sin-

tiendo en su rostro el dulce aliento de aquellas palabras, hubiera muerto dichoso, sin sentir dolor, aunque le pusieran las piernas en un torno, como á San Ignacio de Loyola.

¡Pobre Emilia! No pudo moverle. Cuando más afanada estaba en su empeño, sorprendiéronla Tinadillos y otros correligionarios que entraban á ver al herido. "Haga el favor, Tinadillos — dijo ella — de ayudarme á levantarle un poquito la cabeza para acomodar las almohadas.„

Le colocaron entre los dos en postura conveniente, y el amigo Tinadillos se pasó luégo toda la noche raciocinando sobre si aquello fué, por parte de Emilia, un abrazo ó un socorro.

D. Jorge hacía frecuentes visitas á su ayudante de campo. "¿Y... compañero?„

— Ahí vamos, viejo.

— Pero ¡amigo! que habías estado en la mala.

— Qué le hemos de hacer al dolor...

— No hay más que aguantar el choclo, mijo.

— Así es no más, viejo. Parece que ha cesado el fuego.

— Sí; ya se han cansado de tirar al cuhete. Vas á ver mañana cómo los hacemos sonar á esos maulas.

Alcanzábale después una copa de Oporto. "Tomá, mijo, que ésto entona y ayuda á sufrir. Luégo, lo que amanezca, vendrá el Doctor á componerte las púas, para que podás volver al reñidero cuando se arme otra farra como ésta, que no tardará muchos años en armarse.„

Reíase el herido en medio de sus dolores, y le preguntaba por el *Gaucho Pobre.*

— Vos le viéras, mijo. Lo que oye los tiros, se pone fulo fulo como el diablo.

En la sala, sentados en un canapé, hablaban Langredo y Raquel. Pálida y temblorosa pedíale ella con ardor creciente que no volviera á la azotea. "Déje Vd. que vayan los muchachos, y quédese aquí no más, haciéndonos compañía. Ya ha peleado Vd. bastante. No suba, no suba, se lo suplico, ¡ay, Virgen Santísima!„ Prometía él hacerlo así, seguro de subir en cuanto oyera los primeros disparos ó le tocara la guardia.

Unos ojos grandes, que siempre fueron dulces y mansos, rasgaban ahora las tinieblas con el rayo de su mirada. Asomábanse, con ansiedad de espías, á la puerta de la sala desde la habitación inmediata. En el momento que la otra suplicaba á Langredo que no subiera á la azotea, los ojos negros cayeron como una batería galvánica sobre la pareja. Raquel sintióse sobrecogida y le dieron miedo aquellos ojos llenos de fuego, desencajados hasta la locura trágica, que la miraban fijamente con destellos de agresión furiosa. Con el pretexto de visitar al herido se levantó Langredo, temiendo una escena. La Maldonada le salió al paso en un recodo del patio, y, agarrándole del brazo, le dijo con acento desesperado: "Quiero ir contigo á la azotea para que me maten.„

— Te estás martirizando inútilmente.

— Vos estás á gusto con ella — rugió la Maldonada.

— Cálla, cálla...

Estaba hecha una fiera, fuera de sí, hirviendo en celos; balbuceaba las palabras y no podía llorar, ahogada por la congoja que apretaba su garganta, como si tuviera allí cien alicates oprimiéndole la sangre de otras tantas arterias.

En lo hondo de su pecho, entre borbotones de lava, estrujábanse unos á otros los quejidos en rumor sordo. Langredo la llevó consigo á visitar al herido, aconsejándola por el camino y procurando calmarla.

Serían las tres de la mañana cuando llamaron en la puerta de la calle. Fué D. Jorge á ver quién era. "¿Qué hay? ¿quién llama?,,

— Servidor, Julián Forcadell. El jefe de las fuerzas me ha mandado venir á reforzar el cantón con diez hombres más.

— Adelante, amigo—repuso D. Jorge abriendo la puerta.

XX

EL CHACAL

En su rostro de cobre se dibujó una sonrisa de ferocidad al abrirse la puerta.

Había estado toda la noche merodeando por la plaza del Parque, con el pensamiento fijo en aquel cantón, no en las escenas de guerra desarrolladas arriba, sino en las pacíficas y tiernas que tendrían lugar abajo, en la sala. Al representárselas en la caliente cabeza, sentía encrespársele la sangre indígena en remolinos de ciclón y con rumores de selva.

Desesperábanle las horas de armisticio, por ser las más propicias para que los otros, sin sobresalto, gozaran de las pláticas amorosas. Las treguas de paz, dilatadas por una ansiedad de guerra incesante, producían en el espíritu del doctor Sonajas una revolución de pasiones, de fragor más recio que aquellas asonadas callejeras, donde sólo la casualidad mataba á

los descuidados. Las descargas cerradas, el culebreo de la pólvora encendida entre las cerradas tinieblas, y el seco rebote de las balas en los cantos de la calle, le tranquilizaban al pensar que en aquellos momentos estaría Langredo en la azotea, mientras la ingrata se ciscaba de miedo en la sala, arrugado el corazón, enjutas por la amargura las cisternas de sus ojos.

Acallado el tiroteo, salía á la plaza, vagando con aire siniestro bajo las sombras de los árboles, como Bruto en su huerto durante la noche en que meditó la creación del asesinato político en las luchas colectivas. El César de la juventud cívica, como el César romano, había crecido también demasiado aquel día. Era un éxito que envenenaba la sangre de Sonajas. Más que el hielo al acero, endurece al odio la envidia que produce el triunfo del enemigo. La pasión amorosa desdeñada andaba por medio, concluyendo de sazonar el rencor. Era un encono indígena, duro y seco bajo una apariencia suave, acechador y sagaz, con algo del instinto trágico del gato de monte.

Los armisticios se producían sin mandato de jefe, por convención colectiva, sin expresión de acuerdo concreto. Se suspendía el tiroteo al calentarse el cañón del remington, ó cuando los culatazos dejaban dolorido el hombro, ó se acalambraba el dedo de apretar el gatillo. Los disparos aminorábanse lentamente, hasta hacerse ralos, como los tiros sueltos de un castillo pirotécnico casi consumido. Después, silencio absoluto, roto en fuego general al primer tiro que se le ocurriera disparar á un loco, belicoso, ó *compadre*. El miedo á morir inacti-

vos aceleraba las descargas. Era un terror loco á la muerte por sorpresa.

Aquellos cortos silencios torturaban el corazón del doctor Sonajas. Consolábale el fuego, el *baleo* general, las iluminarias de pólvora, el ¡ay! de un herido casual y el ronquido sordo de uno que se moría. El odio y los celos, en el alma indigestos, se le ablandaban á los primeros disparos; mareábale de gusto el azufre de la pólvora quemada; la guerra era su paz; su sosiego el quejido ansioso; su calma la lumbre; su vida la muerte... sobre todo, la muerte de Langredo. Para vivir, empezaba á necesitar esta muerte.

En uno de aquellos insoportables armisticios, desasosegado y con la bilis en el paladar, fué á un extremo de la plaza, se agazapó en el tronco de un árbol y disparó su remington en dirección á los acantonados en casa de D. Jorge, para producir la alarma y obligarles á subir á la azotea. De este modo arrancaría á Langredo de al lado de Raquel, interrumpiendo sus coloquios. "Si le hubiera matado una bala perdida...,, Y al pensarlo se le aplacaba la celosa furia y sentía íntima consolación, bajo cuya serena capa palpitábale viva la impaciencia por ir á casa de D. Jorge.

Discurrió un pretexto eficaz para conseguirlo. Acercándose á la Junta militar del Parque, adujo la necesidad de reforzar aquel cantón, punto principal de apoyo para defender la plaza en los combates del día siguiente, ofreciéndose él mismo á conducir los cívicos que habían de reforzarlo. La Junta aprobó el plan y aplaudió el arrojo de su iniciador al atreverse á cruzar las calles donde las balas

saltaban entre las sombras de la noche, como escupitajos del Diablo.

D. Jorge, haciendo con él acto de distinción, le condujo á la sala. Al entrar vió el doctor Sonajas á Raquel y Langredo sentados en el canapé, en charla íntima, repletas las palabras de caliente aliento de amor. Se le descompuso el rostro, sintiendo en el pecho, tira que tira y pica que pica, las garras y el pico corvo del azor amarillo. Su mente se anegó en nieblas de galerna; sus ideas eran celliscas, ventarrones de tempestad; sus nervios, torniquetes impulidos, cayeron bajo la terraja de la ira comprimida que les sacaba birutas de sangre negra.

Acercóse Sonajas á saludar á la pareja. Raquel le contestó con ceño de disgusto; Langredo friamente, volviendo ambos á reanudar la conversación. Ante aquel desaire, salió de la sala, como león que huye á ocultar su calentura agresiva.

Anduvo por los patios entre los demás revolucionarios, sin dejar de espiar á la pareja, poniendo en el espiamiento toda su poderosa intuición indígena, su vista de alimaña, la percepción de la naturaleza cruda que da la noción exacta de toda pasión natural.

Cuando supo que Eizaguirre estaba herido, fué á visitarle. A su primera palabra, respondió el *Vasco:* "No te vuelvo la espalda porque no puedo moverme.„

Salió de allí sin responder á este desprecio, deseando íntimamente que se le encangrenara la herida.

A las tres de la mañana le tocó la guardia á Langredo, que debía hacerla en compañía de

Eizaguirre. Ofrecióse Sonajas á suplantar al herido, á cuyo efecto se presentó al jefe del cantón. D. Jorge quiso eliminar de esta obligación á Langredo, el cual protestó de tales preferencias, diciendo: "Aquí somos todos iguales; lo mismo debo exponerme yo al peligro que el más humilde de los obreros que hay en el cantón. En las causas populares, todos debemos ser pueblo.,,

— Pero vos, mijo, sos el segundo jefe del cantón.

— No importa.

Tuvo lugar este breve diálogo en el fondo de la casa. Valentina, que del interior de las habitaciones, pegado el rostro á las vidrieras, seguía todos los pasos de Langredo por el patio, presenció la escena y escuchó, en medio de la mayor zozobra, todo lo que en ella se dijo.

Cuando Langredo fué á tomar el remington á una habitación convertida en depósito de armas, corrió Valentina á detenerle; penetró en el cuarto, le echó ambas manos al brazo derecho, y... "No vayas, Sebastián, ¡ay, Dios mío! no vayas á la azotea.,,

— ¿Estás loca?

— No vayas, no vayas, Sebastián; te lo pido por favor. Forcadell... me lo dice el corazón... ha venido á provocarte. Se lo he conocido en la cara, en la manera de mirar. No vayas con él, no vayas ¡ay, Dios mío!

Con desesperación y arrasada en lágrimas, le tiraba del brazo para que soltara el remington.

— ¡Aparta! —exclamó Langredo con el semblante lívido y sacudiendo bruscamente su brazo.

— ¡ Sebastián !

— ¡ Aparta ! Si te place tener por esposo á una gallina, en el corral de D. Jorge podrás encontrarla.

Y salió atropelladamente del cuarto. El doctor Sonajas le esperaba al pie de la escalera que conducía á la azotea. Subieron ambos, sin hablarse ; y una vez arriba, siempre en silencio, se fué cada cual á distinto extremo del cantón.

La noche se había puesto oscura como el cerebro de un idiota ; un nubarrón negro, repleto de chispas eléctricas y de lluvia colgada y fría, tapaba las diminutas y altas estrellas, luciérnagas del cielo, llenas de misteriosa vida. Hincados en las bajas brumas del río, difuminados en el vaho de las aguas, veíanse apenas los nacientes cuernos de la luna. Por entre las densas tinieblas, lentamente, con el vuelo tardo y desigual de la mariposa, bajaba la escarcha cual escamas de plata á cuajarse en las heladas piedras, exentas del calor de la planta del transeunte. Jamás un día difunto tuvo una mortaja tan triste.

La escarcha que caía sobre Sonajas derretíase al punto en el calor de aquel cuerpo caldeado ; las hostias de hielo que le llegaban á la frente liquidábanse al instante en agua tibia, rechupada enseguida por la fiebre de su cerebro. Corríale por las arterias la sangre como alquitrán encendido ; su aliento podría servir de soplete para derretir lingote. Nervios, sangre, ideas, sensaciones y las paredes de carne que encierran la vida moral y material, todo se le requemaba al ver allí á Langredo, frente á su vista, al alcance de sus zarpas de chacal, triunfante en el amor, en la sociedad y en la

política. Su odio no era ese odio común que corre en los combates generales de la vida, entre el fragor de las pasiones que informan la existencia de este mundo guerrero. El odio de Sonajas, como todas sus pasiones, vehementes y avasalladoras, era un producto del extraño amasijo de su sangre; la mitad indígena y bravía; la otra mitad inmigrante y bandolérica

Agazapado en un rincón de la azotea, en el extremo que daba á la plaza, sobre la pared maestra, sólo, sin cantón alguno á su lado, clavaba sus ojos con ansia en el otro extremo, donde apenas podía distinguir la silueta de Langredo que bromeaba con los amigos acantonados en la casa inmediata, cuyo jefe, al contrario que D. Jorge, había preferido que todos estuvieran en la azotea durante los armisticios.

"¡Se ríe! ¡está contento!„ Y una risa sardónica, ácida, cubrió su rostro cobrizo, con toques de cardenillo. Apoderóse de todo su cuerpo un temblor semejante al que producen los ataques de ictericia, cuando la cólera se derrama por todas las fibras; parecíale contener dentro de su pecho mil gatos hidrófobos, y un enjambre de avispas en la cabeza. Sucumbió su conciencia en la lucha, y entónces se quedó sereno, poseído por una idea fija, tenaz y siniestra. En aquel momento se había resuelto la crisis que le torturara durante toda la noche. Su espíritu cayó bajo el poder del Archidemonio que invadía las almas tenebrosas de los personajes de Poe.

Poco después, replegado en el rincón donde las sombras eran más tupidas y compactas, el doctor Sonajas cerró un ojo, el izquierdo, pro-

curando descubrir con el derecho el cuerpo de su compañero de guardia. Y esperó impaciente á que los acantonados rompieran de nuevo el fuego, para confundir un tiro meditado y certero entre aquellas descargas disparadas á la ventura.

Pronto se oyó un estampido lejano; enseguida otro más cerca, y otro, y otro. Simultáneamente comenzaron las descargas por todas partes, produciendo luminarias de pólvora. Sonajas sacó su remington de la tronera. Una llamarada del cantón inmediato le descubrió todo el cuerpo de su correligionario. Le apuntó rápidamente, á tenazón; sonó un tiro, que se confundió con otros mil, y Sebastián Langredo rodó por la azotea, gritando con grito ronco: "¡Viva la Unión Cívica! ¡Viva Buenos ¡Ay..!!„ El "Ai...„ de Aires, se trocó en ¡ay! de moribundo.

—¡Qué sonso!—exclamó el doctor Sonajas, volviendo el cañón de su remington á la tronera y haciendo acelerados disparos.

La escena fué rápida, como la explosión de un odio envejecido. Los acantonados, con su jefe al frente, subieron al sentir las primeras descargas. Cuando D. Jorge vió tendido aquel cuerpo querido, le sacudió con desesperación. "¡Langredito! ¡mijo!„ Un sordo ronquido fué la única respuesta.

Loco de dolor y de rabia, el pobre viejo gritó á sus soldados: "¡Fuego, muchachos! ¡fuego sobre esos canallas, crápulas, chusma! ¡fuego! ¡fuego!„

Y á cuerpo descubierto, sin que el resplandor de los tiros le hiciera parpadear, ni el silbido de las balas bajar la cabeza, soberbia-

mente erguido, iba y volvía de un lado á otro de la azotea, repitiendo sus gritos: “¡fuego á esos canallas! ¡fuego! ¡fuego!„

— Que lo van á voltear, D. Jorge. Ocúltese aquí, detrás de esta pilastra — le dijo uno de los revolucionarios

— ¡Qué me importa, amigo, que me voltéen! Vengan balas sobre el viejo Cascante ¡vengan! ¡Oh, Langredito! ¡mijo! ¡Qué desgracia! ¡qué desgracia! ¡Ay, nena mía querida... !

—

Cesó el tiroteo. Entre cuatro cívicos levantaron el cuerpo de Langredo para bajarlo á la casa. Miquelena, sollozando con inmensa angustia, sostenía en sus brazos la desmayada cabeza de su amigo. Le condujeron á una habitación, en el fondo del patio, colocándole en un amplio sofá. D. Jorge, que bajó delante, fué al cuarto donde estaban Valentina y Emilia. Llevaba el propósito de darles la noticia despacio, por dosis. ¡Pobre viejo! En cuanto vió á su ahijada perdió la serenidad y la abrazó llorando como un niño. “¡Nena mía querida!„

— ¡¿Eh?! ¿¡Qué!? ¡¡Ah...!!

Violentamente, con el movimiento brusco de una explosión de todos los nervios, desasióse de los brazos que la estrechaban, y echó á correr por el patio, desesperada, dando gritos desgarradores, descompuesto el semblante por las contracciones del delirio. Nadie se atrevió á detenerla. En la puerta del cuarto se habían apiñado los cívicos para ver al herido. La Maldonada rompió aquella masa de hombres como si fueran de cartón; precipitóse en la estancia y se arrojó sobre el ensangrentado cuerpo. “¡Sebastián! ¡¡Sebastián!! ¡Oh, Dios mío!„

Sordo á tan desesperados y amantes gritos, sumido en profundo desmayo, Langredo respiraba con fatiga, en ronquidos quedos y profundos que parecían venir del otro mundo, como el ilusorio resuello de una tumba. El aire recibido por sus labios entreabiertos y quemados por la fiebre, no se detenía en las válvulas que desarrollan y regulan la vida, volviendo á salir entre borbotones de sangre por el agujero abierto en el costado derecho. El balazo le había machacado los pulmones.

Con los ojos desencajados por el estupor, la cara de mármol, Valentina, abrazada al herido, seguía llamándole con gritos desgarradores: "¡Sebastián! ¡¡Sebastián!!"

Levantábale la hermosa cabeza exangüe, gritando sobre su misma frente, pálida y fría, sin que el eco de sus lamentos hallara repercusión dentro de aquel cerebro, reverbero de luz hacía poco, lleno de armonías, de mundos, y sumido ahora en oscuridad tenebrosa, en el principio del sueño sin fin, en los bordes del abismo impenetrable, vuelto á la nada, á la nada de la nada perpétua!

—¡Dios Todopoderoso! ¡se muere! ¡se muere!—rugió Valentina—¡Virgen Santísima! ¡Santa Madre de Dios! ¡Jesús! ¡¡Jesús!!... ¡¡Sebastián!!... ¡¡Ah...!!

Lanzó un alarido al ver que se le demacraba el rostro de repente, descomponiéndose sus facciones todas, deshechos los rasgos que formaran aquel rostro simpático, donde primero comenzaba á helarse la sangre. Su respiración se hacía cada vez más lenta y fatigosa, arrojando pedazos de vida en cada suspiro ronco y prolongado. Con el estupor en los ojos, miraba

Valentina aquel apagamiento de venas, como las consumidas luces de un tenebrario, aquella vejez galopante, aquel derrumbe de músculos, la destrucción rapidísima de aquella fisonomía adorada, para la cual guardara la primicia de sus besos en próxima noche de desposorios. ¡Oh, suspirada noche, dónde te ibas!

Fuera de sí, en completo desquicio, con el pánico en el semblante y ahogada por un sollozo como una montaña, Valentina se hincó las manos en el pecho, como si quisiera arrancarse la vida para dársela al moribundo.

Partíase el alma de cuantos veían aquel cuadro de muerte y desesperación. Miquelena, comprendiendo que todo terminaría en breve, quiso separar de allí á Valentina, evitando que presenciara el trance tremendo en que Langredo exhalara el último suspiro. Se acercó á ella para levantarla.

— Déjeme Vd., Miquelena ¡déjeme! Que nadie me toque; que nadie me levante de aquí mientras él viva.

En aquel momento, Langredo abrió en redondo sus ojos, tristes y secos, estáticos, circuidos de ébano, invasiones de la muerte. Era una mirada sin brillo, apagada, inmóvil y fría, visionaria de la eternidad.

— ¡Sebastián! ¡¡Sebastián!! ¿No me ves? Soy Valentina ¡tu Maldonada! ¡Ay, Dios mío!

Fijó en ella su mirada floja y vaga, haciendo un esfuerzo supremo para tener levantados los párpados que se le caían como losas enormes. Exhaló un hondo suspiro al verla allí, abrazada á su cuerpo moribundo, regado el rostro por aquel llanto y recibiendo en su boca, fría y seca, aquel aliento querido. Fué un suspiro de

consuelo, como si hubiera aplacado una inmensa angustia, la ansiedad de querer morir viendo á su ángel pampero.

Rompió ella en un sollozo desgarrador al contemplar aquellos ojos medio muertos que la miraban fijamente, como queriendo expresar que aún la tenía allí, bajo su frente, entre los derrumbes de su memoria y en tierna visión de moribundo.

— ¡ Quiere hablar y no puede ! — exclamó Valentina con desesperado acento ! — ¡ Oh, Dios misericordioso, que no le dejas expresar lo que desea ! ¡ Sebastián ! ¡ alma mía ! ¡ Oh, Dios, Dios, Dios ! ¡ Jesús mío ! ¡ ¡ Jesús ! ! Que me muera yo y que se salve él. ¡ Ay, Virgen ! ¡ misericordia ! ¡ misericordia !

— Vamos, Valentina, vamos — dijo Miquelena, tratando de arrancarla de allí.

— Déjeme ¡ déjeme ! Que no me toque nadie ¡ nadie ! — exclamó con desvarío, clavándose los dedos en el pecho.

Una palidez marmórea cubrió el rostro de Langredo. Era como el primer indicio de la trasformación de la carne al estado de piedra. Quedaban ya muy pocas luces sanguíneas ; las arterias se iban muriendo seguidas, una tras otra, como las últimas chispas de una pavesa. Tenía su semblante una expresión tranquila, como si nada sufriera. Los labios plegados, ligeramente contraidos, cuajada entre ellos una gota de sangre arrancada á los centros de la vida. En una de aquellas miradas vagas, inertes, con la inmovilidad de la atonía, vió, más que con vista de vivo con visión de agonizante, allá lejos, en penumbra oscura, á D. Jorge que estaba allí mismo, sobre su cabeza,

al lado de Valentina. Quiso levantar el brazo hacia su viejo amigo; pero no pudo, cayéndosele á medio camino. Dos lágrimas apretadas de congoja asomaron á sus ojos. Comprendió D. Jorge la intención, y tomándole la amarilla mano, se la apretó con emoción angustiosa, exclamando, entrecortado por los sollozos: "¡Adios, mijo, adios!„ Y el buen viejo, para no acongojarle más, se retiró á un rincón, llorando allí con toda su alma.

Langredo se quedó mirando fijamente á la Maldonada. En su espíritu, sujeto por ténue raiz á la vida orgánica casi extinguida, debieron concentrarse todas las energías de su sentimiento, de su amor por aquella desgraciada que le veía morir entre gritos de terror y alaridos de pasión. Movió él los labios con ansia. Valentina, interpretando aquellos anhelos supremos, y en medio de un arrebato sublime, "¡sí, sí!„ — exclamó, besándole mil veces, en la frente, en los ojos, en los labios, rociándole de llanto hervido todo el rostro. Y al ver á Raquel, que en unión de doña Laura presenciaba la escena desde la puerta de la habitación inmediata, gritó, arrebatada por las corrientes del delirio: "¿Ves? ¿ves? le beso porque era mío ¡mío! Nunca fué de nadie más que mío! Ahora sí, ahora sí que me iré de tu casa... para siempre, para siempre! Me iré con él. Mi alma irá á buscar su alma. Viviremos unidos en la eternidad. Y te quedarás sóla, sin tener á quien amar, ni á quien envidiar, sóla, sóla contigo misma, que será tu peor compañía.„

Dirigióse enseguida á doña Laura: "¡Oh, bondadosísima doña Laura! Ya no la molestará

la gauchita, la hija de los puesteros, la india, la apasionada, la zorrita. Ya no tendrá Vd. que vigilarla para que no se escape con algún amante. Pero sí me escaparé; se escapará mi alma. Vaya preparando la cadena para sujetarla.„ Decía todo ésto á gritos, con arrebatado desvarío. Doña Laura y su hija huyeron de la puerta.

El sudor de la agonía cubrió en aquel momento el semblante de Langredo. Pausadamente cayeron sus párpados sobre los negros ojos que se hundían al fondo de sus cuencas, encerrándose en las tenebrosidades de la noche eterna. Aflojáronse todos los músculos, tras de una breve crísis espasmódica en que los centros nerviosos libraron su postrera batalla con la muerte. Las pulsaciones se hicieron lentas y sueltas, sin orden ni sucesión armónica, extinguiéndose y resucitando, como válvulas que sólo funcionan con los escapes de vida por la boca de las venas. El corazón palpitaba en leves estremecimientos, como mecanismo que ha perdido el impulso que le diera movimiento; su respiración era un silbido prolongado, chirrido de la total rotura de los goznes del organismo; quedóse todo trasparente, menos un tinte morado que cubrió sus labios, torcidos ya en ese visaje de espantosa irrisión con que sella la muerte el escenario externo de la comedia humana.

Al sentir Valentina que se le quedaba frío entre los brazos, lanzó un rugido de espanto, de dolor, de pasión, de rabia, una de esas explosiones que brotan conjuntamente de la totalidad del alma y de la totalidad de las entrañas. “¡¡Sebastián!! ¿¡Eh!?... ¡¡Ah...!!„

A este grito ronco siguió un abrazo epiléptico. Pavorosa inmobilidad, terrible mudez. El cuerpo, casi exangüe, quedó rígido al divorciarse del alma, misteriosa viajera en la eternidad insondable. Acalláronse los ténues rumores de vida agonizante en aquel noble y generoso corazón, reducido á miserable polvo. Nada quedaba ya de aquella inteligencia hermosa, dormida para siempre, de aquel espíritu brillante, huído por los siglos de los siglos, dejando helada su envoltura humana para pasto de la tierra que concibe vivos tragando muertos. ¡ Infeliz Langredito ! Su hermosa cabeza, convertida en insensible piedra, rodó sobre el pecho hundido y mudo, quedando casi cubierta por la desprendida cabellera de su ángel pampero.

¡ Pobre *Angel Pampero!* Costó un trabajo inmenso desengarzarle los brazos rodeados al cuello del cadáver. Entre Miquelena y D. Jorge lograron levantar de allí á la infeliz morocha. Presa de un ataque horrible, paralizada la vida en una congestión general, se le había marmorizado el cuerpo y tenía la mirada extraviada, sin una lágrima en sus ojos atónitos. Su vestido estaba salpicado de sangre helada. Los que la condujeron á su aposento, sintieron al pasar por una de las habitaciones los sollozos viriles de un hombre tendido en un catre. Los ojos azules de un serafín rubio, arrasados de lágrimas, miraban al herido desde un rincón.

Acostaron á Valentina, cuyo estado parecía una imágen de la muerte. ¿ Volverá á la vida, al juicio consciente, con el cual tendrá la amargura de poder apreciar su inmenso infortunio ?

En tanto el doctor Sonajas continuaba en la azotea, haciendo la guardia.

XXI

DÍA DE ÁNIMAS.

Han pasado ocho años. Es el día de las Animas Benditas, la colectiva fiesta onomástica de los muertos, la conmemoración de su natalicio à la vida inmortal.

En este día los vivos olvidan sus olvidos para acordarse de los muertos, odiados, indiferentes, medio queridos ó queridos á pleno corazón cuando eran vivos, totalmente amados después que se murieron. Los vivos somos muy generosos con los muertos. Es un afecto nutrido de fè y de miedo hacia los que jamás levantarán resistencias.

El cementerio de la Recoleta, la ciudadela de los huesos inmóviles, rebosa visitantes y dolientes. Muchos lloran al pié de los sepulcros, recogida la memoria y las energías todas del sentimiento en aquel instante que el deudo amado espiró entre aquellas manos que ahora deshojan rosas sobre la negra caja, mansión de la quietud y del silencio, laboratorio de la nada. Hay quién no se atreve á diluir el dolor en lágrimas por temor de parecer débil, prefiriendo conservarlo atascado como un guijarro. Hay quienes se complacen en verter llanto fácil para que se les crea màs buenos. Hay quién llora con las ideas y no con los ojos ¡miserable lloro seco! Otros visitantes no lloran con nada, indiferentes á todo, á los vivos y á los muertos, recogidos en sí para sí, en vida nímia. Hay tristes originales que lamentan en silencio no tener á nadie allí enterrado que les sirva de pre-

texto para llorar otros sucesos. No pocos están viviendo con toda su alma en los cementerios de su tierra europea, con una cruz de palo y yerbas metida en la cabeza. Y en medio de tan diversos dolientes se ven algunos ¡oh, felices necrólatras! que andan haciéndose el amor alrededor de las tumbas, dando envidia á los mismos muertos, porque el amor es la única cosa digna de ser vivida.

La Primavera, cortada en su tallo, está derramada por los sepulcros, sobre cuya frialdad muere su aroma. Es como el crímen de la piedad. Dentro de los mausoleos, ficciones artísticas del dolor, se ven altares adornados con multitud de flores y atributos religiosos; vírgenes cubiertas de encajes y baldaquinos de oro; Cristos de plata, de marfil y de laca, suavizando la dura tragedia amarrada á un madero. Las aterciopeladas formas de nuestra edad, llegan hasta profanar lo eternamente sencillo. El rito se ha sometido á la soberbia social.

Concentremos nuestra atención en una interesante pareja de dolientes que acaba de entrar en el cementerio. Es un matrimonio joven, en el cual parece sintetizarse la difícil felicidad conyugal. La mujer es una rubia preciosa, de ojos azules y dulces que envuelven á cuanto miran en una atmósfera de bondadoso cariño. Su mirada mejora los séres y las cosas. Al verla se comprende el misterio de la Ascensión. Estar á su lado es rozarse con la Gloria. Su semblante, fresco y hermoso como fresa de manantial, encanta á cuantos le contemplan. Es uno de esos rostros que tienen el poder de provocar un sentimiento de estimación general. Duele pensar que puede enfermarse, que llega-

rá á la vejez, que se le caerán los dientes, que se morirá al fin. Tiene su cuerpo la armónica esbeltez de la vida plena, un talle y un seno de madre joven, en cuyas líneas resplandece la primavera del amor en la plenitud de su flora. Es la Rosalinda de Shakspeare, y según su colega, Tinadillos, "el resúmen de las Gracias".

Va apoyada en el brazo de un Apolo de la raza de Aitor, alto, esbelto, de frente espaciosa y blanca, ojos negros, animosos y nobles. La bondad y la energía están aliadas en este hermoso mozo que cojea un poquito, casi nada, felizmente.

Delante del matrimonio va un lucero matutino con vestido corto, zapatitos de charol y las rosadas piernitas al aire. Los rosales no producen capullos como esta niña de seis años, en cuya bella formación han colaborado el amor humano y el soplo divino. Más que de la Naturaleza parece haber nacido del acorde de dos fantasías. Tiene de la madre el dorado sol de la cabellera, y del padre el anochecer de sus ojos negros, reuniéndose en ella toda la poesía de los dos crepúsculos. Lleva en cada mano un ramo de violetas frescas que doblan sus tallos para besarle los dedos con el rocío de sus hojas. A cada media docena de pasitos cortos vuelve la cabecita, inteligente y vivaz como la de un pájaro, para mirar á sus padres que van cada vez más tristes. Retrocede hasta ellos, extrañada de aquel dolor mudo que no comprende claramente en medio de un sol tan alegre, de una atmósfera tan aromática, de aquellas casitas tan lindas, llenas de rosas y de luces. Es cierto que abajo estan los muertos . . . "los muertos . . . los muertos . . . los abuelitos, el amigo de papá, la amiga

de mamá, *los novios*... y llora mamá, y papá se pone lo más triste... entónces, los muertos viven adentro de papá y de mamá... no se han muerto los muertos...„

— Camina, hijita, camina — le dice la madre, viéndola quieta, ensimismada, mirando al cielo.

— ¿ Te has cansado, Tinita ? — pregunta el padre.

— No, papá.

Y Tinita (abreviación cariñosa de Valentinita) sigue andando, absorta en qué es morir, y cómo se muere, y por qué. Mira con tristeza á la violetas que lleva en sus manos, y adquiere en ellas la primera noción, una noción simple, de lo que es la muerte. Pero no están muertas, no, que tienen aroma. Las lagrimas de mamá y la tristeza de papá son el aroma de los abuelitos y de los novios. Mientras no se acabe este aroma, los abuelitos y los novios siguen viviendo, allá lejos, muy le... ¿ en dónde ? Con el ramo de violetas, Tinita se sacude una mosca negra y muy fea que se le ha puesto delante de los ojos...

Han llegado al pantéon en cuyo frontispicio se lee : *General Godofredo Cascante*. La madre y su hijita entran en la capilla ardiente, llena de flores y velas encendidas, amortiguadas sus luces por los reflejos del sol que bañan los pálidos rostros de las Dolorosas y las llagas de los Cristos. El esposo se ha quedado en la puerta, la cabeza descubierta, fija la vista en la huesa, sobre una caja suspendida en las paredes que resudan humedad. Al lado de esta caja hay otra de la misma época, llevada con intervalo de pocos días. Cerca se ve otra más nueva, llevada el año pasado, por cuyo triste suceso

viste luto toda la familia de los Cascantes.

De rodillas y abandonada al dolor, más tierno que agudo, en llanto fluido y silencioso, la hermosa señora rubia reza oraciones sencillas, llenas de poesía mística y de filosofía humana, el Padrenuestro y la Salve, sin poder concentrar en el rezo su mente, invadida por los recuerdos de cuando eran vivos aquellos muertos queridos. Tinita no la deja en paz. Apuntando á los féretros por entre el enrejado, no cesa de preguntar: "¿Quièn está en aquella caja?„

—El abuelo Cárlos.

—¿Y en la otra?

—El abuelo Jorge.

—¿Y los novios, mamita?

—En éstas dos de arriba. En la de de aquel lado Sebastián Langredo, y en la de este otro Valentina de Olorón.

—¿Y por qué se murió Valentina? ¿Se murió porque se murió Sebastián?

—Sí, mi hijita.

—¿Y cómo se murió? ¿qué la dolía cuando se murió?

—Callá, hijita, callá—dice la madre, rompiendo á llorar angustiosamente.

—Vámos, Emilia; ya está bueno. Te va á hacer mal estar ahí tanto tiempo—observa el esposo.

—Dejáme un poquito más, Damián. Ahora enseguidita nos vamos. Rezá, Tinita, rezá.

—¿El Padrenuestro ó la Salve?

—Las dos cosas. El Padrenuestro por los abuelitos y por Langredo; la Salve por Valentina... ¡pobrecita! ¡pobrecita!

Y rompe á sollozar. Eizaguirre, amablemente, la obliga á salir de allí. Una vez en el

coche, arrasados los ojos de lágrimas, Emilia se abraza á su esposo, exclamando: "¡ Ay, querido *Vasco*! ¡ qué felices seríamos si ellos vivieran! ¡ los pobres!...

Durante el camino, y luégo en casa, Tinita no deja en paz á sus papás, preguntándoles cómo se murió Valentina y qué la dolía cuando se murió. La madre se acongoja cada vez que la nena repite la pregunta. Eizaguirre concluye por tomarla en brazos y llevarla al jardín. "Vení, mi hijita; yo telo voy á contar todo, todo.„ Al pasar por una de las habitaciones, donde se ve un gallo embalsamado sobre un pedestal de ébano, el *Vasco* dice á su nena. "Dále, mi hijita, un abrazo al *Gaucho Pobre*. „ La niña abraza la momia del más famoso de los héroes de cresta, aunque nunca llegó á probarlo.

Llegan á la glorieta. Eizaguirre quiere distraer de su obsesión á Tinita con un cuento infantil, el de la mariposita azul.

— No, papá, no. Contáme cómo se murió Valentina y qué la dolía cuando se murió.

— Si te lo cuento, vas á llorar, y yo también. ¿ Querés que llore papá ?

Tinita le echa sus bracitos al cuello y le dice al oído: "¡ Ay, no, papá! Si vas á llorar vos como mamà, no quiero que me lo contés, no quiero, no quiero....

FIN

Buenos Aires, dia de San Gregorio Taumaturgo de 1898.

ÍNDICE

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Estudios biográficos—Cinco tomos de *La Vasconia.*

Teodoro Foronda—Novela colono-americana: dos tomos.

EN PREPARACIÓN

El Padre de la Colonia

